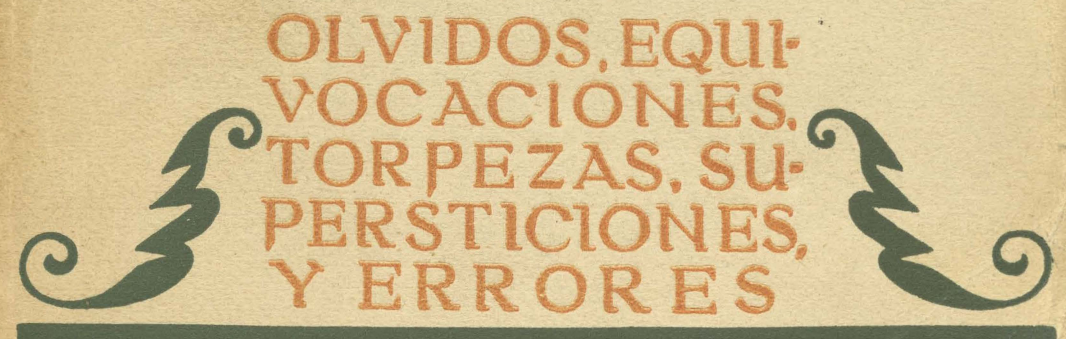
OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR

S. FREUD

# PSICOPATOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA





OLVIDOS, EQUIVOCACIONES, TORPEZAS, SUPERSTICIONES, Y ERRORES

TRADUCCION DIRECTA DEL ALEMÁN DE LUIS LOPEZ BALLESTEROS Y DE TORRES — PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

BIBLIOTECA NUEVA

# PSICOPATOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

I

# PSICOPATOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA

(OLVIDOS, EQUIVOCACIONES, TORPEZAS, SUPERSTICIONES Y ERRORES)

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN DE LUIS LOPEZ-BALLESTEROS Y DE TORRES

PROLOGO DE JOSE ORTEGA Y GASSET

*«Tan lleno está el aire de estos fantasmas, que no se sabe cómo evitarlos».*

FAUSTO *(Parte segunda. Acto quinto).*



BIBLIOTECA NUEVA

MADRID

De esta obra han aparecido hasta el momento (Febrero de 1922) las siguientes traducciones autorizadas:

*Al ruso* por el Dr. Medem. 1909.

*Al polaco* por el Dr. L. Jekels y H. Ivanka. 1912.

*Al inglés* por el Dr. A. Brill. 1914.

*Al holandés* por el Dr. A. Staerke. 1916.

La presente traducción está hecha de la séptima edición alemana (Viena-1920), considerablemente aumentada.

Gran Establecimiento Tipográfico de «El Adelantado de Segovia

# PRÓLOGO

La BIBLIOTECA NUEVA se propone publicar, vertidas al castellano, las obras completas del gran psiquiatra vienés Sigmundo Freud. La empresa me parece sobremanera acertada, y contribuirá enérgicamente a atraer la atención de un público amplio sobre los asuntos psicológicos. Han sido, en efecto, las ideas de Freud la creación más original y sugestiva que en los últimos veinte años ha cruzado el horizonte de la Psiquiatría. Su aparición motivó ardientes y dilatadas polémicas. En torno a Freud se fué formando un tropel cuantioso de discípulos y fieles, que propagaron por todo el mundo la nueva fé, fundaron revistas, anuarios y bibliotecas. La claridad no exenta de elegancia con que Freud expone su pensamiento, proporciona a su obra un círculo de expansión indefinido. Todo el mundo—no sólo el médico o el psicólogo—puede entender a Freud y, cuando no convencerse, recibir de sus libros fecundas sugestiones.

Como en el orden de la funcionalidad corporal o fisiológica casi todos los grandes progresos durante el siglo XIX han sido debidos a los médicos, esto es, a la necesidad inaplazable de curar al enfermo, así estas teorías psicológicas se han originado en la urgencia clínica del psiquiatra. Los laboratorios aprontaban escasísimos recursos al médico para actuar sobre las en-

fermedades propiamente mentales, a las que no se ha logrado descubrir una base de perturbación somática. Muy cuidadosa la investigación de la exactitud en los métodos que empleaba, prefería ser fiel a ellos que ensayar audazmente procedimientos empíricamente eficaces. Así quedaba demorado todo avance clínico hasta las kalendas griegas.

Freud tuvo la osadía de querer curar, cualquiera que fuese la castidad lógica de los procedimientos. Para ello se resolvió a tomar en serio el carácter de «mentales» y no somáticos, que se atribuye a ciertos trastornos. Pensó que, en verdad, la psique, como tal, podía hallarse valetudinaria, sufrir heridas psíquicas, padecer como hernias espirituales, a que sólo podía aplicarse una cirugía psicológica. De aquí nació la *psicoanálisis*, terapéutica de sesgo extraño y dramático que en tomos sucesivos hallará expuesta el lector.

De tal propósito surgió para Freud la necesidad de elaborar todo un sistema psicológico, construído con observaciones auténticas y arriesgadas hipótesis. No hay duda de que algunas de estas invenciones—como la «represión»— quedarán afincadas en la ciencia. Otras parecen un poco excesivas y, sobre todo, un bastante caprichosas. Pero todas son de simpar agudeza y originalidad.

Lo más problemático en la obra de Freud es, a la vez, lo más provechoso. Me refiero a la atención central que dedica a los fenómenos de la sexualidad. Para Freud, neurosis y psicosis son perturbaciones engendradas por conflictos sexuales de la infancia. Freud amplía notablemente el concepto de la sexualidad que suele llamar «líbido», pero aun así, ¿no deja su obra siempre la inquietud de que se nos invita a aceptar una hipótesis desmesurada? Sin embargo, cualquiera que

sea la medida dentro de la cual este sexualismo psiquiátrico de Freud pueda considerarse verídico, ha servido para que, al cabo, entre la ciencia a ocuparse seriamente del erotismo, tradicionalmente cerrado a la investigación. Lo que hasta ahora podía decirse de la *líbido* era tan poco que contrastaba absurdamente con la innegable importancia de esta función biológica dentro de la vida psíquica.

La necesidad de descubrir los escondrijos del «alma» donde vienen a ocultarse esos tumores afectivos, generadores según Freud de las enfermedades mentales le llevó a penetrar en el territorio de los sueños. Su libro sobre la vida de los sueños es una de las producciones más interesantes del pensamiento contemporáneo. En él desarrolla Freud la idea de que nuestra conciencia fabrica constantemente símbolos de la sexualidad, a veces de una pureza sublime y de una inmaterialidad platónica inefable.

El descubrimiento de este simbolismo permitió al médico de hoy extender su clínica a los tiempos pasados y aplicar la psicoanálisis a los genios del pretérito, a las mitologías, religiones y formas sociológicas.

El libro presente es el más adecuado para introducir en el pensamiento freudiano a las gentes curiosas que hasta ahora lo desconocían. Poco a poco se va viendo en él aparecer el ingenioso edificio de observaciones y supuestos con que Freud pone cerco al secreto palpitante de nuestra intimidad psíquica.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

sea la medida dentro de la cual este extraño psicólogo de genio pueda ser calificado de científico, ha servido para que, al cabo, entre la ciencia a ocuparse seriamente del problema, tradicionalmente sometido a la conspiración. Lo que hasta ahora podía decirse de la libido era tan poco que contrastaba abiertamente con la innegable importancia de esta función biológica dentro de la vida psíquica.

La necesidad de descubrir los escondrijos del instinto donde vienen a [illegible] esos motivos efectivos, generadores según Freud, de las enfermedades mentales, le llevó a penetrar en el [illegible] de los sueños. Su libro sobre la [illegible] de los sueños es uno de los productos más interesantes del pensamiento contemporáneo. En él descubre Freud el [illegible] de que nuestra conciencia fabrica constantemente símbolos de la sexualidad a través de una fuerza evidente y de una monumentalidad plástica inefable.

El casual hallazgo de este simbolismo permitió al médico vienés extender su clínica a los [illegible] y aplicar la psicoanálisis a los [illegible] del [illegible], a las mitologías, religiones y formas sociológicas.

[illegible] presente es el más adecuado para introducir en el [illegible] a las grandes [illegible] que hasta ahora lo desconocía. Poco a poco se irá viendo en él [illegible] el ingenioso edificio de observaciones y presupuestos con que Freud [illegible] al [illegible] de nuestra intimidad psíquica.

José ORTEGA Y GASSET.

I

# Olvido de nombres propios

En el año de 1898 publiqué en la «Revista de Psiquiatría y Neurología» un pequeño trabajo, titulado «Sobre el mecanismo psíquico del olvido» que quiero reproducir aquí utilizándolo como punto de partida para más amplias investigaciones. Examinaba en dicho ensayo, sometiendo al análisis psicológico un ejemplo observado directamente por mí mismo, el frecuente caso de olvido temporal de un nombre propio, y llegaba a la conclusión de que estos casos de fallo de una función psíquica—de la memoria—nada raros ni importantes en la práctica, admitían una explicación que iba más allá de la usual valoración atribuída a tales fenómenos.

Si no estoy muy equivocado, un psicólogo a quien se preguntase cómo es que con mucha frecuencia no conseguimos recordar un nombre propio que, sin embargo, estamos ciertos de conocer, se contentaría con responder que los nombres propios son más susceptibles de ser olvidados que otro cualquier contenido de la memoria y expondría luego plausibles razones para fundamentar esta preferencia del olvido, pero no sospecharía una más amplia determinación de tal hecho.

Por mi parte he tenido ocasión de observar, en minuciosas investigaciones sobre el fenómeno del olvido

temporal de los nombres, determinadas particularidades que, no en todos, pero sí en muchos de los casos, se manifiestan con claridad suficiente. En tales casos sucede que no sólo se olvida, sino que, además, se recuerda erróneamente. A la conciencia del sujeto que se esfuerza en recordar el nombre olvidado acuden otros--nombres sustitutivos —que son rechazados en el acto como falsos, pero que, sin embargo, continúan presentándose en la memoria con una gran tenacidad. El proceso que nos había de conducir a la reproducción del nombre buscado se ha desplazado, por decirlo así, y nos ha llevado hacia un sustitutivo erróneo. Mi opinión es que tal desplazamiento no se halla a merced de un mero capricho psíquico cualquiera, sino que sigue determinadas trayectorias regulares y perfectamente calculables o, para decirlo de otro modo, presumo que él o los nombres sustitutivos están en visible conexión con el nombre buscado y, si consigo demostrar la existencia de esta conexión, espero quedará hecha la luz sobre el proceso y origen del olvido de nombres.

En el ejemplo que en 1898 elegí para someterlo al análisis, el nombre que inútilmente me había esforzado en recordar era el del artista que, en la catedral de Orvieto, pintó los grandiosos frescos de «las postrimerías del hombre». En vez del nombre que buscaba —Signorelli— acudieron a mi memoria los de otros dos pintores—Botticelli y Boltraffio— que rechacé en seguida como erróneos. Cuando el verdadero nombre me fué comunicado por un testigo de mi olvido lo reconocí en el acto y sin vacilación alguna. La investigación de por qué influencias y qué caminos asociativos se había desplazado en tal forma la reproducción—desde Signorelli hasta Bot-

ticelli y Boltraffio—me dió los resultados siguientes:

a) La razón del olvido del nombre Signorelli no debe buscarse en una particularidad del mismo ni tampoco en un especial carácter psicológico del contexto en que se hallaba incluído. El nombre olvidado me era tan familiar como uno de los sustitutivos—Botticelli—y mucho más que el otro—Boltraffio—de cuyo poseedor apenas podría dar más indicación que la de su pertenencia a la escuela milanesa. La serie de ideas de la que formaba parte el nombre Signorelli en el momento en que el olvido se produjo, me parece absolutamente inocente e inapropiada para aclarar en nada el fenómeno producido. Fué en el curso de un viaje en coche desde Ragusa (Dalmacia) a una estación de la Herzegowina. Iba yo en el coche con un desconocido; trabé conversación con él y, cuando llegamos a hablar de un viaje que había hecho por Italia, le pregunté si había estado en Orvieto y visto los famosos frescos de ***.

b) El olvido del nombre queda aclarado al pensar en el tema de nuestra conversación que precedió inmediatamente a aquel otro en que el fenómeno se produjo y se explica como una perturbación del nuevo tema por el anterior. Poco antes de preguntar a mi compañero de viaje si había estado en Orvieto, habíamos hablado de las costumbres de los urcos residentes en Bosnia y en la Herzegowina. Yo conté haber oído a uno de mis colegas, que ejercía la medicina en aquellos lugares y tenía muchos clientes turcos, que éstos suelen mostrarse llenos de confianza en el médico y de resignación ante el destino. Cuando se les anuncia que la muerte de uno de sus deudos es inevitable y que todo auxilio es inútil,

contestan: —« ¡ S e ñ o r ( H e r r ) , qué le vamos a hacer! ¡Sabemos que si hubiera sido posible salvarle le hubiérais vos salvado!» En estas frases se hallan las siguientes palabras y nombres: B o s n i a , H e r z e g o w i n a y S e ñ o r ( H e r r ) , que pueden incluirse en una serie de asociaciones entre S i g n o r e l l i , B o t t i c e l l i y B o l t r a ffio .

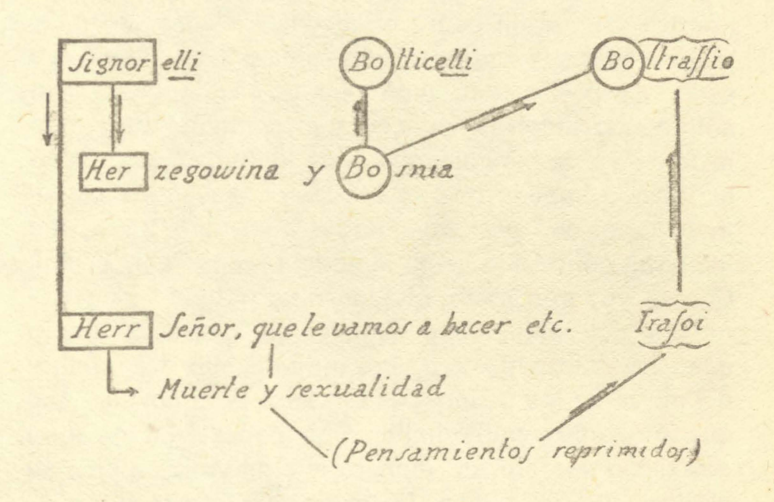
c) La serie de ideas sobre las costumbres de los turcos en Bosnia etc., recibió la facultad de perturbar una idea inmediatamente posterior por el hecho de haber yo apartado de ella mi atención sin haberla agotado. Recuerdo, en efecto, que antes de mudar de tema quise referir una segunda anécdota que reposaba en mi memoria al lado de la ya referida. Los turcos de que hablábamos estiman el placer sexual sobre todas las cosas y cuando sufren un trastorno de este orden, caen en una desesperación que contrasta extrañamente con su conformidad en el momento de la muerte. Uno de los pacientes que visitaba mi colega, le dijo un día: «Tu sabes muy bien, s e ñ o r ( H e r r ), que cuando eso no es ya posible pierde la vida todo su valor».

Por no tocar este tema, un tanto escabroso, en una conversación con un desconocido, reprimí mi intención de relatar este rasgo característico. Pero no fué esto solo lo que hice, sino que también desvié mi atención de la continuación de aquella serie de pensamientos que me hubiera podido llevar al tema «muerte y sexualidad». Me hallaba yo entonces bajo los efectos de una noticia que pocas semanas antes había recibido durante una corta estancia en T r a f o i . Un paciente, en cuyo tratamiento había yo trabajado mucho y con gran interés, se había suicidado a causa de una incurable perturbación sexual. Estoy seguro de que en todo mi viaje por la Herzegowina no acu-

dió a mi memoria consciente el recuerdo de este triste suceso ni de nada que tuviera conexión con él. Mas la consonancia Trafoi-Boltraffio me obliga a admitir que en aquellos momentos y a pesar de la voluntaria desviación de mi atención, fué dicha reminiscencia puesta en actividad en mí.

d) No puedo ya, por tanto, considerar el olvido del nombre Signorelli como un acontecimiento casual y tengo que reconocer la influencia de un motivo en este suceso. Existían motivos que me indujeron, no sólo a interrumpirme en la comunicación de mis pensamientos sobre las costumbres de los turcos, etc., sino también a impedir que se hiciesen conscientes en mí aquellos otros, que asociándose a los anteriores, me hubieran conducido hasta la noticia recibida en Trafoi. Quería yo, por tanto, olvidar algo y había reprimido determinados pensamientos. Claro es que lo que deseaba olvidar era algo muy distinto del nombre del pintor de los frescos de Orvieto, pero aquello que quería olvidar, resultó hallarse en conexión asociativa con dicho nombre, de manera que mi volición erró su blanco y yo olvidé lo uno contra mi voluntad mientras quería con toda intención olvidar lo otro. La repugnancia a recordar se refería a un objeto y la incapacidad de recordar surgió con respecto a otro. El caso sería más sencillo si ambas cosas, repugnancia e incapacidad, se hubieran referido a un solo dato. Los nombres sustitutivos no aparecen ya tan injustificados como antes de estas aclaraciones y aluden (como en una especie de transacción), tanto a lo que quería olvidar, como a lo que quería recordar, mostrándome que mi intención de olvidar algo, no ha triunfado por completo, ni tampoco fracasado en absoluto.

e) La naturaleza de la asociación establecida entre el nombre buscado y el tema reprimido (muerte y sexualidad, etc., en el que aparecen las palabras Bosnia, Herzegowina y Trafoi), es especialmente singular. El siguiente esquema que publiqué con mi referido artículo trata de representar dicha asociación:




En este proceso asociativo el nombre Signorelli, quedó dividido en dos trozos. Uno de ellos (e l l i) reapareció sin modificación alguna en uno de los nombres sustitutivos y el otro entró —por su traducción S i g n o r - H e r r (Señor)— en numerosas y diversas relaciones con los nombres contenidos en el tema reprimido, pero precisamente por haber sido traducido, no pudo prestar ayuda ninguna para llegar a la reproducción buscada. Su sustitución se llevó a cabo como si se hubiera ejecutado un desplazamiento a lo largo de la asociación de los nombres «Herzegowina y Bosnia», sin tener en cuenta para nada el sentido ni la limitación

acústica de las sílabas. Así, pues, los nombres fueron manejados en este proceso de un modo análogo a como se manejan las imágenes gráficas representativas de trozos de una frase con la que ha de formarse un geroglífico. La conciencia no percibió nada de todo el proceso que por tales caminos produjo los nombres sustitutivos en lugar del nombre Signorelli. Tampoco parece hallarse a primera vista una relación distinta de esta reaparición de las mismas sílabas o, mejor dicho, series de letras, entre el tema en el que apareció el nombre Signorelli y el que le precedió y fué reprimido.

Quizá no sea ocioso hacer constar que las condiciones de la reproducción y del olvido aceptadas por los psicólogos y que se cree hallar en determinadas relaciones y disposiciones, no son contradichas por la explicación precedente. Lo que hemos hecho es tan solo añadir en ciertos casos un motivo más a los factores hace ya tiempo reconocidos como capaces de producir el olvido de un nombre y, además, aclarar el mecanismo del recuerdo erróneo. Aquellas disposiciones son también en nuestro caso de absoluta necesidad para hacer posible que el elemento reprimido se apodere asociativamente del nombre buscado y lo lleve consigo a la represión. En otro nombre de más favorables condiciones para la reproducción, quizá no hubiera sucedido esto. Es muy probable que un elemento reprimido esté siempre dispuesto a manifestarse en cualquier otro lugar, pero no lo logrará más que en aquel en que condiciones apropiadas favorezcan su emergencia. Otras veces, la represión se verifica, sin que la función sufra trastorno alguno, o, como podríamos decir justificadamente, sin síntomas.

El resumen de las condicionantes del olvido de nom-

bres acompañado de recuerdo erróneo, será, pues, el siguiente:

1.° Una determinada disposición para el olvido del nombre de que se trate.—2.° Un proceso represivo llevado a cabo poco tiempo antes.—3.° La posibilidad de una asociación exterior entre el nombre que se olvida y el elemento anteriormente reprimido. Esta última condición no debe considerarse como muy importante, pues la asociación exterior referida se establece con gran facilidad y puede considerarse existente en la mayoría de los casos. Otra cuestión de más profundo alcance, es la de si una tal asociación externa puede ser condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre buscado o si no será además necesario que exista una más íntima conexión entre los temas respectivos. Una observación superficial haría rechazar el último postulado y considerar suficiente la contigüidad temporal aun siendo los contenidos totalmente distintos, pero si se profundiza más, se hallará que los elementos unidos por una asociación externa (el reprimido y el nuevo), poseen con la mayor frecuencia una conexión en su contenido. El ejemplo «Signorelli», es una prueba de ello.

El valor de lo deducido de este ejemplo, depende, naturalmente, de que lo consideremos como un caso típico o como un fenómeno aislado. Por mi parte debo hacer constar que el olvido de un nombre acompañado de recuerdo erróneo se presenta con extrema frecuencia en forma igual a la que nos ha revelado el análisis de dicho ejemplo. Casi todas las veces que he tenido ocasión de observar en mí mismo tal fenómeno, he podido explicarlo del mismo modo: esto es, como motivado por represión. Existe aún otro argumento en fa-

vor de la naturaleza típica de nuestro análisis, y es el de que, a mi juicio, no pueden separarse en principio los casos de olvido de nombres con recuerdo erróneo de aquellos otros en que no aparecen nombres sustitutivos equivocados. Estos surgen espontáneamente en muchos casos y, en los que no, puede forzárselos a emerger por medio de un esfuerzo de atención y entonces muestran con el elemento reprimido y el nombre buscado, iguales conexiones que si su aparición hubiera sido espontánea. La percepción del nombre sustitutivo por la conciencia, parece estar regulada por dos factores, uno el esfuerzo de atención y otro una determinante interna inherente al material psíquico. Esta última pudiera buscarse en la mayor o menor facilidad con la que se constituye la necesaria asociación externa entre los dos elementos. Gran parte de los casos de olvido de nombre sin recuerdo erróneo, se unen de este modo a los casos con formación de nombres sustitutivos, en los cuales rige el mecanismo descubierto en el ejemplo «Signorelli». Sin embargo, no me atreveré a afirmar rotundamente que todos los casos de olvido de nombre puedan ser incluídos en dicho grupo, pues sin duda existen algunos que presentan un proceso más sencillo. Así, pues, creemos obrar con prudencia exponiendo el estado de cosas en la siguiente forma: *Junto a los sencillos olvidos de nombres propios, aparecen otros motivados por represión.*

II

## Olvido de palabras extranjeras

El léxico usual de nuestro idioma propio parece hallarse protegido del olvido, dentro de los límites de la función normal. No sucede lo mismo con los vocablos de un idioma extranjero. En éste todas las partes de la oración están igualmente predispuestas a ser olvidadas. Un primer grado de perturbación funcional se revela ya en la desigualdad de nuestro dominio sobre una lengua extranjera, según nuestro estado general y el grado de nuestra fatiga. Este olvido se manifiesta en una serie de casos siguiendo igual mecanismo que el que el análisis nos ha descubierto en el ejemplo «Signorelli». Para demostrarlo expondremos un sólo análisis de un caso de olvido de un vocablo no sustantivo en una cita latina, análisis al que valiosas particularidades, dan un extraordinario interés. Séanos permitido exponer con toda amplitud y claridad el pequeño suceso.

En el pasado verano reanudé durante mi viaje de vacaciones, mi trato con un joven de extensa cultura y que, según pude observar, conocía algunas de mis publicaciones psicológicas. No se por qué derroteros llegamos en nuestra conversación a tratar de la situación social del pueblo a que ambos pertenecemos y mi interlocutor, que mostraba ser un tanto ambicioso, co-

menzó a lamentarse de que su generación estaba, a su juicio, destinada al fracaso, no pudiendo ni desarrollar sus talentos, ni satisfacer sus necesidades. Al acabar su exaltado y apasionado discurso, quiso cerrarlo con el conocido verso virgiliano, en el cual la desdichada Dido, encomienda a la posteridad su venganza sobre Eneas: Exoriare... pero le fué imposible recordar con exactitud la cita, e intentó llenar una notoria laguna que se presentaba en su recuerdo, cambiando de lugar las palabras del verso: —¡Exoriar(e) ex nostris ossibus ultor! —Por último, exclamó con enfado: —No ponga usted esa cara de burla, como si estuviera gozándose en mi confusión, y ayúdeme un poco. Algo falta en el verso que deseo citar. ¿Puede usted decírmelo completo?

En el acto accedí con gusto a ello y dije el verso tal y como es:

—¡Exoriar(e) aliquis nostris ex ossibus ultor!

—¡Qué estupidez, olvidar una palabra así! Por cierto que usted sostiene que nada se olvida sin una razón determinante. Me gustaría conocer por qué he olvidado yo ahora el pronombre indefinido aliquis.

Esperando obtener una contribución a mi colección de observaciones, acepté enseguida el reto y respondí: —Eso lo podemos averiguar enseguida y, para ello, le ruego a usted que me vaya comunicando sinceramente y absteniéndose de toda crítica todo lo que se le ocurre cuando dirige usted sin intención particular, su atención sobre la palabra olvidada (1).

---

(1) Este es el medio general para atraer a la conciencia los elementos representativos que permanecen ocultos.

—Está bien. Lo primero que se me ocurre es la ridiculez de considerar la palabra dividida en dos partes: a y liquis.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Qué más se le ocurre?

—La cosa continúa así: reliquias-liquidación-líquido-fluido. ¿Ha averiguado usted ya algo?

—No; ni mucho menos. Pero siga usted.

—Pienso—prosiguió riendo con burla—en Simón de Trento, cuyas reliquias vi hace dos años en una iglesia de aquella ciudad, y luego en la acusación que de nuevo se hace a los judíos de asesinar a un cristiano cuando llega la Pascua, para utilizar su sangre en sus ceremonias religiosas (1). Recuerdo después el escrito de Kleinpaul, en el que se consideran estas supuestas víctimas de los judíos como reencarnaciones o nuevas ediciones, por decirlo así, del Redentor.

—Observará usted que esos pensamientos no carecen de conexión con el tema de que tratábamos momentos antes de no poder usted recordar la palabra latina aliquis.

—En efecto. Ahora pienso en un artículo que leí hace poco en un periódico italiano. Creo que se titulaba: «Lo que dice San Agustín de las mujeres.» ¿Qué hace usted con este dato?

(1) Nota del traductor.—Esta acusación surgió por vez primera en Francia bajo el reinado de Felipe II (1180-1223), y motivó la expulsión de los judíos de dicho país. Desde entonces, y hasta los tiempos modernos, ha resurgido siempre que en tiempo de Pascua desaparecía o era encontrado asesinado un cristiano en los barrios judíos. Varias de estas supuestas víctimas han llegado a ser canonizadas, entre ellas San Simón de Trento.

—Por ahora, esperar.

—Ahora aparece algo que seguramente no tiene conexión alguna con nuestro tema...

—Le ruego prescinda de toda crítica y...

—Lo sé, lo sé. Me acuerdo de un arrogante anciano que encontré la semana pasada en el curso de mi viaje. Un verdadero original. Su aspecto es el de un gran ave de rapiña. Si le interesa a usted su nombre le diré que se llama Benedicto.

—Hasta ahora tenemos por lo menos una serie de santos y padres de la Iglesia: S. Simón, S. Agustín, S. Benedicto y Orígenes. Además, tres de estos nombres son nombres propios, como también Pablo (Paul), que aparece en Kleinpaul.

—Luego se me viene a las mientes S. Genaro y el milagro de su sangre... Creo que esto sigue ya mecánicamente.

—Déjese usted de observaciones. San Genaro y San Agustín tienen una relación con el calendario. ¿Quiere usted recordarme en qué consiste el milagro de la sangre de San Genaro?

—Lo conocerá usted, seguramente. En una iglesia de Nápoles se conserva, en una ampolla de cristal, la sangre de San Genaro. Esta sangre se liquida milagrosamente todos los años en un determinado día festivo. El pueblo se interesa mucho por este milagro, y experimenta una gran agitación cuando se retrasa, como sucedió una vez durante una ocupación francesa. Entonces el general que mandaba las tropas, o no sé si estoy equivocado y fué Garibaldi, llamó aparte a los sacerdotes y, mostrándoles con gesto significativo los soldados que ante la iglesia había apostados, dijo que esperaba que el milagro se produciría en seguida y, en efecto, se produ...

—Siga usted. ¿Por qué se detiene?

—Es que en este instante recuerdo algo que... Pero es una cosa demasiado íntima para comunicársela a nadie... Además, no veo que tenga conexión ninguna con nuestro asunto, ni que haya necesidad de contarla.

—El buscar la conexión es cosa mía. Claro es que no puedo obligarle a contarme lo que a usted le sea penoso comunicar a otra persona, pero entonces no me pida usted que le explique por qué ha olvidado la palabra aliquis.

—¿De verdad? Le diré, pues, que de pronto he pensado en una señora de la cual podría fácilmente recibir una noticia sumamente desagradable para ella y para mí.

—¿Que le ha faltado este mes la menstruación?

—¿Cómo ha podido usted adivinarlo?

—No era difícil. Usted mismo me preparó muy bien el camino. Piense usted en los santos del calendario, la liquefacción de la sangre en un día determinado, la inquietud cuando el suceso no se produce, la expresiva amenaza de que el milagro tiene que manifestarse o que si no... Ha transformado usted el milagro de San Genaro en un magnífico símbolo del período de la mujer.

—Pero sin darme en absoluto cuenta de ello. ¿Y cree usted que realmente mi temerosa expectación ha sido la causa de no haber logrado reproducir la palabreja aliquis?

—Me parece indudable. Recuerde usted la división que de ella hizo en a y liquis y luego las asociaciones: Reliquias, liquidación, líqui-

do. ¿Debo también entretejer en estas asociaciones el recuerdo de Simón de Trento, sacrificado en su primera infancia?

—Más vale que no lo haga usted. Espero que no tome usted en serio esos pensamientos, si es que realmente los he tenido. En cambio le confesaré que la señora en cuestión es italiana y que visité Nápoles en su compañía. Pero ¿no puede ser todo ello una pura casualidad?

—Dejo a su juicio el determinar si toda esa serie de asociaciones puede explicarse por la intervención de la casualidad. Mas lo que sí le advierto, es que todos, y cada uno de los casos semejantes que quiera usted someter al análisis, le conducirán siempre al descubrimiento de «casualidades» igualmente extrañas.

Estamos muy agradecidos a nuestro compañero de viaje, por su autorización para hacer público uso de este pequeño análisis que estimamos en mucho, dado que en él pudimos utilizar una fuente de observación, cuyo acceso nos está vedado de ordinario. En la mayoría de los casos nos vemos obligados a poner como ejemplos de aquellas perturbaciones psicológicas de las funciones en el curso de la vida cotidiana que aquí reunimos, observaciones verificadas en nuestra propia persona, pues evitamos servirnos del rico material que nos ofrecen los enfermos neuróticos que a nosotros acuden, por temor a que se nos objete que los fenómenos que expusiéramos, eran consecuencias y manifestaciones de la neurosis. Es, por lo tanto, de gran valor para nuestros fines el que se ofrezca como objeto de una tal investigación una persona desligada de nosotros y de nervios sanos. El análisis que acabamos de exponer, es además de gran importancia, considerado desde otro punto de vista. Aclara, en efecto, un caso de

olvido de una palabra s i n recuerdos sustitutivos y confirma nuestra anterior afirmación de que la emergencia o la falta de recuerdos sustitutivos equivocados no puede servir de base para establecer una diferenciación esencial. (1)

El principal valor del ejemplo a l i q u i s reside, sin

(1) Una más sutil observación reduce en mucho la antítesis que respecto a los recuerdos sustitutivos existe entre el análisis del caso S i g n o r e l l i y el del caso a l i q u i s En efecto, también en este último aparece acompañado el olvido de una formación de sustitutivos. Cuando posteriormente pregunté a mi compañero si en sus esfuerzos por recordar la palabra olvidada no se le había ocurrido alguna otra en sustitución de ella, me comunicó que primero había sentido la tentación de introducir en el verso la palabra a b y decir n o s t r i s a b o s s i b u s (quizá fuera este a b el trozo desligado de a - l i q u i s ) y que después la palabra e x o r i a r e había acudido a su pensamiento repetida y obstinadamente. Como escéptico a mis teorías, añadió que esto se debía sin duda a ser aquélla la palabra con la que comenzaba el verso. Cuando después le rogué que considerara con atención las asociaciones que siguieron a e x o r i a r e , me dijo que la primera era e x o r c i s m o . Podemos suponer, por lo tanto, que la acentuación intensiva de e x o r i a r e tenía en la reproducción el valor de una tal formación de sustitutivos. Esta habría sido continuada por los nombres de s a n t o s después de pasar sobre la asociación e x o r c i s m o . De todos modos, son éstas sutilezas a las que no hay necesidad de conceder un valor extraordinario. Pero ahora sí nos parece posible considerar la aparición de cualquier especie de recuerdos sustitutivos como un signo constante, aunque quizá tan solo característico y revelador del olvido tendencioso motivado por represión. Esta formación de sustitutivos existiría aún en aquellos casos en que no se presentan falsos nombres sustitutivos, manifestándose entonces bajo la forma de intensificación de un elemento vecino o contiguo al elemento olvidado. En el caso S i g n o r e l l i , y durante todo el tiempo que el nombre del pintor permaneció inaccesible para mí, tuve, en cambio, un c l a r í s i m o recuerdo visual, mucho más intenso de lo que estos recuerdos lo suelen ser generalmente en nosotros, de su ciclo de frescos y de

embargo, en algo distinto de su diferencia con el caso Signorelli. En este último, la reproducción del nombre se vió perturbada por los efectos de una serie de pensamientos que había comenzado a desarrollarse poco tiempo antes y que fué interrumpida de repente, pero cuyo contenido no estaba en conexión con el nuevo tema en el cual estaba incluído el nombre Signorelli. Entre el tema reprimido y el del nombre olvidado, existía tan solo una relación de contigüidad temporal y esta era suficiente para que ambos temas pudieran ponerse en contacto por medio de una asociación externa (1). En cambio, en el ejemplo a l i q u i s no se observa huella ninguna de un tal tema independiente y reprimido que habiendo ocupado el pensamiento consciente inmediatamente antes, resonara después produciendo una perturbación. El trastorno de la reproducción surge aquí del interior del tema tratado y a causa de una contradicción inconsciente que se alza frente a la optación expresada en la cita latina. El orador, después de lamentarse de que la actual generación de su patria sufriera, a su juicio, una disminución en sus derechos,

su autorretrato que aparece en un ángulo de uno de aquéllos. En otro caso que también relatamos en nuestro artículo publicado en 1898, del que ya hemos hecho mención, olvidamos, hallándonos en una ciudad extranjera, el nombre de la calle en la que debíamos hacer una visita poco atractiva, pero, como una burla, retuvimos clarísimamente el número de la casa, cuando de ordinario es en nosotros el recuerdo de números y cifras lo que con más dificultad se conserva.

(1) No quisiéramos aceptar con completo convencimiento la falta de conexión entre los dos círculos de pensamientos del caso S i g n o r e l l i. Una cuidadosa prosecución de los pensamientos reprimidos sobre muerte y sexualidad, nos hace, en efecto, llegar a una idea que se relaciona muy de cerca con el tema de los frescos de Orvieto.

profetizó, imitando a Dido, que la generación siguiente llevaría a cabo la venganza de los oprimidos. Por lo tanto había expresado su deseo de tener descendencia. Pero en el mismo momento se interpuso un pensamiento contradictorio. —¿En realidad, deseas tan vivamente tener descendencia? Eso no es cierto. ¡Cuál no sería tu confusión si recibieras la noticia de que estabas en camino de obtenerla en la persona que tú sabes! No, no, nada de descendencia, aunque sea necesaria para nuestra venganza—. Esta contradicción muestra su influencia haciendo posible, exactamente como en el ejemplo «Signorelli», una asociación externa entre uno de sus elementos de representación y un elemento del deseo contradicho, lográndolo en este caso de un modo altamente violento y por medio de un rodeo asociativo, aparentemente artificioso. Una segunda coincidencia esencial con el ejemplo Signorelli, resulta del hecho de provenir la contradicción de fuentes reprimidas y partir de pensamientos que motivarían una desviación de la atención. Hasta aquí hemos tratado de la diferencia e interno parentesco de los dos paradigmas del olvido de nombres. Hemos aprendido a conocer un segundo mecanismo del olvido: la perturbación de un pensamiento por una contradicción interna proviniente de lo reprimido. En el curso de estas investigaciones volveremos a hallar repetidas veces este hecho, que nos parece el más fácilmente comprensible.

III

## Olvido de nombres y de series de palabras

Experiencias, como la anteriormente relatada, sobre el proceso del olvido de un trozo de una frase en idioma extranjero, excitan la curiosidad de comprobar si el olvido de frases del idioma propio demanda o no una explicación esencialmente distinta. No suele causar asombro el no poder reproducir, sino con lagunas e infidelidades una fórmula o una poesía aprendidas de memoria tiempo atrás. Mas como este olvido no alcanza por igual a la totalidad de lo aprendido sino que parece asimismo desglosar de ello trozos aislados, pudiera ser de interés investigar analíticamente algunos ejemplos de una tal reproducción defectuosa.

Uno de mis colegas, más joven que yo, expresó en el curso de una conversación conmigo, la presunción de que el olvido de poesías escritas en la lengua materna pudiera obedecer a motivos análogos a los que producen el olvido de elementos aislados de una frase de un idioma extranjero y se ofreció en el acto como objeto de una experiencia que aclarase su suposición. Preguntado con qué poesía deseaba que hiciéramos la prueba, eligió «La prometida de Corinto», composición muy de su agrado y de la que creía poder recitar de memoria por lo menos algunas estrofas. Ya al comienzo de la reproducción surgió una dificultad realmente singular: —¿Es— me preguntó mi colega —«de

Corinto a Atenas» o «de Atenas a Corinto?»—. También yo vacilé por un momento hasta que, echándome a reir, observé que el título de la poesía: «La prometida de Corinto», no dejaba lugar de duda sobre el itinerario seguido por el novio para llegar al lado de ella. La reproducción de la primera estrofa se verificó luego sin tropiezo alguno, o por lo menos, sin que notásemos ninguna infidelidad. Después de la primera línea de la segunda estrofa se detuvo el recitador y pareció buscar la continuación durante unos instantes, pero enseguida prosiguió diciendo:

Mas ¿será bien recibido por sus huéspedes
ahora que cada día trae consigo algo nuevo?
El es aún pagano, como todos los suyos
y aquéllos son ya cristianos y están bautizados.

Desde la segunda línea había yo ya sentido cierta extrañeza, y al terminar la cuarta convinimos ambos en que el verso había sufrido una deformación, pero no siéndonos posible corregirla de memoria, nos trasladamos a mi biblioteca para consultar el original de Goethe y hallamos con sorpresa que el texto de la segunda línea de la estrofa era en absoluto diferente del producido por la memoria de mi colega, y había sido sustituído por algo que al parecer no tenía la menor relación con él.

El texto verdadero es como sigue:

Mas ¿será bien recibido por sus huéspedes
si no compra muy caro su favor?

Con «compra» (erkauft) rima «bautizados» (getauft), y además me pareció muy extraño que la constelación: pagano, cristianos y bautizados, hubiese

ayudado tan poco al recitador a reconstruir con acierto el texto.

—¿Puede usted explicarse —pregunté a mi compañero— cómo ha podido usted borrar tan por completo todo un verso de una poesía que le es perfectamente conocida? ¿Sospecha usted de qué contexto ha podido usted sacar la frase sustitutiva?

Podía, en efecto, explicar lo que creía motivo del olvido sufrido y de la sustitución efectuada y, forzándose visiblemente por tener que hablar de cosas poco agradables para él, dijo lo que sigue:

—La frase «ahora que cada día trae consigo algo nuevo», no me suena como totalmente desconocida; he debido pronunciarla hace poco refiriéndome a mi situación profesional, pues ya sabe usted que mi clientela ha aumentado mucho en estos últimos tiempos, cosa que como es natural, me tiene satisfecho. Vamos ahora a la cuestión de cómo ha podido introducirse esta frase en sustitución de la verdadera. También aquí creo poder hallar una conexión. La frase «si no compra muy caro su favor», era sin duda alguna desagradable para mí, por poderse relacionar con el siguiente hecho. Tiempo atrás pretendí la mano de una mujer y fuí rechazado. Ahora que mi situación económica ha mejorado mucho, proyecto renovar mi petición. No puedo hablar más sobre este asunto, pero con lo dicho comprenderá usted que no ha de ser muy agradable para mí, si ahora soy aceptado, el pensar que tanto la negativa anterior como el actual consentimiento, han podido obedecer a una especie de cálculo.

Esta explicación me pareció aclarar la sucedido sin necesidad de conocer más minuciosos detalles. Pero, sin embargo, pregunté: —¿Y qué razón le lleva a usted a inmiscuir su propia persona y sus asuntos priva-

dos en el texto de «La prometida de Corinto»? ¿Existe quizá también en su caso aquella diferencia de creencias religiosas que constituye uno de los temas de la poesía?

(Cuando surge una nueva fé
el amor y la fidelidad son, con frecuencia,
arrancados como perversa cizaña).

Esta vez no había yo acertado, pero fué curioso observar cómo una de mis preguntas, yendo bien dirigida, iluminó el espíritu de mi colega, de tal manera, que le permitió contestarme con una explicación que seguramente había permanecido hasta entonces oculta para él. Mirándome con expresión atormentada y en la que se notaba algún despecho, murmuró como para sí mismo, los siguientes versos que aparecen algo más adelante en la poesía goethiana:—

Mírala bien.
Mañana habrá ella encanecido. (1)

—y añadió a poco: —Ella es algo mayor que yo.

Para no apenarlo más, desistí de proseguir la investigación. Además el caso me parecía suficientemente aclarado. Lo más sorprendente de él, era ver cómo el esfuerzo efectuado para hallar la causa de un inocente fallo de la memoria, había llegado a herir cuestiones

(1) También estos bellos versos de la poesía goethiana fueron alterados por mi colega, tanto en su contenido como en el objeto a que se aplican. El fantasma de la muchacha de Corinto dice a su prometido: «Te he dado mi cadena—y me llevo un bucle de tus cabellos. —Míralo bien—mañana habrás tú encanecido—y ya no volverás a poseer negros cabellos hasta que estés allá abajo».

particulares del sujeto de la experiencia, tan lejanas al contenido de ésta y tan íntimas y penosas.

C. G. Jung expone otro caso de olvido de varias palabras consecutivas de una poesía conocida, que quiero copiar aquí tal y como él lo relata (1):

«Un señor quiere recitar la conocida poesía. «Un pino se alza solitario... etc.» Al llegar a la línea que comienza «Dormita...» se queda atascado sin poder continuar. Ha olvidado por completo las palabras siguientes «envuelto en blanco manto». Este olvido de un verso tan vulgarizado me pareció extraño, e hice que la persona que lo había sufrido me comunicase todo aquello que se le fuese ocurriendo al fijar su atención en las palabras olvidadas, las cuales le recordé, obteniendo la serie siguiente: —Ante las palabras «envuelto en blanco manto», en lo primero que pienso es en un sudario;— un lienzo blanco en el que se envuelve a los muertos. —(Pausa) —Luego, en un íntimo amigo mío; —su hermano ha muerto hace poco de repente; —dicen que de una apoplejía; —era también muy corpulento; —mi amigo lo es también y varias veces he pensado que podía sucederle lo mismo;— hace una vida muy sedentaria; —cuando me enteré de la muerte de su hermano, me entró el temor de que algún día pudiera yo sufrir igual muerte, pues en mi familia tenemos tendencia a la obesidad y mi abuelo murió asimismo de una apoplejía; también yo me encuentro demasiado grueso y he emprendido en estos días una cura para adelgazar.

Vemos, pues—comenta Jung—, que el sujeto se

---

(1) C. G. Jung.—Sobre la psicología de la dementia praecox, 1907, pág. 67.

había identificado en el acto, inconscientemente, con el pino envuelto en un blanco sudario.»

El ejemplo que a continuación exponemos, y que debemos a nuestro amigo S. Ferenczi, de Budapest, se refiere, a diferencia de los anteriores, a una frase no tomada de la obra de un poeta, sino pronunciada por el propio sujeto que luego no logra recordarla. Además nos presenta el caso, no muy común, en que el olvido se pone al servicio de nuestra discreción en momentos en que ésta se ve amenazada del peligro de sucumbir a una caprichosa veleidad. De este modo el fallo se convierte en una función útil, y cuando nuestro ánimo se serena, hacemos justicia a aquella corriente interna que anteriormente sólo podía exteriorizarse por un fallo, un olvido, o sea una impotencia psíquica.

«En una reunión se mencionó la frase «Tout comprendre c'est tout pardonner». Al oirla hice la observación de que con la primera parte bastaba, siendo un acto de soberbia el meterse a perdonar, misión que se debía dejar a Dios y a los sacerdotes. Uno de los presentes halló muy acertada mi observación, lo cual me animó a seguir hablando y—probablemente para asegurarme la buena opinión del benévolo crítico—le comuniqué que poco tiempo antes había tenido una ocurrencia aún más ingeniosa. Pero cuando quise comenzar a relatarla no conseguí recordar nada de ella. En el acto me retiré un poco de la reunión y anoté las ideas encubridoras (Deckeinfaelle). Primero acudió el nombre del amigo y el de la calle de Budapest, que fueron testigos del nacimiento de la ocurrencia buscada, y después el nombre de otro amigo, Max, al que solemos llamar familiarmente Maxi. Este nombre me condujo luego a la palabra máxima y al recuerdo de que en

aquella ocasión se trataba también, como en la frase inicial de este caso, de la transformación de una máxima muy conocida. Por un extraño proceso, en vez de ocurrírseme a continuación una máxima cualquiera, recordé la frase siguiente: «Dios creó al hombre a su imagen» y su transformación: «El hombre creó a Dios a la suya». Acto seguido surgió el recuerdo buscado, que se refería a lo siguiente:

Un amigo mío me dijo paseando conmigo por la calle de Andrassy: «Nada humano me es ajeno», a lo cual respondí yo, aludiendo a las experiencias psicoanalíticas: «Debías continuar y reconocer que tampoco nada animal te es ajeno».

Después de haber logrado de este modo hacerme con el recuerdo buscado, me fué imposible relatarlo en la reunión en que me hallaba. La joven esposa del amigo a quien yo había llamado la atención sobre la animalidad de lo inconsciente, estaba también entre los presentes, y yo sabía que se hallaba poco preparada para el conocimiento de tales poco halagadoras opiniones. El olvido sufrido me ahorró una serie de preguntas desagradables que no hubiera dejado de dirigirme, y quizá una inútil discusión, lo cual fué sin duda el motivo de mi amnesia temporal.

Es muy interesante el que se presentase como idea encubridora una frase que rebaja la divinidad hasta considerarla como una invención humana, al par que en la frase buscada se alude a lo que de animal hay en el hombre. Ambas frases tienen, por lo tanto, común, una idea de *capitis diminutio*, y todo el proceso es, sin duda, la continuación de la serie de ideas sobre el comprender y el perdonar, sugerida por la conversación.

El que en este caso surgiese tan rápidamente lo buscado, débese quizá a que en el acto de ocurrir el olvido abandoné momentáneamente la reunión, en la que se ejercía una censura sobre ello, para retirarme a un cuarto solitario.»

He analizado numerosos casos de olvido o reproducción incorrecta de varias palabras de una frase, y la conformidad de los resultados de estas investigaciones, me inclina a admitir que el mecanismo del olvido descubierto al analizar los casos de «aliquis» y de «La prometida de Corinto», posee validez casi universal. No es fácil publicar con frecuencia tales ejemplos de análisis, dado que, como se habrá visto por las anteriores, conducen casi siempre a asuntos íntimos del analizado y a veces hasta desagradables y penosos para él, razón por la cual no añadiré ningún otro a los ya expuestos. Lo que de común tienen todos estos casos, sin distinción del material, es que lo olvidado o deformado entra en conexión por un camino asociativo cualquiera con un contenido psíquico inconsciente del que parte aquella influencia que se manifiesta en forma de olvido.

Volveré, pues, al olvido de nombres, cuya casuística y motivos no han quedado aún agotados por completo y, como esta clase de rendimientos fallidos (Fehlleistungen), los puedo observar con bastante frecuencia en mí mismo, no he de hallarme escaso de ejemplos que exponer a mis lectores. Las leves jaquecas de que padezco, suelen anunciarse, unas horas antes de atacarme, por el olvido de nombres y cuando llegan a su punto álgido, aunque son lo suficientemente débiles para no obligarme a abandonar el trabajo, me privan con frecuencia de la facultad de recordar todos los nombres propios. Casos como este mío, pudieran hacer sur-

gir una vigorosa objeción a nuestros esfuerzos analíticos. ¿No habrá acaso que deducir de él que la causa de los olvidos y en especial del olvido de nombres, está en una perturbación circulatoria o funcional del cerebro y que, por lo tanto, no hay que molestarse en buscar explicaciones psicológicas a tales fenómenos? Mi opinión es en absoluto negativa, y creo que ello equivaldría a confundir el mecanismo de un proceso, igual en todos los casos, con las condiciones variables y no inevitablemente necesarias, que puedan favorecer su desarrollo. En vez de discutir con detención la objeción expuesta, voy a exponer una comparación, con la que creo quedará más claramente anulada.

Supongamos que he cometido la imprudencia de ir a pasear de noche por los desiertos arrabales de una gran ciudad, y que atacado por unos ladrones me veo despojado de mi dinero y mi reloj. En el puesto de Policía más próximo hago luego la denuncia con las palabras siguientes: «En tal o cual calle, l a s o l e d a d y l a o s c u r i d a d me han robado el reloj y el dinero». Aunque con esto no diga nada inexacto, correría el peligro de ser considerado—juzgándome por la manera de hacer la denuncia--como un completo chiflado. La correcta expresión de lo sucedido sería decir que f a v o r e c i d o s por la soledad del lugar y a l a m p a r o de la oscuridad que en él reinaba, me habían despojado de mi dinero y mi reloj u n o s d e s c o n o c i d o s m a l h e c h o r e s. Ahora bien: la cuestión del olvido de los nombres es algo totalmente idéntico. Un poder psíquico desconocido, favorecido por la fatiga, la perturbación circulatoria y la intoxicación, me despoja de mi dominio sobre los nombres propios pertenecientes a mi memoria y este poder es el mismo que en otros casos puede producir igual fallo de la memo-

ria, gozando el sujeto de perfecta salud y completa capacidad mental.

Al analizar los casos de olvido de nombres propios observados en mi mismo, encuentro casi regularmente que el nombre retenido muestra hallarse en relación con un tema concerniente a mi propia persona y que, con frecuencia, puede despertar en mí intensas y a veces penosas emociones. Conforme a la acertada y recomendable práctica de la Escuela de Zürich (Bleuler, Jung, Riklin) puedo expresar esta opinión en la forma siguiente: El nombre inhibido ha rozado en mí un «complejo personal». La relación del nombre con mi persona es una relación inesperada y facilitada en la mayoría de los casos por una asociación superficial (doble sentido de la palabra o similicadencia), y puede reconocerse casi siempre como una asociación lateral. Unos cuantos sencillos ejemplos bastarán para aclarar su naturaleza.

a) Un paciente me pidió que le recomendase un sanatorio situado en la Riviera. Yo conocía uno cerca de Génova y recordaba muy bien el nombre del médico alemán que se hallaba al frente de él; pero por el momento me fué imposible recordar el nombre del lugar en que se hallaba emplazado, aunque sabía que lo conocía perfectamente. No tuve más remedio que rogar al paciente que esperase un momento y recurrir en seguida a las mujeres de mi familia para que me dijesen el nombre olvidado.— ¿Cómo se llama la población próxima a Génova, donde tiene el doctor X su pequeño establecimiento en el que tanto tiempo estuvieron en cura las señoras N. y R.?— ¡Es muy natural que hayas olvidado el nombre de esa población!— me respondieron—. Se llama N e r v i .

En efecto, los n e r v i o s y las cuestiones relati-

vas a ellos me dan ya de por sí quehacer suficiente.

b) Otro paciente me habló de una vecina estación veraniega, y manifestó que, además de las dos fondas más conocidas, existía una tercera, cuyo nombre no podía decirme en aquel momento y a la que estaban ligados para él determinados recuerdos. Yo le discutí la existencia de esta tercera fonda, alegando que había pasado siete veranos en la localidad referida, y debía conocerla por lo tanto mejor que él. Excitado por mi contradicción, recordó el paciente el nombre de la fonda. Se llama «Der Hochwartner». Al oir el nombre tuve que reconocer que mi interlocutor tenía razón y confesar además que durante siete semanas había vivido en la más próxima vecindad de dicha fonda, cuya existencia negaba ahora con tanto empeño. ¿Cuál es la razón de haber olvidado tanto la cosa misma como su nombre? Opino que la de que el nombre Hochwartner suena muy parecidamente al apellido de uno de mis colegas vieneses dedicado a mi misma especialidad. Es, pues, en este caso el «complejo profesional», el que había sido rozado en mí.

c) En otra ocasión, al ir a tomar un billete en la estación de Reichenhall, me fué imposible recordar el nombre, muy familiar para mí, de la más próxima estación importante, por la cual había pasado numerosas veces anteriormente, y me ví obligado a buscarlo en un itinerario. El nombre era Rosenheim (casa de rosas). Al verlo, descubrí en seguida cuál era la asociación que me lo había hecho olvidar. Una hora antes había estado en casa de una hermana mía que vive cerca de Reichenhall. Mi hermana se llama Rosa, y por lo tanto venía de c a s a d e R o s a (Rosenheim) Este nombre me había sido robado por el «complejo familiar».

d) Esta influencia depredadora del «complejo familiar» puede demostrarse con una numerosa serie de ejemplos.

Un día acudió a mi consulta un joven, hermano menor de uno de mis clientes, al cual yo había visto innumerables veces y al que acostumbraba a llamar por su nombre de pila. Al querer después hablar de su visita me fué imposible recordar dicho nombre, que yo sabía no era nada raro, y no pude reproducirlo por más intentos que hice. En vista de ello, al salir a la calle, fuí fijándome en los nombres escritos en las muestras de las tiendas y en las placas de anuncio, hasta reconocer el nombre buscado, en cuanto se presentó ante mis ojos. El análisis me demostró que había yo trazado un paralelo entre el visitante y mi propio hermano, paralelo que culminaba en la siguiente pregunta reprimida: ¿En un caso semejante se hubiera conducido mi hermano igualmente, o hubiera hecho mas bien todo lo contrario? La conexión exterior entre los pensamientos concernientes a la familia extraña y a la mía propia, había sido facilitada por el hecho de que en una y otra llevaba la madre igual nombre: el de Amalia. Subsiguientemente comprendí los nombres sustitutivos, Daniel y Francisco, que se habían presentado sin explicación ninguna. Son estos, así como Amalia, nombres de personajes de «Los Bandidos» de Schiller y todos ellos están en conexión con una chanza del popular tipo vienes D a n i e l S p i t z e r.

*e)* En otra ocasión me fué imposible hallar el nombre de un paciente que perteneció a mis amistades juveniles. El análisis no me condujo hasta el nombre buscado, sino después de un largo rodeo. El paciente me había manifestado su temor de perder la vista. Esto hizo surgir en mí el recuerdo de un joven que se ha-

bía quedado ciego a consecuencia de un disparo, y a este recuerdo, se agregó el de otro joven que se había suicidado de un tiro. Este último joven se llamaba de igual modo que el primer paciente, aunque no tenía con él parentesco ninguno. Pero el nombre buscado no lo hallé hasta después de haberme dado cuenta de que en aquellos días abrigaba yo el temor de que algo análogo a estos dos casos ocurrierra a una persona de mi propia familia.

Así, pues, a través de mi pensamiento, circula una incesante corriente de «auto-referencia» (Eigenbeziehung), de la cual no tengo noticia alguna generalmente, pero que se manifiesta en tales ocasiones de olvido de nombres. Parece como si estuviera yo obligado a comparar con mi propia persona todo lo que sobre personas extrañas oigo y como si mis complejos personales fueran puestos en movimiento por la percatación de otros. Esto no puede ser una cualidad individual mía sino que, por lo contrario, debe constituir una indicacion de la manera que todos tenemos de comprender lo que es extraño a nosotros. Tengo motivos para suponer que a otros individuos les sucede en esta cuestión lo mismo que a mí.

El mejor ejemplo de esta clase me lo ha relatado, como una experiencia personal suya un cierto señor Lederer. En el curso de su viaje de novios encontró en Venecia a un caballero a quien conocía, aunque muy superficialmente, y tuvo que presentarlo a su mujer. No recordando el nombre de dicho sujeto, salió del paso con un murmullo ininteligible. Mas al encontrarlo por segunda vez y no pudiendo esquivarlo, le llamó aparte y le rogó le sacase del apuro diciéndole su nombre, que sentía mucho haber olvidado. La respuesta del desconocido demostró que poseía un superior co-

nocimiento de los hombres: —No me extraña nada que no haya podido usted retener mi nombre. Me llamo igual que usted: ¡Lederer!

No podemos reprimir una impresión ligeramente desagradable cuando encontramos que un extraño lleva nuestro propio nombre. Yo sentí claramente esta impresión al presentárseme un día en mi consulta un señor S. Freud. De todos modos hago constar aquí la afirmación de uno de mis críticos, que asegura comportarse en este punto de un modo opuesto al mio.

f) El efecto de la relación personal aparece también en el siguiente ejemplo, comunicado por Jung (1):

«Un cierto señor Y, se enamoró, sin ser correspondido, de una señorita, la cual se casó poco después, con el señor X. A pesar de que el señor Y conoce al señor X hace ya mucho tiempo y hasta tiene relaciones comerciales con él, olvida de contínuo su nombre, y cuando quiere escribirle tiene que acudir a alguien que se lo recuerde».

La motivación del olvido es en este caso más visible que en los anteriores, que se hallan bajo la constelación de la referencia personal. El olvido parece ser aquí la consecuencia directa de la animosidad del señor Y contra su feliz rival. No quiere saber nada de él.

g) El motivo del olvido de un nombre puede ser también algo más sutil; puede ser, por decirlo así, un rencor «sublimado» contra su portador. La señorita I. v. K. relata el siguiente caso:

«Yo me he construído para mi uso particular, la pequeña teoría siguiente: He observado que los hombres que poseen aptitudes o talentos pictóricos, no suelen comprender la música, y al contrario. Hace algún tiem-

---

(1) Dementia praecox, pág. 52.

po hablaba yo sobre esta cuestión con una persona y la dije: —Mi observación se ha demostrado siempre como cierta, excepto en un caso—. Al querer nombrar a la persona que constituía esta excepcion, no me fué posible recordar su nombre aunque sabía yo que se trataba de uno de mis más íntimos conocidos. Pocos días después oí casualmente el nombre olvidado y lo reconocí en el acto como el del destructor de mi teoría. El rencor que, inconscientemente abrigaba yo contra él, se manifestó por el olvido de su nombre, en extremo familiar para mí».

h) El siguiente caso, comunicado por Ferenczy, y cuyo análisis es especialmente instructivo por la explicación de los pensamientos sustitutivos (como Botticelli y Boltrafio en sustitución de Signorelli), muestra cómo por caminos algo diferentes de los seguidos en los casos anteriores, conduce la auto-referencia al olvido de un nombre.

«Una señora que ha oído hablar algo de psicoanálisis no puede recordar en un momento dado el nombre del psiquiatra Jung.

En vez de este nombre se presentan los siguientes sustitutivos: Kl. (un nombre)-Wilde-Nietzsche-Hauptmann.

No la comunico el nombre que busca y la ruego me vaya relatando las asociaciones libres que se presenten al fijar su atención en cada uno de los nombres sustitutivos.

Con Kl. piensa enseguida en la señora de Rl., y en que es un tanto cursi y afectada, pero que se conserva muy bien para su edad. «No envejece». Como concepto general y principal sobre Wilde y Nietzsche habla de «perturbación mental». Después dice irónicamente: «Ustedes los freu-

dianos investigarán tanto las causas de las enfermedades mentales que acabarán por volverse también locos». Y luego: «No puedo resistir a Wilde ni a Nietzsche. No los comprendo. He oído que ambos eran homosexuales. Wilde se rodeaba siempre de muchachos jóvenes (junge Leute)». Aunque al final de la frase ha pronunciado la palabra buscada (junge Leute—Jung), no se ha dado cuenta y no le ha servido para recordarla.

Al fijar la atención en el nombre Hauptmann asocia a él las palabras mitad (Halbe) y juventud (Jugend), y entonces, después de dirigir yo su atención sobre la palabra juventud (Jugend), cae en que Jung era el nombre que buscaba.

Realmente, esta señora, que perdió a su marido a los treinta y nueve años y no tiene probabilidades de casarse otra vez, posee motivos suficientes para evitar el recuerdo de todo aquello que se refiera a juventud o vejez. Lo interesante del caso es que las asociaciones de los pensamientos sustitutivos del nombre buscado son puramente de contenido, no presentándose ninguna asociación por similicadencia.»

i) Otra distinta y muy sutil motivación aparece en el siguiente ejemplo de olvido de nombre, aclarado y explicado por el mismo sujeto que lo padeció.

«Al presentarme a un examen de filosofía, examen que consideraba yo como algo secundario y al margen de mi verdadera actividad, fuí preguntado sobre las doctrinas de Epicuro y después sobre si sabía quién había resucitado sus teorías en siglos posteriores. Respondí que Pierre Gassendi, nombre que había oído citar dos días antes en el café, como el de un discípulo de Epicuro. El examinador me preguntó, un tanto asombrado, que de dónde sabía eso, y yo

le contesté, lleno de audacia, que hacía ya mucho tiempo que me interesaba Gassendí y estudiaba sus obras. Todo esto dió como resultado que la nota obtenida en el examen fuera un magna cum laude, pero más tarde me produjo, desgraciadamente, una tenaz inclinación a olvidar el nombre Gassendi. Creo que mi mala conciencia es lo que motiva que a pesar de todos mis esfuerzos no pueda retener dicho nombre. Tampoco lo hubiera debido conocer anteriormente.»

Para poder apreciar la intensidad de la repugnancia que el narrador experimenta a recordar este episodio de examen, hay que conocer lo mucho en que estima ahora su título de doctor.

j) Añadiré aquí un ejemplo de olvido del nombre de una ciudad, ejemplo que no es quizá tan sencillo como los anteriormente expuestos, pero que parecerá verosímil y valioso a aquellas personas familiarizadas con esta clase de investigaciones. Tratáse en este caso del nombre de una ciudad italiana que se substrajo al recuerdo a consecuencia de su gran semejanza con un nombre propio femenino al que se hallaban ligadas varias reminiscencias saturadas de afecto y que no habían sido seguramente exteriorizadas hasta su agotamiento. El doctor J. Ferenczi, de Budapest, que observó en sí mismo este caso de olvido, lo trató—y muy acertadamente—como un análisis de un sueño o de una idea neurótica.

«Hallándome yo de visita en casa de una familia de mi amistad, la conversación nos llevó a hablar de las ciudades del Norte de Italia. Uno de los presentes observó que en ellas se echa de ver aún la influencia austriaca. A continuación se citaron los nombres de algunas de estas ciudades, y al querer yo citar también una

de ellas, no logré acordarme de su nombre, aunque sí recordaba haber pasado en ella dos días muy agradables, lo cual no es muy conforme a la teoría freudiana del olvido. En lugar del buscado nombre de la ciudad se presentaron las siguientes ideas: Capua-Brescia-El león de Brescia.

Este león lo veía objetivamente ante mí, bajo la forma de una estatua de mármol, pero observé enseguida que semejaba mucho menos al león del monumento a la Libertad existente en Brescia (monumento que sólo conozco por fotografía), que a otro marmóreo león visto por mí en el panteón de los soldados de la Guardia Suiza muertos en las Tullerías, existente en el cementerio de Lucerna, cuya reproducción, en miniatura, tengo en mi casa colocada sobre una librería. Por último, acudió a mi memoria el nombre buscado: Verona.

Inmediatamente me dí cuenta de la causa de la amnesia sufrida, causa que no era otra sino una antigua criada, de la familia en cuya casa me hallaba en aquel momento. Esta criada se llamaba Verónica, en húngaro Verona, y me era extraordinariamente antipática por su repulsiva fisonomía, su voz ronca y destemplada y la inaguantable familiaridad a la que se creía con derecho por los muchos años que llevaba en la casa. También me había parecido insoportable la tiranía con que trataba a los hijos pequeños de sus amos. Descubierta esta causa de mi olvido, hallé en el acto la significación de los pensamientos sustitutivos.

Al nombre Capua había asociado enseguida caput mortuum, pues con frecuencia había yo comparado la cabeza de Verónica a una calavera. La palabra húngara Kapzsi (codicioso) había constituído

seguramente una determinante del desplazamiento. Como es natural, hallé también aquellos otros caminos de asociación mucho más directos, que unen Capua y Verona como conceptos geográficos y palabras italianas de un mismo ritmo.

Esto último sucede asimismo con respecto a Brescia. Pero también aquí hallamos ocultos caminos laterales de la asociación de ideas.

Mi antipatía por Verónica había sido tan intensa, que había llegado hasta encontrarla verdaderamente repugnante y a expresar varias veces mi asombro de que alguien pudiera quererla nunca. —Besarla—había yo dicho—debe provocar náuseas (Brechreiz). Sin embargo, esto no explicaba en nada su relación con los muertos de la Guardia Suiza.

Brescia, por lo menos en Hungría, suele unirse no con el león sino con otra fiera. El nombre más odiado en esta tierra, como también en toda la Italia septentrional, es el del general Haynau, al cual se le ha dado el sobrenombre de la hiena de Brescia. Del odiado tirano Haynau, nos lleva, pues, una de las rutas mentales, pasando sobre Brescia, hasta la ciudad de Verona, y la otra pasando por la idea del animal sepulturero de ronca voz (que coadyuva a determinar la emergencia de la representación «Monumento funerario»), a la calavera y a la desagradable voz de Verónica, tan atropellada por mi inconsciente. Verónica, en su tiempo, reinaba tan tiránicamente en la casa como el general austriaco sobre los libertarios húngaros e italianos.

A Lucerna se asocia la idea de un verano que Verónica pasó con sus amos a orillas del lago de los Cuatro Cantones en las proximidades de

dicha ciudad. La Guardia Suiza, a la reminiscencia de que sabía tiranizar no solo a los niños de la casa, sino también a las personas mayores, complaciéndose en el papel de Garde-dame.

Haré constar especialmente que esta mi antipatía hacia Verónica, pertenecía conscientemente a cosas ya pasadas y dominadas. Con el tiempo había cambiado Verónica mucho exteriormente, y había modificado con ventaja sus maneras de tal modo, que yo podía ya al encontrarla (cosa que de todos modos sucedía raras veces), hablarla con sincera amabilidad. Mi inconsciente, sin embargo, conservaba, como generalmente sucede, las impresiones con una mayor tenacidad. El inconsciente es rencoroso.

Las Tullerías constituyen una alusión a una segunda personalidad, a una anciana señora francesa que realmente había «guardado» a las señoras de la casa en distintas ocasiones y a la que todas mostraban grandes consideraciones y hasta quizá temían un poco. Yo fuí durante algún tiempo alumno (élève) suyo de conversación francesa. Ante la palabra élève recuerdo además que, en una visita al cuñado del que en aquel momento era mi huésped y que vivía en la Bohemia septentrional, me hizo reir mucho el que entre la gente del pueblo de aquella comarca se llamara «leones» (Loewen) a los alumnos (élèves) de la Escuela forestal allí existente. Este divertido recuerdo debió participar en el desplazamiento de hiena a león.»

k) El ejemplo que va a continuación (1) muestra como un complejo personal que domina al sujeto en un momento determinado, puede producir en dicho

(1) Zentralblatt fuer Psychoanalyse.—1-9-1911.

momento y en cuestiones apartadas de la naturaleza del complejo, el olvido de un nombre.

Dos individuos, viejo el uno y joven el otro, se hallaban conversando sobre sus recuerdos de los bellos e interesantes días que habían vivido durante un viaje que hacía seis meses habían hecho por Sicilia.

—¿Cómo se llama el lugar—preguntó el joven—donde pernoctamos al emprender nuestra excursión a Selinunt? ¿No era C a t a l a f i m i?

El viejo rechazó este nombre: —Estoy seguro—dijo—que no se llamaba así, pero también yo he olvidado cómo, aunque recuerdo perfectamente todos los detalles de nuestra estancia en aquel sitio. Basta que me de cuenta de que otra persona ha olvidado un nombre, para incurrir en igual olvido. Vamos a tratar de buscar éste. El primero que se me ocurre es C a l t a n i s e t t a, que desde luego no es el verdadero.

—No—respondió el joven—el nombre que buscamos comienza con w o, por lo menos, hay alguna w en él.

—No hay ninguna palabra italiana que tenga una w—objetó el viejo.

—Es que me he equivocado. Quería decir una v en vez de una w. Mi lengua materna me hace confundirlas facilmente.

El viejo presentó nuevas objecciones contra la existencia de una v en el nombre olvidado y dijo luego:

—Creo que ya se me habrán olvidado muchos nombres sicilianos. Vamos a ver. ¿Cómo se llama, por ejemplo, aquel lugar situado sobre una altura y que los antiguos denominaban E n n a? ¡Ah, ya lo sé, C a s t r o g i o v a n n i!

En el mismo momento en que acabó de pronunciar este nombre, descubrió el joven el que ambos habían

olvidado antes y exclamó: —¡Castelvetrano! — indicando gozosamente a su interlocutor el hecho, de que en efecto, en este nombre existía la letra v, como él había afirmado. El viejo dudó aún algunos momentos antes de reconocer el nombre, pero una vez que aceptó su exactitud, pudo también explicar la razon de haberlo olvidado.

—Seguramente—dijo--el olvido se debe a que la parte final del nombre, o sea, vetrano me recuerda la palabra veterano, pues se que no me gusta pensar en la vejez y reacciono con extraña intensidad cuando se me hace recordar. Así, por ejemplo, hace poco que dije un tanto inconvenientemente, a un muy querido amigo mio, «que ya hacía mucho tiempo que había pasado de los años juveniles», como en venganza de que dicho amigo, enmedio de múltiples alabanzas a mi persona, había dicho un día que «yo no era ya precisamente joven». El hecho de que mi resistencia surgía tan solo contra la segunda mitad del nombre Castelvetrano, puede ser deducido también de que su primera mitad aparece, aunque algo desfigurada, en el nombre sustitutivo Caltanisetta.

—¿Y que le sugiere a usted este nombre sustitutivo por sí mismo?—preguntó el joven.

—Caltanisetta me pareció siempre un apelativo cariñoso aplicable a una muchacha joven—confesó el anciano interlocutor.

Algún tiempo después añadió éste: —El nombre moderno de Enna era también un nombre sustitutivo. Se me ocurre ahora que el nombre Castrogiovanni, que surgió con ayuda de un raciocinio, alude tan expresivamente a giovane —joven, como el olvidado nombre Castelvetrano a veterano— viejo.

De este modo supuso el anciano haber explicado suficientemente su olvido del nombre. Lo que no fué sometido a investigación fué el motivo de que también el joven sufriera igual olvido».

Debemos interesarnos, no sólo por los motivos del olvido de nombres sino por el mecanismo de su proceso. En un gran número de casos se olvida un nombre, no porque haga surgir por sí mismo tales motivos, sino porque por similicadencia roza otro nombre contra el cual se dirigen aquellos. Se comprende que una tal debilitación de las condiciones favorezca extraordinariamente la aparición del fenómeno. Así sucede en los siguientes ejemplos:

I) Ed. Hitschman (Dos casos de olvido de nombres. Internat. Zeitschr. fuer Psychoanalyse.—I.—1913).

II. El señor N. quiso indicar a una persona el título de la sociedad Gilhofer y Ranschburg, libreros, pero por más esfuerzos que hizo no logró acordarse más que del segundo nombre, Ranschburg, a pesar de serle muy familiar y conocida la firma completa. Ligeramente molesto por un tal olvido le concedió importancia suficiente para, al llegar a su casa, despertar a su hermano que se había ya acostado y preguntarle por la primera parte de la firma. El hermano se lo dijo en seguida, y al oir la palabra Gilhofer recordó N. en el acto la palabra Gallhof, nombre de un lugar donde meses antes había estado de paseo con una atractiva muchacha, paseo lleno de recuerdos para él. La muchacha, le había regalado en aquel día un objeto sobre el que se hallaban escritas las siguientes palabras: «En recuerdo de las bellas horas pasadas en Gallhof». Pocos días antes del olvido que aquí relatamos, había N. estropeado considerablemente, al parecer por casualidad, este objeto al

cerrar el cajón en que lo guardaba, cosa de la que N., conocedor del sentido de los actos sintomáticos (Symtomhandlungen) se reconocía en cierto modo culpable. Se hallaba en estos días en una situación espiritual un tanto vacilante con respecto a la señorita en cuestión, pues aunque la quería no compartía el deseo de ella de contraer matrimonio.

m) Doctor Hans Sachs:

«En una conversación sobre Génova y sus alrededores, quiso un joven citar el lugar llamado P e g l i, mas no pudo recordar su nombre sino después de un rato de intenso esfuerzo mental. Al volver a su casa, pensando en aquel enfadoso olvido de un nombre que le era muy familiar, recordó de repente la palabra P e l i, de sonido semejante a la olvidada. Sabía que P e l i era el nombre de una isla del mar del Sur, cuyos habitantes han conservado hasta nuestros días algunas extrañas costumbres. Poco tiempo antes había leido sobre esta cuestión una obra de etnología, y pensaba utilizar los datos que en ella había encontrado para la construcción de una hipótesis original. Recordó asimismo que P e l i era también el lugar en que se desarrollaba la accion de una novela de Laurids Bruun titulada: «Los tiempos más felices de Van Zanten», novela que le había gustado e interesado grandemente. Los pensamientos que casi sin interrupción le habían ocupado durante todo aquel día se hallaban ligados a una carta que había recibido por la mañana de una señora a la que amaba, carta cuyo contenido le hacía temer que tuviera que renunciar a una entrevista acordada con anterioridad. Después de haber pasado todo el día de perverso humor, salió al anochecer con el propósito de no atormentarse por más tiempo con tan penosos pensamientos y procurar distraerse agradable-

mente en la reunión en la que luego surgió su olvido del nombre P e g l i, reunión quese componía de personas a las que estimaba, y cuya compañía le era grata. Puede verse claramente que este propósito de distraer sus desagradables pensamientos quedaba amenazado por la palabra P e g l i que por similicadencia había de sugerir en el acto el nombre P e l i, el cual, habiendo adquirido por su interés etnológico un valor de auto-referencia, encarnaba, no sólo «los tiempos más felices de Van Zanten», sino asimismo los de igual condición del joven y, por lo tanto, también los temores y cuidados que este último había abrigado durante todo el día. Es muy característico el hecho de que esta sencilla interpretación del olvido no fuera alcanzada por el sujeto hasta que una segunda carta convirtió sus dudas y temores en la alegre certeza de una próxima entrevista con la señora de sus pensamientos».

Recordando ante este ejemplo el anteriormente citado en el que lo que no se podía recordar por el sujeto era el nombre del lugar italiano N e r v i, caso que podemos considerar semejante al último expuesto, se ve como el doble sentido de una palabra puede ser sustituído por la similicadencia de dos palabras diferentes.

*n*) Al estallar en 1915 la guerra con Italia, pude observar cómo de repente se sustraía a mi memoria una gran cantidad de nombres de poblaciones italianas que de ordinario había podido citar sin esfuerzo alguno. Como otras muchas personas de nacionalidad germánica, acostumbraba yo a pasar una parte de las vacaciones en Italia, y no podía dudar que un tal olvido general de nombres italianos fuera la expresión de la comprensible enemistad hacia Italia, en la que se transformaba por mandato de las circunstancias mi anterior predilección por dicho país. Al lado de este olvido de

nombres, directamente motivado, podía observarse también otro olvido motivado indirectamente, y que podía ser referido a la misma influencia. Durante esta época observé que también me hallaba inclinado a olvidar nombres de poblaciones no italianas, e investigando estos últimos olvidos hallé que tales nombres se ligaban siempre por próximas o lejanas semejanzas de sonido a aquellos otros, italianos, que mis sentimientos circunstanciales me prohibían recordar. De este modo estuve esforzándome un día en recordar el nombre de la ciudad de Bisenz, situada en Moravia y cuando, por fin, logré recordarlo, vi en seguida que el olvido debía ponerse a cargo del Palazzo Bisenzi, de Orvieto. En este Palazzo se encuentra instalado el Hotel Belle Arti, en el cual me había yo hospedado siempre en todos mis viajes a dicha población. Como es natural, los recuerdos preferidos y más agradables habían sido los más fuertemente perjudicados por la transformación de mis sentimientos.

Es conveniente también que, con algunos ejemplos, veamos cómo el rendimiento fallido que constituye el olvido de nombres, puede ponerse al servicio de diferentes intenciones.

o) A. J. Storfer: (Zur Psychopathologie des Alltags. Internationale Zeitschrift fuer aerztliche Psychoanalyse, II, 1914.)

### 1.—Olvido de un nombre como garantía del olvido de un propósito

«Una señora de Basilea recibió una mañana la noticia de que una amiga suya de juventud, Selma X, de Berlín, acababa de llegar a Basilea en el curso de su viaje

de novios, pero que no permanecería en esta ciudad más que un sólo día. Por lo tanto, fué enseguida a visitarla al hotel. Al despedirse por la mañana, quedaron ambas amigas de acuerdo en verse de nuevo por la tarde para pasar juntas las horas que restaban hasta la partida de la recién casada berlinesa.

Mas la señora de Basilea olvidó por completo la cita. Las determinantes de este olvido no me son conocidas, pero en la situación en que la señora se hallaba ba (encuentro con una amiga de juventud recién casada), se hacen posibles multitud de constelaciones típicas que pueden producir una represión encaminada a evitar la repetición de dicho encuentro. Lo interesante en este caso es un segundo rendimiento fallido que surgió como inconsciente garantía del primero. A la hora en que debía encontrarse con su amiga berlinesa, se hallaba la señora de Basilea en una reunión, en la cual se llegó a hablar de la reciente boda de una cantante de ópera, vienesa, llamada Kurz. La señora comenzó a criticar (¡!) dicha boda, y al querer citar el nombre de la cantante vió con sorpresa que sólo recordaba el apellido Kurz, pero que le era imposible recordar el nombre, cosa que la desagradó y extrañó en extremo, dado que sabía le era muy conocido por haber oído cantar frecuentemente a la referida artista y haber hablado de ella, citándola por su nombre y apellido, pues es cosa corriente cuando un apellido es monosilábico el agregar a él el nombre propio para nombrar a la persona a quien pertenece. La conversación tomó enseguida otro rumbo antes de que ninguna otra persona subsanase el olvido pronunciando el nombre de la cantante.

Al anochecer del mismo día se hallaba la señora

en otra reunión compuesta en parte por las mismas personas que integraban aquella otra en que por la tarde había estado. La conversación recayó casualmente de nuevo sobre la boda de la artista vienesa y la señora citó entonces sin ninguna dificultad su nombre completo: S e l m a Kurz y, en el acto, exclamó: «¡Caramba! Ahora me acuerdo que he olvidado en absoluto que estaba citada esta tarde con mi amiga S e l m a». Una mirada al reloj la demostró que su amiga debía haber continuado ya su viaje».

Quizá no estamos aún suficientemente preparados para hallar todas las importantisimas relaciones que puede encerrar este interesantísimo ejemplo. En el que a continuación transcribimos, menos complicado, no es un nombre, sino una palabra de un idioma extranjero la que cae en el olvido, por un motivo implícito en la situación del sujeto en el momento de no poder recordarla. Vemos, pues, que podemos considerar como un solo caso estos olvidos, aunque se refieran a objeto diferente: nombre sustantivo, nombre propio, palabra extranjera o serie de palabras.

En el siguiente ejemplo, olvida un joven la palabra inglesa correspondiente a o r o (gold), que es precisamente idéntica en ambos idiomas, alemán e inglés, y la olvida con el fin inconsciente de dar ocasión por ello a una acción deseada.

p) Hans Sachs:

«Un joven que vivía en una pensión conoció en ella a una muchacha inglesa que fué muy de su agrado. Conversando con ella en inglés, idioma que maneja bastante bien, la misma noche del día en que la había conocido, quiso utilizar en el diálogo la palabra inglesa correspondiente a o r o (gold), y a pesar de múltiples esfuerzos no le fué posible hallarla. En cambio, acudie-

ron a su memoria como palabras sustitutivas la francesa «or», la latina «aurum» y la griega «chrysos», agolpándose en su pensamiento con tal fuerza que le costaba gran trabajo rechazarlas a pesar de saber con toda seguridad que no tenían parentesco alguno con la palabra buscada. Por último, no halló otro camino para hacerse comprender que el de tocar un anillo que la joven inglesa llevaba en una de sus manos, y quedó todo avergonzado al oirla que la tan buscada traducción de la palabra o r o (gold en alemán), es en inglés la idéntica palabra g o l d . El alto valor de un tal contacto acarreado por el olvido no reposa tan sólo en la decorosa satisfacción del instinto de aprehensión o de contacto, satisfacción que puede conseguirse en muchas otras ocasiones ardientemente aprovechadas por los enamorados, sino mucho más, en el hecho de hacer posible una aclaración de las intenciones del galanteo. El inconsciente de la dama adivinará, sobre todo si está predispuesto en favor de su interlocutor, el objeto erótico del olvido oculto detrás de un inocente disfraz y la manera en que la interesada acoja el contacto y dé por válida su motivación, puede constituir un medio muy significativo, aunque sea inconsciente en ambos, de su acuerdo sobre el porvenir del recién iniciado flirt».

q) Daré también un ejemplo tomado de J. Staercke, que constituye una interesante observación de un caso de olvido y recuerdo posterior de un nombre propio, caracterizado por ligarse en él el olvido del nombre a la alteración de varias palabras de una poesía, como pasaba en el ejemplo de «La prometida de Corinto», citado al principio de este capítulo. (Este ejemplo se halla incluído en la edición holandesa del presente libro, titulada: «De invloed van ons onbewuste in ons dajelijksche leven». Amsterdam, 1916.—En alemán

pareció en la revista Internationale Zeitschrift fuer aerztliche Psychoanalyse.—IV.—1916.)

**Un caso de olvido de nombre y recuerdo erróneo**

«Un anciano jurisconsulto y filólogo, el señor Z., contaba en una reunión que durante sus años de estudio en Alemania había conocido a un estudiante extraordinariamente tonto y del que podía relatar algunas divertidas anécdotas. De su nombre no se acordaba en aquel momento, y aunque al principio creyó recordar que empezaba con una W, retiró después tal suposición, juzgándola equivocada. Lo que sí podía afirmar era que el tal estudiante se había hecho después comerciante en vinos (Weinhaendler). A continuación contó una de las anécdotas a que antes había aludido, y, al terminarla, expresó de nuevo su extrañeza por no poder recordar el nombre del protagonista, añadiendo: «Era tan burro que aún me maravilla el haber conseguido meterle en la cabeza el latín a fuerza de explicarle y repasarle una y otra vez las lecciones». Momentos después recordó que el nombre que buscaba terminaba en... man, y al preguntarle yo que si se le ocurría en aquel instante otro nombre que tuviera igual terminación, me contestó: —Sí, Erdmann. —¿Quién lleva ese nombre?—seguí interrogando. —También un estudiante de aquellos tiempos—repuso Z—. Pero su hija, que estaba presente, observó que en la actualidad existía un Profesor Erdmann a quien conocían, y en el curso de la conversación se averiguó que dicho Profesor había mutilado y abreviado un trabajo de Z., al publicarlo en una revista por él dirigida, mostrando además su disconformidad con

parte de las doctrinas sustentadas por el autor, cosas ambas que habían desagradado bastante a Z. (Aparte de esto, supe después, que años atrás había tenido este la intención de desempeñar una cátedra de la misma disciplina que actualmente explicaba el Profesor Erdmann, y que por lo tanto también a causa de esto podía herir en Z. el nombre Erdmann una cuerda sensible.)

De repente recordó Z. el nombre del estudiante tonto: ¡Lindeman! El haber recordado primeramente que el nombre buscado terminaba en... man, había hecho que su principio «Linde» (tilo), permaneciera reprimido aún por más tiempo. Siguiendo mi deseo de averiguar todo el mecanismo del olvido, pregunté a Z. qué era lo que se le ocurría ante la palabra «Linde» (tilo), contestándome en un principio que no se le ocurría nada. Apremiado por mi afirmación de que no podía dejar de ocurrírsele algo ante dicha palabra, miró hacia lo alto y, haciendo en el aire un gesto con la mano, dijo: —«Bueno, sí. Un tilo (Linde) es un bello árbol», sin que se le ocurriera nada más. La conversación calló aquí y cada uno prosiguió su lectura o la ocupación a que se hallaba dedicado hasta que momentos después comenzó Z. a recitar distraidamente y como ensimismado los siguientes versos:

—Si con fuertes y flexibles huesos—permanece en pie sobre la tierra (Erde)—no llega tampoco—ni siquiera a igualarse al tilo (Linde)—o a la vid.

Al oir estos versos lancé una exclamación de triunfo:—Ahí tenemos a Erdmann dije—. Ese hombre (Mann) «que permanece en pie sobre la tierra» (Erde) y que por lo tanto es el «hombre de

la tierra» (Erdmann) no puede llegar a compararse con el tilo (Linde-Lindeman) o con la vid (comerciante en vinos). O sea, con otras palabras: Aquel Lindeman, el estudiante estúpido que después se hizo comerciante en vinos, era ya un burro, pero Erdmann es un burro mucho mayor que no puede compararse con Lindeman.

Es muy general que el inconsciente se permita en sí mismo tales expresiones de burla o de desprecio y por lo tanto me pareció haber hallado ya la causa fundamental del olvido del nombre.

Pregunté a Z. de qué poesía provenían las líneas por él citadas y me dijo que creía eran de una de Goethe que comenzaba:

—¡Sea noble el hombre—benéfico y bondadoso!

y que después seguía:

...y si se eleva hacia los cielos—se convierte en juguete de los vientos.

Al día siguiente busqué esta poesía de Goethe y ví que el caso era todavía más interesante, aunque también más complicado, de lo que al principio parecía.

a) Las primeras líneas citadas decían así: (compárese con la versión de Z.):

—Si con fuertes y vigorosos huesos permanece en pié...

Huesos flexibles era en efecto una rara combinación. Pero sobre este punto no queremos ahondar más.

b) Los versos siguientes de esta estrofa son como sigue (compárese con la versión de Z.):

—sobre la tierra estable y permanente —no llega tampoco ni siquiera—a igualarse a la encina —o a la vid.

¡Así, pues, en toda la poesía no aparece para nada ningún tilo (Linde)! La sustitución de la encina (Eiche) por el tilo (Linde) no se ha verificado más que para hacer posible el juego de palabras.

c) Esta poesía se llama «Los límites de la humanidad» y contiene una comparación entre la omnipotencia de los dioses y el escaso poder de los hombres. La poesía cuyo principio es:

—¡Sea noble el hombre—benéfico y bondadoso!

es otra poesía distinta que se halla unas páginas más adelante. Se titula: «Lo divino» y contiene así mismo pensamientos sobre los dioses y los hombres. Por no haberse continuado las investigaciones sobre estos puntos, no puedo hacer más que suponer que también diversos pensamientos sobre la vida y la muerte, lo temporal y lo eterno, la débil vida propia y la muerte futura, han desempeñado asímismo un papel en la génesis de este olvido».

En algunos de estos ejemplos son necesarias todas las sutilezas de la técnica psicoanalítica para aclarar un caso de olvido de un nombre. Para aquellos que deseen conocer algo más sobre tal labor, indicaremos aquí una comunicación de E. Jones (Londres) publicada en la Zentralblatt fuer Psychoanalyse (Año II, número 2, 1921) con el título: «Análisis de un caso de olvido de un nombre».

Ferenczi ha observado que el olvido de nombres puede manifestarse también como síntoma histérico y entonces muestra un mecanismo que se aparta mucho del de los rendimientos fallidos. En el siguiente ejemplo puede verse en qué consiste esta diferencia:

«Tengo actualmente en tratamiento entre mis pacientes a una señorita ya madura que no logra jamás recor-

dar, ni siquiera aquellos nombres propios más vulgares o que le son más conocidos, a pesar de poseer para todo lo demás una buena memoria. En el análisis se demostró que lo que quería era hacer notar su ignorancia por medio de este síntoma. Esta demostrativa exhibición de su ignorancia, era en realidad un reproche contra sus padres que no la dejaron seguir una enseñanza superior. Su atormentadora manía de limpiar y fregarlo todo (psicosis del ama de casa), procede también en parte del mismo origen. Con ella quiere expresar aproximadamente: «Habéis hecho de mi una criada».

Podría multiplicar aquí los ejemplos de olvido de nombres y llevar mucho más adelante su discusión si no quisiera evitar que quedasen ya apurados en este primer tema todos los puntos de vista que han de surgir en temas subsiguientes. Mas lo que sí conviene hacer es resumir concretamente en algunas frases los resultados de los análisis expuestos hasta aquí.

El mecanismo del olvido de nombres, o más bien de su desaparición temporal de la memoria, consiste en la perturbación de la reproducción deseada del nombre por una serie de ideas extraña a él e inconsciente por el momento. Entre el nombre perturbado y el complejo perturbador, o existe desde un principio una conexión, o se ha formado ésta, siguiendo con frecuencia caminos aparentemente artificiosos y alambicados, por medio de asociaciones superficiales (exteriores).

Entre los complejos perturbadores se señalan los pertenecientes a la auto-referencia (complejos familiares, personales y profesionales), como los de mayor eficacia.

Un nombre que por su pluralidad de sentidos pertenece a varios círculos de pensamientos (complejos),

es perturbado en su conexión con una de las series de ideas por su pertenencia a otro complejo más vigoroso.

Entre los motivos de esta perturbación resalta la intención de evitar que el recuerdo despierte una sensación penosa o desagradable.

En general, pueden distinguirse dos casos principales de olvido de nombres; cuando el nombre mismo toca algo desagradable o cuando está puesto en contacto con otro nombre capaz de producir un tal efecto, de manera que los nombres pueden, por lo tanto, ser perturbados en su reproducción a causa de sus propias cualidades o por sus próximas o lejanas relaciones de asociación.

Un vistazo a estas frases generales, nos permite comprender que el olvido temporal de nombres sea el más frecuente de nuestros rendimientos fallidos.

Estamos, sin embargo, aún muy lejos de haber señalado todas las particularidades de este fenómeno. Quiero hacer constar todavía que el olvido de nombres es altamente contagioso. En un diálogo bastará que uno de los interlocutores exprese haber olvidado tal o cual nombre, para hacerlo desaparecer de la memoria del otro. Mas la persona en que el olvido ha sido inducido, encontrará el nombre con mayor facilidad que la que lo ha olvidado espontáneamente. Este olvido c o l e c t i v o que si se le considera con precisión, es, en realidad, un fenómeno de la psicología de las masas, no ha sido todavía objeto de la investigación analítica. En un único caso, pero sobremanera interesante, ha podido dar Th. Reick una excelente explicación de este curioso fenómeno (1).

---

(1) Th. Reick: Sobre el olvido colectivo; Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse, IV, 1920.

«En una pequeña reunión en la que se hallaban dos estudiantas de filosofía se hablaba de los numerosos problemas que el origen del Cristianismo plantea a la Historia de la Civilización y a la Ciencia de las religiones. Una de las señoritas que tomaban parte en la conversación, recordó haber hallado en una novela inglesa que había leído recientemente, un atractivo cuadro de las numerosas corrientes religiosas que agitaban aquella época. Añadió que en la novela se describía toda la vida de Cristo, desde su nacimiento, hasta su muerte; pero que no podía recordar el título de la obra. (En cambio el recuerdo visual de la cubierta del libro, y hasta la composición tipográfica del título, se presentaban en ella con una precisión más vigorosa que la normal). Tres de los señores presentes declararon conocer también la novela, observando que por una curiosa coincidencia tampoco podían recordar su título».

Solo la señorita estudianta se sometió al análisis para hallar la explicación de tal olvido de nombre. El título del libro era «Ben Hur» y su autor Lewis Wallace. Los recuerdos sustitutivos fueron: Ecce homo-homo sum-¿quo vadis? La muchacha comprendía que había olvidado el nombre Ben Hur, «porque contenía una expresión que ni ella ni ninguna otra muchacha usarían nunca, sobre todo en presencia de hombres jóvenes». (1) Esta explicación se hizo más completa y profunda por medio de un interesante análisis. En el contexto antes revelado, posee también la traducción de homo—hombre—una significación sospechosa.

Reik deduce que la joven estudianta consideraba que

(1) Hure, prostituta.

el pronunciar dicho título sospechoso ante hombres jóvenes constituía algo como una confesión de deseos que ella rechazó como poco propios de su personalidad y penosos para ella. En resumen: la joven consideraba inconscientemente el pronunciar el título «Ben Hur» como una proposición sexual y su olvido correspondía por lo tanto, a su defensa contra una tentación de dicha clase. Tenemos fundamentos para admitir que el olvido sufrido por los jóvenes se hallaba condicionado por parecido proceso inconsciente. Su subconsciente dió al olvido de la muchacha su verdadera significación y lo interpretó de igual manera. El olvido del título «Ben Hur» en los hombres representó una consideración ante la defensa de la muchacha. Es como si ésta, con su repentina debilidad de memoria, les hubiera hecho una clara seña que ellos hubieran entendido muy bien inconscientemente.

Existe también un continuado olvido de nombres en el cual desaparecen de la memoria series enteras de ellos, y cuando se quiere, para hallar un nombre olvidado, hacer presa en otros con los que aquél se halla fuertemente ligado, suelen también con frecuencia huir tales nombres que se buscan en calidad de puntos de apoyo. El olvido salta así de unos nombres a otros como para demostrar la existencia de un obstáculo nada fácil de dominar.

IV

## Recuerdos infantiles y encubridores

En un artículo publicado en 1899 en la «Revista de Psiquiatría y Neurología», pudimos demostrar el carácter tendencioso de nuestros recuerdos, carácter que se nos reveló en aquéllos pertenecientes a un insospechado campo. Partimos entonces del hecho singular de que en los más tempranos recuerdos infantiles de una persona, parece haberse conservado en muchos casos lo más indiferente y secundario, mientras que frecuentemente, aunque no siempre, se halla que de la memoria del adulto han desaparecido sin dejar huella los recuerdos de otras impresiones importantes, vigorosas y llenas de afecto, pertenecientes a dicha época infantil. Sabiendo que la memoria ejecuta una selección entre las impresiones que a ella se ofrecen, podría suponerse que dicha selección se verifica en la infancia, conforme a principios totalmente distintos de aquellos otros, a los que obedece en la edad de la madurez intelectual. Pero una más penetrante investigación nos evidencia enseguida la inutilidad de tal hipótesis. Los recuerdos infantiles indiferentes, deben su existencia a un proceso de desplazamiento y constituyen en la reproducción un sustitutivo de otras impresiones, verdaderamente importantes, cuyo recuerdo puede extraerse de ellos por medio del análisis psíquico, pero cuya

reproducción directa se halla estorbada por una resistencia. Dado que estos recuerdos infantiles indiferentes deben su conservación, no al propio contenido, sino a una relación asociativa de éste con otro contenido reprimido, creemos que está justificado el nombre de recuerdos encubridores (Deckerinnerungen) con que los designamos.

En el mencionado artículo no hicimos más que rozar, sin agotarlo, el estudio de las numerosas clases de relaciones y significaciones de los recuerdos encubridores. En el ejemplo que allí analizábamos minuciosamente, hicimos resaltar en particular una peculiaridad de la relación temporal entre el recuerdo encubridor y el contenido que bajo él queda oculto. El contenido del recuerdo encubridor pertenecía en el caso analizado a los primeros años de la niñez, mientras que los fenómenos intelectuales por él representados en la memoria y que permanecían casi inconscientes, correspondían a años muy posteriores de la vida del sujeto. Esta clase de desplazamiento fué denominada por mí, retroactiva o regresiva. Quizá con mayor frecuencia se encuentra la relación inversa o sea que es una impresión indiferente de la primera infancia la que se fija en la memoria en calidad de recuerdo encubridor a causa de su asociación con una experiencia anterior, contra cuya reproducción directa se alza una resistencia. En este caso los recuerdos encubridores son progresivos o avanzados. Lo más importante para la memoria se halla aquí cronológicamente detrás del recuerdo encubridor. Por último, puede presentarse también una tercera variedad; la de que el recuerdo encubridor esté asociado a la impresión por él ocultada, no solamente por su contenido, sino también por su contigüidad en el

tiempo. Estos serán recuerdos encubridores simultáneos o contiguos.

El determinar qué parte del total de nuestra memoria pertenece a la categoría de recuerdos encubridores y qué papel desempeñan éstos en los diversos procesos mentales neuróticos, son problemas de que no traté en mi artículo, ni habré de tratar ahora. Por el momento, me limitaré a hacer resaltar la analogía entre el olvido de nombres, con recuerdo erróneo, y la formación de los recuerdos encubridores.

Al principio, las diferencias entre ambos fenómenos aparecen mucho más visibles que sus presuntas analogías. Trátase, en efecto, en uno de ellos, de nombres aislados, y en el otro, de impresiones completas, de sucesos vividos en la realidad exterior o en el pensamiento. En un lado existe un fallo manifiesto de la función del recuerdo y en el otro un acto positivo de esta función, cuyos caracteres juzgamos singulares. El olvido de nombres no constituye más que una perturbación momentánea—pues el nombre que se acaba de olvidar ha sido reproducido cien veces con exactitud anteriormente y puede volver a serlo poco tiempo después—y en cambio los recuerdos encubridores son algo que poseemos durante largo tiempo sin que sufran perturbación alguna, dado que los recuerdos infantiles indiferentes parecen poder acompañarnos, sin perderse, a través de un amplio período de nuestra vida. Así, pues, el problema se presenta, a primera vista, muy diferentemente orientado en ambos casos. En uno es el haber olvidado y en el otro el haber retenido lo que excita nuestra curiosidad científica. Mas en cuanto se profundiza un poco en la cuestión, se observa que, a pesar de las diferencias que respecto a material psíquico y duración muestran ambos fenóme-

nos, dominan en ellos las coincidencias. Tanto en uno como en otro se trata de un fallo del recuerdo; no se reproduce por la memoria lo que de un modo correcto debía reproducirse sino algo distinto, un sustitutivo. En el olvido de nombres la memoria no deja de suministrarnos un determinado rendimiento que surge en forma de nombre sustitutivo. La formación del recuerdo encubridor se basa en el olvido de otras impresiones más importantes, y en ambos fenómenos experimentamos una sensación intelectual que nos avisa de la intervención de una perturbación, siendo este aviso lo que se presenta bajo una forma diferente, según se trate del fenómeno de olvido de nombres o del recuerdo encubridor. En el olvido de nombres *sabemos* que los nombres sustitutivos son *falsos* y en los recuerdos encubridores nos *maravillamos* de retenerlos todavía. Cuando el análisis psicológico nos demuestra después que la formación de sustitutivos se ha realizado en ambos casos de la misma manera, o sea por un desplazamiento a lo largo de una asociación superficial, creemos poder decir justificadamente que las diferencias que ambos fenómenos presentan en material, duración y centración son circunstancias que hacen más intensa nuestra esperanza de haber hallado algo importante y de un valor general. Esta ley general podría enunciarse diciendo que el fallo o desviación de la función reproductora indica más frecuentemente de lo que se supone la existencia de una intervención de un factor *prejuzgante*, de una *tendencia* que favorece a uno de los recuerdos mientras se esfuerza en laborar en contra del otro.

El tema de los recuerdos infantiles me parece tan interesante y de tal importancia que quiero dedicarle aún

algunas observaciones que van más allá de los puntos de vista examinados hasta ahora.

¿Hasta qué punto de la niñez alcanzan los recuerdos? Me son conocidos algunos de los trabajos realizados sobre esta cuestión, entre ellos los de V. y C. Henri (1) y los de Potwin (2), de los cuales resulta que han aparecido grandes diferencias individuales en los sujetos sometidos a investigación, pues mientras que en algunos el primer recuerdo infantil corresponde a la edad de seis meses, otros no recuerdan nada de su vida anterior a los seis y a veces hasta a los ocho años cumplidos. Mas ¿de qué dependen esas diferencias en la conducta de los recuerdos infantiles y cuál es su significado? Para resolver esta cuestión no basta limitarse a reunir el material necesario a la investigación; hay, además, que hacer un estudio minucioso de este material, estudio en el cual tendrá que tomar parte la persona que directamente lo suministre.

Mi opinión es que miramos con demasiada indiferencia el hecho de la amnesia infantil o sea la pérdida de los recuerdos correspondientes a los primeros años de nuestra vida, y que no nos cuidamos lo bastante de desentrañar el singular problema que dicha amnesia constituye. Olvidamos de cuán altos rendimientos intelectuales y cuán complicadas emociones es capaz un niño de cuatro años, y no nos asombramos como debiéramos de que la memoria de los años posteriores haya conservado generalmente tan poca cosa de estos procesos psíquicos, pues no tenemos en cuenta que existen vigorosas razones para admitir que estas mis-

(1) Enquête sur les premiers souvenirs de l'enfance. (L'année psichologique, III-1897).

(2) Study of early memories. Psicholog. Review, 1901.

mas actividades infantiles olvidadas no han desaparecido sin dejar huella en el desarrollo de la persona, sino que han ejercido una influencia determinante sobre su futuro carácter. Y, sin embargo, se han olvidado, a pesar de su incomparable eficacia. Este hecho indica la existencia de condiciones especialísimas del recuerdo (referentes a la reproducción consciente) que se han sustraído hasta ahora a nuestro conocimiento. Es muy posible que este olvido de nuestra niñez nos pueda dar la clave para la comprensión de aquellas amnesias que, según nuestros nuevos conocimientos, se encuentran en la base de la formación de todos los síntomas neuróticos.

Entre los recuerdos infantiles que conservamos existen unos que comprendemos con facilidad y otros que nos parecen extraños o ininteligibles. No es difícil corregir en ambas clases de recuerdos algunos errores. Si se someten a un examen analítico los recuerdos que de su infancia ha conservado una persona, puede sentarse fácilmente la conclusión de que no existe ninguna garantía de la exactitud de los mismos. Algunas de las imágenes del recuerdo aparecerán seguramente falseadas, incompletas o desplazadas temporal y espacialmente. Ciertas afirmaciones de las personas sometidas a investigación, como la de que sus primeros recuerdos infantiles corresponden a la época en que ya habían cumplido los dos años, son inaceptables. En el examen analítico se hallan enseguida motivos que explican la desfiguración y el desplazamiento sufridos por los sucesos objeto del recuerdo, pero que demuestran también que estos errores de la memoria no pueden ser atribuídos a una sencilla infidelidad de la misma. Poderosas fuerzas correspondientes a una época posterior de la vida del sujeto han moldeado la capa-

cidad de ser evocadas de nuestras experiencias infantiles, y estas fuerzas son probablemente las mismas que hacen que la comprensión de nuestros años de niñez sea tan difícil para nosotros.

La facultad de recordar de los adultos opera, como es sabido, con un material psíquico muy vario. Unos recuerdan por medio de imágenes visuales, teniendo por lo tanto sus recuerdos un carácter visual, y en cambio otros son casi incapaces de reproducir en su memoria el más simple esquema de sus recuerdos. Siguiendo las calificaciones propuestas por Charcot se denomina a éstos últimos sujetos, «auditivos» y «motores», en contraposición a los primeros, o sea los «visuales». En los sueños desaparecen estas diferencias; todos nuestros sueños son predominantemente visuales. Algo análogo sucede en los recuerdos infantiles, los cuales poseen también carácter plástico y visual hasta en aquellas personas cuya memoria carece después del elemento visual. La memoria visual conserva, pues, el tipo del recuerdo infantil. Mis más tempranos recuerdos infantiles son en mí los únicos de carácter visual y se me presentan además como escenas de una gran plasticidad, sólo comparable a la de aquellas que se representan sobre un escenario. En estas escenas de niñez, demuéstrense luego como verdaderas o falseadas, aparece regularmente la imagen de la propia persona infantil con sus bien definidos contornos y sus vestidos. Esta circunstancia tiene que sorprendernos, pues los adultos «visuales» no ven ya la imagen de su persona en sus recuerdos de sucesos posteriores (1). Además, es contrario a toda nuestra experien-

(1) Baso esta afirmación en experiencias verificadas por mí mismo.

cia el aceptar que la atención del niño esté fija en sí mismo en lugar de dirigirse exclusivamente sobre las impresiones exteriores. Diferentes datos nos fuerzan, pues, a suponer que en los denominados primeros recuerdos infantiles no poseemos la verdadera huella del recuerdo, sino una ulterior elaboración de la misma, elaboración que ha sufrido las influencias de diversas fuerzas psíquicas posteriores. De este modo los «recuerdos infantiles» del individuo van tomando la significación de «recuerdos encubridores» y adquieren una analogía digna de mención con los recuerdos de la infancia de los pueblos, depositados por éstos en sagas y mitos.

Aquel que haya sometido a numerosas personas a una exploración psíquica por el método del psicoanálisis habrá reunido en esta labor gran cantidad de ejemplos de recuerdos encubridores de todas clases. Mas la publicación de estos ejemplos queda extraordinariamente dificultada por la antes expuesta naturaleza de las relaciones de los recuerdos infantiles con la vida posterior del individuo. Para valuar una reminiscencia infantil como recuerdo encubridor habría con frecuencia que relatar por entero la historia de la vida de la persona correspondiente. Sólo contadas veces es posible, como en el ejemplo que transcribimos a continuación, aislar de una totalidad, para publicarlo, un delimitado recuerdo infantil.

Un hombre de veinticuatro años conserva en su memoria la siguiente imagen de una escena correspondiente a sus cinco años. Se recuerda sentado en una sillita en el jardín de una residencia veraniega y al lado de su tía, que se esfuerza en hacerle aprender las letras. El distinguir la m de la n constituía para él una gran dificultad, y pidió a su tía que le dijese cómo po-

día él conocer cuándo se trataba de una y cuándo de la otra. La tía le hizo observar que la m tenía todo un trozo más que la n, un tercer palito. En este caso no se halló motivo alguno para dudar de la autenticidad del recuerdo infantil. Mas su significación no fué descubierta hasta después, cuando se demostró que podía adjudicársele la categoría de representación simbólica de otra curiosidad inquisitiva del niño. En efecto, así como primeramente deseaba saber la diferencia existente entre la m y la n, se esforzó después en averiguar la que había entre los niños y las niñas, y hubiera deseado que la misma persona que le hizo comprender lo primero, esto es, su tía, fuera también la que satisficiera su nueva curiosidad. Al fin, acabó por descubrir que la diferencia era en ambos casos análoga, puesto que los niños poseían también todo un trozo más que las niñas y, en la época de este descubrimiento se despertó en su memoria el recuerdo de la anterior curiosidad infantil correspondiente.

He aquí otro ejemplo perteneciente a posteriores años infantiles. Un hombre de algo más de cuarenta años y cuya vida erótica había sido muy contrariada, era el mayor de nueve hermanos. En la época del nacimiento de la menor de sus hermanas, tenía él ya quince años y, sin embargo, afirmaba después con absoluta convicción que nunca observó en su madre deformación alguna. Ante mi incredulidad, surgió en él el recuerdo de haber visto una vez, teniendo once o doce años, cómo su madre se desceñía apresuradamente el vestido ante un espejo. A esto añadió espontáneamente que su madre acababa de regresar de la calle y se había visto atacada por inesperados dolores. El desceñimiento (Aufbinden) del vestido es un recuerdo encubridor sustitutivo del

del parto (Entbinden). En otros varios casos volveremos a hallar tales «puentes de palabras.»

Quisiera mostrar ahora con un único ejemplo cómo por medio del procedimiento analítico puede adquirir sentido un recuerdo infantil que anteriormente parecía no poseer ninguno. Cuando, habiendo cumplido ya cuarenta y tres años comencé a dirigir mi interés hacia los restos de recuerdos de mi infancia que aún conservaba, recordé una escena que desde largo tiempo atrás —yo creía que desde siempre—venía acudiendo a mi conciencia de cuando en cuando, escena que, según fuertes indicios, debía situarse cronológicamente antes de haber cumplido yo los tres años. En mi recuerdo me veía yo, rogando y llorando, ante un cajón, cuya tapa mantenía abierta mi hermanastro, que era unos veinte años mayor que yo. Hallándonos así, entraba en el cuarto, aparentemente de regreso de la calle, mi madre, a la que yo hallaba bella y esbelta de un modo extraordinario.

Con estas palabras había yo resumido la escena que tan plásticamente veía en mi recuerdo, pero con la que no me era posible construir nada. Si mi hermanastro quería abrir o cerrar el cajón—en la primera traducción de la imagen era este un armario—el por qué lloraba yo y qué relación tenía con todo ello la llegada de mi madre, eran cosas que se me presentaban con gran obscuridad. Estuve, pues, tentado de contentarme con la explicación de que sin duda se trataba del recuerdo de una burla de mi hermanastro para hacerme rabiar, interrumpida por la llegada de mi madre. Esta errónea interpretación de una escena infantil conservada en nuestra memoria, es algo muy frecuente. Se recuerda una situación, pero no se logra centrarla, no se sabe sobre qué elemento de la misma debe colo-

carse el acento psíquico. Un esfuerzo analítico me condujo a una inesperada solución interpretativa de la imagen evocada. Yo había notado la ausencia de mi madre y había entrado en sospechas de que estaba encerrada en aquel cajón o armario. Por lo tanto, exigí a mi hermanastro que lo abriese, y cuando me complació, convenciéndome de que mamá no se hallaba dentro, comencé a gritar y llorar. Este es el instante retenido por el recuerdo, instante al que siguió, calmando mi cuidado o mi ansiedad, la aparición de mi madre. Mas, ¿cómo se le ocurrió al niño la idea de buscar dentro de un cajón a la madre ausente? Varios sueños que tuve por esta época, aludían oscuramente a una niñera, sobre la cual se conservaban en mí algunas otras reminiscencias, por ejemplo, la de que me obligaba concienzudamente a entregarla las pequeñas monedas que yo recibía como regalo, detalle que también puede aspirar por sí mismo a adquirir el valor de un recuerdo encubridor sustitutivo de algo posterior. Ante estas indicaciones de mis sueños decidí hacerme más sencillo el trabajo interpretativo interrogando a mi ya anciana madre sobre la tal niñera y averigüé, entre otras muchas cosas, que la astuta y poco honrada mujer había cometido, durante el tiempo que mi madre había guardado cama, a raíz de un parto, importantes sustracciones domésticas y había sido después entregada a la justicia por mi hermanastro. Estas noticias me llevaron a la comprensión de la escena infantil, como si de repente se hubiera hecho luz sobre ella. La repentina desaparición de la niñera no me había sido indiferente y había preguntado su paradero precisamente a mi hermanastro, porque según todas las probabilidades me había dado cuenta de que él había desempeñado un papel en tal desaparición. Mi herma-

nastro, indirectamente, y entre burlas como era su costumbre, me había contestado que la niñera estaba «encajonada». Yo comprendí infantilmente esta respuesta y dejé de preguntar, pues realmente ya no quedaba nada que averiguar. Mas cuando poco tiempo después noté un día la ausencia de mi madre, sospeché que el perverso hermano la había hecho correr igual suerte que a la niñera, y le obligué a abrir el cajón. Ahora comprendo también por qué en la traducción de la visual escena infantil aparece acentuada la esbeltez de mi madre, la cual me debió entonces aparecer como nueva y restaurada después de un peligro. Yo soy dos años y medio mayor que aquella de mis hermanas, que nació por entonces, y al cumplir yo tres años, cesó mi hermanastro de vivir con nosotros.

V

## Equivocaciones orales

El material corriente de nuestra expresión oral en nuestra lengua materna parece hallarse protegido del olvido, pero, en cambio, sucumbe con extraordinaria frecuencia a otra perturbación que conocemos con el nombre de equivocaciones orales o «lapsus linguae». Estos «lapsus», observados en el hombre normal, dan la misma impresión que los primeros síntomas de aquellas «parafasias» que se manifiestan bajo condiciones patológicas.

Por excepción puedo aquí referirme a una obra anterior a mis trabajos sobre esta materia. En 1895 publicaron Meringer y C. Mayer un estudio sobre «Equivocaciones en la expresión oral y en la lectura», cuyos puntos de vista se apartan mucho de los míos. Uno de los autores de este estudio, el que en él lleva la palabra, es un filólogo al cual su interés por las cuestiones lingüísticas ha llevado a investigar las reglas que rigen tales equivocaciones, esperando poder deducir de estas reglas la existencia de «un determinado mecanismo psíquico, en el cual estuvieran asociados y ligados de un modo especial los sonidos de una palabra o de una frase y también las palabras entre sí». (pág 10)·

Los autores de este estudio agrupan en principio los ejemplos de «equivocaciones orales» por ellos co-

leccionados conforme a un punto de vista puramente descriptivo, clasificándolos en intercambios (p. e. la Milo de Venus, en lugar de la Venus de Milo); anticipaciones (p. e. «... sentí un pech... digo un peso en el pecho»; ecos o posposiciones (p. e. «Tráiganos tres tres—por tres tes); contaminaciones (p. e. «Cierra el armave» por «Cierra el armario y tráeme la llave» y substituciones (p. e. «El escultor perdió su pincel... digo su cincel») categorías principales a las cuales añaden algunas otras menos importantes (o de menor significación para nuestros propósitos). En esta clasificación no se hace diferencia entre que la transposición, desfiguración, fusión, etc., afecte a sonidos aislados de la palabra o a sílabas o palabras enteras de la frase.

Para explicar las diversas clases de equivocaciones orales observadas, atribuye Meringer un diverso valor psíquico a los sonidos fonéticos. Cuando una inervación afecta a la primera sílaba de una palabra o a la primera palabra de una frase, el proceso estimulante se corre a los sonidos posteriores o a las palabras siguientes y en tanto en cuanto estas inervaciones sean sincrónicas pueden influirse mutuamente, motivando transformaciones unas en otras. La excitación o estímulo del sonido de mayor intensidad psíquica, resuena anticipadamente o queda como un eco y perturba de este modo los procesos de inervación menos importantes. Se trata, por lo tanto, de determinar cuáles son los sonidos más importantes de una palabra. Meringer dice que «cuando se desea saber qué sonidos de una palabra poseen mayor intensidad, debe uno observarse a sí mismo en ocasión de estar buscando una palabra que se ha olvidado, por ejemplo: un nombre. Aquella parte de él, que primero acude a la con-

ciencia, es la que invariablemente poseía mayor intensidad antes del olvido» (pág. 160). «Así, pues, los sonidos más importantes son el inicial de la sílaba radical o de la misma palabra y la o las vocales acentuadas» (pág. 162).

No puedo por menos de contradecir estas apreciaciones. Pertenezca o no el sonido inicial del nombre a los más importantes elementos de la palabra, lo que no es cierto es que sea lo que primero acude a la conciencia en los casos de olvido y, por lo tanto, la regla expuesta es inaceptab e. Cuando se observa uno a sí mismo estando buscando un nombre olvidado, se observará, con relativa frecuencia, que se está convencido de que la palabra buscada comienza con una determinada letra. Esta convicción resulta luego igual número de veces infundada cómo verdadera y hasta me atrevo a afirmar que la mayoría de las veces es falsa nuestra hipotética reproducción del sonido inicial Así sucede en el ejemplo que expusimos de olvido del nombre Signorelli. En él se perdieron en los nombres sustitutivos el sonido inicial y las sílabas principales y precisamente el par de sílabas menos importantes: elli, es lo que, en el nombre sustitutivo Botticelli, volvió primero a la conciencia. El caso que va a continuación nos enseña lo poco que los nombres sustitutivos respetan el sonido inicial del nombre olvidado: En una ocasión me fué imposible recordar el nombre de la pequeña nación, cuya principal ciudad es Monte Carlo. Los nombres que en sustitución se presentaron fueron:

Piamonte, Albania, Montevideo, Cólico.

En lugar de Albania apareció enseguida otro nom-

bre: *Montenegro* y me llamó la atención al ver que la sílaba *Mont* (pronunciada *Mon*) apareciera en todos los nombres sustitutivos excepto en el último. De este modo me fué más fácil hallar el olvidado nombre: *Mónaco*, tomando como punto de partida el de su soberano: el Príncipe Alberto. *Cólico* imita aproximadamente la sucesión de sílabas y el ritmo del nombre olvidado.

Si se acepta la conjetura de que un mecanismo similar al señalado en el olvido de nombres intervenga también en los fenómenos de equivocaciones orales, se llegará a un juicio más fundamentado sobre estos últimos. La perturbación del discurso que se manifiesta en forma de equivocación oral, puede, en principio, ser causada por la influencia de otros componentes del mismo discurso, esto es, por un sonido anticipado, por un eco o por tener la frase o su contexto un segundo sentido diferente de aquel en que se desea emplear. A esta clase pertenecen los ejemplos de Meringer y Mayer antes transcritos. Pero, en segundo lugar, puede también producirse dicha perturbación, como en el caso «Signorelli», por influencias *exteriores* a la palabra, frase o contexto, ejercidas por elementos que no se tiene intención de expresar y de cuyo estímulo sólo por la perturbación producida nos damos cuenta. La simultaneidad del estímulo constituye la cualidad común a las dos clases de equivocación oral y la colocación interior o exterior del elemento perturbador respecto a la frase o contexto, será su cualidad diferenciante. Esta diferencia no aparece a primera vista tan importante como luego cuando se la toma en consideración para relacionarla con determinadas conclusiones, deducidas de la sintomatología de las equivocaciones orales. Es, sin embargo, evidente que sólo

en el primer caso existe una posibilidad de deducir de los fenómenos de equivocación oral, conclusiones favorables a la existencia de un mecanismo que ligue entre sí sonidos y palabras para hacer posible una recíproca influencia sobre su articulación, esto es, conclusiones como las que el filólogo esperaba poder deducir del estudio de las equivocaciones orales. En el caso de perturbación ejercida por influencias exteriores a la misma frase o al contenido del discurso se trataría, ante todo, de llegar al conocimiento de los elementos perturbadores, y entonces surgiría la cuestión de si también el mecanismo de esta perturbación podía o no sugerir las probables reglas de la formación del discurso.

No se puede afirmar que Meringer y Mayer no hayan visto la posibilidad de perturbaciones del discurso motivadas por «complicadas influencias psíquicas» o elementos exteriores a la palabra, la frase o el discurso. En efecto, tenían que observar que la teoría del diferente valor psíquico de los sonidos no alcanzaba estrictamente más que para explicar la perturbación de los sonidos, las anticipaciones y los ecos. En aquellos casos en que la perturbación de las palabras no puede ser reducida a perturbación de sonidos, como sucede en las sustituciones y contaminaciones, han buscado en efecto y sin vacilar, la causa de las equivocaciones orales fuera del contexto del discurso y han demostrado este punto por medio de preciosos ejemplos. Entre ellos, citaré los que siguen:

(Pág. 62.) «Ru. relataba en una ocasión ciertos hechos, que interiormente calificaba de «cochinerías» (Schweinereien), pero no queriendo pronunciar esta palabra, dijo: —«Entonces se descubrieron determinados hechos...» Pero al pronunciar la

palabra «Vorschein» que aparece en esta frase, se equivocó y pronunció «Vorschwein». Mayer y yo nos hallábamos presentes y Ru. nos confesó que al principio había pensado decir «Schweinereien». La analogía de ambas palabras explica suficientemente el que la pensada se introdujese en la pronunciada, revelándose.»

(Pág. 73.) «También en las substituciones juegan como en las contaminaciones, y probablemente en un grado mucho más elevado, un importantísimo papel las imágenes verbales «flotantes». Aunque estas se hallan en el umbral de la conciencia, están, sin embargo lo bastante cercanas a ella para poder ser atraídas por una analogía del complejo a que la oración se refiere, y entonces producen una desviación en la serie de palabras del discurso o se cruzan con ella. Las imágenes verbales «flotantes» son con frecuencia como antes hemos dicho, elementos retrasados de un proceso oral recientemente terminado (ecos)».

(Pág. 97.) «La desviación puede, asimismo, producirse por analogía cuando una palabra semejante a aquella en que la equivocación se manifiesta, yace en el umbral de la conciencia y muy cerca de esta sin que el sujeto tenga intención de pronunciarla. Esto es lo que sucede en las substituciones. Confío en que estas reglas por mí expuestas, tendrán que ser confirmadas por todo aquel que las someta a una comprobación práctica, pero es necesario que al realizar tal examen, observando una equivocación oral cometida por una tercera persona, se procure llegar a ver con claridad los pensamientos que ocupaban al sujeto. He aquí un ejemplo muy instructivo: El señor L., dijo un día ante nosotros: «La mujer me inspiraría

(einjagen) miedo», y en la palabra «einjagen» cambió la j en l, pronunciando «einlagen.» Tal equivocación motivó mi extrañeza, pues me parecía incomprensible aquella sustitución de letras y me permití hacer notar a L. que había dicho «einlagen» en vez de «einjagen», a lo cual me respondió en el acto: «Sí, sí; eso ha sido sin duda porque estaba pensando: «...no estoy en situación (Lage)».

Otro ejemplo: En una ocasión pregunté a R. v. Schid. por el estado de su caballo que se hallaba enfermo. R. me respondió: «Sí; esto drurará (drauert) quizá todavía un mes». La r sobrante de «drurará» me pareció incomprensible, dado que la r de «durará» (dauert) no podía haber actuado en tal forma, y llamé la atención de v. Schid sobre su «lapsus», respondiéndome aquél que al oir mi pregunta había pensado: «Es una triste (traurig) historia». Así, pues, R. había tenido en su pensamiento dos respuestas a mi pregunta y las había mezclado al pronunciar una de ellas.»

Es innegable que la toma en consideración de las imágenes verbales «flotantes» que se hallan tras el umbral de la conciencia y no están destinadas a ser pronunciadas y la recomendación de procurar enterarse de todo lo que el sujeto ha pensado constituyen algo muy próximo a las cualidades de nuestros «análisis». También nosotros partimos, y precisamente por el mismo camino, en busca del material inconsciente, pero, en cambio, recorremos desde las ocurrencias espontáneas del interrogado hasta el descubrimiento del elemento perturbador, un camino más largo a través de una compleja serie de asociaciones.

Los ejemplos de Meringer demuestran otra cosa muy interesante también. Según la opinión del propio

autor, es una analogía cualquiera de una palabra de la frase que se tiene intención de expresar con otra palabra que no se propone uno pronunciar, lo que permite emerger a esta última por la constitución de una deformación, una formación mixta o una formación transaccional (contaminación).

lagen-dauert-Vorschein
jagen-traurig-...schwein

En mi obra «Interpretación de los sueños» expuse el papel que desempeña el proceso de condensación (Verdichtungsarbeit) en la formación del llamado contenido manifiesto del sueño a expensas de las ideas latentes del mismo. Una cualquier semejanza de los objetos o de las representaciones de las palabras entre dos elementos del material inconsciente es tomada como causa creadora de un tercer elemento, que es una formación compuesta o transaccional. Este elemento representa a ambos componentes en el contenido del sueño y a consecuencia de tal origen se halla frecuentemente recargado de determinantes individuales contradictorias. La formación de substituciones y contaminaciones en la equivocación oral es, pues, un principio de aquel proceso de condensación que encontramos toma parte activísima en la construcción del sueño.

En un pequeño artículo de vulgarización publicado en la «Neue Freie Presse» en 23 de Agosto de 1900 y titulado «Cómo puede uno equivocarse», inició Meringer una interpretación práctica en extremo de ciertos casos de intercambio de palabras, especialmente de aquellos en los cuales se sustituye una palabra por otra de opuesto sentido. «Recordamos aún cómo declaró abierta una sesión el Presidente de la Cámara

de Diputados austriaca: «Señores diputados—dijo—. Habiéndose verificado el recuento de los diputados presentes se l e v a n t a la sesión». La general hilaridad le hizo darse cuenta de su error y enmendarlo en el acto. La explicación de este caso es que el presidente d e s e a b a ver llegado el momento de levantar la sesión, de la que esperaba poco bueno y—cosa que sucede con frecuencia—la idea accesoria se abrió camino, por lo menos parcialmente, y el resultado fué la sustitución de «se abre» por «se levanta», esto es, lo contrario de lo que tenía la intención de decir. Numerosas observaciones me han demostrado que esta sustitución de una palabra por otra de sentido opuesto es algo muy corriente. Tales palabras de sentido contrario se hallan ya asociadas en nuestra conciencia del idioma; yacen inmediatamente vecinas unas de otras y con facilidad se evocan erróneamente».

No en todos los casos de intercambio de palabras de sentido contrario resulta tan fácil como en el ejemplo anterior hacer admisible la explicación de que el error cometido esté motivado por una contradicción surgida en el fuero interno del orador contra la frase expresada. El análisis del ejemplo a l i q u i s nos descubre un mecanismo análogo. En dicho ejemplo la interior contradicción se exteriorizó por el olvido de una palabra en lugar de por su substitución por la de sentido contrario. Mas para compensar esta diferencia haremos constar que la palabreja a l i q u i s no es capaz de producir un contraste como el existente entre «abrir» y «cerrar o levantar» una sesión, y además que «abrir» como parte usual del discurso, no puede hallarse sujeto al olvido.

Habiendo visto en los últimos ejemplos citados de Meringer y Mayer que la perturbación del discurso pue-

de surgir tanto por una influencia de los sonidos anticipados o retrasados o de las palabras de la misma frase destinadas a ser expresadas, como por el efecto de palabras exteriores a la frase que se intenta pronunciar y cuyo estímulo no se hubiera sospechado sin la emergencia de la perturbación., tócanos ahora averiguar cómo se puede separar definidamente una de otra ambas clases de equivocaciones orales y cómo se puede distinguir un ejemplo de una de estas clases de un caso de la otra. En este punto de la discusión hay que recordar las afirmaciones de Wundt, el cual, en su reciente obra sobre las leyes que rigen el desarrollo del lenguaje (Voelkerpsychologie. Tomo I, parte 1.ª, págs. 371 y siguientes, 1900) trata también de los fenómenos de la equivocación oral. Opina Wundt que en estos fenómenos y otros análogos no faltan jamás determinadas influencias psíquicas. «A ellas pertenece ante todo como una determinante positiva la no inhibida corriente de las asociaciones de sonidos y de palabras estimuladas por los sonidos pronunciados. Al lado de esta corriente aparece como factor negativo la desaparición o relajamiento de las influencias de la voluntad que debían inhibir dicha corriente y de la atención que actúa aquí también como una función de la voluntad. El que dicho juego de la asociación se manifieste en que un sonido venidero se anticipe o reproduzca los anteriormente pronunciados, en que un sonido familiar se intercale entre otros o, por último, en que palabras totalmente distintas a las que se hallan en relación asociativa con los sonidos pronunciados actúen sobre éstos, todo ello no indica más que diferencias en la dirección y a lo más en el campo de acción de las asociaciones que se verifican y no en la

naturaleza general de las mismas. También en algunos casos puede ser dudoso el decidir qué forma se ha de atribuir a una determinada perturbación o si no sería más justo referirla conforme al principio de la complicación de las causas, a la concurrencia de varios motivos.» (Págs. 380 y 381.)

Considero absolutamente justificadas y en extremo instructivas estas observaciones de Wundt. Quizá se pudiera acentuar con mayor firmeza el hecho de que el factor positivo favorecedor de las equivocaciones orales—la corriente no inhibida de las asociaciones—y el negativo—el relajamiento de la atención inhibitoria—ejercen regularmente una acción sincrónica, de manera que ambos factores resultan ser tan sólo diferentes determinantes del mismo proceso. Con el relajamiento o, más precisamente, por el relajamiento de la atención inhibitoria, entra en actividad la corriente no inhibida de las asociaciones.

Entre los ejemplos de equivocaciones orales reunidos por mí mismo apenas encuentro uno en el que la perturbación del discurso pueda atribuirse sola y únicamente a lo que Wundt llama «efecto de contacto de los sonidos». Casi siempre descubro al lado de esto una influencia perturbadora proviniente de algo exterior a aquello que se tiene intención de expresar y este elemento perturbador es o un pensamiento inconsciente aislado que se manifiesta por medio de la equivocación y no puede muchas veces ser atraído a la conciencia más que por medio de un penetrante análisis, o un motivo psíquico general que se dirige contra todo el discurso.

Ejemplo a): Viendo el gesto de desagrado que ponía mi hija al morder una manzana agria quise, bromeando, decirla la siguiente aleluya:

El mono pone cara ridícula
al comer, de manzana, una partícula.

Pero comencé diciendo: El m a n . . . Esto parece ser una contaminación de «m o n o» y «m a n z a n a» (f o r m a c i ó n t r a n s a c c i o n a l) y puede interpretarse también como una anticipación de la palabra «manzana» preparada ya para ser pronunciada. Sin embargo, la verdadera interpretación es la siguiente: Antes de equivocarme había recitado ya una vez la aleluya en cuestión, sin incurrir en error ninguno, y cuando me equivoqué fué al verme obligado a repetirla por estar mi hija distraída y no haberme oído la primera vez. Esta repetición, unida a mi impaciencia por desembarazarme de la frase, debe ser incluída en la motivación del error, el cual se presenta como resultante de un proceso de condensación.

b) Mi hija dijo un día: «Estoy escribiendo a la señora de S c h r e singer...» El apellido verdadero era S c h l e singer. Esta equivocación se debió probablemente, a una tendencia a facilitar la articulación, pues después de varias r es difícil pronunciar la l («I c h s c h r e i b e d e r F r a u Schlesinger»). Debo añadir además, que esta equivocación de mi hija tuvo lugar pocos minutos después de la mía entre «mono» y «manzana» y que las equivocaciones orales son en alto grado contagiosas, a semejanza del olvido de nombres, en el cual han observado Meringer y Mayer este carácter. No conozco la razón de tal contagiosidad.

c) Una paciente, al comienzo de la sesión de tratamiento y al querer decir que las molestias que experimentaba la hacían «doblarse como una n a v a j a d e b o l s i l l o» (T a s c h e n m e s s e r) cambió las consonantes de esta palabra y dijo: «T a s s e n m e s c h er», equivocación explicable por la dificultad de

articulación de tal palabra. Habiéndola llamado la atención sobre su error, replicó prontamente: —«Sí; eso me ha sucedido porque antes ha dicho usted también «Ernscht» en vez de «Ernst». En efecto, al recibirla había yo dicho: «Hoy ya va la cosa en «serio» (Ernst)—pues era aquella la última sesión del tratamiento— y, bromeando, había aprovechado el doble sentido de la palabra Ernst (serio y Ernesto) para decir Ernscht (apelativo familiar de Ernesto), en vez de Ernst (serio). En el transcurso de la sesión siguió equivocándose la paciente repetidas veces, haciéndome por fin observar que no se limitaba a imitarme, sino que tenía además una razón particular en su inconsciente para continuar considerando la palabra Ernst no como el adjetivo «serio», sino como nombre propio (Ernesto) (1).

d) La misma paciente, queriendo decir en otra ocasión: «Estoy tan constipada que no puedo aspirar (atmen) por la nariz (Nase), dijo: «Estoy tan constipada que no puedo naspirar (natmen) por la ariz (Ase)» y en el acto se dió cuenta de la causa de su equivocación, explicándola en la siguiente forma: «Todos los días tomo el tranvía en la calle Hasenauer. Esta mañana mientras lo estaba esperando, se me ocurrió pensar que si

---

(1) Hallábase, en efecto, como más tarde se demostró, bajo la influencia de un pensamiento inconsciente sobre el embarazo y la manera de evitarlo. Con las palabras «doblada como una navaja de bolsillo» que expresó conscientemente como un lamento, quería describir la posición del niño en el claustro materno. La palabra «Ernst» pronunciada por mí, había recordado en ella el nombre de S. Ernst, conocido comercio vienés situado en la Kaertnerstrasse y que suele anunciarse como lugar en que pueden adquirirse medios preventivos de la concepción.

yo fuese francesa diría A s e n a u e r ; pues los franceses no pronuncian la h aspirándola, como lo hacemos nosotros». Después de esto habló de varios franceses que había conocido y tras de amplios rodeos y divagaciones, recordó que teniendo catorce años, había representado en una piececilla titulada, «El valaco y la picarda», el papel de esta última, habiendo tenido que hablar entonces el alemán como una francesa. La casualidad de haberse alojado por aquellos días en la casa de viajeros en que ella habitaba, un huésped procedente de París ,había despertado en ella toda esta serie de recuerdos. El intercambio de sonidos ( N a s e a t m e n—A se n a t m e n ) , es pues, consecuencia de una perturbación producida por un pensamiento inconsciente, perteneciente a un contenido extraño, en absoluto, al de la frase expresada.

e) Análogo mecanismo se observa en la equivocación de otra paciente, cuya facultad de recordar desapareció de pronto a la mitad de la reproducción de un recuerdo infantil, que volvía a emerger en la memoria después de haber permanecido olvidado durante mucho tiempo. Lo que su memoria se negaba a comunicar era en qué parte de su cuerpo la había tocado la indiscreta y desvergonzada mano de cierto sujeto. Inmediatamente después de haber sufrido este olvido, visitó la paciente a un amiga suya y habló con ella de sus respectivas residencias veraniegas. Preguntada por el lugar en que se hallaba situada la casita que poseía en M., dijo que en las n a l g a s de la montaña (Berg l e n d e) en vez de en la v e r t i e n t e de la misma (Berg l e h n e) .

f) Otra paciente, a la que después de la sesión de tratamiento pregunté por un tío suyo, me respondió: «No lo sé. Ahora no le veo mas que i n f l a g r a n-

ti». Al siguiente día, en cuanto entró, me dijo: «Estoy avergonzada de mi tonta respuesta de ayer. Ha debido usted pensar que soy una de esas personas ignorantes que usan siempre equivocadamente las locuciones extrangeras. Lo que quise decirle es que ahora ya no veía a mi tío mas que en passant». Por el momento no sabíamos de donde podía haber tomado la paciente las palabras extrangeras equivocadamente empleadas, mas en la misma sesión, continuando el tema de la anterior, apareció una reminiscencia en la que jugaba el papel principal el hecho de haber sido sorprendida in flagranti. Así, pues, la equivocación del día anterior había anticipado este recuerdo, entonces todavía inconsciente.

g) Estando sometiendo a un análisis a otra paciente la expresé mi sospecha de que en la época de su vida de que entonces tratábamos, se hallase ella avergonzada de su familia y hubiese hecho a su padre un reproche sobre algo que hasta aquel momento nos era aún desconocido. La paciente no recordaba nada de ello y, además, dijo que mi suposición le parecía improbable. Mas luego continuó la conversación, haciendo varias observaciones sobre su familia, y al decir: «Lo que hay que concederles es que no son personas vulgares. Todos ellos tienen inteligencia. (Geist)», se equivocó y dijo: «Todos ellos tienen avaricia (Geiz)». Este era el reproche que por represión había ella expulsado de su memoria. Es un fenómeno muy frecuente el de que en la equivocación se abra paso precisamente aquella idea que se quiere retener (compárese con el caso de Meringer: «Vorschein—Vorschwein»). La diferencia entre ambos está tan sólo en que en el caso de Meringer el sujeto quiere inhibir una cosa de la que posee perfecta

conciencia, mientras que mi paciente no sabía lo que inhibía ni siquiera si inhibía alguna cosa.

h) El siguiente ejemplo de equivocación se refiere también, como el de Meringer, a un caso de inhibición intencionada. Durante una excursión por los Dolomitas, encontré a dos señoras que vestían trajes de turismo. Fuí acompañándolas un trozo de camino y conversamos de los placeres y molestias de las escursiones a pie. Una de las señoras concedió que este sport tenía su lado incómodo. «Es cierto—dijo—que no resulta nada agradable el sentir sobre el cuerpo, después de haber estado andando el día entero, la blusa y la camisa empapadas de sudor». En medio de esta frase tuvo una pequeña vacilación que venció en el acto. Luego continuó, y quiso decir: «Pero cuando se llega a casa (nach Hause) y puede uno cambiarse de ropa...»; mas en vez de la palabra Hause (casa) se equivocó y pronunció la palabra Hose (pantalones).

Opino que no hace falta examen ninguno para explicar esta equivocación. La señora había tenido claramente el propósito de hacer una más completa enumeración de las prendas interiores, diciendo: «blusa, camisa y pantalones», y por razones de conveniencia social había retenido el último nombre. Pero en la frase de contenido independiente que a continuación pronunció se abrió paso, contra su voluntad, la palabra inhibida (Hose) surgiendo en forma de desfiguración de la palabra Hause (casa).

i) «Si quiere usted comprar algún tapiz no vaya usted más que a casa de Kauffmann (apellido alemán, que significa además comerciante), en la calle de Mateo»—me dijo un día una señora. Yo repetí: «A casa de Mateo... digo de Kauffmann».

Esta equivocación de repetir un nombre en lugar de otro parecía ser simplemente motivada por una distracción mía. En efecto, las palabras de la señora me habían distraído pues habían dirigido mi atención hacia cosas más importantes que los tapices de que me hablaba. En la calle de Mateo se halla la casa en que mi mujer vivía de soltera. La entrada de esta casa daba a otra calle, y en aquel momento me di cuenta de que había olvidado el nombre de esta última, siéndome preciso dar un rodeo mental para llegar a recordarlo. El nombre Mateo que fijó mi atención era pues un nombre sustitutivo del olvidado nombre de la calle, siendo más apto para serlo que el nombre Kauffmann por ser exclusivamente un nombre propio, cosa que no sucede a este último y llevar la calle olvidada también un nombre propio: Radetzky.

k) El caso siguiente podría incluirse así mismo entre los «errores» de los que trataré más adelante, pero lo expongo ahora por aparecer en él con especial claridad la relación de sonidos que motiva la equivocación.

Una paciente me relató un sueño que había tenido y que era el siguiente: Un niño había decidido matarse, dejándose morder por una serpiente y, en efecto, llevaba a cabo su propósito. La paciente lo vió en su sueño retorcerse convulsionado bajo los efectos del veneno, etc. Hice que buscase el enlace que su sueño pudiera tener con sus impresiones de la vigilia, y en el acto recordó que la tarde anterior había asistido a una conferencia de vulgarización sobre el modo de prestar los primeros auxilios a las personas mordidas por reptiles venenosos. En ella oyó que cuando han sido mordidos al mismo tiempo un adulto y un niño, se debe atender primero a este último. Recordaba tam-

bién las prescripciones aconsejadas para el tratamiento de estos casos por el conferenciante, el cual había insistido sobre la importancia de saber ante todo, por qué clase de serpiente había sido atacado el herido. Al llegar aquí, interrumpí a mi paciente, y la pregunté: «¿Y no dijo el conferenciante que en nuestro país hay muy pocas serpientes venenosas, ni tampoco cuáles de las que de esta clase hay, son las más temibles?». «Sí—respondió—habló de la serpiente de cascabel (Klapperschlange)». Mi risa la hizo darse cuenta de que había dicho algo equivocado, pero no rectificó el nombre de la serpiente, sustituyéndolo por otro, sino que se limitó a retirarlo, diciendo: «Es verdad; la serpiente de cascabel no existe en nuestro país, y de lo que el conferenciante habló fué de las víboras. No sé como he podido referirme a ese reptil». Yo supuse que la aparición de la serpiente de cascabel en la respuesta de mi paciente había obedecido a la intervención de los pensamientos que se hallaban ocultos detrás de su sueño. El suicidio por mordedura de una serpiente no puede apenas ser otra cosa que una alusión a la bella Cleopatra (Kleopatra). La amplia analogía de los sonidos de ambas palabras, la común posesión de las letras Kl... p... r en igual orden de prelación y la acentuación en ambas de la letra a, deben tenerse muy en cuenta. La favorable relación existente entre los nombres «serpiente de cascabel» (Klapperschlange) y «Cleopatra» (Kleopatra), motivó en la paciente una momentánea cohibición del juicio, a consecuencia de la cual, y a pesar de saber ella tan bien como yo que la serpiente de cascabel no pertenecía a la fauna de nuestro país, no halló nada extraña su afirmación de que el conferenciante había expuesto a un público

vienés el tratamiento de las mordeduras de dicho reptil. No queremos, en cambio, reprocharla que con igual ligereza admitiese su existencia en Egipto, pues estamos acostumbrados a confundir en un solo montón todo lo extra-europeo y exótico, y yo mismo tuve que pararme a meditar un momento, antes de sentar la afirmación de que la serpiente de cascabel pertenece únicamente a la fauna del Nuevo Mundo.

En la continuación del análisis fueron apareciendo diversas confirmaciones de mi hipótesis. La paciente había fijado por vez primera su atención, la tarde anterior al sueño relatado en el grupo escultórico de Strasser, que representa a Antonio y Cleopatra, situado en las proximidades de su casa. Esto había sido, pues, el segundo motivo del sueño; (el primero fué la conferencia sobre las mordeduras de las serpientes). En la continuación de dicho sueño, se vió meciendo a un niño en sus brazos, escena a la cual asoció después la figura de la Margarita goethiana. Posteriores ideas espontáneas que surgieron en el análisis, fueron reminiscencias referentes a «Arria y Mesalina». La aparición de tantos nombres de obras teatrales en los pensamientos del sueño hace sospechar que en el sujeto existió en años anteriores una viva afición, secretamente mantenida, a la profesión de actriz. El principio del sueño: «Un niño había decidido suicidarse, dejándose morder por una serpiente», puede traducirse en estas palabras: «El sujeto se había propuesto en su infancia llegar a ser una actriz famosa.» Del nombre Mesalina, parte, por fin, el camino mental que conduce al contenido esencial de este sueño. Determinados sucesos recientes habían despertado en mi paciente la preocupación de que su único hermano llegase a contraer un matrimonio desigual, una mésa-

llia n c e, con una mujer de raza distinta, una n o a r i a.

l) He aquí un ejemplo totalmente inocente o que lo creemos así por no haber sido aclarados por completo sus motivos. En él se transparenta con gran claridad el mecanismo interior.

Un alemán que viajaba por Italia, tuvo necesidad de comprar una correa para sujetar su baul, que se le había estropeado. En el diccionario encontró la palabra italiana c o r e g g i a, como correspondiente a la alemana R i e m e n (c o r r e a). «No me será difícil recordar esta palabra—se dijo—. Bastará con que piense en el nombre del pintor C o r r e g g i o». Después de esto, se dirigió a una tienda, y pidió una r i b e r a.

Se ve, pues, que el sujeto no había conseguido sustituir en su memoria la palabra alemana por la italiana equivalente, pero que su esfuerzo no había sido totalmente vano. Sabía que tenía que apoyarse en el nombre de un pintor y obrando de este modo tropezó, no con aquél cuyo sonido semejaba a la palabra italiana, sino con otro de sonido aproximado a la palabra alemana R i e m e n (c o r r e a). Este ejemplo podría colocarse entre los olvidos de nombres lo mismo que aquí, entre las equivocaciones.

Cuando me dedicaba a coleccionar casos de equivocaciones orales para la primera edición de este libro, era yo solo a efectuar esta tarea y, para reunir material suficiente, sometía al análisis todos los casos que me era dado observar, aun aquéllos de escasa importancia. Mas de entonces acá se han dedicado varias otras personas a la divertida labor de coleccionar y analizar equivocaciones, permitiéndome hacer una selección de casos y ejemplos, extrayendo los más significativos del rico material acumulado.

m) Un joven dijo a su hermana: «He roto toda relación con D. Ahora ya ni siquiera la saludo». La hermana quiso responderle: «Haces bien. Es una familia de frescos (Sippschaft)»; pero cambió la letra inicial de la palabra Sippschaft y dijo Lippschaft. En esta equivocación acumuló dos cosas: que su hermano comenzó tiempo atrás un galanteo con una muchacha de dicha familia y que de esta muchacha se dice que poco tiempo antes se había comprometido gravemente, entregándose a un amor (Liebschaft) prohibido.

n) Un joven abordó a una muchacha en la calle con las palabras: «Si usted me lo permite, señorita, desearía acompañarla (begleiten)», pero en vez de este verbo begleiten (acompañar) formó uno nuevo (begleitdigen) compuesto del primero y beleidigen (ofender). Se ve claramente que pensaba en el placer de acompañarla, pero que temía ofenderla con la proposición. El que estos dos sentimientos encontrados llegasen a ser expresados en una palabra—en la equivocación— indica que las verdaderas intenciones del joven no eran precisamente las más puras, ya que a él mismo le parecían poder ofender a la señorita en cuestión. Pero mientras intentaba precisamente ocultar esto a los ojos de ella, su inconsciente le jugó la mala partida de descubrir su verdadera intención, con lo cual, como es natural, obtuvo de la señorita, en el acto, la respuesta obligada en estos casos: «¡Qué se ha figurado usted de mí! ¡Cómo puede ofenderme de ese modo!» (Comunicado por O. Rank).

o) Varios ejemplos de los que van a continuación están tomados por mí de un artículo de W. Stekel, titulado «Confesiones inconscientes», publicado en

e «Berliner Tageblatt», de 4 de Enero de 1904.

«El caso que sigue me reveló una parte, para mí poco grata, de mis pensamientos inconscientes. Antes de exponerlo quiero hacer constar que en mi profesión de médico no pienso nunca, como es justo, en las ganancias que mis pacientes puedan proporcionarme, sino tan sólo en su propio interés. Sin embargo, una vez me sucedió lo siguiente: Me hallaba yo en casa de un enfermo al que convaleciente ya de una grave enfermedad, seguía prestando mi asistencia. Durante el período de máxima gravedad, ambos, médico y enfermo, habíamos pasado días y noches muy penosas. Iniciada ya la convalecencia me sentía muy contento de verle en vías de franca curación y le hablé de los placeres de una estancia en Abazia que había de reponerle por completo «si, como yo esperaba, **no** le era posible abandonar pronto el lecho». —Seguramente este «**no**» había surgido de un motivo egoísta de mí inconsciente: el de poder continuar durante más tiempo visitando a un rico paciente, deseo completamente extraño a mi conciencia y que si hubiera apuntado en ella, hubiera yo rechazado con indignación».

p) Otro ejemplo, de W. Stekel: «Mi mujer tomó una institutriz francesa para por las tardes. Después de ponerse de acuerdo con nosotros sobre las condiciones reclamó sus certificados que nos había entregado y justificó su petición, diciendo:—«Je cherche encore pour les après-midis, pardon, pour les avant-midis». Claramente se ve que tenía la intención de buscar otra casa en la que quizá fuera admitida en mejores condiciones, intención que llevó a cabo».

q) A petición de su marido tuve un día que reprender enérgicamente a una señora, hallándose aquél escuchando detrás de una puerta para observar el efecto

producido por la reprimenda. Esta causó, realmente, una gran impresión en la señora. Al despedirme de ella lo hice con las palabras: «Beso a usted la mano, caballero», con lo cual, si la interesada hubiese sido persona experimentada en estas cuestiones, hubiese podido descubrir que mi despedida se dirigía en realidad a aquél por encargo del cual la había yo sermoneado.

r) El doctor Stekel nos refiere de sí mismo que, teniendo en una época en tratamiento dos pacientes, procedentes de Trieste, confundía siempre entre sí sus respectivos nombres y al saludarlos decía: «Buenos días, señor Peloni» al que se llamaba Askoli y «Buenos días, señor Askoli» a Peloni. Al principio se inclinó a no atribuir ninguna profunda motivación a este cambio y explicarlo sencillamente por las varias coincidencias existentes entre ambos sujetos, pero más tarde le fué fácil convencerse de que tan continuada equivocación obedecía al vanidoso deseo de hacer saber de este modo a sus dos clientes italianos que no era ninguno de ellos el único habitante de Trieste que había hecho el viaje hasta Viena para acudir a su consulta.

s) El mismo doctor Stekel cuenta que en una tormentosa junta general, queriendo decir: —Pasamos (wir schreiten), ahora al punto cuarto de la orden del día—dijo—: Peleamos (wir streiten), etc.

t) Un profesor, en su discurso de toma de posesión de una cátedra, dijo: «No estoy inclinado (Ich bin nicht geneigt), a hacer el elogio de mi estimado predecesor», queriendo decir: «No soy el llamado (Ich bin nicht geeignet.)

u) El doctor Stekel dijo a una señora que él suponía atacada de la enfermedad de Basedow: «Le lleva

usted la p a p e r a ( K r o p f ) a su hermana»—queriendo decir: «Le lleva usted la c a b e z a ( K o p f )».

v ) A veces la equivocación descubre algo característico del que la sufre. Una casada joven que ordenaba y mandaba en su casa como jefe supremo, me relataba un día que su marido, sintiéndose enfermo, había ido a consultar al médico sobre el régimen alimenticio más conveniente para su curación y que el médico le había dicho que su enfermedad no necesitaba ningún régimen especial.—«Así, pues—continuó la mujer—puede comer y beber lo que yo quiera».

Los dos ejemplos siguientes publicados por Th. Reik en la «Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse, III, 1915», proceden de situaciones en las que se producen con gran facilidad las equivocaciones, pues en ellas se retiene mucho más de lo que se expresa.

w ) Un caballero hablaba con una joven señora, cuyo marido había fallecido poco tiempo antes. Después de darla el pésame, añadió: «Encontrará usted un consuelo d e d i c á n d o s e ( w i d m e n ) ahora por completo a sus hijos.» Pero, abrigando un pensamiento reprimido referente a otro distinto consuelo existente para su interlocutora, esto es, que siendo una joven y bella v i u d a ( W i t w e ), no tardaría en gozar de nuevas alegrías sexuales, confundió los sonidos de las palabras w i d m e n (dedicar) y Witwe (viuda) y dijo w i d w e n en su frase de consuelo.

x ) El mismo señor, conversando una noche en una reunión con la misma joven viuda sobre los grandes preparativos que a la sazón se hacían en Berlín para la celebración de las fiestas de Pascua, preguntó a su interlocutora: «¿Ha visto usted hoy el escaparate de Wertheim? Está muy bien d e s c o t a d o ». No habiendo podido expresar en alta voz su admiración

ante el descote de la bella señora, su pensamiento retenido se había abierto paso aprovechando la semejanza de las palabras «descotado» y «decorado», y transformando la decoración del escaparate de una tienda en un descote. La palabra escaparate fué también empleada en la frase con un inconsciente doble sentido.

Igual motivo se descubre en una observación de Hans Sachs minuciosamente explicada y analizada por él mismo.

y) Una señora me hablaba de un conocido de ambos y dijo que la última vez que le había visto había observado que iba como siempre, elegantísimamente vestido y llevaba unos preciosísimos zapatos (Halbschuhe) negros. Yo la pregunté que dónde le había encontrado y ella respondió: «Llamó a la puerta de mi casa y le ví por las rendijas de la persiana, que estaba echada, pero ni le abrí ni dí señales de vida, porque no quería que supiese que había yo regresado ya a la ciudad.» Al oir esto, pensé que me ocultaba algo y que este algo era probablemente que no le había abierto porque no estaba sola en la casa, y además porque su toilette no era en aquellos momentos la más apropiada para recibir visitas. Con estos pensamientos la pregunté algo irónicamente: «¿De manera que a través de la persiana le fué a usted posible admirar las zapatillas (Hausschuhe), digo los zapatos (Halbschuhe), de nuestro amigo?» En la palabra «zapatillas» (Hausschuhe), había surgido el retenido y no expresado pensamiento de que la señora se hallaba en traje de casa (Hauskleid.) Por otro lado, la partícula Halb (medio) de Halbschuhe (zapatos), poseía una tendencia a desaparecer, por constituir el ele-

mento principal de la frase que, de no haber sido reprimida, hubiera expresado mi pensamiento, o sea: «No me dice usted más que m e d i a verdad, pues me oculta que en aquel momento se hallaba usted a m e d i o vestir». Mi equivocación fué también facilitada por el hecho de haber estado hablando inmediatamente antes de la vida matrimonial del amigo en cuestión y de su «felicidad casera», lo cual contribuyó a determinar el desplazamiento sobre su persona. Por último, debo confesar que quizá interviniera también mi envidia en el hecho de hacer andar en zapatillas por la calle al elegante caballero, pues yo había comprado hacía poco unos zapatos negros, que no podían, bajo ningún concepto, ser calificados de «preciosísimos».

Tiempos de guerra como los actuales hacen surgir una gran cantidad de equivocaciones fácilmente explicables y comprensibles.

α) «¿En qué arma sirve su hijo?»—preguntaron a una señora. «En los a s e s i n o s del 42»—respondió. (M o e r t e r n— morteros—; M o e r d e r n— asesinos).

β) El teniente Henrik Haiman escribe desde el campo de batalla: (1) Estando leyendo un libro de apasionante interés, tuve que abandonar la lectura para substituir por un momento al encargado del teléfono de campaña. Al efectuar la prueba de la línea telefónica de una batería, contesté diciendo: —«Línea corriente. Silencio»—, en lugar de las palabras reglamentarias: —«Línea corriente. Final»—. Mi equivocación se explica por el enfado que me produjo el verme arrancado de la lectura.

γ) Un sargento recomendó a sus hombres que die-

(1) Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse, IV, 1916-17.

ran con precisión sus señas a sus casas respectivas para que no se extraviaran los paquetes (Gepaeckstuecke) que de ellas les mandaran, pero pensando en deseadas vituallas, mezcló con la palabra paquetes (Gepaeckstuecke) la palabra tocino (Speck), mezcla que produjo «Gespeckstuecke» que fué la palabra que pronunció en su recomendación a los soldados.

δ) El ejemplo que a continuación va, ejemplo de extraordinaria belleza y muy importante por su triste significación, me ha sido comunicado por el doctor L. Czeszer que observó el caso en su estancia, durante la guerra, en la neutral Suiza y lo ha analizado sin dejar vacío alguno. Doy aquí su comunicación casi completa, sin más modificación que algunos cortes que no afectan a nada esencial.

«Me voy a permitir comunicarle un caso de «equivocación oral» sufrida por el profesor M. N. en la ciudad de O., durante una de las conferencias que compusieron su curso de verano sobre la psicología de las sensaciones. Debo anticiparle que estas conferencias se celebraban en un aula de la Universidad, ante un público compuesto en su mayoría de estudiantes de la Suiza francesa, partidarios decididos de la Entente, y en el que abundaban también los prisioneros de guerra franceses internados en Suiza. En la ciudad de O. se emplea ahora siempre, como en Francia, la palabra boche para designar exclusivamente a los alemanes. Claro es que en los actos públicos, conferencias, etc., los altos empleados, los profesores y demás personas responsables se esfuerzan en evitar, por razón de la neutralidad de su país, el pronunciar la ominosa palabra.

El profesor N. trataba a la sazón de la significación

práctica de los afectos y en una de sus conferencias pensaba citar un ejemplo de intencionada explotación de un afecto, encaminada a convertir en un placer la ejecución de un trabajo muscular ininteresante por sí mismo y hacerlo con ello más intenso. A este efecto, relató, en francés, naturalmente, una historia, reproducida de un periódico pangermanista por los de la localidad y en la que se relataba cómo un maestro de escuela alemán, que hacía trabajar a sus alumnos en un jardín, les invitó, para hacer más intenso su trabajo, a representarse que en cada terrón que machacasen en su labor deshacían el cráneo de un francés. Naturalmente, el profesor N., cada vez que en su relato tropezaba con la palabra «alemán» decía, con toda corrección, «allemand» y no «boche». Pero al llegar al final de la historia reprodujo las palabras del maestro en la siguiente forma: —«Imaginez vous qu'en chaque m o c h e vous ècrasez le crâne d'un français!»—. Así, pués, en vez de m o t t e dijo m o c h e.

¿No se ve aquí perfectamente cómo el correcto hombre de ciencia toma desde el principio de su narración todas las precauciones para no dejarse arrastrar por la costumbre o quizá ceder a una tentación y no dejar escapar desde la altura de una cátedra universitaria una palabra de uso expresamente prohibido por decreto de la Confederación? Mas en el preciso momento en que ha pronunciado por última vez con toda felicidad y corrección las palabras «instituteur allemand» y avanza con un interior suspiro de satisfacción hacia el ya inmediato final de su historia, el vocablo temido y tan trabajosamente evitado se engancha a su similicadente m o t t e y la desgracia sucede irreparablemente. El temor de cometer una falta de tacto político y quizá un reprimido capricho o deseo

de usar, a pesar de todo, la palabra habitual y esperada por todos, así como el enfado del republicano y democrático profesor ante toda coacción ejercida contra la libre expresión de sus opiniones, se interpusieron ante su intención principal de relatar correctamente el ejemplo. El orador conoce esta tendencia interferencial y no se puede admitir que no haya pensado en ella momentos antes de sufrir su equivocación.

Esta no fué advertida por el profesor N. o, por lo menos, no fué corregida por él, cosa que en la mayoría de los casos se suele hacer automáticamente. En cambio, el auditorio, compuesto en su mayor parte de franceses, acogió con verdadera satisfacción el «lapsus», el cual hizo por completo el efecto de un chiste intencionado. Por mi parte seguí este suceso, inocente en apariencia, con un gran interés apasionado, pues aunque, por razones fácilmente comprensibles, tenía que renunciar a hacer al profesor N. las preguntas que el método psicoanalítico prescribía para aclarar la equivocación, ésta constituía para mí una prueba palpable de la verdad de la teoría freudiana de la determinación de los actos fallidos (Fehlhandlungen) y de las profundas analogías y conexiones entre la equivocación y el chiste».

ε) Bajo las perturbadoras impresiones de la época de guerra surgió también el siguiente caso de equivocación que nos comunica un oficial austriaco al regresar de su cautiverio en Italia:

«Durante algunos de los meses que estuve prisionero en Italia, nos hallábamos alojados doscientos oficiales en una estrecha villa. En este tiempo murió de la gripe uno de nuestros compañeros. La impresión que este suceso nos produjo fué, como es natural, muy profunda por las condiciones en que estába-

mos; dado que la falta de asistencia médica y el desamparo en que transcurría nuestra existencia hacían más que probable el desarrollo de la epidemia. El cadáver de nuestro compañero había sido colocado, en espera de recibir sepultura, en los sótanos de la casa. Por la noche, dando un paseo alrededor de nuestra villa con un amigo mío, coincidimos ambos en el deseo de ver el cadáver. Siendo yo el que primero entró en el sótano, me hallé ante un espectáculo que me sobrecogió, pues no esperaba hallar el ataud tan inmediato a la entrada, ni ver de repente, tan cercano a mí, el rostro del difunto, cuya inmovilidad parecía alterada por los cambiantes reflejos que las llamas de los cirios arrojaban sobre él al ser movidas por el aire. Todavía bajo la impresión de aquel cuadro, continuamos nuestro paseo. Al llegar a un sitio desde el cual se ofrecía a nuestros ojos el parque entero nadando en luz de luna, la pradera surcada por los blancos rayos, y tras ella un ligero manto de niebla, comuniqué a mi compañero mi impresión, ligada con aquel cuadro, de ver danzar una teoría de elfos bajo la línea de pinos que cerraba el horizonte.

A la tarde siguiente enterramos a nuestro camarada. El camino desde nuestra prisión hasta el cementerio de una localidad vecina fué para nosotros amargo y humillante. Una multitud de muchachos, mujeres y ancianos del pueblo, aprovechó la ocasión para desahogar ruidosamente sus sentimientos de curiosidad y de odio hacia sus enemigos prisioneros. La sensación de no poder permanecer libre de insultos ni aun en nuestra inerme situación, y el asco ante aquella grosería, me dominaron hasta la noche, llenándome de amargura. A la misma hora de la noche anterior, y acompañado por el mismo camarada, comencé a pasear por el

enarenado camino que daba vuelta a nuestro alojamiento. Al pasar frente a la puerta del sótano tras de la que la víspera se hallaba el cadáver, acudió a mi memoria el recuerdo de la impresión que a su vista me había sobrecogido. Cuando después llegamos al lugar desde el cual se descubría el parque entero, nuevamente iluminado por la luna, me detuve y dije a mi acompañante: «Podíamos sentarnos aquí en la tumba (Grab) — digo en la hierba (Gras) — y enterrar (sinken) — (por entonar — singen) — una serenata». — Al sufrir la segunda equivocación se fijó mi atención en lo ocurrido, pues la primera la había rectificado sin haberme dado cuenta de su significación. Mas entonces medité sobre ambas y las uní del siguiente modo: «enterrar—en la tumba». Rápidamente se me presentaron las siguientes imágenes: los elfos bailando y flotando en el resplandor lunar, el compañero amortajado, la impresión que me causó su vista y determinadas escenas del entierro. Al mismo tiempo recordé la sensación de repugnancia sentida durante el perturbado duelo, así como ciertas conversaciones habidas sobre la epidemia y los temores expresados por varios oficiales. Más tarde recordé también que aquel día era el aniversario de la muerte de mi padre, cosa que me extrañó, dada mi pésima memoria para las fechas.

Sucesivas meditaciones me hicieron darme cuenta de las coincidencias que presentaban las condiciones exteriores de ambas noches: igual luz de luna, igual hora, igual lugar y la misma persona a mi lado. Recordé el disgusto que había experimentado al conocer el peligro de un desarrollo de la epidemia gripal y, al mismo tiempo, también mi decisión interior de no dejarme dominar por el temor. Entonces me dí cuenta de

la significación de la formación de la frase: «Podríamos enterrar(nos) en la tumba», y llegué al convencimiento de que la primera rectificación del error tumba-hierba, verificada por mí sin darme cuenta de su sentido, había tenido como consecuencia el segundo error de enterrar por entonar con el fin de asegurar al complejo reprimido una efectividad final.

Añadiré que en aquella época padecía yo de sueños aterradores, en los cuales vi repetidas veces a una muy próxima parienta mía, enferma en su lecho y, una vez, muerta. Inmediatamente antes de ser hecho prisionero había recibido la noticia de que en la región en que dicha persona se hallaba había estallado con gran fuerza la epidemia gripal y la había expresado mis temores. Desde entonces había cesado de saber de ella. Meses después recibí la noticia de que dos semanas antes del suceso anteriormente descrito había sido víctima de la epidemia».

ζ) El siguiente ejemplo de equivocación oral arroja vivísima luz sobre uno de los dolorosos conflictos que se presentan a los médicos. Un individuo presuntamente atacado de una mortal dolencia, cuyo diagnóstico no se había fijado todavía con absoluta seguridad, acudió a Viena para tratar de resolver allí su problema y pidió a un antiguo amigo suyo, médico muy conocido, que se encargase de asistirle, cosa que éste aceptó no sin alguna resistencia. El enfermo debía ingresar en una casa de salud y el médico propuso a este fin el Sanatorio «Hera».—«Pero ese Sanatorio no es más que para una especialidad (para partos)»—repuso el enfermo—. «Nada de eso—replicó vivamente el médico—en el Sanatorio «Hera» puede matarse (umbringen)—digo alojarse (unterbringen)—a cualquier paciente». Al darse cuenta de lo que

había dicho luchó el médico violentamente contra la significación de su «lapsus».—«¿Supongo—dijo—que no creerás que tengo impulsos hostiles contra ti?»—Un cuarto de hora después dijo el médico a la enfermera que había tomado a su cargo el cuidado del paciente y que le acompañaba hasta la puerta del establecimiento:—«No he encontrado nada y no creo aún que tenga esa enfermedad. Pero si la tuviera, yo le daría una buena dosis de morfina y todo habría terminado». Resulta que su amigo le había puesto la condición de que acortara sus sufrimientos con un medicamento cualquiera en cuanto se viera que su enfermedad era irremediable. Así, pues, el médico había realmente aceptado la misión de matar (umbringen) a su amigo.

η) No quisiera prescindir del siguiente ejemplo, altamente instructivo, a pesar de haber sucedido hace ya unos veinte años.

«Hablando una señora, en una reunión, de un tema que en el apasionamiento de sus palabras se advertía que despertaba en ella intensas emociones secretas, dijo lo siguiente:—«Sí; una mujer necesita ser bella para gustar a los hombres. El hombre tiene menos dificultad para gustar a las mujeres. Basta con que tenga sus cinco miembros bien derechos.» Este ejemplo nos permite penetrar con la mirada en el íntimo mecanismo de un «lapsus» oral producido por condensación o contaminación. Podemos admitir que nos hallamos aquí ante la fusión de dos maneras de expresarse de análogo sentido:

«Basta con que tenga sus cuatro miembros bien derechos».
«Basta con que tenga sus cinco sentidos bien cabales».

O también que el elemento «derechos» (ge

r a d e ) fuera común a dos intenciones de expresión que hubieran sido las siguientes:

«Basta con que tenga sus miembros bien d e r e c h o s [ ( g e r a d e ) ».

«Por lo demás, podrá dejar que todos los cincos sean p a r e s [ ( g e r a d e ) (1)».

Puede, por lo tanto, admitirse que a m b a s formas de expresión, la de los cinco sentidos y la de «dejar que todos los cincos sean pares», han cooperado a introducir primero un número y después el misterioso cinco en lugar del sencillo cuatro en la frase de «los miembros bien derechos». Esta fusión no se hubiera verificado seguramente si la frase resultante de la equivocación no hubiera tenido un sentido propio, el de una cínica verdad que no podía ser descaradamente reconocida por una señora.— Por último, no queremos dejar de hacer observar que las palabras de la señora, según su sentido literal, podían ser igualmente un excelente chiste que una divertida equivocación. Esto depende tan solo de que fueran o no pronunciadas intencionadamente. La conducta de la señora hacía imposible en este caso la intención y, por lo tanto, el chiste.

La proximidad entre una equivocación oral y un chiste puede llegar a ser tan grande que la persona misma que sufre aquélla ría de ella como si de un chiste se tratase. Este es el caso que se presenta en el siguiente ejemplo, comunicado por O. Rank. (Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse, I, 1913.)

---

(1) N. del T.—«Dejar que todos los cincos sean pares», es una locución familiar alemana, que viene a significar «salirle a uno una cosa por una friolera».— La palabra «gerade» tiene la doble significación de «derecho» y «par».

o) Un joven recién casado cuya mujer, deseosa de no perder su aspecto juvenil, se resistía a concederle con demasiada frecuencia el comercio sexual, me contó la siguiente historia, que había divertido extraordinariamente al matrimonio:—Después de una noche en la que había él quebrantado de nuevo la abstinencia deseada por su mujer, se puso por la mañana a afeitarse en la alcoba común y—como ya lo había hecho otras veces por razones de comodidad—usó para empolvarse la cara tras el afeitado una borla de polvos que su mujer tenía encima de la mesa de noche. La esposa, muy cuidadosa de su cutis, le había dicho varias veces que no usara dicha borla, y, enfadada por la nueva desobediencia exclamó al verle, desde el lecho en que aún se hallaba reposando:—¡Ya estás otra vez e c h á n d o m e polvos con tu borla!—La risa de su marido la hizo darse cuenta de su equivocación—había querido decir:—¡Ya estás otra vez e c h á n d o t e polvos con mi borla—y sus carcajadas acompañaron a las del marido. («Empolvar o echar polvos» es una expresión conocida por todo vienés como equivalente a «realizar el coito», y en este caso la borla aparecía indudablemente como un símbolo fálico.)

El parentesco entre el chiste y la equivocación oral se manifiesta también en el hecho de que la equivocación no es a veces más que una contracción.

x) Añadiré aquí otro caso cuya interpretación requiere escasa ciencia:

«Un profesor de anatomía se ocupaba en cátedra de la explicación de la cavidad nasal que, como es sabido, es uno de los temas más difíciles de la esplanología. Habiendo preguntado a su auditorio si había comprendido sus explicaciones recibió una general respuesta afirmativa a la que el profesor, del cual se sa-

bía que tenía un alto concepto de sí mismo, repuso:—«No me es fácil creer que me hayan entendido todos, pues las personas que conocen estas cuestiones referentes a la cavidad nasal pueden, aun en una ciudad de más de un millón de habitantes, como Viena, contarse con un dedo—perdón—con los dedos de una mano».

λ) El mismo anatomista dijo otra vez:—Por lo que respecta a los órganos genitales femeninos no se ha podido, a pesar de muchas tentaciones (Versuchungen)—perdón—tentativas. (Versuche)...

μ) Al Dr. Alf. Robitsek, de Viena, debo el relato de dos casos de equivocación oral observados y publicados por un antiguo escritor francés y que transcribiré aquí sin traducirlos:

«Brantôme (1527-1614).—Vie des Dames galantes.—Discours second: «Si ay-je cognue une très belle et honneste dame de par le monde, qui, devisant avec un honneste gentilhomme de la cour des affaires de la guerre durant ces civiles, elle luy dit: «J'ay ouy dire que le roi a faict rompre tous les c... de ce pays là». Elle vouloit dire les ponts. Pensez que, venant de coucher d'avec son mary, ou songeant à son amant, elle avoit encor ce nom frais en la bouche, et le gentilhomme s'en eschauffa en amours d'elle pour ce mot».

«Une autre dame que j'ai cognue, entretenant une autre grand dame plus qu'elle, et luy louant et exaltant ses beautez, elle luy dit après, —«Non, madame, ce que je vous en dis, ce n'est pas pour vous adulterer; voulant dire adulater, comme elle le rhabilla ainsi: pensez qu'elle songeoit à adulterer».

En el método psicoterápico que yo empleo para la

solución y remoción de los síntomas neuróticos se encuentra uno con frecuencia ante la labor de descubrir, extrayéndolo de discursos y ocurrencias en apariencia casuales de los pacientes, un contenido psíquico que, aunque se esfuerza en ocultarse, no puede dejar de traicionarse a sí mismo, revelándose involuntariamente de muchas maneras diferentes. En estos casos las equivocaciones suelen prestar los más valiosos servicios, cosa que podríamos demostrar por medio de convincentes y singulares ejemplos. En determinadas ocasiones los pacientes confunden a los miembros de sus familias y, queriendo referirse a una tía suya dicen «mi madre» o designan a su marido como su «hermano». De este modo me descubren que «identifican» a estas personas una con otra, esto es, que las han colocado en una única categoría que para su vida sentimental significa la recurrencia del mismo tipo. He aquí otro caso: Un joven de veinte años se presentó a mí en mi consulta con las palabras: «Soy el p a d r e de N. N., a quien usted ha asistido—perdón—quería decir el h e r m a n o ; él es cuatro años mayor que yo». Esta equivocación me dió a entender que el joven me había querido decir que tanto él como su hermano estaban enfermos por la culpa de su padre y que acudía a mí como su hermano con el deseo de curarse, pero que, en realidad, el padre era el que más necesitaba ser sometido a un tratamiento. Otras veces es suficiente una disposición poco usual de las palabras o una expresión forzada para descubrir la participación de un pensamiento reprimido en el discurso del paciente, diferentemente motivado.

Tanto en aquellas perturbaciones del discurso que presentan una burda trama, como en aquellas otras más sutiles pero que pueden también sumarse a las

«equivocaciones orales», encuentro que no es la influencia del contacto de los sonidos, sino la de los pensamientos exteriores a la oración que se tiene propósito de pronunciar lo que determina el origen de la equivocación oral y basta para explicar las faltas orales cometidas. Las leyes, según las cuales actúan los sonidos entre sí transformándose unos a otros, me parecen ciertas, pero no en cambio lo suficientemente eficaces para perturbar por sí solas la correcta emisión del discurso. En los casos que he estudiado e investigado más detenidamente, no representan estas leyes más que un mecanismo preformado del cual se sirve cómodamente un motivo psíquico más remoto que no forma parte de la esfera de influencia de tales relaciones de sonidos. En un gran número de sustituciones aparecidas en equivocaciones orales no se siguen para nada tales leyes fonéticas. En este punto me hallo de completo acuerdo con Wundt, que afirma igualmente que las condicionales de la equivocación oral son muy complejas y van más allá de los efectos de contacto de los sonidos.

Dando por seguras estas «remotas influencias psíquicas», según la expresión de Wundt, no veo tampoco inconveniente alguno en admitir que en el discurso emitido rápidamente y con la atención desviada de él hasta cierto punto, pueden quedar limitadas las causas de la equivocación a las leyes expuestas por Meringer y Mayer. Pero muchos de los ejemplos coleccionados por estos autores es más probable que posean una más complicada solución.

En otros casos de equivocaciones orales puede aceptarse que la similicadencia con palabras obscenas o la alusión a un sentido de este género constituyan

por sí solas el elemento perturbador. La intencionada desfiguración y retorcimiento de palabras y frases a que tan aficionados son determinados individuos ordinarios no responde a otra cosa que al deseo de aludir a lo prohibido con un motivo por completo inocente, y este juego es tan frecuente que no sería nada digno de asombro el que apareciera también no intencionadamente y aun contra la voluntad del sujeto.

Espero que mis lectores apreciarán la diferencia de valor existente entre las interpretaciones de Meringer y Mayer, no demostradas con nada, y los ejemplos coleccionados por mí mismo y explicados por medio del análisis. Precisamente es una observación del mismo Meringer, muy digna de tenerse en cuenta, lo que mantiene viva mi esperanza de demostrar que también los casos aparentemente simples de equivocación pueden ser explicados por la existencia de una perturbación causada por una idea semi-reprimida exterior al contexto que se tiene intención de expresar. Dice Meringer que es curioso el hecho de que a nadie le guste reconocer que ha cometido una equivocación oral. Existen muchos individuos inteligentes y sinceros que se sienten ofendidos cuando se les dice que han cometido un «lapsus». Por mi parte no me arriesgaría a afirmar esto con la generalidad que lo hace Meringer al emplear la palabra «nadie». Sin embargo, la huella de emoción que se manifiesta en el sujeto al serle demostrado su «lapsus», emoción que es de la naturaleza de la vergüenza, tiene su significación y puede colocarse al lado del enfado que experimentamos al no recordar un nombre olvidado, y de nuestra admiración ante la tenacidad de un recuerdo aparentemente indiferente, e indica siempre la participación de un motivo en la formación de la perturbación.

La desfiguración de los nombres propios equivale siempre a un insulto cuando se hace intencionadamente, y podría tener igual significado en toda aquella serie de casos en que aparece como «lapsus» involuntario. Aquella persona que, según la comunicación de Mayer, dijo una vez «F r e u d e r» en vez de F r e u d por tener intención de pronunciar poco después el nombre «Breuer» (pág. 38) y habló otra vez del método de F r e u e r - B r e u d, queriendo decir el de B r e u e r - F r e u d (pág. 28), era un colega de facultad y ciertamente no un entusiasta de dicho método. Más adelante, al ocuparme de las equivocaciones gráficas, comunicaré un caso de desfiguración de un nombre que no puede explicarse ciertamente de otra manera (1).

---

(1) Puede observarse también que las personas de la aristocracia suelen desfigurar con particular frecuencia los nombres de los médicos, a los que han consultado, de lo cual se deduce que interiormente no los estiman en mucho, a pesar de la cortesía que muestran en su trato con ellos.—Quiero citar aquí algunas acertadas observaciones sobre el olvido de nombres, tomándolas de la obra inglesa sobre este tema, escrita por el profesor E. Jones, residente en Toronto en la época en que la publicó. (The Psychopathology of Everyday Life. American J. of Psychology. Oct. 1911):

«Pocas son las personas que pueden reprimir un movimiento de enfado al notar que otras han olvidado su nombre, sobre todo cuando esperaban que éstas lo hubiesen retenido en su memoria. En estos casos acostumbran a decirse, sin reflexionar, que estas personas no hubiesen sufrido tal flaqueza de memoria si se hubiese dejado en ellas una más vigorosa impresión, pues el nombre es un elemento esencial de la personalidad. Por otro lado, pocas cosas existen más agradables que el ser interpelados por nuestro nombre por una alta personalidad de la que no se esperaba tal cosa. Napoleón, maestro en el arte de manejar a

En estos casos interviene como elemento perturbador una crítica que no debe tenerse en cuenta por no corresponder en el momento a la intención del orador.

Inversamente la sustitución de un nombre por otro, la adopción de un nombre que no es el propio o la identificación llevada a cabo por equivocación de nombres, tienen que significar una apreciación o reconocimiento que momentáneamente y por determinadas razones, debe permanecer en segundo término. S. Fe-

los hombres, dió durante la desdichada campaña de 1814 una asombrosa prueba de su memoria en esta cuestión. Hallándose en una ciudad próxima a Graonne recordó que veinte años antes había hecho conocimiento con el que en aquellos días desempeñaba el puesto de alcalde de dicha ciudad, un individuo llamado De Bussy. Consecuencia de esto fué que De Bussy, encantado de que el Emperador le recordase al cabo de veinte años, se entregó en cuerpo y alma a su servicio. Inversamente no existe medio más seguro de afrentar a un hombre que hacer como si se hubiera olvidado su nombre. Con ello se manifiesta que la persona en cuestión le es a uno tan indiferente que ni siquiera merece que se tome uno el trabajo de retener su nombre. Esta cuestión ha sido también muy explotada en la literatura. En la obra de Turgenef titulada «Humo» aparece el pasaje siguiente: «¿Sigue usted encontrando que Baden es un sitio divertido, señor... Litvinov?»—Ratmirov acostumbraba a pronunciar el nombre de Litvinov, vacilando un poco como si tuviese antes que hacer un esfuerzo para recordarlo. Con esto, así como con la orgullosa manera que tenía de quitarse el sombrero al saludarle, se proponía herir a Litvinof en su vanidad». En otra de sus obras «Padres e Hijos», escribe el mismo autor: «El gobernador invitó a Kirsanov y Balarov al baile y repitió su invitación pocos minutos después, considerándolos como hermanos y llamándolos a ambos Kisarov». En este caso, el olvido de haberlos invitado ya anteriormente, el error en el nombre y la incapacidad de considerar por separado a cada uno de los dos jóvenes, constituyen un cúmulo de alfilerazos irritantes. La desfiguración de los nombres tiene la misma significación que el olvido de los mismos; es un primer paso hacia este último».

renczi relata una experiencia de este género que procede de sus años escolares.

«Estando en la primera clase del colegio, tuve por primera vez en mi vida que recitar en público, esto es, ante mis condiscípulos, una poesía. Habiéndola preparado y estudiado muy bien me quedé muy sorprendido al ver que apenas había comenzado a recitar, estallaba en la clase una general carcajada. El profesor me explicó después este singular recibimiento. Había dicho yo el título de la poesía «Desde la lejanía» con toda corrección; mas después en vez del nombre de su autor, había pronunciado el mío propio. El poeta se llamaba Alejandro (Sandor) Petoefi, y el llevar yo el mismo nombre de pila, favoreció sin duda el intercambio, mas la verdadera causa de éste fué, seguramente, mi secreto deseo de identificarme en aquellos momentos con el héroe-poeta. Conscientemente también, sentía yo entonces por Petoefi un amor y un respeto, rayanos en la adoración. Como es natural todo mi complejo de ambición se ocultaba tras esta función fallida».

Una parecida identificación por medio de un cambio de nombres, me fué comunicada por un joven médico que tímida y reverentemente se presentó al famoso Virchow con las palabras: «Soy el doctor Virchow». El renombrado profesor se volvió lleno de asombro hacia él y le preguntó: «¿Ah; se llama usted también Virchow?». No se cómo justificaría el ambicioso joven su equivocación, ni si imaginaría la cortés excusa de decir que se sentía tan pequeño ante el grande hombre, que hasta su propio nombre había olvidado o tendría el valor de confesar que esperaba llegar a ser un día tan grande como Virchow y que, por lo tanto el señor Consejero aúlico,

debía de tratarle con toda consideración. Desde luego, uno de estos dos pensamientos o quizás ambos a la vez, tuvieron que causar el embarazo del joven al hacer su presentación.

Por razones altamente personales debo dejar indeciso si una parecida interpretación puede ser o no aplicable al siguiente caso. En el Congreso Internacional de Amsterdam, en 1907, fué mi teoría de la histeria objeto de una viva discusión. Uno de mis más enérgicos contradictores cometió, al pronunciar su impugnación de mis teorías, repetidas equivocaciones orales consistentes en ponerse en mi lugar y hablar en mi nombre. Decía, por ejemplo: «Breuer y y o hemos demostrado como todos saben...» cuando lo que se proponía decir era: «Breuer y F r e u d han etc.» El nombre de este adversario de mis teorías no presenta la más mínima semejanza ni similicadencia con el mío. Tanto este ejemplo como muchos otros casos de intercambio de nombres aparecidos en equivocaciones orales, nos indican que la equivocación puede prescindir, por completo, de aquellas facilidades que la ofrece la similicadencia y realizarse apoyada tan sólo por ocultas relaciones de contenido.

En otros casos más significativos es una auto-crítica, una contradicción que en nuestro fuero interno se eleva contra nuestras propias manifestaciones, la que causa la equivocación, llegando hasta a forzarnos, a sustituir lo que nos proponemos expresar por algo contrario a ello. Entonces se observa con asombro cómo la forma de emitir una afirmación subraya el propósito de la misma y cómo el «lapsus» revela la interior insinceridad. En estos casos, la equivocación se convierte en un medio mímico de expresión y, con frecuencia, en la expresión misma de lo que no

quería uno decir. Con ella nos traicionamos a nosotros mismos. Así, por ejemplo, un individuo que en sus relaciones con la mujer no gustaba del llamado «comercio normal», pronunció hablando de una muchacha a la que se reprochaba su coquetería: «Conmigo se le quitaría pronto esa costumbre de coetear». Aquí no cabe duda que sólo a la influencia de la palabra cóito es a lo que se puede atribuir la modificación introducida en la palabra coquetear que es la que el individuo tenía intención de pronunciar. Lo mismo sucede en este otro caso: «Un tío nuestro—nos relató un matrimonio—estaba hace algunos meses muy ofendido con nosotros porque no le visitábamos nunca. Por fin, el ofrecerle nuestra nueva casa, nos dió motivo para ir a verle después de mucho tiempo. En apariencia, se alegró mucho de vernos, pero al despedirnos nos dijo con gran afabilidad: «Espero que en adelante os veré más raramente que hasta ahora».

Los casuales caprichos del material oral, hacen a veces surgir equivocaciones que tienen en unos casos todo el abrumador efecto de una indiscreta revelación y en otros el completamente cómico de un chiste.

Así sucede en el ejemplo siguiente, comunicado y observado por el doctor Reitler:

«Una señora quiso, hallándose hablando con otra, alabar el sombrero de ésta y la preguntó en tono admirativo: «—¿Y ha sido usted misma quien ha adornado ese sombrero?—» Mas al pronunciar la palabra adornado—aufgeputzt, cambió la u de la última sílaba en a, formando un verbo que por su analogía con la palabra Patzerei (facha), revelaba la crítica ejercida en el interior de la señora sobre el sombrero de su amiga. Claro es que la azorante y clara equivocación no po-

día ya ser rectificada por muchas alabanzas que se pronunciasen a continuación».

Menos comprometedora, pero también inequívoca, es la crítica expresada en el «lapsus» siguiente:

Una señora visitaba a una conocida suya, y la inagotable y poco interesante charla de esta última, la causó pronto fatiga é impaciencia por marcharse. Por fin consiguió interrumpirla y despedirse, pero al llegar a la antesala, su amiga, que la acompañaba, la detuvo con un nuevo torrente de palabras, y estando ya dispuesta a salir, tuvo que permanecer de pie ante la puerta, escuchándola. Por fin, la interrumpió diciendo: «—¿Recibe usted en la antesala? (Vorzimmer)», y se dió enseguida cuenta de su equivocación al ver la cara de asombro de su interlocutora. Lo que había querido decir, cansada por la larga permanencia de pie en la antesala y para intentar cortar la charla de su amiga, era: «¿Recibe usted por las mañanas? (Vormittag)», pero la equivocación reveló su impaciencia.

El siguiente es un caso de auto-referencia presenciado por el doctor Max Graef.

«En una Junta general de la Sociedad de Periodistas «Concordia», pronunció un joven socio que sufría de constantes apuros económicos, un violento discurso de oposición, y en su arrebato interpeló a los miembros de la Comisión de Gobierno interior de la Sociedad (**Ausschussmitglieder**), con el nombre de miembros de adelantos (**Vorschussmitglieder**). En efecto, los miembros de la comisión de Gobierno interior tenían a su cargo el conceder o no los préstamos solicitados por los socios, y el joven orador acababa de hacer una petición en tal sentido».

En el ejemplo «Vorschwein», hemos visto que la equivocación se produce con facilidad cuando el sujeto procura reprimir alguna palabra insultante, constituyendo el error una especie de desahogo.

«Un fotógrafo que se había propuesto rehuir todo apelativo zoológico en su trato con sus torpes ayudantes, quiso decir un día a un aprendiz que había derramado por el suelo la mitad del líquido contenido en una cubeta al querer transvasarlo a otro recipiente: «Pero hombre, ¿por qué no has sacado (abschoepfen), antes un poco de líquido con cualquier cosa?» Pero cambió la f por una s, resultando la palabra schoepsen, que recuerda la palabra Schoeps (carnero—bobo), apelativo que el fotógrafo evitó pronunciar, pero que surgió en el «lapsus». Otra vez, viendo a una ayudanta poner imprudentemente en peligro una docena de valiosas placas, comenzó a dirigirla una larga y airada reprimenda, en la que quiso decir: «¿Es que está usted mala de la cabeza? (hirnverbrannt)». Más al pronunciar esta palabra cambió la i primera en una o, resultando hornverbrannt (mala de los cuernos)».

El ejemplo que va a continuación, constituye un serio caso de confesión involuntaria llevada a cabo por medio de un «lapsus linguae». Algunos detalles de interés que en él aparecen, justifican que se transcriba aquí íntegra la comunicación que de él publicó A. A. Brill en la «Zentralblatt fuer Psychoanalyse, II-I» (1):

«Paseaba yo una noche con el doctor Frink, hablando de cuestiones referentes a la Sociedad psicoanalítica de Nueva York, cuando encontramos a un colega, el doctor R. al cual no había yo visto hacía años, y

(1) Atribuído erróneamente en la revista a E. Jones.

de cuya vida privada no conocía nada. Ambos nos alegramos de volvernos a ver y, a propuesta mía entramos en un café, en el que permanecimos dos horas conversando animadamente. El doctor R., parecía conocer mis asuntos particulares mejor que yo los suyos, pues tras los saludos de costumbre, me preguntó por la salud de mi hijo, declarándome que de tiempo en tiempo tenía noticias mías por conducto de un amigo de ambos y que se interesaba mucho por mi actividad profesional, habiendo leído mis publicaciones en las revistas de medicina. A mi vez, le pregunté si se había casado, contestando él negativamente, y añadiendo: «Para qué habría de casarse un hombre como yo».

Al abandonar el café, se dirigió a mí de repente y me dijo: «Quisiera saber lo que haría usted en el caso siguiente: Conozco a una enfermera que ha sido declarada cómplice en un proceso de divorcio. La esposa ofendida entabló este contra su marido, acusándole de adulterio con la susodicha enfermera, y el divorcio se falló a favor de él...» (1). Al llegar aquí le interrumpí, diciendo: «Querrá usted decir a favor de ella, de la esposa». R. rectificó enseguida: «Claro es; se falló a favor de ella» —y siguió su relato, contando que el escándalo producido había impresionado de tal modo a la enfermera que había comenzado a darse a la bebida y contraído un grave desarreglo nervioso. Al final de su relato me pidió consejo sobre el tratamiento a que debía someterla.

Al rectificar su equivocación le rogué me la explica-

---

(1) «Según nuestras leyes, no se concede el divorcio más que cuando queda probado que uno de los cónyuges ha cometido adulterio, y entonces los derechos que el divorcio ocasiona, no se conceden más que al cónyuge ofendido».

ra, pero como sucede habitualmente en estos casos, recibí la asombrada respuesta de que el error había sido por completo casual, que no había motivo para suponer que se ocultase algo tras de él y que, en fin de cuentas, todo el mundo tenía derecho a equivocarse. A esto repliqué que todas las equivocaciones orales tienen siempre un fundamento y que si no me hubiera dicho poco antes que era soltero, hubiera estado tentado de considerarle como el protagonista del suceso relatado, porque, siendo así, quedaría explicada su equivocación por su deseo de no haber sido él sino su mujer la que hubiera perdido el pleito, con lo cual hubiera él quedado libre de tenerla que pasar alimentos y con el derecho de volverse a casar en Nueva York. El doctor rechazó obstinadamente mi sospecha, fortificándola al mismo tiempo por una exagerada reacción emocional y señales inequívocas de gran excitación seguidas de ruidosas risotadas. A mi invitación a decir la verdad en interés de la ciencia, contestó diciendo: «Si no quiere usted que yo le mienta debe seguir creyendo en mi soltería y, por lo tanto, en que su interpretación psicoanalítica es falsa en absoluto». Luego añadió que el trato con un hombre como yo, que se fijaba en tales pequeñeces, era en extremo peligroso y, recordando de repente que tenía que acudir a una cita, se despidió de nosotros.

Sin embargo, tanto el doctor Frink como yo estábamos convencidos de la exactitud de mi interpretación del «lapsus» y, por mi parte, decidí comenzar a informarme para obtener una prueba favorable o adversa. Días después visité a un vecino mío, antiguo amigo del doctor R., el cual confirmó mi hipótesis en todos sus puntos. El pleito se había sentenciado unas semanas antes, y la enfermera había sido declarada cóm-

plice del adulterio.—El doctor R. está ahora firmemente convencido de la exactitud de los mecanismos freudianos».

En el siguiente caso, comunicado por O. Rank, aparece también como indudable el hecho de traicionar la equivocación los sentimientos íntimos del sujeto que a sufre:

«Un individuo carente en absoluto de sentimientos patrióticos y que deseaba educar a sus hijos en esta misma ausencia de ideales, en su opinión superfluos, reprochaba a aquéllos el haber tomado parte en una manifestación patriótica, y achacaba su conducta en este caso al ejemplo de un tío de los muchachos: «Precisamente es a vuestro tío al que no debéis imitar—les dijo—. Es un i d i o t a». La cara de asombro de sus hijos, no acostumbrados a oir a su padre tratar al tío en este tono, le hizo darse cuenta de su equivocación y disculparse rectificando: «Como supondréis no quería decir i d i o t a sino p a t r i o t a».

Como una involuntaria confesión, en la que el sujeto se traiciona a sí propio es interpretada, por aquella persona misma a la que se dirige la frase en la que aparece el error, la equivocación siguiente, comunicada por J. Staercke (l. c.), el cual añade a su relato una observación acertada, pero que va más allá de los límites en que debe mantenerse la interpretación:

«Una dentista había convenido con su hermana que la reconocería un día para ver si existía o no c o n t a c t o entre dos de sus muelas, esto es, si las paredes laterales de dichas muelas estaban o no suficientemente juntas para no permitir que quedasen entre ellas partículas de comida. Pasado algún tiempo, la hermana se quejaba de que la hiciera esperar tanto para llevar a cabo el reconocimiento prometido, y dijo

bromeando: «Ahora está curando con todo interés a una colega suya. En cambio yo, su hermana, tengo que esperar días y días.»—Por fin cumplió la dentista su promesa y al reconocer a su hermana halló, en efecto, una carie en una de las muelas y dijo: «No creí que hubiera carie; sólo pensaba que no tendrías contante... digo contacto entre las dos muelas». —«¿Lo ves?—exclamó riendo la hermana—. ¿Ves cómo es por avaricia por lo que me has hecho esperar mucho más tiempo que a las pacientes que te pagan?»

«No debo—añade Staercke—agregar mis propias observaciones a las de la hermana de la dentista, ni sacar de ellas conclusión alguna; pero al serme conocido este «lapsus» no pude por menos de pensar que las dos amables e inteligentes mujeres permanecen aún solteras y, además, tratan poco con jóvenes del sexo contrario, y me pregunté a mí mismo si no tendrían más contacto con éstos teniendo más «contante».

Igual valor de confesión involuntaria tiene la siguiente equivocación comunicada por Th. Reik (l. c.):

«Una joven tenía, por razones ajenas al amor, que ponerse en relaciones con un individuo. Para aproximar a ambos jóvenes, sus respectivos padres organizaron una reunión a la que asistieron los futuros novios. La joven supo dominarse lo bastante para no dejar ver su desvío a su pretendiente, que se mostró muy galante con ella. Mas después, cuando su madre la preguntó cómo le había parecido, queriendo contestar cortesmente: «Muy amable (**liebenswuerdig**)», dijo: «Muy desagradable (**liebenswidrig**)».

También constituye una confesión no menos importante el siguiente «lapsus» calificado por O. Rank de

«chistosa equivocación». («Internat. Zeitschrift fuer Psychoanalyse»).

«Una mujer casada que gusta de oir contar anécdotas y de la que se dice no rechaza pretensiones amorosas extramatrimoniales cuando éstas se apoyan en presentes de alguna consideración, escuchaba cómo un joven que la hacía la corte, relataba, no sin intención, la siguiente conocida historia: «Dos amigos estaban asociados en un negocio y uno de ellos hacía el amor a la mujer del otro, la cual no se mostraba muy inclinada a concederle sus favores. Por fin le participó que accedería a sus pretensiones a cambio de un regalo de mil duros. En una ocasión en que el marido iba a partir de viaje, su consocio le pidió prestados mil duros, prometiendo entregárselos a su mujer al siguiente día. Naturalmente esta cantidad quedó enseguida como supuesto pago de sus favores, en manos de la mujer, la cual, al regresar su marido, pasó por la angustia de creerse descubierta y tuvo que entregar los mil duros y soportar encima silenciosamente su despecho por haber sido burlada.»—Al llegar el joven en el relato de esta historia al punto en que el seductor dice a su consocio:—«Yo le devolveré mañana el dinero a tu mujer»—su interlocutora le interrumpió con las significativas palabras siguientes: «Diga usted: ¿no me ha devuelto usted ya eso otra vez?... ¡Ay, perdón!, quería decir contado. Sólo haciendo directamente la proposición hubiera podido indicar mejor la señora su conformidad a entregarse bajo las mismas condiciones».

Un bello caso de confesión involuntaria con inocentes resultados es el que V. Tausk publica en la «Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse», IV, 1916, bajo el siguiente título:

## «La fe de los padres».

«Como mi novia era cristiana—cuenta el señor A.—y no quería adoptar la fe judía, tuve yo que pasar del judaísmo al cristianismo para poderme casar con ella. Este cambio de confesión lo realicé no sin resistencia interior, pero el fin que con él me proponía conseguir parecía justificarlo, tanto más cuanto que contra él no podía alegar más que mi exterior pertenencia al culto hebreo, pues carecía de arraigadas convicciones religiosas. Sin embargo, siempre he confesado después pertenecer al judaísmo y pocos de mis conocidos saben que estoy bautizado.

De mi matrimonio me han nacido dos hijos que han sido bautizados cristianamente. Cuando llegaron a edad de comprender las cosas, les revelé su ascendencia judía con el fin de que las opiniones antisemitas que pudieran actuar sobre ellos en el colegio, no influyeran, injustificadamente, en su posición ante mí.

Hace algunos años pasaba yo el verano con mis hijos, que por entonces iban al colegio de primera enseñanza, en casa de la familia de un profesor de dicho colegio. Hallándonos un día merendando con nuestros huéspedes que en general eran personas amables, la señora de la casa que ignoraba la ascendencia semita de sus inquilinos veraniegos, lanzó algunas duras palabras contra los judíos. Yo debía haber declarado la verdad para dar a mis hijos un ejemplo del «valor de las propias convicciones» pero temía las inagotables explicaciones y distinciones que habían de seguir a mi declaración. Además me cohibía el temor de tener que abandonar quizá el buen hospedaje que habíamos hallado y abreviar así las ya de por sí cortas vacaciones

de que podíamos gozar mis hijos y yo, en el caso de que nuestros huéspedes, al averiguar nuestro origen judío, cambiaran en mala su hasta entonces buena conducta para con nosotros.

Por lo tanto callé y suponiendo que mis hijos, si asistían por más tiempo a la conversación, acabarían por revelar franca y decididamente la verdad, quise alejarlos enviándoles al jardín.

Con esta intención me dirigí a ellos y les dije: —«Id al jardín judíos (Juden)»; y, advirtiendo enseguida mi equivocación, rectifiqué: — «muchachos (Jungen)». Así, pues, mi equivocación, fué la puerta por donde halló salida la verdad y la expresión del reprimido «valor de las propias convicciones». Los que me oyeron no sacaron consecuencia ninguna de mi equivocación, pues no la dieron importancia alguna, pero yo, por mi parte, saqué de ella la enseñanza de que «la fé de los padres» no se deja negar sin castigarnos cuando somos hijos y padres a un mismo tiempo».

De consecuencias más graves, es la siguiente equivocación, que no publicaría si el mismo juez que tomó la declaración en que se produjo, no me la hubiera indicado como propia para ser incluída en mi colección:

«Un reservista acusado de robo se refería en su declaración a su servicio militar (Dienststellung) y al pronunciar esta palabra se equivocó y dijo: Diebstellung (Dieb—Diebstahl—ladrón—robo)».

En los trabajos de psicoanálisis las equivocaciones del paciente sirven, muchas veces, para aclarar los casos y confirmar aquellas hipótesis expuestas por el médico en el mismo momento en que el paciente las niega con obstinación. Con uno de mis clientes se trataba un

día de interpretar un sueño que había tenido y en el que había aparecido el nombre J a u n e r . El cliente conocía, en efecto, a una persona de este nombre pero no podíamos descubrir por qué esta persona había sido incluída en el contenido del sueño. Por último, expuse la hipótesis de que ello había sucedido tan sólo por la similicadencia del nombre J a u n e r con el injurioso calificativo G a u n e r — r u f i a n . El paciente rechazó rápida y enérgicamente mi suposición pero al hacerlo sufrió una equivocación que, consistiendo en el mismo cambio de la letra g por una j, confirmó mis sospechas. En efecto, al llamarle yo la atención sobre el «lapsus» cometido, reconoció como cierta mi interpretación de su sueño.

Cuando en una discusión seria sufre uno de los interlocutores uno de estos errores que convierten la intención de la frase en la completamentamente contraria, queda en posición desventajosa frente a su adversario el cual raras veces deja de utilizar en provecho suyo tal ventaja.

Esto muestra, claramente, que en general, todo el mundo da a las equivocaciones orales y demás clases de acciones fallidas, la misma interpretación que se les da en este libro, aunque luego los individuos aislados se nieguen a reconocerlo en teoría y no estén propicios a prescindir, cuando se trata de la propia persona, de la comodidad que supone la indiferente tolerancia con la que se miran tales funciones fallidas. La hilaridad y la burla que tales errores lingüisticos no dejan nunca de provocar cuando aparecen en momentos graves o decisivos, son un testimonio contrario a la convención generalmente aceptada de que tales equivocaciones orales no son sino meros «lapsus linguae», sin significación ni importancia psicológica al-

guna. Nada menos que el canciller alemán, príncipe de Buelow, tuvo en una ocasión que recordar esta teoría de la importancia de las equivocaciones orales, para salvar su situación cuando pronunciando un discurso en defensa de su emperador (Noviembre 1907), sufrió un error que le hizo decir lo contrario de lo que se proponía.

«Por lo que respecta al presente, a la nueva época del emperador Guillermo II—dijo—no puedo hacer más que repetir lo que ya dije hace un año: que es inícuo e injusto hablar de la existencia de una camarilla de consejeros responsables en torno de nuestro emperador... —(Vivas exclamaciones: —¡Irresponsables!) —de consejeros irresponsables en torno de nuestro emperador. Perdonen sus señorías el «lapsus linguae» (Hilaridad).»

En este caso la frase del príncipe de Buelow, perdió importancia ante su auditorio por la acumulación de negaciones entre las que se hallaba la equivocación. Además, la simpatía hacia el orador y la consideración de la difícil situación en que se hallaba, hicieron que su error no se aprovechase para combatirle. Peores fueron las consecuencias que tuvo que sufrir otro diputado, que un año después y en la misma Cámara, queriendo invitar a sus oyentes a acordar enviar un mensaje «sin consideraciones» (rueck'haltlos) al emperador, descubrió con una desgraciada equivocación, sentimientos distintos que ocultaba en su pecho leal.

«Lattmann: Examinemos esta cuestión del mensaje desde el punto de vista reglamentario. Según las leyes, el Reichstag, tiene el derecho de dirigir mensajes al emperador y nosotros creemos que el pensamien-

to y el deseo general y armónico del pueblo alemán están en dirigir al emperador en esta ocasión un manifiesto armónico y si podemos hacer esto en una forma adaptada a los sentimientos monárquicos, también debemos hacerlo «sin columna vertebral» (rueckgratlos). (Hilaridad tempestuosa que dura varios minutos). Señores, he querido decir: «sin consideraciones» (rueckhaltlos) y no «sin columna vertebral» (rueckgratlos)—(Hilaridad)—y una manifestación así, sin reserva alguna, del pueblo, ha de ser aceptada en estos graves momentos por nuestro emperador».

El periódico «Vorwaerts», en su número del 12 de Noviembre de 1908, no dejaba de señalar el significado de esta equivocación:

**"Sin espinazo ante el trono imperial".**

«Nunca se ha demostrado tan claramente en un parlamento y por la involuntaria confesión de un diputado, la actitud de éste y de la mayoría de los miembros de la Cámara, como lo consiguió el antisemita Lattmann en el segundo día de su interpelación, cuando con festivo pathos dejó escapar la confesión de que él y sus amigos querían «sin espinazo» decir al Emperador su opinión.

»Una tempestuosa hilaridad general ahogó las siguientes palabras del infeliz que todavía consideró necesario disculparse tartamudeando que lo que había querido decir era «sin consideraciones».

Otro bello ejemplo de equivocación, encaminada, no tanto a traicionar los sentimientos del personaje como a orientar al auditorio colocado fuera de la escena, se

encuentra en el drama de Schiller, «Wallenstein» (Los Piccolomini. Acto I. Escena 5.ª), y nos muestra que el poeta que utilizó este medio conocía la significación y el mecanismo de la equivocación oral. En la escena precedente, Max Piccolomini, lleno de entusiasmo, se ha declarado decidido partidario del duque, anhelando la llegada de la bendita paz, cuyos encantos le fueron descubiertos en su viaje acompañando al campamento a la hija de Wallenstein. A continuación de esto comienza la escena 5.ª:

Questenberg: ¡Ay de nosotros! ¿A esto hemos llegado? ¿Vamos, amigo mío, a dejarle marchar en ese error sin llamarle de nuevo y abrirle los ojos en el acto?

Octavio (saliendo de profunda meditación): Ahora acaba él de abrírmelos a mí y veo más de lo que quisiera ver.

Questenberg: ¿Qué es ello, amigo mío?

Octavio: ¡Maldito sea el tal viaje!

Questenberg: ¿Por qué? ¿Qué sucede?

Octavio: Venid. Tengo que perseguir inmediatamente la desdichada pista. Tengo que observarla con mis propios ojos. Venid. (Quiere hacerle salir).

Questenberg: ¿Por qué? ¿Dónde?

Octavio (apresurado): Hacia e l l a.

Questenberg: Hacia...

Octavio (corrigiéndose): Hacia el duque. Vamos.

Esta pequeña equivocación: —hacia ella, en vez de hacia él—tiene por objeto revelarnos que el padre ha adivinado el motivo de la decisión de su hijo de ponerse al lado de Wallenstein, mientras que Questenberg, el cortesano, no comprendiendo nada, le dice «que le está hablando en adivinanzas».

Otto Rank ha descubierto en Schakespeare otro ejemplo de empleo poético de la equivocación. Trans-

cribo aquí la comunicación de Rank, publicada en la Zentralblatt fuer Psychoanalyse, I, 3:

«Otro ejemplo de equivocación oral, delicadamente motivado, utilizado con gran maestría técnica por un poeta, y similar al señalado por Freud en el «Wallenstein» de Schiller, nos enseña que los poetas conocen muy bien la significación y el mecanismo de esta función fallida, y suponen que también lo conoce o lo comprenderá el público. Este ejemplo lo hallamos en el «Mercader de Venecia» (Acto III. Escena 2.ª), de Schakespeare. Porcia, obligada por la voluntad de su padre a tomar por marido a aquel de sus pretendientes que acierte a escoger una de tres cajas que le son presentadas ha tenido hasta el momento la fortuna de que ninguno de aquellos amadores que no le eran gratos acertase en su elección. Por fin encuentra en Bassano el hombre a quien entregaría gustosa su amor, y entonces teme que salga también vencido en la prueba. Quisiera decirle que aun sucediendo así puede estar seguro de que ella le seguirá amando, pero su juramento se lo impide. En este conflicto interior la hace decir el poeta a su afortunado pretendiente:

—«Quisiera reteneros aquí un mes o dos antes de que aventurárais la elección de que dependo. Podría indicaros cómo escoger con acierto, pero si así lo hiciera sería perjura y no lo seré jamás. Por otra parte, podéis no obtenerme y, si esto sucede, me haríais arrepentir, lo cual sería un pecado, de no haber faltado a mi juramento. ¡Malhaya vuestros ojos! Se han hecho dueños de mi ser y lo han dividido en dos partes, de las cuales, la una es vuestra, y la otra vuestra, digo mía, mas siendo mía, es vuestra, y así toda soy vuestra».

Así, pues, aquello que Porcia quería tan solo indicar ligeramente a Bassano, por ser algo que en realidad debía callarle en absoluto, esto es, que ya antes de la prueba le amaba y era toda suya, deja el poeta, con admirable sensibilidad psicológica, que aparezca claramente en la equivocación y, por medio de este artificio, consigue calmar, tanto la insoportable incertidumbre del amante, como la similar tensión del público sobre el resultado de la elección».

Dado el interés que merece una tal confirmación por parte de los grandes poetas de nuestra concepción de las equivocaciones orales, creo justificado el agregar aún a los anteriores un tercer ejemplo de esta clase, comunicado por E. Jones: («Un ejemplo de uso literario de la equivocación oral».—Zentralblatt fuer Psychoanalyse. I-10).

«Otto Rank llama la atención, en un artículo recientemente publicado, sobre un bello ejemplo, en el cual Schakespeare hace cometer a una de sus figuras femeninas, a Porcia, una equivocación oral, por medio de la cual quedan revelados sus secretos pensamientos. Por mi parte quiero también señalar un ejemplo análogo existente en «El Egoísta», la obra maestra del gran novelista inglés George Meredith. El argumento de esta novela es el siguiente: Un aristócrata, muy admirado en su círculo mundano, sir Willaughby Patterne, se desposa con una tal miss Constancia Durham, la cual, habiendo descubierto en su prometido un desenfrenado egoísmo que él oculta con habilidad a los ojos de la gente, se escapa, para huir de un matrimonio que le repugna, con un capitán, Oxford. Años después, Patterne y otra mujer, miss Clara Middleton, se dan mutua palabra de casamiento. La mayor parte del libro está destinada a describir minucio-

samente el conflicto que surge en el alma de Clara Middleton al descubrir, como antes lo descubrió Constancia Durham, el egoísmo de su prometido. Determinadas circunstancias externas y su propia concepción del honor continúan manteniendo a Clara ligada a su promesa de matrimonio mientras que cada vez va sintiendo un mayor desprecio hacia su prometido. Estos sentimientos los confía en parte al secretario y primo de aquél, Vernon Whitford, con el cual se casa al final de la novela. Pero éste, por su lealtad hacia Patterne y varios otros motivos, guarda en un principio una actitud de reserva.

En un monólogo en el que da Clara rienda suelta a su dolor, dice lo que sigue: «¡Si un hombre noble viera la situación en que me hallo y no desdeñara prestarme su ayuda! ¡Oh; ser libertada de ésta prisión en que gimo entre espinas! Por mí sola no puedo abrirme camino. Soy demasiado cobarde. Sólo una señal que con un dedo se me hiciera, creo que me transformaría. Desgarrada y sangrante podría huir entre el desprecio y el griterio de la gente a refugiarme en los brazos de un camarada... Constancia halló un soldado. Quizá rezó y fué escuchada su plegaria. Hizo mal. ¡Pero cómo la amo por haber osado! El nombre de él era Harry Oxford... Ella no dudó, rompió sus cadenas y marchó franca y decididamente. Osada muchacha ¿qué pensarás de mí? Pero yo no tengo ningún Harry W h i t f o r d ; yo estoy sola...

La rápida percepción de que había sustituído por otro el nombre de Oxford la anonadó como un mazazo haciendo cubrirse su rostro de llameante púrpura».

El hecho de que los nombres de los dos sujetos terminasen en «ford», facilita la confusión de la protagonista y, para muchos, esto sería causa suficiente para

justificar el error, pero el novelista indica, claramente, la verdadera causa profunda.

En otra parte del libro aparece de nuevo la misma equivocación seguida de aquella vacilación y aquel repentino cambio de tema con que nos familiarizan el psicoanálisis y la obra de Jung sobre las asociaciones y que no aparecen más que cuando ha sido herido un complejo semi-consciente. Patterne dice en tono de superioridad refiriéndose a Whitford: —«¡Falsa alarma! El bueno de Vernon es incapaz de hacer nada extraordinario». Clara responde: «Pero si mister O x f o r d ...digo mister W h i t f o r d ... Mirad vuestros cisnes como acuden atravesando el lago. ¡Qué bellos están cuando se hallan irritados! Pero vamos a lo que iba a preguntaros: —Aquellos hombres que son testigos de una visible admiración que a otros se profesa ¿no se desanimarán ante ello?— Sir Willoughby se irguió rígidamente. Una repentina luz había iluminado su pensamiento».

Todavía en otro lugar, revela Clara con un nuevo «lapsus», su interior deseo de una íntima unión con Vernon Whitford. Dando un recado a un muchacho le dice: —«Dí esta noche a mister Vernon— a mister Whitford.. » (1).

La concepción de las equivocaciones orales que se sostiene en este libro, ha sido verificada y comprobada hasta en sus más mínimos detalles. Repetidas veces he conseguido demostrar que los más insignifican-

(1) Otros ejemplos de equivocaciones orales que según la intención del poeta deben ser interpretadas como muy significativas y, en su mayoría, como confesiones involuntarias, aparecen en el «Ricardo III», de Schakespeare y en el «Don Carlos», de Schiller. No sería difícil ampliar esta lista.

tes y naturales casos de errores lingüísticos tienen su sentido y pueden ser interpretados de igual modo que los casos más extraordinarios. —Una paciente que contra toda mi voluntad, pero con firme decisión emprendía una corta excursión a Budapest, justificaba ante mí su desobediencia alegando que no pasaría en dicha ciudad nada más que tres días, pero se equivocó y, en vez de tres días dijo tres semanas. Con esto reveló que por su gusto, y a pesar mío, pasaría mejor tres semanas que tres días con aquellas personas de Budapest, cuya sociedad juzgaba yo perjudicial para ella.

Una noche, queriendo excusarme de no haber ido a buscar a mi mujer a la salida de un teatro, dije: —«He estado en el teatro a las diez y diez minutos». —«¡Querrás decir a las diez menos diez?»—me repusieron rectificándome. Naturalmente esto es lo que había yo querido decir, pues lo que había realmente dicho no constituía excusa ninguna. Yo había quedado con mi mujer en irla a buscar a la salida del teatro y en el programa se decía que la función acabaría antes de las diez. Cuando llegué el vestíbulo estaba ya a oscuras y el teatro vacío. Indudablemente, la representación había terminado antes de mi llegada y mi mujer no me había esperado. Saqué el reloj y ví que eran las diez menos cinco minutos, pero me propuse presentar la cuestión en mi casa aún más favorablemente para mí, diciendo que eran las diez menos diez. Por desgracia mi equivocación echó a perder mi propósito y reveló mi insinceridad haciéndome además confesar un retraso más grave del verdadero.

Partiendo de este punto llegamos a aquellas perturbaciones del discurso que no pueden considerarse ya como equivocaciones orales porque no afectan sólo a

una palabra aislada, sino al ritmo y a la total exteriorización de la oración, como, por ejemplo, las repeticiones y el tartamudeo causados por la confusión o el embarazo. Pero tanto en unos casos como en otros, lo que en las perturbaciones del discurso se revela, es el conflicto interior. No creo, en verdad, que haya nadie que se equivoque durante una audiencia con el rey, en una seria y sincera declaración de amor o en una defensa del propio honor ante los jurados, esto es, en aquellos casos en que, según nuestra justa expresión corriente, pone uno toda su alma. Hasta al criticar el estilo de un escritor acostumbramos a seguir aquel principio de aclaración del que no podemos prescindir en la investigación de las equivocaciones aisladas. Un estilo límpido e inequívoco nos demuestra que el autor está de acuerdo consigo mismo y en cambio una forma de expresión forzada o retorcida nos indica la existencia de una idea no desarrollada totalmente y nos hace percibir la ahogada voz de la autocrítica del autor. (1)

Desde la aparición de la primera edición de este libro han comenzado varios amigos y colegas míos extranjeros a dedicar su atención a aquellas equivocaciones cometidas en la lengua de sus respectivos países que podían observar. Como era de esperar, han hallado que las leyes de las funciones fallidas son independientes del material oral y han adoptado igual método interpretativo que el empleado por nosotros en

(1) Ce qu'on conçoit bien
S'énonce clairement
Et les mots pour le dire
Arrivent aisément.
Boileau.—Art poêtique.

las equivocaciones cometidas en lengua alemana. Siendo incontables los ejemplos, no transcribiré aquí más que uno:

El doctor A. A. Brill (New-York) comunica la siguiente observación propia: —A friend described to me a nervous patient aud wished to know whether I could benefit him. I remarked I believe that in time I could remove all his symptoms by psycho-analysis because it is a durable case, wishing to say curable. (A contribution to The Psychopathology of Everyday Life.—Psychotherapy-III-I-1909) (1).

Quiero, por último, añadir aquí, para aquellos lectores que no se asustan ante un esfuerzo de atención y para aquellos otros algo familiarizados ya con el psicoanális, un ejemplo que demuestra a qué profundidades psíquicas puede llegarse en la persecución de los motivos de una equivocación oral.

L. Jekels. («Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse.» I-1913.)

«El día once de Diciembre, hablando con una dama polaca me dirigió ésta en su idioma, y con cierto tonillo de desafío, la pregunta siguiente:—¿Por qué he dicho yo hoy que tenía doce dedos?

A mi ruego reprodujo la escena en la que tuvo lugar su ocurrencia. Aquel día se había propuesto salir a hacer una visita con su hija, la cual padecía de dementia praecox en estado de remisión, y la había man-

(1) N. del T.—En inglés en el original. Su traducción es: Un amigo mío me describió la enfermedad nerviosa que aquejaba a una tercera persona para que yo le dijese mi opinión sobre dicha enfermedad y el modo posible de curarla. Mi respuesta fué: —Creo poder remover con el tiempo, y por medio del psicoanálisis, todos los síntomas que atormentan al paciente, pues me parece un caso «durable», digo «curable».

dado a cambiarse de blusa a una habitación contigua. Al volver la hija ya vestida encontró a su madre limpiándose las uñas, y entre ambas se desarrolló el siguiente diálogo:

La hija: Mira, yo ya estoy arreglada y tú no.

La madre: Es verdad; pero también tú no tenías más que hacer que ponerte u n a blusa, y yo, en cambio, tengo que arreglarme d o c e uñas.

La hija: ¿Cómo?

La madre (impaciente): Naturalmente. N o v e s q u e t e n g o d o c e d e d o s.

Preguntada por un colega mío que asistía a su relato, sobre lo que se le ocurría fijando su atención en el número doce, respondió pronta y resueltamente:— D o c e n o e s p a r a m í n i n g u n a f e c h a (d e i m p o r t a n c i a).

Pasando a la palabra «d e d o s» nos comunicó después de una ligera vacilación la asociación siguiente: —En la familia de mi marido tenían todos seis dedos en cada pie. Cuando nacieron mis hijos lo primero que hicimos fué ver si también tenían seis dedos.— Por causas exteriores al análisis no pudo éste ser continuado aquella noche, pero a la mañana siguiente, día doce de Diciembre, recibí la visita de la señora en cuestión, que me dijo visiblemente excitada: —Mire usted lo que me ha sucedido. Desde hace veinte años no he dejado nunca de felicitar a un anciano tío de mi marido en el día de su cumpleaños, que es hoy precisamente. Siempre acostumbro a escribirle una carta el día anterior, pero esta vez se me ha olvidado y he tenido que ponerle un telegrama.—

Al oir esto recordé e hice recordar a la señora la seguridad con la que la noche anterior había contestado a la pregunta de mi colega sobre el número doce, pre-

gunta muy apropiada para haberle recordado el cumpleaños de su tío, y a la que ella había repuesto que el día doce no significaba para ella ninguna fecha importante.

Entonces declaró la señora que el tío de su marido era hombre de fortuna, y que ella había contado siempre con que le heredaría; pero que ahora pensaba en ello más que nunca, pues su situación económica era un tanto apurada.

Así, pues, cuando días antes una conocida suya la había profetizado, echándola las cartas, que iba a recibir mucho dinero, había pensado en el acto en el tío, es decir, en su fallecimiento. La había pasado inmediatamente por el cerebro la idea de que dicho pariente era el único de quien podía ella, heredándole sus hijos, recibir dinero. También recordó de repente en aquella ocasión que ya la mujer del tío había prometido dejar algo en su testamento a sus hijos, pero que luego habia muerto sin testar, y quizá hubiese dejado encargo a su marido de hacerlo a su muerte.

Vese claramente que el deseo de la muerte del tío debió surgir en ella con gran intensidad, pues la señora que le echaba las cartas la dijo después: «Es usted capaz de incitar a la gente al asesinato».

En los cuatro o cinco días que transcurrieron entre la profecía y el cumpleaños del tío, la señora buscó de continuo en los periódicos de la localidad en que éste vivía su papeleta de defunción.

No es, por tanto, ninguna maravilla que con un tan intenso deseo de su muerte quedasen el hecho y la fecha del próximo cumpleaños tan vigorosamente reprimidos que llegara no sólo a poderse producir el olvido de una intención cumplida sin falta tantos años seguidos, sino que tampoco fuese ésta recordada por la pregunta de mi colega.

En el «lapsus» «doce dedos» se abrió camino el reprimido «doce», contribuyendo también al fallo de la función.

Digo contribuyendo, porque la asociación que surgió en el análisis ante la palabra «dedos» nos hace sospechar la existencia de otras motivaciones, explicándonos al mismo tiempo por qué razón el «doce» llegó a falsear la inocente frase de los diez dedos.

La asociación era:—En la familia de mi marido tenían todos seis dedos en cada pie.

Seis dedos en cada pie constituyen una anormalidad.

Seis dedos significan un niño anormal y doce dedos, dos niños anormales.

Efectivamente, esta era la realidad, pues la tal señora se había casado muy joven con un hombre reconocidamente excéntrico y anormal que al poco tiempo acabó por suicidarse, dejándola como única herencia dos hijas, declaradas anormales por varios médicos que habían señalado en ellas graves taras hereditarias.

La mayor de las hijas había vuelto a su casa hacía poco tiempo, después de un grave ataque; poco después, la menor, que se hallaba en la pubertad, enfermó de una grave neurosis.

El hecho de que la anormalidad de las hijas se agregue aquí al deseo de la muerte del tío y se condense con este elemento, reprimido con fuerza distinta y de mayor valencia psíquica, nos obliga a aceptar como segunda determinación de la equivocación el deseo de la muerte de las dos hijas anormales.

La prevaleciente significación del doce como deseo de muerte se aclara por el hecho de hallarse en la representación del sujeto muy íntimamente asociado al concepto de muerte, pues el marido se había suicidado

en un día trece de Diciembre, esto es, un día después del cumpleaños del tío, cuya mujer dijo en esta ocasión a la joven viuda: «Ayer nos felicitó aún tan cariñosa y amablemente... ¡y hoy!».

Quiero añadir además que la señora tenía en realidad razones más que suficientes para desear la muerte a sus hijas, las cuales no la proporcionaban ninguna alegría sino solo preocupaciones, imponiendo además penosas limitaciones a su propia vida, y habiéndola obligado, por cariño a ellas, a renunciar a toda posible felicidad sentimental y amorosa.

También aquel día se había esforzado en evitar toda ocasión de irritar a la hija con la que iba a la visita, y es fácil hacerse una idea del gasto de paciencia y abnegación que esto supone tratándose de una enferma de dementia praecox y cuantos sentimientos e impulsos de cólera es necesario dominar.

Conforme a todo lo anterior el sentido de la equivocación sería el siguiente:

El tío debe morir; estas hijas anormales deben morir (en general toda esta familia anormal) y yo debo heredar su dinero.

La equivocación posee, a mi juicio, varios signos de una estructura inhabitual, que, son:

1.° La existencia de dos determinantes condensadas en un elemento.

2.° La existencia de las dos determinantes se refleja en la duplicación de la equivocación (doce uñas, doce dedos)

3.° Es singular el que una de las significaciones del «doce», los doce dedos representativos de la anormalidad de las hijas, constituya una representación indirecta. La anormalidad psíquica es aquí representada por la física; lo superior por lo inferior».

VI

# Equivocaciones en la lectura y en la escritura

El hecho de que a las equivocaciones en la lectura y en la escritura puedan aplicarse las mismas consideraciones y observaciones que a los «lapsus» orales no resulta nada sorprendente, conociendo el íntimo parentesco que existe entre todas estas funciones. Así, pues, me limitaré a exponer algunos ejemplos cuidadosamente analizados sin intentar incluir aquí la totalidad de los fenómenos.

## A.—Equivocaciones en la lectura

a) Hojeando en el café un ejemplar del «Leipziger Illustrierten», que mantenía un tanto oblícuamente ante mis ojos, leí al pie de una ilustración que ocupaba toda una página, las siguientes palabras: «Una boda en la Odisea». Asombrado por aquel extraño título, rectifiqué la posición del periódico, y leí de nuevo, corrigiéndome: «Una boda en el Ostsee». (Mar Báltico). ¿Cómo había podido cometer tan absurdo error? Mis pensamientos se dirigieron enseguida hacia un libro de Ruth, titulado «Investigaciones experimentales sobre las imágenes musicales, etcétera», que recientemente había yo leído con gran de-

tenimiento, por tratar de cuestiones muy cercanas a los problemas psicológicos que son objeto de mi actividad. El autor anunciaba en este libro la próxima publicación de otro, que habría de titularse «Análisis y leyes fundamentales de los fenómenos oníricos», y habiendo yo publicado poco tiempo antes una «Interpretación de los sueños», no es extraño que esperara con gran interés la aparición de tal obra. En el libro de Ruth sobre las imágenes musicales, hallé, al recorrer el índice, el anuncio de una detallada demostración inductiva de que los antiguos mitos y tradiciones helénicas poseen sus principales raíces en las imágenes musicales, en los fenómenos oníricos y en los delirios. Al ver esto, abrí inmediatamente el libro por la página correspondiente para ver si el autor conocía la hipótesis que interpreta la escena de la aparición de Ulises ante Nausicaa, basándola en el vulgar sueño de desnudez. Uno de mis amigos me había llamado la atención sobre el bello pasaje de la obra de G. Keller «Enrique el Verde», en el que este episodio de la Odisea se interpreta como una objetivación de los sueños del navegante, al que los elementos hacen vagar por mares lejanos a su patria. A esta interpretación había añadido yo la referencia al sueño exhibicionista de la propia desnudez. Nada de esto descubrí en el libro de Ruth. Resulta, pues, que lo que en este caso me preocupaba era un pensamiento de prioridad.

b) Veamos cómo pude yo un día cometer el error de leer en un periódico: «En tonel (Im Fass), por Europa», en vez de «A pie (Zu Fuss), por Europa». La solución de este error me llevó mucho tiempo y estuvo llena de dificultades. Las primeras asociaciones que se presentaron, fueron que «En

tonel...» tenía que referirse al tonel de Diógenes y luego que en una Historia del Arte había yo leído hacía poco tiempo algo sobre el arte en la época de Alejandro. De aquí no había más que un paso hasta el recuerdo de la conocida frase de este rey: «Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes». Recordé así mismo muy vagamente algo relativo a un cierto Hermann Zeitung, que había hecho un viaje encerrado en un cajón. Aquí cesaron de presentarse nuevas asociaciones, y no me fué tampoco posible hallar la página de la Historia del Arte en la que había leído la observación a que antes me he referido. Meses después me volví a ocupar de este problema de interpretación que había abandonado antes de llegar a resolverlo, y esta vez se presentó acompañado ya de su solución. Recordé haber leído en un periódico (Zeitung), un artículo sobre los múltiples y en algunos casos extravagantes medios de transporte (Befoerderung) (1), utilizados en aquellos días por las gentes para trasladarse a París, donde se celebraba la Exposición Universal, artículo en el que, según creo, se comentaba humorísticamente el propósito de cierto individuo de hacer el camino hasta París metido dentro de un tonel que otro sujeto haría rodar. Como es natural, estos originales no se proponían con sus locuras más que llamar la atención sobre sus personas. Hermann Zeitung era, en realidad, el nombre del inviduo que había dado el primer ejemplo de tales desacostumbrados medios de transporte (Befoerderung). Después recordé que en

(1) N. del T.—Para la inteligencia de este ejemplo, debe tenerse en cuenta que la palabra «Befoerderung» tiene dos sentidos: el de «transporte» y el de «promoción».

una ocasión había asistido a un paciente, cuyo patológico miedo a los periódicos reveló ser una reacción contra la ambición patológica de ver su nombre impreso en ellos como el de un personaje de renombre. Alejandro el Macedonio, fué, seguramente, uno de los hombres más ambiciosos que han existido. Se lamentaba de que no le fuera dado encontrar un Homero que cantase sus hazañas. Mas, ¿cómo había yo podido no pensar antes en otro Alejandro muy próximo a mí, en mi propio hermano menor, así llamado? Al llegar a este punto hallé en el acto tanto el pensamiento que refiriéndose a este Alejandro habia tenido que sufrir una represión por su naturaleza desagradable, como las circunstancias que ahora le habían permitido acudir a mi memoria. Mi hermano está muy versado en las cuestiones de tarifas y transportes, y en una determinada época estuvo a punto de obtener el título de Profesor de una Escuela Superior de Comercio. También yo estaba propuesto desde hacía varios años para una promoción (Befoerderung), al título de Profesor en la Universidad. Nuestra madre manifestó por entonces su extrañeza de que su hijo menor alcanzara antes que el mayor el título por ambos deseado. Esta era la situación en la época en la que me fué imposible hallar la solución de mi error en la lectura. Después, mi hermano tropezó también con graves inconvenientes. Sus probabilidades de alcanzar el título de Profesor quedaron por bajo de las mías, y entonces, como si esta disminución en las probabilidades de mi hermano de obtener el deseado título hubiera apartado un obstáculo, fué cuando de repente se me apareció con toda claridad el sentido de mi equivocación en la lectura. Lo sucedido era que yo me había

conducido como si leyera en el periódico el nombramiento de mi hermano y me dijese a mí mismo: «Es curioso que por tales tonterías (las ocupaciones profesionales de mi hermano), pueda salirse en un periódico (esto es, pueda uno ser nombrado Profesor)». En el acto me fué posible hallar sin dificultad ninguna en la Historia del Arte el párrafo sobre el arte helénico en tiempo de Alejandro, viendo con asombro que en mis pasadas investigaciones había leído varias veces la página de referencia y todas ellas había saltado como poseído por una alucinación negativa, la tan buscada frase. Por otra parte, esta no contenía nada que hubiese podido iluminarme ni tampoco nada que por desagradable hubiera tenido que ser olvidado. A mi juicio, el síntoma de no encontrar en el libro la frase buscada no apareció más que para inducirme en error, haciéndome buscar la continuación de la asociación de ideas precisamente allí donde se hallaba colocado un obstáculo en el camino de mi investigación, esto es, en una cualquier idea sobre Alejandro el Macedónico, con lo cual quedaba desviado con toda seguridad mi pensamiento de mi hermano del mismo nombre. Esto se produjo, en efecto, por completo, pues yo dirigí toda mi actividad a encontrar en la Historia del Arte la perdida página.

El doble sentido de la palabra «Befoerderung» (transporte-promoción), constituye en este caso el puente asociativo entre los dos complejos: uno, de escasa importancia, excitado por la noticia leída en el periódico, y el otro, más interesante, pero desagradable, que se manifestó como perturbación de lo que se trataba de leer. Este ejemplo nos muestra que no son siempre fáciles de esclarecer fenómenos de la especie de esta equivocación. En oca-

siones llega a ser preciso aplazar para una época más favorable la solución del problema. Pero cuanto más difícil se presenta la labor de interpretación, con más seguridad se puede esperar que el pensamiento perturbador, una vez descubierto, sea juzgado por nuestro pensamiento consciente como extraño y contradictorio.

c) Un día recibí una carta en la que se me comunicaba una mala noticia. Inmediatamente llamé a mi mujer para trasmitírsela, informándola de que la pobre señora de Guillermo M. se hallaba enferma de tal gravedad, que había sido desahuciada por los médicos. En las palabras con que expresé mi sentimiento, debió haber, sin embargo, algo que, sonando a falso, hizo concebir a mi mujer alguna sospecha pues me pidió la carta para verla, haciéndome antes observar que estaba segura de que en ella no constaba la noticia en la misma forma en que yo se la había comunicado, porque en primer lugar nadie acostumbra aquí a designar a la mujer sólo por el nombre del marido y después porque la persona que nos escribía conocía perfectamente el nombre de pila de la citada señora. Yo defendí tenazmente mi afirmación, alegando como argumento, la redacción usual de las tarjetas de visita en las cuales, la mujer, suele designarse a sí misma por el nombre del marido. Por último tuve que mostrar la carta y, efectivamente, leímos en ella no sólo «el pobre G. M.» sino «el pobre doctor G. M.» cosa que me había escapado antes por completo. Mi equivocación en la lectura había significado un esfuerzo espasmódico, por decirlo así, encaminado a transportar del marido a la mujer la triste noticia. El título incluído entre el adjetivo y el nombre no se adaptaba a mi pretensión de que la noticia se re-

firiese a la mujer y, por lo tanto, fué omitido en la lectura. El motivo de esta falsificación no fué sin embargo el que la mujer me fuese menos simpática que el marido, sino la preocupación que la desgracia de éste despertó en mí con respecto a una persona allegada que yo sabía padecía igual enfermedad.

d) Más irritante y ridícula es otra equivocación en la lectura a la que sucumbo con gran frecuencia cuando, en época de vacaciones, me hallo en alguna ciudad extranjera y paseo por sus calles. En estas ocasiones leo la palabra «Antigüedades» en todas las muestras de las tiendas en las que consta algún término parecido, equivocación en la que surge al exterior el deseo de hallazgos interesantes que siempre abriga el coleccionista.

e) Bleuler relata en su importante obra titulada «Afectividad, Sugestibilidad, Paranoia» (1906-pág. 121) el siguiente caso: «Estando leyendo tuve una vez la sensación intelectual de ver escrito mi nombre dos líneas más abajo. Para mi sorpresa no hallé, al buscarlo, más que la palabra «corpúsculos de la sangre» (Blutkoerperchen). De los muchos millares de casos analizados por mí de equivocaciones en la lectura surgidas en palabras situadas tanto en el campo visual periférico como en el central, era este el más interesante. Siempre que antes había imaginado ver mi nombre, la palabra que motivaba la equivocación había sido mucho más semejante a él y, en la mayoría de los casos tenían que existir en los lugares inmediatos todas las letras que lo componen para que yo llegara a cometer el error. Sin embargo, en este caso, no fué difícil hallar los fundamentos de mi error de referencia y de la ilusión sufrida, pues lo que estaba leyendo era precisamente el final de una crítica

en la que se calificaban de equivocados determinados trabajos científicos, entre los cuales sospechaba yo pudieran incluirse los míos».

f) El doctor Marcell Eibenschuetz, comunica el siguiente caso de equivocación en la lectura, cometida en una investigación filológica. (Zentralblatt fuer Psychoanalyse. 1-5-6):

«Trabajo actualmente en la traducción del «Libro de los Mártires», conjunto de leyendas escritas en alemán arcaico Mi traducción está destinada a aparecer en la serie de «Textos alemanes de la Edad Media» que publica la Academia de Ciencias prusiana. Las referencias sobre este ciclo de leyendas, inédito aún, son muy escasas; el único escrito conocido sobre él es un estudio de J. Haupt, titulado: «Sobre el «Libro de los Mártires», obra de la Edad Media alemana». Haupt utilizó para su trabajo, no un manuscrito antiguo, sino una copia moderna (del siglo 19) del manuscrito principal C (Klosterneuburg), copia que se conserva en la Real Biblioteca. Al final de esta copia existe la siguiente inscripción:

> Anno Domini M D C C C L in vigilia exaltacionis sancte crucis ceptus est iste liber et in vigilia pasce anni subsequentis finitus cum adiutorio omnipotentis per me Hartmanum de Krasna tunc temporis ecclesie niwernburgensis custodem.

Haupt incluye en su estudio esta inscripción creyéndola de mano del mismo autor del manuscrito C y sin embargo no modifica su afirmación de que este fué escrito en el año 1350, lo cual supone haber leído equi-

vocadamente la fecha de 1850 que en números romanos consta con toda claridad en la inscripción e incurre en este error a pesar de haber tenido que copiar la inscripción entera en la cual consta la citada fecha MDCCCL.

El trabajo de Haupt ha constituído, para mí, un manantial de confusiones. Al principio, hallándome por completo, como novicio en la ciencia filológica, bajo la influencia de la autoridad de Haupt, cometí durante mucho tiempo igual error que él y leí en la citada inscripción, 1350 en vez de 1850, mas luego ví que en el manuscrito principal C, por mí utilizado, no existía la menor huella de tal inscripción, y descubrí, además, que en todo el siglo XIV no había habido en Klosterneuburg ningún monje llamado Hartmann. Cuando por fin cayó el velo que oscurecía mi vista, adiviné todo lo sucedido, y subsiguientes investigaciones confirmaron mi hipótesis en todos sus puntos. La tan repetida inscripción no existe más que en la copia utilizada por Haupt y proviene de mano del copista, el padre Hartmann Zeibig, natural de Krasna (Moravia), fraile Agustino y canónigo de Klosterneuburg, el cual en 1850, siendo tesorero de la Orden, copió el manuscrito principal C y se citó a sí mismo, según costumbre antigua, al final de la copia. El estilo medioeval y la arcaica ortografía de la inscripción unidos al deseo de Haupt de dar el mayor número posible de datos sobre la obra objeto de su estudio, y por lo tanto de precisar la fecha del manuscrito C, contribuyeron a hacerle leer siempre 1350 en vez de 1850. (Motivo del acto fallido).

g) Entre las «Ocurrencias chistosas y satíricas» de Lichtenberg, se encuentra una que seguramente ha sido tomada de la realidad y que encierra en sí

casi toda la teoría de las equivocaciones en la lectura. Es la que sigue: «Había leído tanto a Homero que siempre que aparecía ante su vista la palabra «angenommen» (admitido), leía «Agamemnon» (Agamenon)».

En una numerosísima cantidad de ejemplos es la predisposición del lector la que transforma el texto a sus ojos, haciéndole leer algo relativo a los pensamientos que en aquel momento le ocupan. El texto mismo no necesita coadyuvar a la equivocación más que presentando alguna semejanza en la imagen de las palabras, semejanza que pueda servir de base al lector para verificar la transformación que su tendencia momentánea le sugiere. El que la lectura sea rápida y sobre todo el que el sujeto padezca algún defecto, no corregido, de la visión, son factores que coadyuvan a la aparición de tales ilusiones, pero que no constituyen en ningún modo condiciones necesarias.

h) La pasada época de guerra, haciendo surgir en toda persona intensas y duraderas preocupaciones, favoreció la comisión de equivocaciones en la lectura más que la de ningún otro rendimiento fallido. Durante dichos años pude hacer una gran cantidad de observaciones de las que, por desgracia, sólo he anotado algunas. Un día cogí un periódico y hallé en él, impresa en grandes letras, la frase siguiente: «La paz de Goerz» (Der Friede von Goerz): Mas enseguida ví que me había equivocado y que lo que realmente constaba allí era: «El enemigo ante Goerz» (Die Feinde vor Goerz). No es extraño que quien tenía dos hijos combatiendo en dicho punto cometiese tal error. —Otra persona halló en un determinado contexto una referencia a «antiguos bonos de pan» (alte Brotkar-

te), bonos que, al fijar su atención en la lectura tuvo que cambiar por «brocados antiguos» (alte Brocate). Vale la pena de hacer constar que el individuo que sufrió este error era frecuentemente invitado a comer por una familia amiga y que él solía corresponder a tal amabilidad y hacerse grato a la señora de la casa cediéndola los bonos de pan que podía procurarse. —Un ingeniero, preocupado porque su equipo de faena no había podido nunca resistir sin destrozarse en poco tiempo la humedad que reinaba en el túnel en cuya construcción trabajaba, leyó un día, quedándose asombrado, un anuncio de «objetos de piel malísima» (Schundleder—textualmente: piel indecente). Pero los comerciantes rara vez son tan sinceros. Lo que el anuncio recomendaba eran objetos de «piel de foca» (Seehundleder).

La profesión o situación actual del lector determinan también el resultado de sus equivocaciones. Un filólogo que, a causa de sus últimos y excelentes trabajos se hallaba en controversia con sus colegas leyó en una ocasión «estrategia del idioma» (Sprachstrategie) en vez de «estrategia del ajedrez» (Schachstrategie). Un sujeto que paseaba por las calles de una ciudad extranjera, al llegar la hora en que el médico que le curaba de una enfermedad intestinal, le había prescrito la diaria y regular realización de un acto necesario, leyó en una gran muestra colocada en el primer piso de un alto almacén la palabra «Closets», mas a su satisfacción de haber hallado lo que le permitía no infringir su plan curativo se mezcló cierta extrañeza por la inhabitual instalación de aquellas necesarias habitaciones. Al mirar de nuevo la muestra, desapareció su satisfac-

ción, pues lo que realmente había escrito en ella era «Corsets».

i) Existe un segundo grupo de casos en el que la participación del texto en el error que se comete en su lectura es más considerable. En tales casos el contenido del texto es algo que provoca una resistencia en el lector o que constituye una exigencia o noticia dolorosa para él y la equivocación aparece alterando dicho texto y convirtiéndolo en algo expresivo de la defensa del sujeto contra lo que le desagrada o en una realización de sus deseos. No hay pues más remedio que admitir que en esta clase de equivocaciones se percibe y se juzga el texto antes de corregirlo aunque la conciencia no se percate en absoluto de esta primera lectura. Un ejemplo de este género es el señalado con la letra e en páginas anteriores y otro el que a continuación trascribimos observado por el doctor Eitingon durante su permanencia en el hospital de sangre de Ygló. (Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse, II, 1915).

«El teniente X. que se encuentra en nuestro hospital, enfermo de una neurosis traumática de guerra me leía una tarde la estrofa final de una poesía del malogrado Walter Heymann, caído en la lucha. Al llegar a los últimos versos, X., visiblemente emocionado, los leyó en la siguiente forma:

«Mas ¿dónde está escrito, me pregunto, que sea yo el que, entre todos, permanezca en vida y sea otro el que en mi lugar caiga? Todo aquel que de vosotros muere, muere seguramente por mí. ¿Y he de ser yo el que quede con vida? ¿Por qué no?»

Mi extrañeza llamó la atención del lector que, un poco confuso, rectificó:

«¿Y he de ser yo el que quede con vida? ¿Por qué yó?»

Este caso me permitió penetrar analíticamente en la naturaleza del material psíquico de estas «neurosis traumáticas de guerra» y avanzar en la investigación de sus causas un poco más allá de las explosiones de las granadas a las que tanta importancia se ha concedido en este punto.

En el caso expuesto se presentaban también a la menor excitación los graves temblores que caracterizan a estas neurosis, así como la angustia, propensión al llanto, a los ataques de furor con manifestaciones motoras convulsivas de tipo infantil y a los vómitos.

El origen psíquico de estos síntomas, sobre todo del último, hubiera debido ser percibido por todo el mundo, pues la aparición del médico mayor que visitaba de cuando en cuando a los convalecientes o la frase de un conocido que al encontrar a uno de ellos en la calle le dijese: —«Tiene usted muy buen aspecto. Seguramente está usted ya curado»—bastaban para provocar en el acto un vómito.

«Curado... volver al frente... ¿por qué yo?»

k) El doctor Hans Sachs ha reunido y comunicado algunos otros casos de equivocaciones en la lectura motivadas por las circunstancias especiales de la época de guerra. (Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse. IV. 1916-17.)

I

«Un conocido mío me había dicho repetidas veces que cuando fuera llamado a incorporarse a filas no haría uso del derecho que su titulo facultativo le concedía de prestar sus servicios en el interior y, por lo tanto, iría al frente de batalla. Poco tiempo antes de llegarle su turno me comunicó un día con seca conci-

sión que había presentado su título para hacer valer sus derechos, y que, en consecuencia, había sido destinado a una actividad industrial. Al día siguiente nos encontramos en una oficina. Yo me hallaba escribiendo ante un pupitre y mi amigo se situó tras de mí y estuvo mirando un momento lo que yo escribía. Luego dijo: «La palabra esa de ahí arriba es Druckbogen (pliego) ¿no? Antes había leído Drueckeberger (cobarde)».

II

«Yendo sentado en un tranvía iba pensando en que algunos de mis amigos de juventud, que siempre habían sido tenidos por delicados y débiles, se hallaban ahora en estado de resistir penosas marchas a las que yo seguramente sucumbiría. En medio de estos poco agradables pensamientos leí a la ligera y de pasada en la muestra de una tienda las palabras «Constituciones de hierro» escritas en grandes letras negras. Un segundo después caí en que estas palabras no eran apropiadas para constar en el rótulo de ningún comercio y, volviéndome, conseguí echar aún una rápida ojeada sobre el tal letrero. Lo que realmente se leía en él era: «Construcciones de hierro».

III

«En los periódicos vi un día un despacho de la agencia Reuter, con la noticia, desmentida más tarde, de que Hughes había sido elegido Presidente de la República de los Estados Unidos. Al pie de esta noticia venía una corta biografía del supuesto elegido, y en ella

leí que Hughes había cursado sus estudios en la Universidad de Bonn, extrañándome no haber encontrado este dato en ninguno de los artículos periodísticos que, con motivo de la elección presidencial en Norte América, venían publicándose hacía ya algunas semanas. Una nueva lectura me demostró que la Universidad citada era la de Brown. Este rotundo caso en el cual hubo de ser necesaria una fuerte violencia para la producción del error, se explica, no sólo por la ligereza con la que se suelen leer los periódicos, sino, sobre todo, por el hecho de que la simpatía del nuevo Presidente hacia las potencias centrales me parecía deseable como fundamento de futuras buenas relaciones y no sólo por motivos políticos, si no también de índole personal».

### B.—Equivocaciones en la escritura

a) En una hoja de papel que contenía principalmente notas diarias de interés profesional, encontré con sorpresa la fecha equivocada «Jueves 20 Octubre», escrita en vez de la verdadera que correspondía al mismo día del mes de Septiembre. No es difícil explicar esta anticipación como expresión de un deseo. En efecto, días antes había regresado con nuevas fuerzas de mi viaje de vacaciones y me sentía dispuesto a emprender mi actividad médica, pero el número de pacientes era aún pequeño. A mi llegada había hallado una carta en que un enfermo me anunciaba su visita para el día 20 de Octubre. Al escribir la fecha del mismo día del mes de Septiembre debí pensar: «Ya debía estar aquí X. ¡Qué lástima tener que perder un mes entero!», y con esta idea anticipé la fecha. Como el pensamiento perturbador no podía calificarse en este

caso de desagradable, hallé la explicación de mi error sin ninguna dificultad en cuanto me dí cuenta de él. Al Otoño siguiente cometí de nuevo un error análogo y similarmente motivado. E. Jones ha estudiado estos casos de equivocación en la escritura de las fechas, hallándolos en su mayoría dependientes de un motivo.

b) Habiendo recibido las pruebas de mi contribución a la Memoria anual sobre Neurología y Psiquiatría, me dediqué con especial cuidado a revisar los nombres de los autores extranjeros citados en mi trabajo, nombres que por pertenecer a personas de diversas nacionalidades presentan siempre alguna dificultad para los cajistas. En efecto, hallé varias erratas de esta clase que tuve que corregir, pero lo curioso fué que el cajista había rectificado en cambio en las pruebas un nombre que yo había escrito erróneamente en las cuartillas. En mi artículo alababa yo el trabajo del tocólogo Burckhardt sobre la influencia del nacimiento en el origen de la parálisis infantil, y al escribir dicho nombre me había equivocado y había escrito Buckrhardt, error que el cajista corrigió componiendo el nombre correctamente. Mi equivocación no provenía de que yo abrigase contra el tocólogo una enemistad que me hubiese hecho desfigurar su nombre al escribirlo, pero era el caso que su mismo apellido lo llevaba también un escritor vienés que me había irritado con una poco comprensiva crítica de mi «Interpretación de los sueños» y, de este modo, lo sucedido fué como si al escribir yo el apellido Burckhardt, con el que quería designar al tocólogo, hubiera pensado algo desagradable del otro escritor de igual apellido, cometiendo entonces el error que desfiguró aquél, acto que como ya indicamos antes signi-

fica desprecio hacia la persona correspondiente (1).

c) Esta afirmación aparece confirmada y fortificada por una auto-observación en la que A. J. Storfer expone con franqueza digna de encomio los motivos que le hicieron recordar inexactamente primero y escribir luego desfigurándolo, el nombre de un supuesto émulo científico. (Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse. II-1914).

### "Una obstinada desfiguración de un nombre".

En Diciembre de 1910 vi en el escaparate de una librería de Zürich, el entonces reciente libro del doctor Eduard Hitschmann sobre la teoría freudiana de las neurosis. Por aquellos días trabajaba yo precisamente en una conferencia, que debía pronunciar en una sociedad científica, sobre la Psicología de Freud. En la ya escrita introducción a mi conferencia hablaba yo del desarrollo histórico de la Psicología freudiana, observando que, por tener ésta su punto de partida en investigaciones de carácter práctico, se hacía muy difícil exponer en un breve resumen sus líneas fundamentales, no habiendo hasta el momento nadie que hubiese emprendido tal tarea. Al ver en el escaparate aquel libro, de autor hasta entonces desconocido para mí, no pensé al principio comprarlo, y cuando días después decidí lo contrario, el libro no estaba ya en el escaparate. Al dar en la tienda el título de la recién pu-

(1) Véase el «Julio César» shakespiriano. Acto III, esc. 3.ª
Cinna: Mi nombre es Cinna.
Ciudadanos: Despedazadle. Es un conjurado.
Cinna: ¡Soy Cinna el poeta; no Cinna el conjurado!
Ciudadanos: No importa. Su nombre es Cinna. Arrancadle el nombre del corazón y dejadle marchar.

blicada obra nombré como autor al doctor Eduard H a r t m a n n. El librero me corrigió diciendo: «Querrá usted decir H i t s c h m a n n», y me trajo el libro deseado.

El motivo inconsciente del rendimiento fallido era fácil de descubrir. Yo contaba ya, en cierto modo, con hacerme un mérito de haber resumido antes que nadie las líneas fundamentales de la teoría psico-analítica, y por lo tanto, había visto con enfado y envidia la aparición del libro de Hitschmann que disminuía mis merecimientos. La deformación del nombre de su autor por mí cometida, constituía, pues, conforme a las teorías sustentadas en la «Psicopatología de la vida cotidiana» un acto de hostilidad inconsciente. Con esta explicación me dí entonces por satisfecho.

Semanas después anoté por escrito las circunstancias del rendimiento fallido relatado y al hacerlo se me ocurrió pensar en cuál sería la razón de haber transformado yo el nombre de Eduard H i t s c h m a n n, precisamente en Eduard H a r t m a n n. ¿Habría sido tan sólo la semejanza entre ambos nombres la que me había hecho escoger como sustitutivo el del renombrado filósofo? Mi primera asociación fué el recuerdo de que el Profesor Hugo Meltzl, apasionado admirador de Schopenhauer, había dicho un día lo siguiente: «Eduard von Hartmann es Schopenhauer desfigurado, Schopenhauer vuelto hacia la izquierda». Así, pues, la tendencia afectiva que había determinado la imagen sustitutiva del nombre olvidado era esta: «El tal Hitschmann y su exposición compendiada de las teorías de Freud no deben ser nada que valga la pena. Hitschmann debe ser con respecto a Freud lo que Hartmann con respecto a Schopenhauer».

Al cabo de seis meses cayó ante mi vista la hoja en

que había anotado este caso de olvido determinado y acompañado de recuerdo sustitutivo, y al leerla observé que nuevamente había desfigurado en mi relato el nombre de Hitschmann, escribiendo Hintschmann».

d) He aquí otro caso de equivocación en la escritura, aparentemente grave, y que pudiera ser también incluído entre los casos de «actos de término erróneo» (Vergreifen).

«En una ocasión me proponía yo sacar de la Caja postal de Ahorros la cantidad de 300 coronas que deseaba enviar a un pariente mío residente fuera de Viena, para hacerle posible emprender una cura de aguas prescrita por su médico. Al ocuparme de este asunto vi que mi cuenta corriente ascendía a 4.380 coronas, y decidí dejarla reducida a 4.000, cantidad redonda que debía permanecer intacta en calidad de reserva para futuras contingencias. Después de extender el cheque en forma regular y haber cortado en la libreta los cupones correspondientes a la cantidad deseada, me dí de repente cuenta de que había solicitado extraer de la Caja de Ahorros no 380 coronas, como quería, sino exactamente 438, y quedé asustado de la poca seguridad con que ejecutaba mis propios actos. Enseguida reconocí lo injustificado de mi miedo, pues mi error no me hubiera hecho más pobre de lo que era antes de él. Pero hube de reflexionar un rato con objeto de descubrir la influencia que había modificado mi primera intención, sin advertir antes de ello a mi conciencia. Al principio me dirigí por caminos equivocados. Sustraje 380 de 438, y me quedé sin saber qué hacer de la diferencia obtenida. Mas al fin caí en la verdadera conexión. ¡438 era el diez por ciento de 4.380, total de mi cuenta corriente! ¡Y el diez por ciento es el descuento que hacen los libreros! Re-

cordé que días antes había yo buscado en mi biblioteca y reunido aparte una cantidad de obras de Medicina que habían perdido ya su interés para mí, con objeto de ofrecérselas al librero precisamente por 300 coronas. El librero encontró demasiado elevado el precio, y quedó en darme algunos días después su definitiva respuesta. En caso de aceptar el precio pedido me habría reembolsado precisamente la suma que yo tenía que enviar a mi enfermo pariente. No cabía, pues, dudar de que yo lamentaba en el fondo tener que disponer de aquella suma a favor de otro. La emoción que experimenté al darme cuenta de mi error queda mejor explicada ahora, interpretándola como un temor mío de quedarme pobre con tales gastos. Pero ambas cosas, el disgusto de tener que enviar la cantidad y el miedo a arruinarme con él ligado, eran completamente extrañas a mi conciencia. No sentí la menor huella de disgusto al prometer enviar dicha suma, y hubiera encontrado risible la motivación del mismo. Nunca me hubiera creído capaz de abrigar tales sentimientos, si mi costumbre de someter a los pacientes al análisis psíquico no me hubiera familiarizado hasta cierto punto con los elementos reprimidos de la vida psíquica y si, además, no hubiera tenido días antes un sueño que reclamaba igual interpretación (1)».

e) El caso que va a continuación, y cuya autenticidad puedo yo también garantizar, está tomado de una comunicación de W. Stekel:

«En la redacción de un difundido semanario ocurrió recientemente un increíble caso de equivocación en la

---

N. del T.—El análisis de este sueño consta en la obra de S. Freud «Sobre los sueños». que se publicará en estas «Obras completas».

escritura y en la lectura. La dirección de dicho semanario había sido tachada de «vendida», y se trataba, como es natural, de contestar en un artículo, rechazando con indignación el insultante calificativo. Así se hizo en efecto, y con gran calor y ampuloso apasionamiento. El redactor jefe y el autor del artículo leyeron éste repetidas veces, tanto en las cuartillas como en las pruebas, y ambos quedaron satisfechos. De repente llegó a su presencia el corrector, haciéndoles notar una pequeña errata que se les había escapado a todos. En el artículo se leía con toda claridad lo siguiente: «Nuestros lectores testimoniarán que nosotros hemos defendido siempre interesadamente el bien general». Como es lógico, lo que allí se había querido decir era desinteresadamente. Pero los verdaderos pensamientos se abrieron camino a través del patético discurso».

f) Una lectora del «Pester Lloyd», la señora Kata Levy, de Budapest, observó un caso similar de sinceridad involuntaria en una afirmación que en un telegrama de Viena publicaba dicho periódico el 11 de Octubre de 1918.

Decía así: «A causa de la absoluta confianza que durante toda la guerra ha reinado entre nosotros y nuestros aliados alemanes, debe suponerse, como cosa indudable, que ambas potencias obrarán conjuntamente en todas las ocasiones, y por lo tanto, es ocioso añadir que también en esta fase de la guerra laboran de imperfecto acuerdo los Cuerpos diplomáticos de ambos países».

Pocas semanas después se pudo hablar con más libertad de dicha «absoluta confianza», sin tener que recurrir a las equivocaciones en la escritura o en la composición».

g) Un americano que había venido a Europa, dejando en su país a su mujer, tras de algunos disgustos conyugales, creyó llegada, en un determinado momento, la ocasión de reconciliarse con ella y la invitó a atravesar el Océano y venir a reunirse con él. «Estaría muy bien—la escribió—que pudieras hacer la travesía en el «Mauritania», como yo la hice». Al releer la carta rompió el pliego en que iba la frase anterior y lo escribió de nuevo, no queriendo que su mujer viera la corrección que le había sido necesario efectuar en el nombre del barco. La primera vez había escrito «Lusitania».

Este «lapsus calami» no necesita explicación y puede interpretarse en el acto. Pero cabe añadir lo siguiente: La mujer del americano había ido a Europa por primera vez a raíz de la muerte de su única hermana, y, si no me equivoco, el «Mauritania» es el buque hermano del «Lusitania», perdido durante la guerra.

h) Un médico reconoció a un niño y puso una receta en cuya composición entraba alcohol. Mientras estaba ocupado en extender su prescripción, la madre del niño hubo de molestarle con preguntas ociosas. El médico se propuso interiormente no molestarse por tal inoportunidad, consiguiéndolo, en efecto, pero se equivocó al escribir y puso en lugar de alcohol-acholl (aproximadamente: «nada de hiel»).

A causa de la semejanza en el contenido, añadiré aquí un caso observado por E. Jones en su colega A. A. Brill. Este último, que es abstemio, tuvo, para librarse de las obstinadas instancias de un amigo, que beber un poco de vino. A la mañana siguiente, un violento dolor de cabeza le dió motivo para lamentar el haber cedido. En aquellos instantes tuvo que escribir

el nombre de una paciente llamada Ethel, y en lugar de esto escribió Ethyl (Etilalcohol). A ello coadyuvó el hecho de que dicha paciente acostumbraba también a beber más de lo que la hubiera convenido.

Dado que una equivocación de un médico al escribir una receta posee una importancia que sobrepasa el general valor práctico de los funcionamientos fallidos transcribiré aquí con todo detalle el único análisis publicado hasta el día de tal equivocación en la escritura. (Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse, I-1913).

## Un caso repetido de equivocación en la escritura de una receta

DOCTOR EDUARD HITSCHMANN

«Un colega me contó un día que en el transcurso de varios años le había sucedido repetidas veces equivocarse al prescribir un determinado medicamento a pacientes femeninas, de edad ya madura. En dos casos recetó una dosis diez veces mayor de la que se proponía, y tuvo después, al darse repentina cuenta de su error, que regresar, lleno de temor de haber perjudicado a las pacientes y de atraer sobre sí mismo graves complicaciones, al lugar donde había dejado las recetas, para pedir que se las devolvieran. Este raro acto sintomático (Symptomhandlung), merece ser detenidamente observado, exponiendo por separado y con todo detalle las diversas ocasiones en que se manifestó.

Primer caso. El referido médico recetó a una mujer, situada ya en el umbral de la ancianidad, suposi-

torios de belladona diez veces más fuertes de lo que se proponía. Después abandonó la clínica, y cerca de una hora más tarde, cuando estaba ya en su casa almorzando y leyendo el periódico, se dió de repente cuenta de su error. Sobrecogido, corrió a la clínica para preguntar las señas de la paciente, y luego a casa de esta, situada en un barrio apartado. Por fin, encontró a la mujer, que aún no había hecho uso de la receta, y logró que se la devolviera, regresando a su casa tranquilo ya y satisfecho. Como disculpa ante sí mismo, alegó, no sin razón, que mientras estaba escribiendo la receta, el jefe de la ambulancia, persona muy habladora, estuvo detrás de él mirando lo que escribía por encima de su hombro y molestándole.}

Segundo caso. El mismo médico tuvo un día que dejar su consulta, arrancándose del lado de una bella y coqueta paciente para ir a visitar a una solterona vieja, a cuya casa se dirigió en automóvil, pues le urgía terminar pronto su visita para reunirse luego secretamente a una hora determinada con una muchacha joven, a la que amaba. También en esta visita a la anciana paciente, recetó belladona contra igual padecimiento que el del caso anterior, y también cometió el error de prescribir una composición diez veces más fuerte. La enferma le habló durante la visita, de algunas cosas interesantes sin relación con su enfermedad pero el médico dejó percibir su impaciencia aunque negándola con corteses palabras, y se retiró con tiempo más que sobrado para acudir a su amorosa cita. Cerca de doce horas después, hacia las siete de la mañana, se dió cuenta, al despertar, del error cometido, y lleno de sobresalto envió un recado a casa de la paciente, con la esperanza de que no hubieran aún enviado la receta al farmacéutico y de que, según su rue-

go, se la devolvieran para revisarla. En efecto, recibió la receta, pero ésta había sido ya servida por el farmacéutico. Con cierta resignación estóica y el optimismo que da la experiencia, fué entonces a la farmacia, donde el encargado le tranquilizó, diciendo que, naturalmente (¿quizá también por un descuido?) había aminorado mucho la dosis prescrita en la receta, al servir el medicamento.

Tercer caso. El mismo médico quiso recetar a una anciana tía suya, hermana de su madre, una mezcla de Tinct. belladonnae y Tinct. opii, en dosis inofensiva. La criada llevó enseguida la receta a la botica. Poco tiempo después recordó el médico que había escrito «extractum» en vez de «tinctura», y a los pocos momentos le telefoneó el farmacéutico interpelándole sobre este error. El médico se disculpó con la mentida excusa de que no había acabado de escribir la receta, y que habiéndola dejado sobre la mesa la había cogido la criada sin estar terminada.

Las singulares coincidencias que presentan estos tres casos de error en la escritura de una receta consisten en que hasta hoy no le ha sucedido esto al referido médico más que con u n ú n i c o medicamento, que siempre se trataba de una paciente femenina de edad avanzada, y que la dosis era siempre demasiado f u e r t e. Un corto análisis reveló que el carácter de las relaciones familiares entre el médico y su madre tenía que ser de una importancia decisiva en este caso. Uno de sus recuerdos durante el análisis, fué el de haber prescrito —y muy probablemente a n t e s de estos actos sintomáticos—a su también anciana madre la misma receta y, por cierto, en una dosis de 0,03 a pesar de que la usual de 0,02 era la que él acostumbraba a prescribir, pensando con tal aumento curarla

más radicalmente. El enérgico medicamento produjo en la enferma, cuyo estado era delicado, una fuerte reacción, acompañada de manifestaciones congestivas y desagradable sequedad de garganta. La enferma se quejó de ello, aludiendo, medio en serio, medio en broma, al peligro de los remedios prescritos por un hijo. Ya en otras ocasiones había rechazado la madre, hija también de un médico, los medicamentos recetados por su hijo, haciendo semi-humorísticas observaciones sobre una posibilidad de envenenamiento.

De lo que por el análisis se pudo deducir sobre las relaciones familiares entre el médico y su madre, resulta que el amor filial del primero era puramente instintivo y que la estimación espiritual en que tenía a su madre y su respeto hacia ella no eran ciertamente exagerados. El tener que habitar en la misma casa que su madre y su hermano, un año menor que él, constituía para el médico una coacción de su libertad erótica y nuestra experiencia psico-analítica nos ha demostrado la influencia de este sentimiento de coacción en la vida íntima del individuo.

El médico aceptó el análisis regularmente satisfecho de la explicación que daba a sus errores, y añadió sonriendo que la palabra belladona (bella mujer), podía tener también un inconsciente significado erótico. También él había usado en alguna ocasión anterior dicho medicamento».

No creo nada aventurado afirmar que tales graves rendimientos fallidos siguen en absoluto caminos iguales que los otros, más inofensivos, que antes hemos analizado.

i) El siguiente «lapsus calami», comunicado por S. Ferenczi, puede considerarse de los más inocentes e interpretarse simplemente como un rendimiento fa-

llido producido por condensación (compárese con la equivocación oral «el man...», cap. V), motivada por impaciencia, mientras que un análisis más profundo no demuestre la existencia de un elemento perturbador más vigoroso.

«Queriendo escribir: «Aquí viene bien la anécdota (Anekdote), escribí esta última palabra en la siguiente forma: Anektode. En efecto, la anécdota a que yo me refería, era la de un gitano condenado a muerte (zu Tode verurteilt), que solicitó como última gracia el escoger por sí mismo el árbol del que habían de ahorcarle y, como es natural, no encontró, a pesar de buscarlo con afán, ninguno que le pareciera bien.

j) Otras veces, contrastando con el inofensivo caso anterior, puede una insignificante errata revelar un peligroso sentido que se quiere mantener secreto. Así, en el siguiente ejemplo que se nos comunica anónimamente:

«Al final de una carta escribí las palabras: «Salude usted cordialmente a su esposa y a su hijo (ihren Sohn)». En el momento de cerrar el sobre noté haber cometido el error de escribir la palabra «ihren» con minúscula, con lo cual el sentido de la frase era el siguiente: «Salude usted a su esposa y a su hijo (de ella)». Claro es que corregí la errata antes de enviar la carta. Al regresar de mi última visita a esta familia, la señora que me acompañaba me hizo notar que el hijo se parecía muchísimo a un íntimo amigo de la casa, el cual sin duda debía ser su verdadero padre».

k) Una señora escribía a su hermana dándola la enhorabuena por su instalación en una nueva casa más cómoda y espaciosa que la que antes ocupaba.

Una amiga que se hallaba presente observó que la señora había puesto a su carta una dirección equivocada, y ni siquiera la de la casa que la hermana acababa de abandonar, sino la de otra en la que había vivido a raíz de casarse y había dejado hacía ya mucho tiempo. Advirtió a su amiga el error, y ésta tuvo que confesarlo, diciendo: «Tiene usted razón; pero, ¿cómo es posible que me haya equivocado de tal modo? ¿Y por qué?» La amiga opinó: «Seguramente es que la envidia usted la casa cómoda y amplia a que ahora se traslada ella, mientras que usted tiene que seguir viviendo en una menos espaciosa. Ese sentimiento es el que la hace a usted mudar a su hermana a su primera casa, en la que también carecía de comodidades». «Sí que la envidio»—confesó sinceramente la señora, y añadió: «¡Qué fastidio que en estas cosas tenga una siempre tan vulgares sentimientos, a pesar de una misma».

l) E. Jones comunica el siguiente ejemplo de equivocación en la escritura, observado por A. A. Brill: Un paciente dirigió al doctor Brill una carta, en la que se esforzaba en achacar su nerviosidad a los cuidados y a la tensión espiritual que le producía la marcha de sus negocios ante la crisis por la que atravesaba el mercado algodonero. En dicha carta se leía lo siguiente: «... my trouble is all due to that damned frigid wave» (literalmente: «... toda mi perturbación es debida a esta maldita ola frígida». La expresión «ola frígida», designa la «ola de baja» que había invadido el mercado de algodón). Pero el paciente, al escribir la frase citada, escribió «wife (mujer)», en vez de «wave (ola)». En realidad, abrigaba en su corazón amargos reproches contra su mujer, motivados por su frigidez conyugal y su esterilidad, y

no se hallaba muy lejos de reconocer que la privación que este estado de cosas le imponía, era culpable en mucha parte de la enfermedad que le aquejaba.

m) El doctor R. Wagner comunica la siguiente auto-observación en la Zentralblatt fuer Psychoanalyse, I-12:

«Al releer un antiguo cuaderno de apuntes universitarios, hallé que con la rapidez que hay que desarrollar para tomar las notas siguiendo la explicación del Profesor, había cometido un pequeño «lapsus». En vez de «E p i t h e l (epitelio)», había escrito «E d i t h e l», palabra que, acentuándola en su primera sílaba, es el diminutivo de un nombre femenino. El análisis retrospectivo de este caso es en extremo sencillo. Por la época en que cometí la equivocación, mi amistad con la muchacha que llevaba dicho nombre era muy superficial y hasta mucho tiempo después no se convirtió en íntima. La equivocación es, pues, una excelente prueba de la emergencia de una amorosa inclinación inconsciente en una época en la que yo mismo aún no tenía la menor idea de ella. Los sentimientos que acompañaban a mi error, se manifiestan en la forma de diminutivo que escogió para exteriorizarse».

n) La señora del doctor von Hug-Hellmuth relata en su «Contribución al capítulo «Equivocaciones en la escritura y en la lectura» (Zentralblatt fuer Psychoanalyse, II-5) el siguiente caso:

«Un médico prescribió a una paciente «agua de l e v í t i c o », en vez de «agua de levico». Este error que dió pie al farmacéutico para hacer algunas observaciones impertinentes puede ser interpretado más benignamente, investigando sus determinantes inconscientes y no negando a estas, a priori, una cierta verosimilitud, aunque no sean más que

hipótesis subjetivas de una persona lejana a dicho médico. Este poseía una numerosa clientela a pesar de la ruda manera con la que solía sermonear (leer los Levitas) a sus pacientes sobre su irracional régimen de alimentación, y su casa se llenaba durante las horas de consulta. Esta aglomeración justificaba su deseo de que sus clientes, una vez terminado el reconocimiento, se vistiesen lo más rápidamente posible; vite, vite (francés: deprisa, deprisa). Si no recuerdo mal, la mujer del médico era de origen francés, cosa que justifica mi atrevida hipótesis de que para expresar el deseo antedicho usara palabras pertenecientes a tal idioma. Aparte de esto es costumbre de muchas personas el usar locuciones extrangeras en algunos casos. Mi padre solía invitarnos a andar deprisa, cuando de niños nos sacaba a paseo, con las frases «Avanti, gioventú» o «Marchez au pas» y un médico ya entrado en años que siendo yo muchacha me asistió en una enfermedad a la garganta, exclamaba siempre: «Piano, piano», para tratar de refrenar mis rápidos movimientos. Así, pues, me parece muy probable que el médico citado tuviera esta costumbre de decir «vite, vite» para dar prisa a sus clientes y, de este modo, se equivocase al poner la receta, escribiendo «levítico» en vez de «levico».

En este mismo trabajo publica su autora algunas equivocaciones más, cometidas en su juventud (fracés por francés. Errónea escritura del nombre «Carlos»).

o) A la amable comunicación del señor J. G., de quien ya hemos citado algunos ejemplos por él observados, debo el siguiente relato de un caso que coincide con un conocido chiste, pero del que hay que rechazar toda intención preconcebida de burla.

«Hallándome en un sanatorio, en curación de una enfermedad pulmonar, recibí con sentimiento la noticia de que un próximo pariente mío había contraído el mismo mal de que yo padecía.

En una carta le aconsejé que fuera a consultar con un especialista, un conocido médico, que era el mismo que a mí me asistía y de cuya autoridad científica me hallaba yo plenamente convencido, teniendo por otra parte alguna queja de su escasa amabilidad, pues poco tiempo antes me había negado un certificado que era para mí de la mayor importancia.

En su respuesta, me llamó la atención mi pariente sobre una errata contenida en mi carta, errata que, siéndome conocida su causa, me divirtió extraordinariamente.

El párrafo de mi carta era como sigue: «...además te aconsejo que, sin más tardar, vayas a insultar al doctor X». Como es natural, lo que yo había querido escribir era «consultar».

Es evidente que las omisiones en la escritura deben ser juzgadas de la misma manera que las equivocaciones en la misma. En la «Zentralblatt fuer Psychoanalyse, I-12», comunicó el doctor en Derecho B. Dattner un curioso ejemplo de «error histórico». En uno de los artículos que de la ley sobre obligaciones financieras de Austria y Hungría se modificaron en 1867 con motivo del acuerdo entre ambos países sobre esta cuestión, fué omitida en la traducción húngara la palabra «efectivo». Dattner cree verosímil que el deseo de los miembros húngaros que tomaron parte en la redacción de la ley, de conceder a Austria la menor cantidad de ventajas posible, no dejó de influir en la omisión cometida.

Existen también poderosas razones para admitir que

las tan corrientes repeticiones de una misma palabra, que se cometen al escribir y al copiar —perseveraciones— tienen también su significación. Cuando el que escribe repite una palabra, demuestra con ello que le ha sido difícil continuar después de haberla escrito la primera vez, por pensar que en aquel punto hubiera podido agregar cosas, que determinadas razones le hacen omitir o por otra causa análoga. La «perseveración» en la copia parece sustituir a la expresión de un «también yo» del copista. En largos informes de médicos forenses que he tenido que leer, he hallado, en determinadas párrafos, repetidas «perseveraciones» del copista susceptibles de interpretarse como un desahogo de este que, cansado de su papel impersonal hubiera querido añadir al informe una glosa particular, diciendo: «Exactamente el caso mío» —o— «Esto es precisamente lo que me sucede».

No existe tampoco inconveniente alguno para considerar las erratas de imprenta como «equivocaciones en la escritura» cometidas por el cajista y aceptar también su dependencia de un motivo. No he intentado nunca hacer una reunión sistemática de tales errores, colección que hubiera sido muy instructiva y divertida. Jones ha dedicado en su ya citada obra un capítulo a estas erratas de imprenta. Las desfiguraciones en los telegramas pueden ser interpretadas así mismo algunas veces como errores en la escritura cometidos por los telegrafistas. —Durante las vacaciones veraniegas recibí un telegrama de mi casa editorial, cuyo texto me fué, al principio, ininteligible. Decía así:

«Recibido provisiones (Vorraete) urge invitación (Einladung) X».

La solución de esta adivinanza me fué dada por el nombre X. incluído en ella. X. es el autor de una obra

a la que yo debía poner una introducción (Einleitung), la cual se convirtió en invitación (Einladung) en el telegrama. Por otra parte recordé que días antes había enviado a la casa editorial un prólogo (Vorrede) para otro libro, prólogo que el telegrafista había transformado en provisiones (Vorraete). Así, pues, el texto real del telegrama debía ser el siguiente:

«Recibido prólogo, urge introducción X».

Debemos admitir que la transformación fué causada por el «complejo de hambre» del telegrafista, bajo cuya influencia quedó, además, establecida, entre los dos trozos de la frase, una conexión más íntima de la deseada por el expedidor del telegrama.

Varios otros autores han señalado erratas de imprenta a las que no se puede negar una tendencia determinada. Así la comunicada por J. Storfer en la «Zentralblatt fuer Psychoanalyse» (II-1914 y III-1915) y que transcribo a continuación:

### "Una errata política".

«En el periódico «Maerz» del 25 de Abril de este año, encontramos una errata de esta clase. En una carta dirigida al periódico desde Argyrokastron, se consignan ciertas manifestaciones de Zographos, jefe de los epirotas rebeldes de Albania (o si se quiere, Presidente de la Regencia independiente del Epiro). Entre otras cosas, dice dicha carta. «Créame usted; un Epiro autónomo sería algo de gran importancia para los intereses del Príncipe de Wied. Sobre él podría el príncipe caerse (errata: sich stuerzen—caerse, por sich stuetzen—apoyarse)». Que el aceptar el apoyo (Stuetze) que los epirotas le ofrecen, traería con-

sigo su caída (Sturz) es cosa que de sobra sabe el príncipe de Albania sin que se lo indiquen con tan fatales erratas».

Hace poco leí yo mismo en uno de nuestros periódicos vieneses un artículo cuyo título «La Bukovina bajo el dominio rumano» era por lo menos muy apriorístico pues en aquella fecha aún no habían declarado los rumanos su hostilidad hacia nosotros. El contenido del artículo demostraba indudablemente que en el título se había puesto por equivocación rumano en vez de ruso, pero lo anunciado en él no debió parecer a nadie muy inverosímil cuando ni en la censura misma fué advertida la errata.

Wundt da una interesante razón para el hecho, facilmente comprobable, de que nos equivocamos con mucha mayor facilidad al escribir que al hablar (l. c. página 374). «En el curso de la oración normal la función inhibitoria de la voluntad se halla constantemente ocupada en mantener la armonía entre el curso de las representaciones y los movimientos de articulación. En cambio, cuando, como sucede en la escritura, el movimiento de expresión subsiguiente a las representaciones se retrasa por causas mecánicas, se producen con gran facilidad tales anticipaciones».

La observación de las condiciones que determinan la producción de las equivocaciones en la lectura, da lugar a una duda que no quiero dejar de mencionar porque en mi opinión puede constituir el punto de partida de fructuosas investigaciones. Todo el mundo sabe con cuanta frecuencia, en la lectura en alta voz, abandona la atención del lector el texto para entregarse a pensamientos propios. Consecuencia de esta fuga de la atención, es muchas veces el que el lector no sabe dar cuenta de lo que ha leído cuando se le pre-

gunta por ello, interrumpiéndole en la lectura. Ha leído automáticamente, y sin embargo, ha leído, casi siempre, sin equivocarse. No creo que en estas condiciones se multipliquen los errores de una manera notable. Estamos acostumbrados a admitir el hecho de que toda una serie de funciones, cuando se realizan automáticamente, es decir, cuando van acompañadas de una atención apenas consciente, es cuando se realizan con mayor exactitud. De esto parece deducirse que las condiciones de atención en las equivocaciones al hablar, leer y escribir, deben determinarse de manera distinta de la de Wundt (Ausencia o negligencia de la atención). Los ejemplos que hemos sometido al análisis no nos han dado realmente el derecho de aceptar una disminución cuantitativa de la atención. En ellos encontramos, lo que quizá no es lo mismo, una p e r t u r b a c i ó n de la atención producida por un pensamiento extraño (1).

(1) Entre las equivocaciones en la escritura y los olvidos debe incluirse el caso de que alguien omita el colocar su firma en cualquier carta o documento. Un cheque no firmado supone lo mismo que un cheque olvidado. Para exponer la interpretación de un olvido similar quiero transcribir aquí un análisis, verificado por el Dr. H. Sachs, de una situación de esta clase incluída en una novela:

«La novela «The Island Pharisees» de John Galsworthy nos ofrece un ejemplo muy instructivo y transparente de la seguridad con que los poetas saben utilizar el mecanismo de los actos fallidos y sintomáticos según su sentido psicoanalítico. La acción principal de la novela está constituída por las vacilaciones de un joven de la clase media acaudalada, entre un profundo sentimiento de comunidad social y las conveniencias sociales de su clase. En el capítulo XXVI se describe la manera de reaccionar del protagonista ante una carta de un joven vagabundo al que, atraído por su orjginal concepción de la vida, ha prestado ya auxilio alguna vez. La carta no contiene una petición directa de dinero,

pero sí el relato de una apuradísima situación, que no puede ser interpretado en otra forma. El destinatario rechaza primero la idea de arrojar su dinero al incorregible en vez de reservarlo a establecimientos benéficos: «Extender una mano auxiliadora, un trozo de uno mismo, hacer un signo de camaradería a nuestro prójimo sin propósito ni fin alguno y tan sólo porque le vemos en mala situación ¡qué locura sentimental! Alguna vez se ha de poner un término». Mas mientras murmuraba estas conclusiones sintió cómo su sinceridad se alzaba contra él, diciéndole: «¡Farsante! Quieres conservar tu dinero. Eso es todo».

Después de estas dudas escribe una amable carta al vagabundo y termina con las palabras: «Le incluyo un cheque. Sinceramente suyo, Richard Shelton».

«Antes de extender el cheque distrajo su atención una polilla que revoloteaba alrededor de la llama de la vela. Se levantó para atraparla y soltarla fuera y, al hacerlo, olvidó que no había metido el cheque con la carta». Esta va, tal como estaba, al correo.

Pero el olvido está aún más sutilmente motivado que por la victoria final de la tendencia egoísta de ahorrarse el dinero, que al principio parecía vencida.

Shelton se siente aislado en la residencia campestre de sus futuros suegros y entre su novia, la familia de esta y sus invitados. Por medio de este acto fallido se indica que el joven desea la presencia de su protegido, que por su pasado y su concepción de la vida, constituye el extremo contrario a las personas que le rodean, cortadas todas ellas por el mismo irreprochable patron de las conveniencias sociales. En efecto, el vagabundo que sin auxilio no puede mantenerse en el puesto en que se hallaba, llega unos días después solicitando la explicación de la ausencia del anunciado cheque».

VII

## Olvido de impresiones y propósitos

Si alguien mostrase inclinación a valorar exageradamente nuestro conocimiento actual de la vida psíquica, bastaría, para obligarle a volver a la humildad, hacerle fijarse en la función de la memoria. Ninguna teoría psicológica ha logrado hasta el día explicar conjuntamente los fenómenos fundamentales del olvido y del recuerdo, y ni siquiera se ha llevado a cabo el análisis completo de aquello que nos es dado observar en la realidad actual. El olvido ha llegado a ser hoy para nosotros quizá más misterioso que el recuerdo, sobre todo desde que el estudio de los sueños y de los fenómenos patológicos nos ha enseñado que aquello que creíamos haber olvidado por mucho tiempo puede volver de repente a surgir en la conciencia.

Poseemos, sin embargo, algunos datos cuya exactitud esperamos será generalmente reconocida. Aceptamos que el olvido es un proceso espontáneo al que se puede atribuir un determinado término temporal; hacemos resaltar el hecho de que en el olvido se verifica una cierta selección entre las impresiones existentes e igualmente entre las particularidades de cada impresión o suceso, y conocemos algunas de las condiciones necesarias para la conservación en la memoria y emergencia en la misma de aquello que, sin su cum-

plimiento, sería olvidado. Pero no obstante, en innumerables ocasiones de la vida cotidiana, podemos observar cuán incompleto y poco satisfactorio es nuestro conocimiento. Escuchando a dos personas cambiar sus recuerdos de impresiones recibidas conjuntamente del exterior, por ejemplo, de las recibidas durante un viaje hecho en compañía, se verá siempre que mucho de aquello que ha permanecido fijo en la memoria de una de ellas ha sido olvidado por la otra, a pesar de que no exista razón alguna para afirmar que la impresión haya sido más importante psíquicamente para una que para la otra. Es indudable que una gran cantidad de los factores que determinan la selección verificada por la memoria escapa a nuestro conocimiento.

Con el propósito de aportar al conocimiento de las condiciones del olvido una pequeña contribución, acostumbro a someter a un análisis psicológico aquellos casos en que soy yo el sujeto del olvido. Regularmente no me ocupo más que de un cierto grupo de tales casos, esto es, de aquellos en los cuales el olvido me causa sorpresa, por creer que debía recordar por entero aquello que ha desaparecido de mi memoria. Quiero así mismo hacer constar que en general no soy propenso a olvidar (las cosas vividas, no las aprendidas) y que durante un corto período de juventud me fué posible dar algunas poco ordinarias pruebas de memoria. En mis años de colegial no hallaba dificultad alguna en recitar de memoria la página que acababa de leer, y poco antes de ingresar en la Universidad me era dado transcribir casi a la letra, inmediatamente después de oirlas, conferencias enteras de vulgarización de un asunto científico. En mi tensión de espíritu ante el examen final de la carrera de Medicina, debí hacer aún uso de un resto de esta facultad, pues

en algunos temas, dí a los examinadores, respuestas que parecían automáticas y que demostraron coincidir exactamente con las explicaciones del libro de texto, el cual no había hecho yo más que hojear a toda prisa.

Desde entonces ha ido disminuyendo cada vez más mi dominio sobre mi memoria; pero en los últimos tiempos me he convencido de que, con ayuda de un determinado artificio, puedo conseguir recordar más de lo que en general espero me sea posible. Cuando, por ejemplo, me hace observar en la consulta algún paciente que ya le he visto anteriormente y no puedo recordar ni el hecho ni la fecha, me pongo a adivinar, esto es, dejo acudir a mi conciencia rápidamente un número arbitrario de años y lo resto de aquel en que me hallo. En aquellos casos en que indicaciones o una definida afirmación del paciente hacen posible una comprobación de mi ocurrencia, se ha demostrado que en lapsos superiores a diez años no me había equivocado al adivinar en más de seis meses (1). Análogamente procedo cuando me encuentro a algún lejano conocido y quiero, por cortesía, preguntarle por sus hijos. Si me habla de ellos, refiriéndome sus progresos, trato de adivinar qué edad tendrán en la actualidad y, comprobada mi espontánea ocurrencia con los datos que el padre me ha proporcionado en el curso de la conversación, he hallado que, cuando más, me he equivocado en tres meses, a pesar de que no podría decir en qué he apoyado mi afirmación. Por último, he llegado a confiar tanto en mi acierto, que ya exteriorizo siempre osadamente mis hipótesis, sin correr el peligro de equivocarme y herir al padre con mi

---

(1) En general acuden después a la conciencia, en el curso de la consulta, todos los detalles de la primera visita olvidada.

desconocimiento de lo referente a su retoño. De este modo amplío mi memoria consciente, invocando la ayuda de mi memoria inconsciente, desde luego, mucho más rica en contenido.

Relataré aquí varios interesantes casos de olvido, observados en su mayor parte en mí propio. Distingo entre casos de olvido de impresiones y de sucesos vividos, esto es, de conocimientos, y casos de olvido de intenciones y propósitos, o sea omisiones. El resultado uniforme de toda esta serie de observaciones puede formularse como sigue: En todos los casos queda probado que el olvido está fundado en un motivo de disgusto.

### A.—Olvido de impresiones y conocimientos.

a) Hallándome veraneando con mi mujer me causó su conducta, en una determinada ocasión, un violento enfado, aunque el motivo era en sí harto nimio. Estábamos sentados a la mesa redonda de un restaurant y frente a nosotros se hallaba un caballero de Viena, al que yo conocía, y que tenía también que reconocerme a primera vista, pero con el que yo no quería trabar conversación, pues tenía mis razones para rehuir su trato. Mi mujer, que no le conocía más que de oídas y sabía que era persona distinguida, demostró con su actitud estar escuchando la conversación que dicho señor mantenía con sus vecinos de mesa, y de cuando en cuando se dirigía a mí con preguntas que recogían el hilo del diálogo que aquellos mantenían. Esta conducta me impacientó y acabó por irritarme Pocas semanas después quise hablar, en casa de un pariente mío, del enfado que me había causado la inoportunidad de mi mujer y, al hacerlo, me fué im-

posible recordar ni una sola palabra de lo que el caballero citado había dicho en la mesa. Como soy más bien rencoroso y, de costumbre, incapaz de olvidar los menores detalles de un suceso que me haya irritado, mi amnesia tenía, en este caso, que estar motivada por respeto hacia mi mujer.—Algo análogo me sucedió de nuevo hace poco tiempo. Hablando con un íntimo amigo quise divertirme a costa de mi mujer relatando una cosa que ésta había dicho hacía pocas horas, pero me encontré detenido en mi intención por haber olvidado por completo de lo que se trataba, y tuve que pedir a mi misma mujer que me lo recordase. Es fácil de comprender que mi olvido debe ser considerado, en este caso, como análogo a la típica perturbación del juicio, a la que sucumbimos cuando se trata de nuestros próximos familiares.

b) En una ocasión me había comprometido por cortesía hacia una señora extrangera recién llegada a Viena, a proporcionarla una pequeña cajita de hierro, en la que pudiera guardar sus documentos y su dinero. Al ofrecerme a ello flotaba ante mí, con extraordinaria intensidad visual, la imagen de un escaparate situado en el centro de la ciudad, en el que estaba convencido de haber visto unas cajas del modelo deseado. En cambio no me era dado recordar el nombre de la calle en que se hallaba la tienda a que el tal escaparate pertenecía, pero estaba seguro de encontrarla dando un paseo por las calles centrales, pues mi memoria me decía que yo había pasado innumerables veces ante ella. Para desesperación mía, me fué imposible hallar el escaparate en que antes había visto tales cajas, a pesar de haber cruzado el centro en todas direcciones. Entonces pensé que no me quedaba más recurso que consultar en una guía comercial las señas de todos los

fabricantes del objeto deseado y comenzar de nuevo con estos datos mis paseos en busca del dichoso escaparate. Afortunadamente esto no llegó a ser necesario; entre las señas contenidas en la guía, había unas que se me revelaron enseguida como las olvidadas. En efecto, había yo pasado innumerables veces ante la tienda a que correspondían, y precisamente siempre que había ido a visitar a una familia que vivía en la misma casa. Después de que a mi íntimo trato con esta familia había sucedido un total apartamiento, acostumbraba yo, sin darme cuenta de por qué lo hacía, a evitar el pasar por aquellos lugares y ante aquella casa. En mi paseo por la ciudad en busca del escaparate en que recordaba haber visto las cajas que deseaba, había visitado todas las calles de los alrededores pero no había entrado en aquella otra, como si ello me estuviera prohibido. El motivo de disgusto responsable de mi desorientación, se muestra aquí con gran claridad. En cambio, el mecanismo del olvido no es tan sencillo como en el ejemplo anterior. Mi aversión no iba dirigida, como es natural, hacia el fabricante de cajas de caudales, sino hacia otra persona, de la que no quería tener noticia alguna, pero se trasladó de ésta al incidente en el cual produjo el olvido. Análogamente, en el caso «Burckhardt», mi rencor contra una persona motivó la comisión de un error al escribir el nombre de otra. Lo que entonces llevó a cabo la semejanza de los nombres, estableciendo una conexión entre dos grupos de ideas esencialmente diferentes, fué ejecutado en el ejemplo presente por la contigüidad en el espacio y la inseparable vecindad. Además, en este último caso existía aún una segunda conexión de los contenidos, pues entre las razones que motivaron mi apartamiento de la familia que vivía

en la misma casa en que se hallaba la tienda olvidada, había desempeñado el dinero un principal papel.

c) De las oficinas de B. R. y C.ía me avisaron un día para que fuera a prestar asistencia médica a uno de sus empleados. En mi camino hacia la casa donde éste vivía, se me ocurrió la idea de que yo había estado ya repetidas veces en el edificio en que se hallaban instaladas las oficinas de la citada firma. Me parecía haber visto en un piso bajo la muestra con el título de la Compañía, en ocasión de haber ido a hacer una visita profesional en otro más alto de la misma casa. Mas no conseguí recordar la casa de que se trataba, ni a quién había visitado en ella. Aunque toda esta cuestión era indiferente y carecía de importancia, no desprecié el seguir ocupándome de ella, y llegué a averiguar por el usual método indirecto, esto es, reuniendo todas las ideas que en conexión con el asunto se me ocurrían, que en el piso inmediato superior a las oficinas de B. R. y C.ía se hallaba la pensión Fischer en la que había tenido con frecuencia pacientes que visitar. Al recordar esto, recordé también cuál era la casa en que se hallaban instaladas la pensión y las oficinas. Pero lo que seguía para mí en el misterio, era el motivo que había intervenido en el olvido. Ni en la C.ía B. R., ni en la pensión Fischer o en los pacientes que en ella habían habitado, encontraba nada desagradable para mí que pudiera haber dificultado el recuerdo de la casa y del paciente en ella visitado. De todos modos, supuse que no se podía tratar de nada muy penoso, pues de ser así no me hubiera sido factible apoderarme de nuevo de lo olvidado, por un medio indirecto y sin recurrir, como en el ejemplo anterior, a ayudas exteriores. Por último se me ocurrió que inmediatamente antes, al emprender el camino hacia la

casa del enfermo, en cuyo auxilio había sido llamado, había encontrado y saludado a un señor al que me costó trabajo reconocer. Se trataba de una persona a la que había yo visitado meses antes, hallándola en un estado aparentemente grave, y cuya enfermedad había yo diagnosticado de parálisis progresiva. Tiempo después llegó a mí la noticia de su restablecimiento y, por lo tanto, de mi equivocación en el diagnóstico, a menos de que se tratase de una de aquellas remisiones que suelen aparecer en la Dementia paralytica. De este encuentro emanó la influencia que me hizo olvidar cuál era la vecindad de B. R. y C.ía Mi interés en hallar lo olvidado se había trasladado a ello desde el discutido diagnóstico. La conexión asociativa entre ambos alejados temas, quedó establecida por una semejanza en los nombres de los dos pacientes y, además, por el hecho de que el individuo restablecido contra mi esperanza era asimismo empleado de unas grandes oficinas que también acostumbraban a hacer que yo visitase a sus dependientes enfermos. El doctor que reconoció conmigo al supuesto atacado de parálisis progresiva, se llamaba Fischer, igual que la pensión olvidada.

d) Extraviar un objeto no significa en muchas ocasiones más que olvidar dónde se ha colocado. Como la mayoría de las personas que escriben mucho y utilizan gran número de libros, sé orientarme muy bien en mi mesa de trabajo y encontrar enseguida en ella lo que deseo. Lo que a los demás les parece desorden es para mí un orden conocido e histórico. ¿Por qué, pues, extravié hace poco un catálogo de librería y lo extravié de tal modo que no me ha sido posible hallarlo, a pesar de haber tenido el propósito de encargar un libro en él anunciado? Era el tal libro, titulado

«Sobre el idioma», obra de un autor cuyo ingenioso y vivo estilo es muy de mi gusto, y cuyas opiniones sobre psicología y conocimientos en Historia de la Civilización estimo altamente. Tengo la costumbre de prestar a mis amigos obras de este autor para su provecho intelectual, y en una ocasión me dijo uno de ellos, al devolverme el libro prestado: «El estilo me recuerda mucho el de usted, y también la manera de pensar es la misma en ambos». El que me dijo esto no sabía la cuerda sensible que removía en mí con su observación. Años antes, siendo yo aún joven y estando necesitado de apoyo moral, uno de mis colegas, de más edad que yo, me había dicho idénticas palabras al oirme alabar las obras de un conocido escritor sobre cuestiones de Medicina: «Su estilo y su manera de pensar, son idénticos a los de usted». Influído por esta observación, escribí a dicho autor una carta, en la que solicitaba entrar en una relación más íntima con él, pero una fría contestación me hizo volver a mi puesto. Quizá detrás de esta experiencia se escondiesen otras anteriores igualmente desalentadoras, pues no he podido llegar a encontrar el catálogo extraviado y ello me ha hecho no encargar el libro anunciado, a pesar de que con el extravío no ha surgido ningún obstáculo real, dado que he conservado en la memoria el nombre del libro y el del autor.

e) Otro caso de extravío, que merece nuestro interés por las condiciones en las que se volvió a encontrar lo perdido es el siguiente: Un joven me contaba un día: «Hace varios años tuve algún disgusto con mi mujer, a la que encontraba demasiado indiferente y, aunque reconocía sus otras excelentes cualidades, vivíamos sin recíproca ternura. Un día, al volver de paseo, me trajo un libro que había comprado por creer

debía interesarme. La dí las gracias por esta muestra de «atención», prometiendo leerlo, y lo guardé, siéndome después imposible encontrarlo. Así pasaron varios meses, durante los cuales recordé de cuando en cuando el perdido libro y lo busqué inútilmente. Cerca de seis meses después, enfermó mi madre, a la que yo quería muchísimo, y que vivía en una casa aparte de la nuestra. Mi mujer fué a su domicilio a cuidarla. El estado de la enferma se agravó y dió ocasión de que mi mujer demostrase lo mejor de sí misma. Agradecido y entusiasmado por su conducta, regresé una noche a mi casa, y sin intención determinada, pero con seguridad de sonámbulo, fuí a mi mesa de trabajo y abrí uno de sus cajones, encontrando encima de todo lo que contenía, el extraviado y tan buscado libro».

J. Staercke, relata (l. c.), un caso de extravío que coincide con el anterior en su carácter final, esto es, en la maravillosa seguridad del hallazgo una vez desaparecido el motivo de la pérdida.

«Una muchachita había echado a perder un trozo de tela al querer cortarlo para hacerse de él un cuello, y tuvo que llamar a una costurera para que intentase arreglar el entuerto. Cuando aquélla hubo llegado y quiso la muchacha sacar el estropeado cuello de la cómoda, en la que creía haberlo metido, no consiguió encontrarlo. En vano lo revolvió todo de arriba abajo. Al renunciar, encolerizada, a buscarlo por más tiempo, se preguntó a sí misma por qué habría desaparecido aquello tan de repente y si sería que en realidad n o q u e r í a ella encontrarlo. Meditando sobre esto cayó en la cuenta de que lo que la sucedía era que se avergonzaba de que la costurera viera que no había sabido hacer una cosa tan sencilla como cortar un cuello, y en cuanto hubo pensado ésto, fué derecha a otro ar-

mario y al primer intento sacó el cuello extraviado».

f) El siguiente ejemplo de extravío corresponde a un tipo que ha llegado a ser familiar a todo psicoanalista. Debo hacer constar que el mismo sujeto que fué víctima de él, halló por sí mismo su explicación.

«Un paciente, sometido al tratamiento psicoanalítico y que durante la interrupción veraniega de la cura cayó en un período de resistencia y malestar, dejó o creyó dejar al desnudarse, sus llaves en el sitio de costumbre. Después recordó que para el día siguiente, último del tratamiento y en el que, antes de partir, debía satisfacer los honorarios devengados, tenía que sacar algunas cosas de una mesa de escritorio en la que guardaba también su dinero; más al ir a efectuarlo, halló que las llaves habían desaparecido. Entonces comenzó a registrar sistemáticamente, pero con creciente irritación, su pequeña vivienda. Todo fué inútil. Reconociendo el extravío de las llaves como un «acto sintomático», esto es, intencionado, despertó a su criado para seguir buscando con la ayuda de una persona «libre de prejuicios». Al cabo de una hora abandonó la busca, temiendo ya haber perdido las llaves, y al siguiente día encargó unas nuevas que debían serle entregadas a toda prisa. Dos amigos suyos que el día anterior le habían acompañado en coche hasta su casa, quisieron recordar haber oído sonar algo contra el suelo cuando bajó del coche, y con todo esto quedó nuestro individuo convencido de que las llaves se le habían caído del bolsillo. Mas por la noche, al llegar a su casa se las presentó el criado, con aire de triunfo. Las había hallado entre un grueso libro y un delgado folleto (un trabajo de uno de mis discípulos), que el paciente había apartado para leerlos durante las vacaciones de verano, y habían sido tan hábilmente disimula-

das en aquel lugar, que nadie hubiera sospechado estuvieran en él. Después fué imposible volver a colocarlas en el mismo sitio de manera que permanecieran tan invisibles como antes. La inconsciente habilidad con la que se «extravía» un objeto bajo la influencia de motivos secretos, pero vigorosos, recuerda por completo la «seguridad del sonámbulo». En este caso, el motivo era, naturalmente, el disgusto por la interrupción del tratamiento y la secreta cólera por tener que pagar, hallándose aún en mal estado, honorarios elevados».

g) «Un individuo—relata A. A. Brill—fué un día apremiado por su mujer para asistir a una reunión que carecía de atractivo para él. Por último, se rindió a sus ruegos y comenzó a sacar de un baúl que no necesitaba llave para quedar cerrado, pero sí para ser abierto, su traje de etiqueta, mas se interrumpió en esta operación, decidiendo afeitarse antes. Cuando hubo terminado de hacerlo volvió a dirigirse al baúl, encontrándolo cerrado y no logrando hallar la llave. Siendo domingo, y ya de noche, no era posible hacer venir a un cerrajero, y tuvo el matrimonio que renunciar a asistir a la fiesta. A la mañana siguiente, abierto el baúl, se encontró la llave dentro de él. El marido, distraído, la había arrojado en él, dejando caer después la tapa. Al relatarme el caso, me aseguró haberlo hecho sin darse cuenta y sin intención ninguna, pero sabemos que no quería ir a la fiesta y que, por lo tanto, el extravío de la llave no careció de motivo».

E. Jones observó en sí mismo que acostumbraba a extraviar su pipa siempre que por haber fumado ya mucho sentía algún malestar. En estos casos, la pipa se encontraba luego en los sitios más inverosímiles.

h) Dora Mueller relata un caso inofensivo con mo-

tivos confesados. (Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse, III-1915).

«La señorita Erna A., me contó, dos días antes de la Nochebuena, lo que sigue:

«Anoche, al sacar un paquete de galletas para comer unas cuantas, pensé que cuando viniese a darme las buenas noches la señorita S., tendría que ofrecerle algunas, y me propuse no dejar de hacerlo a pesar de que hubiera preferido guardar las galletas para mí sola. Cuando llegó el momento extendí la mano hacia mi mesita para coger el paquete que creía haber dejado allí, pero me encontré con que había desaparecido. Me puse a buscarlo y lo hallé dentro de mi armario, donde sin darme cuenta lo había encerrado». No había necesidad de someter este caso al análisis, pues el sujeto se daba perfecta cuenta de su significación. El recién reprimido deseo de conservar las galletas para ella sola, se había abierto paso en un acto automático, bien que para frustrarse de nuevo por la acción consciente que vino a continuación.

i) H. Sachs describe cómo escapó en una ocasión por uno de estos «extravíos» a la obligación de trabajar.

«El domingo pasado por la tarde estuve dudando un rato entre ponerme a trabajar o salir de paseo y hacer después algunas visitas, decidiéndome por lo primero después de luchar un poco conmigo mismo. Mas al cabo de una hora observé que se me había acabado el papel. Sabía que en un cajón tenía guardado hacía ya años un fajo de cuartillas, pero fué en vano que lo buscara en mi mesa de trabajo y en otros lugares en los que esperaba hallarlo, tomándome mucho trabajo y revolviendo una gran cantidad de libros, folletos y documentos antiguos. De este modo tuve que abando-

nar el trabajo y salir a la calle. Cuando a la noche regresé a casa, me senté en un sofá, mirando distraídamente la biblioteca que ante mí tenía. Mis ojos se fijaron en uno de sus cajones, y recordé que hacía mucho tiempo que no había revisado su contenido. Me levanté, y dirigiéndome a él lo abrí. Encima de todo había una cartera de cuero y en ella papel blanco intacto. Pero hasta que no lo hube sacado de la cartera y estaba a punto de guardarlo en la mesa de trabajo, no recordé que aquél era el papel que había buscado inútilmente por la tarde. Debo añadir aquí que, aunque para otras cosas no soy ahorrativo, acostumbro a aprovechar el papel lo más que puedo y guardo todo trozo de él que me parezca utilizable. Esta costumbre, alimentada por una inclinación instintiva, es la que sin duda, me llevó enseguida a la rectificación de mi olvido en cuanto desapareció la actualidad de su motivo».

Un ligero examen de los casos de extravío hace muy difícil aceptar el que ninguno se produzca jamás de modo distinto a como consecuencia de una intención inconsciente.

j) En el verano de 1901 dije en una ocasión a un amigo mío, con el que mantenía por entonces un activo cambio de ideas sobre cuestiones científicas, las siguientes palabras: «Estos problemas neuróticos no tienen solución posible sino aceptando ante todo y por completo una bisexualidad original en todo individuo». Mi amigo me respondió: «Eso ya te lo dije yo hace dos años y medio en Br. una noche que paseamos juntos. Entonces no me quisiste hacer el menor caso». Es muy desagradable verse invitado de esta manera a renunciar a lo que uno se figura una originalidad propia y, por lo tanto, me fué imposible recordar la conversación que mi amigo me citaba, ni lo que en ella

afirmaba haber dicho». Uno de nosotros tenía que engañarse y según el principio de ¿cui prodest? debía ser yo el equivocado. En efecto, durante el curso de la semana siguiente recordé toda la cuestión tal y como mi interlocutor había querido despertarla en mi memoria y hasta la respuesta que dí a sus palabras y que era: «No he llegado a eso aún y no quiero meterme a discutirlo por ahora». Desde entonces me he hecho algo más tolerante cuando en algún trozo de literatura médica hallo algunas de las pocas ideas a las que puede ir unido mi nombre y veo que este no ha sido citado al lado de ellas.

Censuras a la propia mujer—amistad que se vuelve todo lo contrario—error en un diagnóstico—repulsas de colegas interesados en iguales cuestiones científicas que uno—apropiación de ideas ajenas; no puede considerarse como meramente accidental el que una serie de casos de olvido, expuestos sin verificar la menor selección, necesiten todos, para ser explicados, su referencia a tales temas penosos para la víctima del olvido. A mi juicio, toda persona que quiera someter los olvidos en que incurre a un examen encaminado a descubrir los motivos de los mismos, reunirá siempre un parecido muestrario de contrariedades o vejaciones. La propensión a olvidar lo desagradable me parece ser general, siendo la capacidad para olvidarlo lo que está diferentemente desarrollada en las diversas personas. Determinadas falsas negativas que solemos encontrar en nuestra actividad médica, deben ser atribuídas a olvidos (1).

(1) Al inquirir de un paciente si ha padecido diez o quince años atrás alguna infección luética se olvida con demasiada frecuencia que el interrogado suele haber considerado psíquicamente dicha enfermedad como otra distinta en absoluto, por ejemplo,

Nuestra concepción de tales olvidos limita la diferencia entre ellos y las falsas negativas a relaciones

como un reumatismo agudo. —En las informaciones que los padres dan al médico sobre sus hijas enfermas de neurosis, puede apenas distinguirse lo que olvidan de lo que con toda intención ocultan, pues dan de lado, esto es, reprimen sistemáticamente, todos aquellos datos que suponen puedan perjudicar un ulterior matrimonio de las hijas. —Un individuo que había perdido a su muy querida mujer, víctima de una afección pulmonar, me comunicó el siguiente caso de engaño al médico que la visitaba, engaño que no puede explicarse más que por un olvido: «Al ver que después de muchas semanas de tratamiento no cedía la pleuritis de mi pobre mujer, llamamos en consulta al doctor P. Al hacer éste el historial de los antecedentes de la enferma preguntó, entre otras cosas, si en la familia de mi mujer había habido algún caso de enfermedad del pulmón. Mi mujer lo negó y tampoco yo recordé nada en contrario de su negación. Al despedirse el doctor P. comenzamos a hablar, como casualmente, de viajes y excursiones y mi mujer dijo: «Sí; el viaje hasta Langersdorf, donde está enterrado mi pobre hermano, es bastante largo». Este hermano había muerto hacía unos quince años, después de una larga tuberculosis. Mi mujer le había querido mucho y me había hablado de él en muchas ocasiones. Al oir la frase anterior recordé también que mi mujer, cuando su enfermedad quedó diagnosticada como pleuritis, se asustó mucho y dijo con tristeza: «También mi hermano murió de una enfermedad del pulmón». Mas su recuerdo de esto se hallaba de tal modo reprimido que ni aun después de su frase sobre el sitio donde se hallaba enterrado su hermano encontró mi mujer ocasión de corregir la información que había dado sobre sus antecedentes familiares. A mí mismo no se me presentó tal recuerdo hasta el momento en que ella aludió al hermano.— E. Jones relata un caso análogo al anterior, en la obra que ya hemos citado varias veces. Un médico, cuya mujer padecía una no bien definida enfermedad abdominal, la dijo queriendo alentarla: «Lo bueno es que en tu familia no ha habido ningún caso de tuberculosis». La mujer le respondió con gran sorpresa: «¿Pero has olvidado que mi madre murió de ella y que mi hermana también la padeció, curándose después de estar desahuciada por los médicos?»

puramente psicológicas y nos permite ver en ambas formas de reacción la expresión de los mismos motivos. De todos los numerosos ejemplos de negativa a recordar temas desagradables que he observado en los allegados de los enfermos ha quedado uno impreso en mi memoria como especialmente singular.

Una madre me informaba sobre los años infantiles de su hijo, ya púber y enfermo de los nervios, y me decía que tanto él como sus hermanas, habían padecido hasta muy mayores incontinencia nocturna de la orina, cosa que para el historial de un neurótico no carece de importancia. Semanas después, queriendo enterarse la madre de la marcha del tratamiento, tuve ocasión de hacerla notar los signos de predisposición mórbida constitucional que presentaba el muchacho y al hacerlo me referí a la incontinencia de que ella me había hablado. Para mi sorpresa negó entonces la madre tal hecho, tanto respecto al hijo enfermo como a los demás hermanos, preguntándome de dónde había sacado aquello hasta que, por último, tuve que decirla que había sido ella misma quien me lo había referido, olvidándolo después (1).

(1) En los días en que me hallaba escribiendo estas páginas, me sucedió el siguiente caso de olvido que me pareció casi increíble: El día primero de Enero acostumbro a revisar mi libro de notas para enviar a mis clientes la cuenta de los honorarios devengados. En los apuntes correspondientes al mes de Junio hallé un nombre M...l y me fué imposible acordarme de la persona a la que correspondía. Mi extrañeza subió de punto al seguir hojeando el libro y ver que se trataba de un enfermo instalado en un sanatorio y al que había visitado a diario durante varias semanas. No es natural que un médico se olvide, al cabo de seis meses, de un enfermo al que ha asistido en tales circunstancias. —¿Sería algún individuo paralítico; un caso sin interés? —me preguntaba a mí mismo. Por fin la nota de los honorarios re-

También en individuos sanos, no neuróticos, se hallan abundantes signos de una resistencia que se opone al recuerdo de impresiones penosas y a la representación de pensamientos desagradables (1). La completa significación de este hecho, no puede, sin embargo, estimarse más que penetrando en la psicología de los neuróticos. Se ve uno forzado entonces a hacer de dicho elemental esfuerzo defensivo contra representaciones que pueden

cibidos hizo volver a mi memoria todo el conocimiento que quería eludir el recuerdo. M...l era una muchacha de catorce años, el caso más notable que se me presentó en los últimos tiempos y cuyo desgraciado final me había proporcionado horas muy penosas, dándome una lección que no olvidaré nunca. Esta muchacha padecía una inéquivoca histeria que se mejoró rápida y fundamentalmente bajo mis cuidados. Después de esta mejoría fué retirada del sanatorio por sus padres aun cuando ella se quejaba todavía de dolores abdominales, los cuales habían desempeñado un principal papel en el cuadro sintomático de la histeria. Dos meses después murió de un sarcoma de las glándulas abdominales. La histeria, a la que la muchacha se hallaba muy predispuesta, había aprovechado la formación del tumor como agente provocador y yo, fascinado por las tumultuosas, pero inofensivas manifestaciones de la histeria, había descuidado los primeros signos de la otra insidiosa e incurable enfermedad.

(1) A. Pick ha reunido hace poco una serie de autores que aceptan el valor de la influencia ejercida por factores afectivos sobre la memoria y reconocen —más o menos expresamente— la participación en los olvidos de una fuerza defensiva contra lo penoso o desagradable. Ninguno de nosotros ha podido representar este fenómeno y su fundamento psicológico tan completa e impresionantemente como Nietzsche en uno de sus aforismos (Más allá del Bien y del Mal. II-68): «Has hecho esto—me dice mi memoria. Eso no puedo haberlo hecho—, dice mi orgullo, y permanece inconmovible. Por último cede la memoria».

A. Pick. «Psicología del olvido en los enfermos mentales y nerviosos». (Archivo de antropología criminal y criminología, de H. Gross).

despertar sensaciones desagradables, esfuerzo sólo comparable al reflejo de fuga ante los estímulos penosos, uno de los pilares principales del mecanismo que soporta los síntomas histéricos. No es posible oponer contra esta tendencia defensiva el que, por lo contrario, nos es con gran frecuencia imposible escapar a recuerdos penosos que nos persiguen, y espantar emociones dolorosas, tales como remordimientos y reproches de nuestra conciencia. Claro es que con esto no se quiere tampoco decir que esta tendencia defensiva venza siempre y que no pueda tropezar, en el juego de las fuerzas psíquicas, con factores que persigan, para fines distintos, lo contrario que ella y lo consigan a pesar suyo. Como el principio arquitectónico del aparato psíquico podemos conjeturar una cierta estratificación o estructura de instancias colocadas unas sobre otras a manera de estratos; y es muy posible que este esfuerzo defensivo pertenezca a una instancia psíquica inferior que se halle inhibida por instancias superiores. De todos modos, el que podamos referir a esta tendencia a la defensa, procesos como los que encontramos en nuestros ejemplos de olvido, es algo que testimonia en favor de la existencia y fuerza de la misma. Sabemos que algunas cosas se olvidan por sí mismas; en aquellas otras en que esto no es posible, la tendencia defensiva desplaza su fin, y lleva al olvido algo diferente y de menor importancia que ha llegado a ponerse en conexión asociativa con el material efectivamente penoso.

El punto de vista aquí desarrollado de que los recuerdos penosos sucumben con especial facilidad al olvido motivado, merecía ser aplicado en varias esfe-

ras, en las cuales no ha sido aún tomado suficientemente en consideración. Así, me parece que no se tiene en cuenta la importancia que podía tener aplicado a las declaraciones de los testigos ante los Tribunales, en los cuales se concede al juramento del testigo una excesiva influencia purificadora sobre el juego de fuerzas psíquicas del mismo. Universalmente se admite que en el origen de las tradiciones y de la historia legendaria de un pueblo hay que tener en cuenta la existencia de un tal motivo que arranca del recuerdo colectivo lo que resulta penoso para el sentimiento nacional. Quizá continuando estas investigaciones cuidadosamente, llegaría a poderse establecer una perfecta analogía entre la manera en que se forman las tradiciones nacionales y aquella en que se forman los recuerdos infantiles del individuo aislado. El gran Darwin, observando este motivo de desagrado en el olvido, formuló una «regla dorada» para uso de los trabajadores científicos (1).

Al igual de lo que sucede en el olvido de nombres, pueden también aparecer, en el de impresiones, recuerdos equivocados, los cuales, si son aceptados como verdaderos, pueden ser designados como ilusiones de la memoria. Tales ilusiones de la memoria en

---

(1) «Opinión de Darwin sobre los olvidos» (E. Jones). En la autobiografía de Darwin se halla el siguiente pasaje que refleja su honradez científica y su agudeza psicológica:

«Durante muchos años he seguido una «dorada regla». En cuanto encontraba un hecho publicado, una nueva observación o un pensamiento que contradecían mis resultados generales, tomaba nota de ellos lo más exactamente posible, pues la experiencia me había enseñado que tales hechos y pensamientos escapan más fácilmente de nuestra memoria que aquellos otros que nos son favorables».

los casos patológicos (en las paranoias desempeñan precisamente el papel de un factor constitutivo en la formación de delirios), han dado lugar a una extensa literatura, en la cual echo de menos una indicación sobre sus motivos. Este tema, que pertenece ya a la psicología de la neurosis, traspasa los límites, dentro de los cuales nos hemos propuesto mantenernos en este libro. En cambio, referiré aquí un extraordinario caso de una ilusión de memoria sufrida por mí mismo, en el cual la motivación por material inconsciente y reprimido y la forma de la conexión con el mismo, pueden verse muy claramente.

Cuando estaba escribiendo los últimos capítulos de mi libro sobre la interpretación de los sueños, me hallaba en período de vacaciones, veraneando en un lugar lejano a toda biblioteca y en el que me era imposible consultar los libros de los cuales deseaba extraer alguna cita para mi obra. Tuve, pues, que escribir tales citas y referencias de memoria, reservando para más tarde el rectificarlas y corregirlas con los correspondientes textos a la vista. En el capítulo de los sueños diurnos o en estado de vigilia pensé incluir el interesante tipo del pobre librero que aparece en el «Nabab» de Alfonso Daudet, tipo al que el poeta quiso, sin duda, atribuir sus propios ensueños. Me parecía recordar con toda precisión una de las fantasías que este personaje—al cual atribuía el nombre de Mr. Jocelyn—construye en sus paseos por las calles de París y comencé a reproducirla de memoria. En este ensueño se figura el pobre librero que, viendo un coche cuyo caballo se ha desbocado, se arroja valerosamente a detenerlo y cuando lo ha logrado ve abrirse la portezuela del coche y descender de él una alta personalidad que le estrecha la mano, diciendo: «Me ha sal-

vado usted la vida. ¿Qué podría yo hacer en cambio por usted?»

Al transcribir así de memoria esta fantasía pensaba que si en mi versión existía alguna inexactitud sería luego fácil corregirla al regresar a mi casa y con el texto del «Nabab» a la vista. Mas, cuando comencé a hojear el «Nabab» para comparar el pasaje citado con mis cuartillas y poder mandar ya estas a la imprenta, quedé avergonzado y consternado al ver que en la novela no existía nada de tal fantasía de Mr. Jocelyn y, además, que el desdichado librero ni siquiera llevaba este nombre sino el de Mr. Joyeuse. Este segundo error me dió pronto la clave del primero, o sea de mi engaño en el recuerdo. El adjetivo joyeux (alegre)—del cual constituye joyeuse (el verdadero nombre del personaje de Daudet) la forma femenina, es la traducción exacta al francés de mi propio nombre: Freud. ¿De dónde pues procedía la fantasía falsamente recordada que había yo atribuído a Daudet? No podía ser más que un producto personal, un ensueño construído por mí mismo y que no había llegado a ser consciente o que si lo fué alguna vez había sido olvidado después en absoluto. Quizá esta mi fantasía proviniese del tiempo en que me hallaba en París donde con harta frecuencia paseé solitario por las calles, muy necesitado de alguien que me ayudase y protegiese hasta que Charcot me admitió a su trato introduciéndome en su círculo. Luego, en casa de Charcot, vi repetidas veces al autor del «Nabab». Lo irritante del caso es que no hay idea hacia la que yo abrigué mayor hostilidad que a la de ser el «protegido» de alguien. Lo que en esta cuestión se ve en nuestra patria le quita a uno todo deseo de ello y además mi carácter es poco propicio a tales pro-

tecciones, pues siempre he sentido una extraordinaria inclinación a «valérmelas por mí mismo». ¡Y sin embargo, me descubría haber construído tales fantasías, nunca realizadas por cierto! Fuera de esto el incidente relatado constituye un buen ejemplo de cómo la referencia inhibida al propio yo—relación que en las paranoias se abre camino triunfalmente—nos perturba y confunde en la apreciación objetiva de las cosas.

Otro ejemplo de recuerdo erróneo, del que fué posible hallar una explicación satisfactoria, se aproxima a la «fausse réconnaissance» de la que después trataré. Había yo dicho a uno de mis pacientes, hombre ambicioso y de gran capacidad, que un joven estudiante se había agregado recientemente al grupo de mis discípulos con la presentación de un interesante trabajo titulado: «El artista. Intento de una psicología sexual». Cuando quince meses después vió impreso dicho trabajo, afirmó mi paciente recordar con seguridad haber leído en alguna parte, quizá en una librería, el anuncio de su publicación algún tiempo antes (un mes o medio año) de que yo le hablase de él. Recordaba también que ya, cuando le hablé, había él pensado en que había visto el tal anuncio y, además, hizo la observación de que el autor había cambiado el título, pues no lo llamaba como antes «Intento de» sino «Aportaciones a una psicología sexual». Una cuidadosa investigación con el autor y la comparación de fechas, demostró que nunca había aparecido en ningún lado anuncio alguno de la obra de referencia y mucho menos quince meses antes de su impresión. Al emprender la busca de la solución de este recuerdo erróneo, expresó el sujeto una renovación de él equivalente, diciéndome que recordaba haber visto hacía poco tiempo en el escaparate de una librería un escrito sobre

«agorafobia» y que en la actualidad lo estaba buscando, para adquirirlo, en todos los catálogos editoriales. Al llegar a este punto me fué ya posible explicarle por qué razón este trabajo tenía que ser completamente vano. El escrito sobre agorafobia no existía más que en su fantasía como una resolución inconsciente de escribir él mismo una obra sobre tal materia. Su ambición de emular al joven estudiante, autor del otro trabajo, e ingresar entre mis discípulos por medio de un escrito científico le había llevado a ambos recuerdos erróneos. Meditando sobre esto recordó luego que el anuncio visto en la librería que le había servido para su falso reconocimiento se refería a una obra titulada: «Génesis. La ley de la reproducción». La modificación que había indicado en el título de la obra del joven estudiante, había sido producida por mí, pues recordé que, al citarle el título, había cometido yo la inexactitud de decir: «Intento de...» en lugar de «Aportaciones a...»

## B.—Olvido de propósitos o intenciones.

Ningún otro grupo de fenómenos es más apropiado que el olvido de propósitos para la demostración de la tesis de que la escasez de atención no basta por sí sola a explicar los rendimientos fallidos. Un propósito es un impulso a la acción que ha sido ya aprobado, pero cuya ejecución ha sido aplazada hasta el momento propicio para llevarla a cabo. Ahora bien; en el intervalo creado de este modo pueden sufrir los motivos del propósito una modificación que traiga consigo la inejecución del mismo, pero entonces no puede decirse que olvidamos el propósito formado, pues lo que hacemos es revisarlo y omitirlo por el momento. El

olvido de propósitos, al cual sucumbimos cotidianamente y en las más diversas situaciones, no acostumbramos a explicárnoslo por una modificación inmediata en el ajuste de los motivos, sino que lo dejamos en general sin explicar o le buscamos una explicación psicológica consistente en admitir que, al tiempo de ejecutar el propósito, ha faltado la atención requerida para la acción, la cual era condición indispensable para la ejecución del propósito, y existía a nuestra disposición cuando formamos aquél. La observación de nuestra conducta normal ante nuestros propósitos nos hace rechazar como arbitraria esta tentativa de explicación. Cuando por la mañana formo un propósito que debe ser llevado a cabo por la noche, puedo recordarlo algunas veces durante el día, pero no es necesario que permanezca consciente a través de todo él. Luego al acercarse el momento de su ejecución, surge de repente en mí y me induce a llevar a cabo la preparación necesaria a la acción propuesta. Si al salir a paseo cojo una carta para echarla al correo, no necesito, siendo un individuo normal y no nervioso, llevarla todo el tiempo en la mano e ir mirando continuamente para descubrir un buzón, sino que meteré la carta en un bolsillo y seguiré con toda libertad mi camino dejando vagar mi pensamiento y contando con que uno de los buzones próximos que encuentre excitará mi atención, induciéndome a sacar la carta y depositarla en él. La conducta normal ante un propósito ya formado coincide exactamente con la experimentalmente producida en las personas sometidas a la llamada «sugestión post-hipnótica a largo plazo» (1).

(1) Véase la obra de Bernheim: «Nuevos estudios sobre hipnotismo, sugestión y psicoterapia», 1892.

Este fenómeno se acostumbra a describir en la forma siguiente: El propósito sugerido dormita en las personas referidas hasta que se aproxima el tiempo de su ejecución. Al llegar éste despierta el propósito en ellas y las induce a la acción.

En dos situaciones de la vida se da también el profano en estas cuestiones perfecta cuenta de que el olvido de propósitos no puede considerarse como un fenómeno elemental que queda reducido a sí mismo, sino que en definitiva depende de motivos inconfesados. Estas dos situaciones son las relaciones amorosas y el servicio militar. Un enamorado que haya dejado de acudir a una cita se disculpará en vano diciendo haberla olvidado. A estas palabras contestará ella siempre: «Hace un año no lo hubieras olvidado. Ya no soy para ti lo que antes.» Aun cuando hiciera uso de la explicación psicológica antes citada queriendo disculpar su olvido por la acumulación de ocupaciones sólo conseguiría que la dama—con una penetración análoga a la del médico en el psicoanálisis—le respondiera: «Es curioso que antes no te perturbaran de esa manera tus asuntos.» Seguramente la dama no quiere con esto rechazar la posibilidad de un olvido, pero sí cree, y no sin razón, que del olvido inintencionado hay que deducir, lo mismo que si se tratase de un subterfugio consciente, una cierta desgana.

Asimismo se niega, y muy fundadamente, en el servicio militar, la distinción entre las omisiones por olvido y las intencionadas. El soldado no *debe* olvidar nada de lo que de él exige el servicio. Si a pesar de esto olvida algo de lo que sabe tiene que hacer, ello es debido a que a los motivos que urgen el cumplimiento de los deberes militares se oponen otros motivos contrarios. El soldado que al pasar revista se

disculpa diciendo que ha olvidado limpiar los botones de su uniforme, puede estar seguro de no escapar al castigo. Pero este castigo puede considerarse insignificante en comparación de aquel otro a que se expondría si se confesara a sí mismo y confesara a sus superiores el motivo de su omisión: «Estoy harto del maldito servicio.» En razón a este ahorro de castigo se sirve el soldado del olvido como excusa, o se manifiesta aquel espontaneamiento como una transacción.

Tanto el servicio a las damas como el servicio militar tienen el privilegio de que todo lo que a ellos se refiere debe sustraerse al olvido y, de este modo, sugieren la opinión de que el olvido es permisible en las cosas triviales, al paso que en las importantes es signo de que se las quisiera tratar como si no lo fuesen, y por lo tanto de que se las discute su importancia (1). En efecto, en esta cuestión no se puede negar el punto de vista de la valoración psíquica. Ningún hombre olvida ejecutar actos que le parecen importantes sin exponerse a ser sospechado de perturbación mental. Nuestra investigación no puede, por lo tanto, extenderse más que a propósitos más o menos secundarios, no considerando ninguno como por completo indiferente, pues en este caso no se hubiera formado.

Como lo hice con las anteriores perturbaciones fun-

---

(1) En la comedia «César y Cleopatra», de B. Shaw, se atormenta César, al ir a partir de Egipto, con la idea de que se había propuesto hacer algo antes de partir y había olvidado qué. Por fin resulta que lo que ha olvidado es ¡despedirse de Cleopatra! Este pequeño rasgo debe dar cuenta—por cierto en completa contradicción con la verdad histórica—de lo poco que César se ocupaba de la pequeña princesa egipcia. (E. Jones, l. c., página 488.)

cionales, he reunido e intentado explicar también los casos de omisión por olvido observados en mí mismo y he hallado que invariablemente podían ser achacados a una intervención de motivos desconocidos e inadmitidos por el sujeto mismo o, como podríamos decir, a un *deseo contrario*. En una serie de casos de este género, me hallaba yo en una situación similar al servicio, esto es, bajo una coacción contra la cual no había dejado por completo de resistirme, manifestando aún mi protesta por medio de olvidos. A estos casos corresponde el hecho de que olvido con especial facilidad el felicitar a las personas en sus días, cumpleaños, bodas o ascensos. Continuamente me propongo no dejar de hacerlo, pero cada vez me convenzo más de que no conseguiré nunca verificarlo con exactitud. En la actualidad, estoy a punto de renunciar ya por completo y dar la razón a los motivos que a ello se resisten. Una vez predije a un amigo mío, que me rogó enviase en su nombre un telegrama de felicitación en una determinada fecha en que yo debía mandar otro, que con seguridad se me olvidarían ambos y, en efecto, se cumplió mi profecía, sin que ello me extrañara lo más mínimo. Dolorosas experiencias de mi vida, hacen que me sea imposible expresar interés o simpatía en ocasiones en que, obligadamente, tengo que exagerar mis sentimientos al expresarlos, dado que no podría emplear la expresión correspondiente a su poca intensidad. Desde que he visto que muchas veces me he equivocado tomando como verdadera la pretendida simpatía que hacia mí mostraban otras personas, me he rebelado contra estas convenciones de expresión de simpatía, cuya utilidad social, por otra parte, reconozco. De esta conducta debo excluir los pésames en caso de muerte; cuando he resuel-

to expresar a alguien mi condolencia por uno de estos casos, no omito nunca el hacerlo. En aquellas ocasiones en que mi participación emocional no tiene nada que ver con los deberes sociales, su expresión no es jamás inhibida por el olvido.

El teniente T., nos relata el siguiente caso de un tal olvido, en el que un primer propósito reprimido se abrió camino en calidad de «deseo contrario», dando origen a una situación desagradable.

### «Un caso de omisión»

«El más antiguo de los oficiales internados en un campamento de prisioneros, fué ofendido por uno de sus camaradas. Para evitarse posibles consecuencias, quiso hacer uso del único medio coercitivo que en su poder estaba, esto es, alejar al ofensor, haciéndole trasladar a otro campamento, y fueron necesarios los consejos de varios amigos suyos para contra su deseo, hacerle desistir de su propósito y emprender en el acto el camino que el honor le marcaba, decisión que tenía que traer consigo una multitud de consecuencias desagradables.

En la misma mañana que esto sucedió, tenía el comandante que pasar lista bajo la comprobación de uno de nuestros vigilantes. Conociendo ya a todos sus compañeros de cautiverio por el largo tiempo que con ellos llevaba, no había cometido hasta entonces error ninguno en la lectura de la lista. Pero aquella mañana omitió el nombre del ofensor haciendo que mientras que los demás oficiales se retiraban una vez comprobada su presencia, tuviese aquél que permanecer allí, solo, hasta que se deshizo el error. El nombre omitido constaba claramente en el medio de una página de la lista.

Este incidente fué considerado de un lado como molestia intencionadamente inflingida y por el otro como una desgraciada casualidad que con facilidad podía ser erróneamente interpretada. El comandante que cometió la omisión llegó luego a poder juzgar con acierto lo sucedido, después de leer la Psicopatología de Freud».

Análogamente se explican por el antagonismo entre un deber convencional y una poco favorable opinión interior no confesada, aquellos casos en los que se olvida ejecutar determinados actos que se ha prometido llevar a cabo en favor de otras personas. En estos casos se demuestra siempre que es sólo el favorecedor el que cree en el poder eximente del olvido, mientras que el pretendiente se da a sí mismo, sin duda, la respuesta justa: «No se ha tomado interés ninguno: si no, no lo hubiera olvidado». Existen individuos a los que todo el mundo califica de olvidadizos y a quienes por ser así se les disculpan generalmente sus faltas como se disculpa al corto de vista que no nos ha saludado en la calle (1). Estas personas olvidan todas las pequeñas promesas que han hecho, dejan incumplidos todos los encargos que reciben y demuestran de este modo ser indignos de confianza en las cosas pequeñas, pero al mismo tiempo exigen que no se les tomen a mal estas pequeñas faltas, esto es, que no se las ex-

(1) Las mujeres, con su fina comprensión de los procesos mentales inconscientes, se inclinan siempre más a considerar como una ofensa el que no se las reconozca en la calle y, por lo tanto, no se las salude, que a pensar en la explicación más inmediata, esto es, en que el que ha cometido la omisión es corto de vista o que, sumido en sus pensamientos, no ha reparado en ellas. Así, pues, suelen concluir que se las habría visto si se sintiese algún interés por ellas.

plique por su carácter personal, sino que se las refiera a una peculiaridad orgánica (1). Personalmente no pertenezco yo a esta clase de individuos ni tampoco he tenido ocasión de analizar los actos de ninguno de ellos para descubrir en la selección verificada por el olvido los motivos del mismo. Sin embargo, no puedo dejar de formar per analogiam, la hipótesis de que en estos casos es una gran cantidad de desprecio hacia los demás el motivo que el factor constitucional explota para sus fines (2).

En otros casos, los motivos del olvido son menos fáciles de descubrir, y cuando se descubren causan una mayor extrañeza. Así observé yo años atrás que de una gran cantidad de visitas profesionales que de-

---

(1) J. Ferenczi nos comunica de sí mismo que él ha sido uno de tales «distraídos» y que sus conocidos se extrañaban de la frecuencia y originalidad de sus errores. Pero los signos de esta «distracción» han desaparecido casi por completo desde que comenzó a tratar a los enfermos por el método psicoanalítico y se vió obligado a prestar también atención al análisis de su propio yo. Se renuncia—opina Ferenczi—a los actos fallidos cuando se aprende a extender considerablemente los límites de la propia responsabilidad. Por esta razón, y con justicia, considera la distracción como un estado dependiente de complejos inconscientes y curable por medio del psicoanálisis. Sin embargo, un día que se reprochaba a sí mismo haber cometido un error técnico en el psicoanálisis de una paciente, aparecieron de nuevo todas sus distracciones. Tropezó varias veces andando por la calle (representación del «faux pas» cometido en el tratamiento), olvidó su cartera en casa, quiso pagar en el tranvía cinco céntimos de menos, abrochó equivocadamente sus vestidos, etc., etc.

(2) E. Jones observa respecto a esta cuestión: «Frecuentemente, la resistencia es de un orden general. Así, un hombre ocupado, olvida echar las cartas que le ha confiado su esposa—comisión poco molesta—como podría olvidar otro encargo más engorroso, traerle los encargos de las tiendas, por ejemplo».

bía efectuar, no olvidaba nunca más que aquellas en que el enfermo era algún colega mío o alguna otra persona a quien tenía que asistir gratuitamente. La vergüenza que me causó este descubrimiento hizo que me acostumbrase a anotar por la mañana las visitas que me proponía llevar a cabo en el transcurso del día. No sé si otros médicos han llegado a hacer lo mismo por iguales razones. Pero con esto se forma uno una idea de lo que induce a los llamados neurasténicos, cuando van a consultar a un médico, a llevar escritos en una nota todos aquellos datos que desean comunicarle, desconfiando de la capacidad reproductiva de su memoria. Esto no es desacertado, pero la escena de la consulta se desarrolla casi siempre en la siguiente forma: El enfermo ha relatado ya con gran amplitud sus diversas molestias y ha hecho infinidad de preguntas. Al terminar hace una pequeña pausa y extrae su nota diciendo en son de disculpa: «He apuntado algunas cosas, porque, si no, no me acordaría de nada». Con la nota en la mano repite cada uno de los puntos ya expuestos, y va respondiéndose a sí mismo: «Esto ya lo he consultado». Así, pues, con su memorandum no demuestra probablemente nunca más que uno de sus síntomas: la frecuencia con que sus propósitos son perturbados por la interferencia de oscuros motivos.

Llego ahora a tocar un padecimiento al que está sujeta la mayoría de las personas sanas que yo conozco y al que tampoco he escapado yo mismo. Me refiero al olvido sufrido con gran facilidad y por largo tiempo, de devolver los libros que a uno le han prestado, y al hecho de diferir, también por olvido, el pago de cuentas pendientes. Ambas cosas me han sucedido repetidas veces. Hace poco tiempo abandoné una ma-

ñana el estanco en que a diario me proveo de tabaco sin haber satisfecho el importe de la compra efectuada. Fué esta una omisión por completo inocente, puesto que en dicho estanco me conocían y podían recordarme mi deuda a la mañana siguiente, pero esta pequeña negligencia, el intento de contraer deudas, no dejaba, con seguridad, de estar en conexión con ciertas reflexiones concernientes a mi presupuesto que me habían ocupado todo el día anterior. En relación con los temas referentes al dinero y a la posesión puede descubrirse con facilidad, en la mayoría de las personas llamadas honorables, una conducta equívoca. La primitiva ansia del niño de pecho que le hace intentar apoderarse de todos los objetos (para llevárselos a la boca) aparece en general como incompletamente vencida por la cultura y la educación (1).

---

(1) Por no alterar la unidad del tema, quiero hacer aquí una digresión y añadir a lo antedicho que, en relación a las cuestiones de dinero, muestra la memoria de los hombres una particular parcialidad. Recuerdos erróneos de haber pagado ya algo, son con frecuencia, como en mí mismo he podido comprobar, de una gran tenacidad. En los casos en que la intención de ganar dinero se manifiesta al margen de los grandes intereses de la vida, y se la puede dejar libre camino sin tomarla en serio, como sucede con el juego, los hombres más honrados propenden a caer en errores, recuerdos falsos y faltas en el cálculo, encontrándose así, sin saber cómo, envueltos en pequeños fraudes. El carácter, psíquicamente reposante del juego, depende en gran parte de tales posibles libertades. El refrán de que en el juego se conoce el carácter del hombre puede aceptarse, añadiendo: el carácter reprimido. El mismo mecanismo preside las faltas que los camareros cometen en el cálculo de las cuentas. Entre los comerciantes es muy frecuente aplazar determinados pagos, aplazamiento que no proporciona ventaja alguna al deudor, y que debe interpretarse psicológicamente como una exteriorización de la contrariedad de tener que hacer un gasto. Brill observa a

Con los ejemplos anteriores temo haber entrado un tanto en la vulgaridad. Pero es para mí un placer el encontrar materias que todo el mundo conoce y comprende del mismo modo, puesto que lo que me propongo es reunir lo cotidiano y utilizarlo científicamente. No concibo por qué la sabiduría que es, por decirlo así, el sedimento de las experiencias cotidianas, ha de ver negada su admisión entre las adquisiciones de la ciencia. No es la diversidad de los objetos, sino el más estricto método de verificación y la tendencia a más amplias conexiones, lo que constituye el carácter esencial de la labor científica.

Hemos hallado, en general, en los casos de propósitos de alguna importancia, que éstos caen en el olvido cuando se alzan contra ellos oscuros motivos. En propósitos menos importantes hallamos como segundo mecanismo del olvido el hecho de que un deseo contradictorio se transfiere al propósito desde otro lugar, después de haberse establecido entre éste último y el contenido del propósito una asociación exterior. A este orden pertenece el siguiente ejemplo: Una tarde me propuse comprar papel secante a mi paso por el centro de la ciudad y tanto aquel día como los cuatro siguientes olvidé tal propósito, preguntándome al darme cuenta de la repetida omisión qué causas po-

este respecto y con agudeza epigramática lo siguiente: «Somos más capaces de extraviar aquellas cartas que contienen una cuenta que las que contienen un cheque». En conexión con los sentimientos más íntimos y menos aclarados está el hecho de que mujeres de gran rectitud muestren a veces una particular desgana en satisfacer los honorarios del médico. Ordinariamente suelen olvidar el portamonedas y no pueden pagar en la consulta. Luego olvidan día tras día enviar el dinero y, de este modo, acaban por conseguir que el médico las haya asistido gratuitamente «por sus bellos ojos».

drían haberla motivado. Con facilidad encontré, después de meditar un poco, que el artículo deseado podía designarse con dos nombres sinónimos «Loeschpapier» y «Fliesspapier», y que, si bien usaba yo el primer término en la escritura, acostumbraba en cambio a utilizar el segundo de palabra. «Fliess» era el nombre de un amigo mío residente en Berlín, el cual me había ocasionado por aquellos días dolorosas preocupaciones. No me era posible escapar a dichos penosos pensamientos, pero la tendencia defensiva se exteriorizaba trasladándose, por medio de la identidad de las palabras, al propósito indiferente que, por ser así, presentaba escasa resistencia.

Voluntad contraria directa y motivación lejana se manifiestan unidas en el siguiente caso de aplazamiento: En la colección «Cuestiones de la vida nerviosa y psíquica» había yo escrito un corto tratado que resumía el contenido de mi «Interpretación de los sueños». Bergmann, el editor de Wiesbaden, me había mandado las pruebas, rogándome se las devolviese enseguida corregidas, pues quería publicar el folleto antes de Navidad. En aquella misma noche hice la corrección y dejé las pruebas sobre mi mesa de trabajo para cogerlas a la mañana siguiente. Al llegar la mañana me olvidé de ellas y no volví a acordarme hasta cuando por la tarde las ví de nuevo en el sitio en que las había dejado. Sin embargo, allí volvieron a quedar olvidadas aquella tarde, a la noche y a la mañana siguiente, hasta que por fin, en la tarde del segundo día, las cogí al verlas y fuí en el acto a depositarlas en un buzón, asombrado de tan repetido aplazamiento y pensando cuál sería su causa. Veía que no quería remitir las pruebas al editor, pero no podía adivinar el por qué. Después de depositar las pruebas en el correo, entré

en casa del editor de mis obras en Viena, el cual había publicado también el libro sobre los sueños, le hice algunas recomendaciones, y después, como llevado por una súbita ocurrencia, le dije: «¿Sabe usted que he escrito de nuevo mi libro de los sueños»?—«¡Ah sí! Entonces—exclamó—tengo que rogarle a usted que...»—«Tranquilícese—repuse—. No es el libro completo, sino tan sólo un pequeño resúmen para la colección Loewenfeld-Kurella». De todos modos no quedaba muy satisfecho el editor, pues temía que el folleto perjudicase la venta del libro. Discutimos y, por último, le pregunté: «Si se lo hubiera dicho a usted antes ¿hubiera usted opuesto alguna objeción a la publicación del folleto?» —«No; eso de ningún modo»—me respondió. Personalmente creía haber obrado con completo derecho y no haber hecho nada desacostumbrado, pero, sin embargo, me parecía seguro que un pensamiento similar al expresado por el editor era el motivo de mi vacilación en enviar las pruebas corregidas. Este pensamiento se apoyaba en una ocasión anterior en la que otro editor puso dificultades a mi obligada resolución de tomar algunas páginas de una obra anterior sobre parálisis cerebral infantil para incluirlas sin modificación alguna en una obra sobre el mismo tema publicada en los «Manuales Nothnagel». Tampoco en este caso podía hacérseme ningún reproche, pues también había advertido lealmente mi intención al primer editor, como lo hice en el caso de la «Interpretación de los sueños». Persiguiendo aún más atrás esta serie de recuerdos, encontré otra ocasión análoga anterior en la que en una traducción del francés lesioné realmente los derechos de propiedad anejos a la publicación de una obra. Sin el permiso del autor hube de añadir algunas notas al texto y algunos

años después pude ver que con mi acción arbitraria había disgustado a dicho autor.

Existe un proverbio que revela el conocimiento popular de que el olvido de propósitos no es accidental. Es el siguiente: «Lo que se olvida hacer una vez se volverá a olvidar con frecuencia».

En realidad no puede uno sustraerse a la sensación de que cuanto se pueda decir sobre los olvidos y los actos fallidos es ya cosa conocida y admitida por todos como algo evidente y natural. Lo extraño es que sea necesario todavía colocar a los hombres ante la conciencia cosas tan conocidas. Cuántas veces he oído decir: «No me encargues eso. Seguramente lo olvidaré». La verificación de esta profecía no tiene nada de místico. El que así habló percibía en sí mismo el propósito de no cumplir el encargo y rehusaba confesárselo.

El olvido de propósitos recibe mucha luz de algo que pudiéramos designar con el nombre de «formación de falsos propósitos». Una vez había yo prometido a un joven autor escribir una revista de su pequeña obra pero, a causa de resistencias interiores que no me eran desconocidas, iba aplazando el cumplimiento de mi promesa de un día para otro hasta que, vencido por el insistente apremio del interesado, me comprometí de nuevo un día a dejarle complacido aquella misma noche. Tenía reales intenciones de hacerlo así, pero después recordé que aquella noche debía ocuparme, imprescindiblemente, en la redacción de un informe de medicina legal. Al reconocer entonces mi propósito como falso, cesé en mi lucha contra mis resistencias interiores y rehusé en firme la revista pedida.

## VIII

## Torpezas o actos de término erróneo.

De la obra de Meringer y Mayer, anteriormente citada, transcribo aún las siguientes líneas (pág. 98):

«Las equivocaciones orales no son algo que se manifieste aislado dentro de su género sino que va unido a los demás errores que con frecuencia cometen los hombres en sus diversas actividades, errores a los que con cierta arbitrariedad se designa como «distracciones».

Así, pues, no soy yo el primero que sospecha la existencia de un sentido y una intención detrás de las pequeñas perturbaciones funcionales de la vida cotidiana de los individuos sanos (1).

Si las equivocaciones en el discurso, el cual es sin duda alguna una función motora, admiten una concepción como la que hemos expuesto, es de esperar que ésta pueda aplicarse a nuestras demás funciones motoras. He formado, en este punto, dos grupos. Todos los casos en los cuales el efecto fallido parece ser lo principal, esto es, el extravío de la intención, los designo con el nombre de «actos de término

---

(1) Una segunda publicación de Meringer me ha demostrado posteriormente mi injusticia al atribuir a este autor una tal comprensión.

erróneo» (Vergreifen) y los otros en los que la acción total aparece inadecuada a su fin los denomino «actos sintomáticos y casuales» (Symptom-und Zufallshandlungen). Pero entre ambos géneros no puede trazarse un límite preciso y debo hacer constar que todas las clasificaciones y divisiones usadas en el presente libro, no tienen más que una significación puramente descriptiva y, en el fondo, contradicen la unidad interior de su campo de manifestación.

La comprensión psicológica de las acciones de término erróneo no queda muy avanzada incluyéndolas entre las manifestaciones de la «ataxia» y, especialmente, de la «ataxia cortical». Mejor es intentar reducir los ejemplos individuales a sus propias determinantes. Para ello utilizaré aquí también observaciones personales aunque en mí mismo no he hallado más que muy escasas ocasiones de verificarlas.

a) Años atrás, cuando hacía más visitas profesionales que en la actualidad, me sucedió muchas veces que al llegar ante la puerta de una casa, en vez de tocar el timbre o golpear con el llamador, sacaba del bolsillo el llavín de mi propio domicilio para, como es natural, volver enseguida a guardarlo un tanto avergonzado. Fijándome en qué casas me ocurría esto, tuve que admitir que mi error de sacar mi llavín en vez de llamar, significaba un homenaje a la casa ante cuya puerta lo cometía, siendo equivalente al pensamiento: «Aquí estoy como en mi casa», pues sólo me sucedía en los domicilios de aquellos pacientes a los que había tomado cariño. El error inverso, o sea llamar a la puerta de mi propia casa, no me ocurrió jamás.

Por lo tanto, tal acto fallido era una representación simbólica de un pensamiento definido, pero no acepta-

do aún conscientemente como serio, dado que el neurólogo sabe siempre muy bien que en la realidad, el enfermo no le conserva cariño más que mientras espera de él algún beneficio y que él mismo no demuestra un interés excesivamente caluroso por sus enfermos más que en razón a la ayuda psíquica que en la curación pueda esto prestarle.

Numerosas auto-observaciones de otras personas demuestran que la muy significativa maniobra con el propio llavín, no es, en ningún modo, una particularidad mía.

A. Maeder relata una casi idéntica repetición de mi experiencia. (Contrib. á la psychopathologie de la vie quotidienne.—Arch. de Psychol., IV, 1906): A todos nos ha sucedido sacar nuestro llavero al llegar ante la puerta de un amigo particularmente querido y sorprendernos a nosotros mismos intentando abrir con nuestra llave, como si estuviéramos en nuestra casa. Esta maniobra supone un retraso—puesto que al fin y al cabo hay que llamar—pero es una prueba de que al lado del amigo que allí habita nos sentimos —o quisiéramos sentirnos—, como en nuestra casa (1).

De E. Jones (l. c., pág. 509), transcribo lo que sigue: El uso de las llaves es un fértil manantial de incidentes de este género, de los cuales vamos a referir dos ejemplos. Cuando estando en mi casa dedicado a algún trabajo interesante tengo que interrumpirlo para ir al hospital y emprender en él alguna labor rutinaria, me sorprendo con mucha frecuencia intentando abrir la puerta del laboratorio con la llave del despacho de mi domicilio, a pesar de ser completamente diferentes una de otra. Mi error demuestra inconscientemente

(1) N. del T.—En francés en el original.

dónde preferiría hallarme en aquel momento. Hace años ocupaba yo una posición subordinada en una cierta institución, cuya puerta principal se hallaba siempre cerrada y, por lo tanto, había que llamar al timbre para que le franqueasen a uno la entrada. En varias ocasiones me encontré en disposición de llevar a cabo serios intentos de abrir dicha puerta con la llave de la de mi casa. Cada uno de los médicos permanentes de la institución, cargo al que yo aspiraba, poseía una llave de la referida entrada para evitarse la molestia de esperar a que le abriesen. Mi error expresaba, pues, mi deseo de igualarme a ellos y estar allí casi «en mi casa» (1).

El doctor Hans Sachs, de Viena, relata algo análogo: Acostumbro a llevar siempre conmigo dos llaves, de las cuales corresponde una a la puerta de mi oficina y otra a la de mi casa. Siendo la primera por lo menos tres veces mayor que la segunda, no son, desde luego, nada fáciles de confundir y, además, llevo siempre la una en el bolsillo del pantalón y la otra en el del chaleco. A pesar de todo esto, me sucedió con frecuencia el darme cuenta, al llegar ante una de las dos puertas, de que mientras subía la escalera había sacado del bolsillo la llave correspondiente a la otra. Decidí hacer un recuento estadístico, pues dado que diariamente llegaba ante las mismas dos puertas en un casi idéntico estado emocional, el intercambio de las llaves tenía que demostrar una tendencia regular, aunque psíquicamente estuviera determinado de manera distinta. Observando los casos posteriores, resultó que ante la puerta de la oficina extraía regularmente la llave de mi casa, y sólo una vez se presentó el caso contra-

(1) N. del T. – En inglés en el original.

rio, en la siguiente forma: Regresaba yo fatigado a mi domicilio en el cual sabía que me esperaba una persona a la que había invitado. Al llegar a la puerta intenté abrir con la llave de la oficina que, naturalmente, era demasiado grande para entrar en la cerradura.

b) En una casa a la que durante seis años seguidos iba yo dos veces diarias y estaba acostumbrado a esperar que me franqueasen la entrada del segundo piso, me sucedió dos veces, con un corto intervalo entre ellas durante dicho largo lapso de tiempo, el subir un piso más arriba de aquel a que me dirigía. La primera vez me hallaba perdido en una fantasía ambiciosa que me hacía «elevarme cada día más», y ni siquiera me dí cuenta de que la puerta ante la que debía haber esperado se abrió cuando comenzaba yo a subir el tramo que conducía al tercer piso. La segunda vez también fuí demasiado lejos «abstraído en mis pensamientos». Cuando me dí cuenta y bajé lo que de más había subido, quise atrapar la fantasía que me había dominado, hallando que en aquellos momentos me irritaba contra una crítica (fantaseada) de mis obras, en la cual se me hacía el reproche de «ir demasiado lejos», reproche que yo sustituía por el menos respetuoso «de haber trepado demasiado arriba».

c) Sobre mi mesa de trabajo yacen juntos hace muchos años un martillo para buscar reflejos y un diapasón. Un día tuve que salir precipitadamente después de la consulta para alcanzar un tren y, a pesar de estar dichos objetos a la plena luz del día, cogí e introduje en el bolsillo de la americana el diapasón en lugar del martillo, que es lo que deseaba llevar conmigo. El peso del diapasón en mi bolsillo, fué lo que me hizo notar mi error. Aquel que no esté acostumbrado a reflexionar ante ocurrencias tan pequeñas, explicaría y

disculparía mi acto erróneo por la precipitación del momento. Yo, sin embargo, preferí preguntarme por qué razón había cogido el diapasón en lugar del martillo. La prisa hubiera podido ser igualmente un motivo de ejecutar el acto con acierto para no perder tiempo luego teniendo que corregirlo.

La primera pregunta que acudió a mi mente fué: —¿Quién cogió últimamente el diapasón? El último que lo había cogido había sido, pocos días antes, un niño idiota, cuya atención a las impresiones sensoriales estaba yo examinando, y al que había fascinado de tal manera el diapasón, que me fué difícil quitárselo luego de las manos. ¿Querría decir esto que yo soy un idiota? Realmente parece ser así, pues la primera idea que se asoció a «martillo» (Hammer) fué «Chamer» (en hebreo: burro).

Mas ¿por qué tales conceptos insultantes? Sobre este punto había que interrogar la situación del momento. Yo me dirigía entonces a celebrar una consulta en un lugar situado en la línea del ferrocarril del Este, en el que residía un enfermo que, conforme a las informaciones que me habían escrito, se había caído por un balcón meses antes, quedando desde entonces imposibilitado para andar. El médico que me llamaba a consulta me escribía que no sabía si se trataba de una lesión medular o de una neurosis traumática (histeria). Esto era lo que yo tenía que decidir. En el error examinado debía existir una advertencia sobre la necesidad de mostrarme muy prudente en el espinoso diagnóstico diferencial. Aun así y todo, mis colegas opinan que se diagnostica con ligereza una histeria en casos en que se trata de cosas más graves. Mas todo esto no era suficiente para justificar los insultos. La asociación siguiente fué el recuerdo de que la pequeña

estación a que me dirigía era la del mismo lugar en el que años antes había visitado a un hombre joven que desde un cierto trauma emocional había perdido la facultad de andar. Diagnostiqué una histeria y sometí después al enfermo al tratamiento psíquico, demostrándose posteriormente que si mi diagnóstico no había sido del todo equivocado, tampoco había habido en él un total acierto. Una gran cantidad de los síntomas del enfermo habían sido histéricos y desaparecieron con rapidez en el curso del tratamiento, mas detrás de ellos quedaba visible un remanente que permanecía inatacable por la terapia y que pudo ser achacado a una esclerosis múltiple. Los que tras de mí reconocieron al enfermo, pudieron apreciar con facilidad la afección orgánica, pero yo no podía antes haber juzgado ni procedido de otro modo. No obstante, la impresión era la de un grave error, y la promesa que de una completa curación había dado al enfermo, era imposible de mantener. El error de coger el diapasón en lugar del martillo podía traducirse en las siguientes palabras: —¡Imbécil! ¡Asno! ¡Ten cuidado esta vez y no vayas a diagnosticar de nuevo una histeria en un caso de enfermedad incurable como lo hiciste en este mismo lugar hace años con aquel pobre hombre!—Para suerte de este pequeño análisis, pero para mi mal humor, dicho individuo, atacado en la actualidad de una grave parálisis espasmódica, había estado dos veces en mi consulta pocos días antes y uno después del niño idiota.

Obsérvese que en este caso es la voz de la autocrítica la que se hace oir por medio del acto de aprehensión errónea. Este es especialmente apto para expresar auto-reproches. El error actual intenta representar el que en otro lado y tiempo cometimos.

d) Claro es que el coger un objeto por otro, o cogerlo mal, es un acto erróneo que puede obedecer a toda una serie de otros oscuros propósitos. He aquí un ejemplo: Raras veces rompo algo. No soy extraordinariamente mañoso, pero, dada la integridad anatómica de mis sistemas nervioso y muscular, no hay razones que provoquen en mí movimientos torpes de resultado no deseado. Así, pues, no recuerdo haber roto nunca ningún objeto de los existentes en mi casa. La poca amplitud de mi cuarto de estudio me obliga en ocasiones a trabajar en él con escasa libertad de movimientos y entre gran cantidad de objetos antiguos de barro y piedra, de los que tengo una pequeña colección. Los que me ven moverme entre tanto chisme me han expresado siempre su temor de que tirase algo al suelo, rompiéndolo, pero esto no me ha sucedido nunca. ¿Por qué, pues, tiré un día al suelo y rompí la tapa de mármol de un sencillo tintero que tenía sobre mi mesa?

Dicho tintero estaba constituído por una placa de mármol con un orificio en el que quedaba metido el recipiente de cristal destinado a la tinta. Este recipiente tenía una tapadera también de mármol, con un saliente para cogerla. Detrás del tintero había yo colocado, en semicírculo, varias estatuillas de bronce y terracota. Estando sentado ante la mesa, escribiendo, hice con la mano, en la que tenía la pluma, un movimiento extrañamente torpe y tiré al suelo la tapa del tintero. La explicación de mi torpeza no fué difícil de hallar. Unas horas antes había entrado mi hermana en el cuarto para ver algunas nuevas adquisiciones mías, encontrándolas muy bonitas, y diciendo: «Ahora presenta tu mesa de trabajo un aspecto precioso. Lo único que se despega un poco es el tintero. Tienes que

poner otro más bonito». Salí luego del cuarto acompañando a mi hermana y no regresé hasta pasadas algunas horas, siendo entonces cuando llevé a cabo la ejecución del ya juzgado y condenado tintero. ¿Deducí acaso de las palabras de mi hermana su propósito de regalarme un tintero más bonito en la primera ocasión festiva y me apresuré, por lo tanto, a romper el otro, antiguo y feo, para forzar la a realizar el propósito que había indicado? Si así fuera, mi movimiento, que arrojó al suelo la tapadera, no había sido torpe más que en apariencia, pues en realidad había sido muy hábil poseyendo completa conciencia de su fin, habiendo sabido, además, respetar todos los valiosos objetos que se hallaban próximos.

Mi opinión es que hay que aceptar esta explicación para toda una serie de movimientos en apariencia casualmente torpes. Es cierto que tales movimientos parecen mostrar algo violento, impulsivo y como espasmódico-atáxico, pero, sometidos a un examen, se demuestran como dominados por una intención y consiguen su fin con una seguridad que no puede atribuirse, en general, a los movimientos voluntarios y conscientes. Ambos caracteres, violencia y seguridad, les son comunes con las manifestaciones motoras de la neurosis histérica y, en parte, con los rendimientos motores del sonambulismo, indicando una misma desconocida modificación del proceso de inervación.

La siguiente auto-observación de la señora Lou Andreas-Salomé nos muestra de un modo convincente cómo una «torpeza» tenazmente repetida, sirve con extrema habilidad a intenciones inconfesadas.

«Precisamente en los días de guerra en que la leche comenzó a ser materia rara y preciosa me sucedió, para mi sorpresa y enfado, el dejarla de continuo cocer con

exceso y salirse por lo tanto del recipiente que la contenía. En vano traté de corregirme aunque no podía tacharme en ocasiones parecidas de haberme demostrado como distraída o descuidada. Si alguna vez hubiera habido causa para proceder de tal modo hubiera sido después de la muerte de mi querido «terrier» blanco al que con igual justificación que a cualquier hombre llamaba yo «Drujok» (en ruso, amigo). Pero en aquellos días y después no volví a dejar salirse ni una sola gota de leche al cocerla. Cuando noté esto, mi primer pensamiento fué: «Me alegro, porque ahora la leche vertida no tendría ni siquiera quién la aprovechara»—y en el mismo momento recordé que mi «Amigo» solía ponerse a mi lado durante la cocción de la leche, vigilando con ansia el resultado, inclinando la cabeza y moviendo la cola lleno de esperanza, con la consoladora seguridad de que había de suceder la maravillosa desgracia. Con esto quedó explicado todo para mí y ví también que quería a mi perro más de lo que yo misma me daba cuenta».

En los últimos años y desde que vengo reuniendo esta clase de observaciones he vuelto a romper algún objeto de valor, mas el examen de estos casos me ha demostrado que nunca fueron resultado de la casualidad o de una torpeza mía inintencionada. Así, una mañana, atravesando una habitación al salir del baño, en capuchón y zapatillas de paja, arrojé de pronto una de éstas, con un rápido movimiento del pié y como obedeciendo a un repentino impulso, contra la pared, donde fué a chocar con una pequeña Venus de mármol que había encima de una consola, tirándola al suelo. Mientras veía yo hacerse pedazos la bella estatuita, cité—inconmovible—los siguientes versos de Busch:

Ach! die Venus ist perdü—
Klickeradoms!—von Medici! (1)

Esta loca acción y mi tranquilidad ante el daño producido tienen su explicación en las circunstancias del momento. Teníamos entonces gravemente enferma a una persona de la familia, de cuya curación había yo desesperado. Aquella misma mañana se recibió la noticia de una notable mejoría, ante la cual recordaba yo haber exclamado: «Aún va a escapar con vida». Por lo tanto mi ataque de furor destructivo había servido de medio de expresión a un sentimiento agradecido al destino y me había permitido llevar a cabo un «acto de sacrificio», como si hubiera prometido que si el enfermo recobraba la salud sacrificaría yo en acción de gracias tal o cual cosa. El haber escogido la Venus de Médicis como víctima, no podía ser más que un galante homenaje a la convaleciente. Lo que de este caso ha permanecido incomprensible para mí ha sido el cómo me decidí tan rápidamente y cómo apunté con tal precisión que dí al objeto deseado sin tocar a ninguno de los que junto a él se hallaban.

Otro caso de rotura de un objeto en el cual me serví de nuevo de la pluma escapada de mi mano, tuvo también la significión de un sacrificio, pero esta vez de ofrenda petitoria para evitar un mal. En esta ocasión me había complacido en hacer un reproche a un fiel y servicial amigo mío, reproche únicamente fundado en la interpretación de algunos signos de su inconsciente. Mi amigo lo tomó a mal y me escribió una carta en la que me rogaba que no sometiese a mis amigos al psicoanálisis. Tuve que confesarme que tenía razón y le

(1) ¡Ay! Se ha perdido la Venus —¡pataplum!—de Médicis.

aplaqué con mi respuesta. Mientras la estaba escribiendo, tenía delante de mí, mi última adquisición de coleccionista, una figurita egipcia preciosamente vidriada. La rompí en la forma mencionada y me di cuenta enseguida de que había provocado aquella desgracia en evitación de otra mayor. Por fortuna ambas cosas—la amistad y la figurita—pudieron componerse con tal perfección que no se notaron las roturas.

Una tercera rotura tuvo menos seria conexión. Fué, para usar el término de Th. Vischer en «Auch einer», una «ejecución» disfrazada, de un objeto que no era ya de mi gusto. Durante algún tiempo había usado yo un bastón con puño de plata. La delgada lámina de este metal que formaba el puño sufrió, sin culpa por mi parte, un desperfecto, y fué muy mal reparada. Poco tiempo después, jugando alegremente con uno de mis hijos, me serví del bastón para agarrarle por una pierna con el curvado puño. Al hacerlo se partió, como era de esperar, y me ví libre de él.

La indiferencia con que se acepta en estos casos el daño resultante debe ser considerada como demostración de la existencia de un propósito inconsciente en la ejecución del mismo.

Investigando los fundamentos de tan nimios rendimientos fallidos como son las roturas de objetos se halla uno en ocasiones ante conexiones que penetran profundamente en la historia anterior del sujeto al mismo tiempo que se adhieren a la situación actual del mismo. El siguiente análisis de L. Jekel. (Internat. Zeitschrift f. Psychoanalyse 1-1913), es un ejemplo de este género de casos:

«Un médico poseía un jarrón de loza nada valioso, pero sí muy bonito que, en unión de otros muchos objetos, algunos de ellos de alto precio, le había sido re-

galado por una paciente (casada). Cuando se manifestó claramente que dicha señora padecía una psicosis, el médico devolvió todos aquellos regalos a los allegados de la enferma, conservando tan sólo un modesto jarrón del que, sin duda por su belleza no acertó a separarse.

Esta ocultación no dejó, sin embargo, de promover en el médico, hombre muy escrupuloso en toda otra ocasión, una cierta lucha interior. Comprendía la incorrección de su conducta y para defenderse contra sus remordimientos se daba a sí mismo la excusa de que el tal jarrón carecía de todo valor material, era difícil de empaquetar para mandarlo a su destino, etc., etc.

Cuando meses después se le discutió el pago de un resto de sus honorarios por la asistencia a dicha paciente y se propuso encargar a un abogado de reclamarlos y hacerlos efectivos por la vía legal, volvió a reprocharse su ocultación. De repente le sobrecogió el miedo de que aquélla fuera descubierta por los parientes de la enferma y estos opusieran por ella una reconvención a su demanda.

En los primeros momentos, sobre todo, fué tan fuerte este miedo, que llegó a pensar en renunciar como una compensación a sus honorarios, de un valor cien veces mayor al del objeto referido. Sin embargo, logró dominar este pensamiento, dándolo de lado como absurdo.

Durante esta situación le sucedió, a pesar de que raras veces rompía algo y de dominar muy bien su sistema muscular, que estando renovando el agua del jarrón para poner en él unas flores y por un movimiento no relacionado orgánicamente con dicho acto y extrañamente torpe, lo tiró al suelo donde se rompió en cinco o seis grandes pedazos. Y esto después de ha-

berse decidido la noche anterior, tras de grandes vacilaciones, a colocar precisamente este jarrón lleno de flores en la mesa ante sus convidados, y después de haber pensado en él poco antes de romperlo, haberlo echado de menos en su cuarto y haberlo traído desde otra habitación por su propia mano.

Después de la primera sorpresa comenzó a recoger del suelo los pedazos y en el momento en que, viendo que estos casaban perfectamente, se dió cuenta de que el jarrón podía reconstruirse sin defecto alguno, volvieron a escapársele de las manos dos de los pedazos más grandes, haciéndose añicos y quedando perdida toda esperanza de reconstitución.

Sin disputa alguna, el acto fallido cometido poseía la tendencia actual de hacer posible al médico la persecución de su derecho, libertándole de aquello que le retenía y le impedía en cierto modo reclamar lo que le era debido.

Pero además de esta determinación directa, posee este rendimiento fallido, para todo psicoanalista, una más amplia, profunda e importante determinación s i m b ó l i c a , pues el jarrón es un indudable símbolo de la mujer.

El héroe de esta historia había perdido de un modo trágico a su joven y bella mujer, a la que amaba ardientemente. Después de su desgracia, contrajo una neurosis, cuya nota predominante era creerse culpable de ella. («Haber roto un bello jarrón»).

Así mismo, le era imposible entrar en relaciones con ninguna mujer, y repugnaba a casarse de nuevo o a emprender amores duraderos que en su inconsciente eran valorados como una infidelidad a su difunta mujer, pero que en su conciencia eran racionalizados como que él atraía la desdicha sobre las mujeres, que

alguna podía matarse por su culpa, etc. («Siendo así no podía él conservar duraderamente el jarrón»).

Dada su fuerte *líbido*, no es de extrañar que se presentaran ante él, como las más adecuadas, las por su propia naturaleza pasageras relaciones con mujeres casadas. (Por ello conservó o retuvo el jarrón a otro perteneciente).

Una preciosa confirmación de esta simbólica nos es dada por los datos siguientes: A consecuencia de la neurosis se sometió al tratamiento psicoanalítico.

En el curso de la sesión en la que relató la rotura del jarrón «de tierra», volvió mucho después a hablar de sus relaciones con las mujeres, y expresó que era en ellas de una exigencia casi insensata y que pedía, por ejemplo, que aquéllas fueran de una «belleza extraterrena». Esto constituye una muy clara acentuación de que aún se hallaba unido a su mujer (muerta, esto es, extraterrena), y que no quería saber nada de «bellezas terrenales». De aquí la rotura del jarrón «de tierra».

Precisamente en el tiempo en que en la declaración formaba la fantasía de casarse con la hija de su médico, regaló a éste un jarrón, indicando así en qué sentido le era deseable la revancha.

A priori se deja variar de varias maneras la significación simbólica del acto erróneo, por ejemplo, no querer llenar el vaso, etc. Mas lo que me parece interesante, es la consideración de que la existencia de varios, por lo menos de dos motivos actuantes, desde el preconsciente y el inconsciente y probablemente separados se refleje en la duplicación del acto erróneo— tirar al suelo el jarrón y luego los pedazos».

e) El dejar caer algún objeto, tirarlo o romperlo, parece ser utilizado con gran frecuencia para la expre-

sión de series de pensamientos inconscientes, cosa que se puede demostrar por medio del análisis, pero que también podría adivinarse casi siempre por las interpretaciones que a tales accidentes da, por burla o por superstición, el sentido popular. Conocida es la interpretación que se da a los actos de derramar la sal o el vino o de que un cuchillo que caiga al suelo quede clavado de punta en él, etc. Más adelante expondré el derecho que, a ser tomadas en consideración, tienen tales interpretaciones snpersticiosas. Por ahora, sólo haré observar que una de tales torpezas no tiene, de ningún modo, un sentido constante, sino que, según las circunstancias, se ofrece como medio de representación a intenciones en absoluto diferentes.

Hace poco hubo en mi casa una temporada durante la cual se rompió en ella una extraordinaria cantidad de objetos de cristal y porcelana. Yo mismo contribuí a tal destrozo repetidas veces. Esta pequeña epidemia psíquica fué fácil de explicar. Eran aquellos los días que precedieron al matrimonio de mi hija mayor. En tales fiestas se suele romper intencionadamente un utensilio, haciendo al mismo tiempo un voto de felicidad. Esta costumbre debe significar un sacrificio y expresar algún otro sentido simbólico.

Cuando los criados destruyen objetos frágiles dejándolos caer al suelo, nadie suele pensar, ante todo, en una explicación psicológica de ello y, sin embargo, no es improbable la existencia de oscuros motivos que coadyuven a tales actos. Nada más lejano a las personas ineducadas que la apreciación del arte y de las obras de arte. Una sorda hostilidad contra estos productos domina a nuestros criados, sobre todo cuando tales objetos, cuyo valor no aprecian, constituyen un motivo de trabajo para ellos. En cambio, personas de

igual grado de cultura y de igual origen que se hallan empleadas en alguna institución científica, se distinguen por la gran destreza y seguridad con que manejan los más delicados objetos en cuanto comienzan a identificarse con sus amos y a contarse entre el personal esencial del establecimiento.

Incluyo aquí la comunicación de un joven técnico que nos permite penetrar en el mecanismo del desperfecto de objetos.

«Hace algún tiempo trabajaba yo con varios colegas en el laboratorio de la Escuela Superior, en una serie de complicados experimentos de elasticidad, labor que, aunque la habíamos emprendido voluntariamente, comenzaba a ocuparnos más tiempo de lo que hubiésemos deseado. Yendo un día hacia el laboratorio en compañía de mi colega el señor F., expresó éste lo desagradable que era para él, aquel día, verse obligado a perder tanto tiempo, teniendo mucho trabajo en su casa. Yo asentí a sus palabras y añadí, medio en broma, aludiendo a un incidente de la pasada semana: «Por fortuna es de esperar que la máquina falle otra vez y tengamos que interrumpir el experimento. Así podremos marcharnos pronto».

En la distribución del trabajo, tocó a F. regular la válvula de la prensa, esto es, irla abriendo con prudencia para dejar pasar poco a poco el líquido presionador desde los acumuladores al cilindro de la prensa hidráulica. El director del experimento se hallaba observando el manómetro, y cuando éste marcó la presión deseada, gritó: «¡Alto!». Al oir esta voz de mando, F. cogió la válvula y la dió vuelta con toda su fuerza hacia la izquierda. (Todas las válvulas, sin excepción, se cierran hacia la derecha). Esta falsa maniobra hizo que la presión del acumulador actuara

de golpe sobre la prensa, cosa para lo cual no estaba preparada la tubería, y que hizo estallar una unión de ésta, accidente nada grave para la máquina, pero que nos obligó a abandonar el trabajo por aquel día y regresar a nuestras casas.

Aparte de esto, es muy característico el hecho de que algún tiempo después, hablando de este incidente, no pudo F. recordar las palabras que le dije al dirigirnos juntos al laboratorio, palabras que yo recordaba con toda seguridad».

Caerse, tropezar o resbalar, son actos que no deben ser interpretados siempre como un fallo puramente casual de una función motora. El doble sentido lingüístico de estas expresiones indica ya la clase de ocultas fantasías que pueden hallar una representación en tales perturbaciones del equilibrio corporal. Recuerdo un gran número de ligeras enfermedades nerviosas de mujeres y muchachas, que aparecieron después de una caída en la que aquéllas no sufrieron herida alguna, y fueron consideradas como histerias traumáticas subsiguientes al susto sufrido. Ya estos casos me dieron la impresión de que la relación de causa a efecto era distinta de la que se suponía y de que la caída era un anuncio de la neurosis y una expresión de las fantasías inconscientes de contenido sexual de la misma, fantasías que deben considerarse como fuerzas actuantes detrás de los síntomas. ¿Acaso no quiere decir esto mismo el proverbio que dice: «Cuando una muchacha cae, cae siempre de espaldas»?

Entre los actos de término erróneo puede incluirse el de dar a un mendigo una moneda de oro por una de cobre o de plata. La explicación de tales errores es muy sencilla. Son actos de sacrificio destinados a apaciguar al destino, desviar una desgracia, etc. Si antes

de salir a paseo se ha oído hablar a una madre o pariente amorosa de su preocupación por la salud de un hijo o allegado, y luego se las vé proceder con la citada involuntaria generosidad no se podrá dudar del sentido del aparentemente indeseado incidente. De esta manera hacen posible nuestros actos erróneos el ejercicio de aquellas piadosas y supersticiosas costumbres que a causa de la resistencia de nuestra razón, que se ha hecho descreída, tienen que rehuir la luz de la conciencia.

f) El que nuestras acciones casuales sean en realidad intencionadas es cosa que nunca hallará más pronta aceptación que cuando se refiere a la esfera de la actividad sexual en la que el límite entre lo casual y lo intencionado parece borrarse por completo. Yo mismo he vivido hace algunos años un ejemplo de cómo un movimiento torpe en apariencia puede ser utilizado para un fin sexual, de la más refinada de las maneras. En una casa amiga hallé en una ocasión a una muchacha que también estaba en ella en calidad de invitada, y que despertó en mí un antiguo afecto amoroso que yo consideraba ya extinguido, haciéndome mostrarme jovial, locuaz y complaciente. También me preocupó en esta ocasión el hallar el por qué experimentaba yo aquella impresión, pues un año antes la misma muchacha me había dejado completamente frío. Al entrar el tío de la muchacha, persona muy anciana, en la habitación en que nos hallábamos, nos levantamos ella y yo para acercarle una silla que en un rincón había. Más ágil ella y también más cercana a la silla, la cogió antes que yo y la trajo ante sí, teniéndola con el respaldo hacia atrás y ambas manos en los lados del asiento. Al llegar yo a su lado y no renunciar a mi propósito de coger la silla, me hallé de repente pegado

por detrás a la muchacha, abrazándola con ambos brazos, y mis manos se encontraron un momento sobre su pecho. Como es natural, puse término a esta situación con la misma rapidez con que se había constituído, y nadie pareció darse cuenta de lo hábilmente que yo había aprovechado mi torpe movimiento.

Debe admitirse asimismo que nuestros torpes y enfadosos regates cuando, al encontrarnos ante una persona en la calle empezamos a dar pasos a uno y otro lado, pero siempre en igual dirección que el otro o la otra, hasta quedar ambos inmóviles frente a frente, acto que resulta como «cerrar el camino a alguien», renueva una incorrecta y provocativa costumbre de los años juveniles y persigue intenciones sexuales bajo el disfraz de una torpeza. Mis psicoanálisis de neuróticos me han enseñado que lo que consideramos como ingenuidad en los adolescentes y en los niños, no es con frecuencia más que un disfraz bajo el cual les es posible hacer o decir sin avergonzarse algo indecoroso.

W. Stekel ha comunicado varias auto-observaciones análogas. «Al entrar en una casa alargué mi mano a la señora de ella, y de extraño modo desaté, al hacerlo, el lazo que sujetaba su suelta bata matinal. No abrigaba yo, conscientemente, ningún poco honrado propósito y, sin embargo, llevé a cabo dicho torpe movimiento con la habilidad de un prestidigitador».

Repetidas veces he incluído aquí pruebas de que los poetas juzgan los rendimientos fallidos igual que nosotros en este libro, esto es, como significativos y motivados. No nos admirará, por lo tanto, ver en un nuevo ejemplo, cómo un poeta da una intensa significación a un movimiento equivocado y le hace ser un presagio de ulteriores acontecimientos.

En la novela de Theodor Fontane «L'Adultera» hallamos las siguientes líneas. (Tomo II, pág. 64 de la edición de las obras completas de Th. Fontane.—S. Fischer):

«... y Melania se levantó y arrojó a su marido a manera de saludo uno de los grandes balones. Pero apuntó mal, y la pelota, volando hacia un lado, fué a parar a manos de Ruben». Al regreso de la excursión en que esto sucede tiene lugar un diálogo entre Melania y Ruben, en el cual comienza ya a surgir el brote de un naciente amor. Este amor crece luego hasta el apasionamiento, y Melania abandona por último a su marido para pertenecer por entero al hombre amado. (Comunicado por H. Sachs).

g) Los efectos que producen los actos de aprehensión errónea de las personas normales son regularmente en absoluto inofensivos. Por ello mismo es de un gran interés el investigar si errores de mayor importancia, por ejemplo, los de un médico o un farmacéutico, pueden ser también interpretados conforme a nuestro punto de vista.

Dado que personalmente me hallo muy escasas veces en situación de observar actos correspondientes a una actividad médica general no puedo comunicar aquí más que un solo caso de error médico observado en mí mismo. Desde hace algunos años vengo visitando dos veces al día a una señora anciana, y mi labor en la visita matinal se reduce a dos actos: echarla en los ojos un par de gotas de un colirio y ponerla una inyección de morfina. A estos efectos hay siempre preparadas dos botellitas, una azul para el colirio y otra blanca para la morfina. Mientras llevo a cabo los dos actos acostumbrados mis pensamientos suelen estar ocupados en otra cosa, pues he repetido tantas veces

la misma faena que la atención necesaria para efectuarla se comporta ya como libre e independiente. Sin embargo, en una ocasión, trabajó el autómata equivocadamente. Introduje el cuenta gotas en la botellita blanca en lugar de en la azul, y lo que eché en los ojos de la enferma fué morfina y no colirio. Al darme cuenta quedé sobrecogido, tranquilizándome después con la reflexión de que unas gotas de una solución de morfina al dos por ciento, no podían causar ningún daño a la conjuntiva. Así, pues, la causa del miedo sentido debía ser distinta.

En mi intento de analizar mi pequeño error, la primera cosa que acudió a mi pensamiento fué la frase: «atentar contra la anciana» (1), la cual podía indicarme un rápido camino hacia la solución. Me hallaba yo bajo la impresión de un sueño que me había sido relatado la noche anterior por un joven, sueño cuyo contenido no podía interpretarse más que como el comercio sexual del sujeto con su propia madre (2). La rareza de que la leyenda no tenga en cuenta la ancianidad de la reina Jocasta, me pareció confirmar la afirmación de que en el enamoramiento de la propia madre no se trata nunca de la persona actual, sino de su recuerdo juvenil procedente de los años infantiles. Tales incongruencias se muestran siempre cuando una

(1) N. del T.—En esta frase, el verbo reflexivo «sich vergreifen», seguido de la preposición «bei» significa «equivocarse», pero seguido de la preposición «an» significa «atentar, profanar, violar». Así se explica la conexión entre «equivocarse con la anciana» y «atentar contra la anciana».

(2) Este sueño ha sido denominado por mí «sueño de Edipo», porque nos da la clave para la comprensión de la leyenda del rey Edipo. En el texto de Sófocles coloca éste en boca de Jocasta la relación de un tal sueño.

fantasía vacilante entre dos épocas se hace consciente, y queda por ello ligada a una época definida. Abstraído en estos pensamientos, llegué a casa de mi paciente, que frisaba en los noventa años, y debía hallarme en camino de considerar el general carácter humano de la fábula de Edipo, como la correlación de la fatal profecía expresada por el oráculo, pues «me equivoqué con» o «atenté contra la anciana». Mas mi acto erróneo fué también en este caso inofensivo. De los dos errores posibles: usar la morfina para echarla en los ojos o el colirio para la inyección, había escogido el más inocente. Queda aún la cuestión de si en errores que puedan ocasionar graves daños, puede suponerse la existencia de una intención inconsciente, como sucede en los hasta aquí examinados.

Aquí se agota, como era de esperar, el material de que podía disponer, y quedo reducido a exponer aproximaciones e hipótesis. Conocido es que en los casos graves de psiconeurosis aparecen a veces auto-mutilaciones, como síntomas de la enfermedad y que no se puede considerar en tales casos excluído el suicidio como final del conflicto psíquico. Sé por experiencia, y lo expondré algún día con ejemplos convincentes, que muchos daños que, aparentemente por casualidad, suceden a tales enfermos, son en realidad maltratos que los pacientes se inflingen a sí mismos. Estos casos son producidos por una tendencia constantemente vigilante al auto-castigo, tendencia que de ordinario se manifiesta como auto-reproche, o coadyuva a la formación de síntomas y utiliza diestramente una situación exterior que se ofrezca casualmente o la ayuda hasta conducirla a la consecución del efecto dañoso deseado. Tales sucesos no son tampoco raros en los casos de moderada gravedad y revelan la participa-

ción de la intención inconsciente por una serie de signos especiales; por ejemplo, por la extraña presencia de espíritu que manifiestan los enfermos durante los pretendidos accidentes (1).

En vez de muchos ejemplos relataré, pero con todo detalle, uno solo que he podido observar en mi actividad médica: Una joven casada se rompió una pierna en un accidente de coche, teniendo que guardar cama durante varias semanas y, al asistirla, me extrañó la falta de manifestaciones de dolor y la tranquilidad con que conllevaba su desgracia. El accidente hizo aparecer una larga y grave neurosis que, por último, se curó por el tratamiento psicoanalítico. En el curso de este último, averigüé las circunstancias que rodearon el accidente, así como determinadas impresiones que le precedieron. La joven mujer se hallaba con su marido, hombre muy celoso, pasando una temporada en la finca de una hermana suya, en compañía de sus numerosos hermanos y hermanas y sus respectivos cónyuges. Una noche dió en este íntimo círculo una representación de una de sus habilidades, bailando un cancán conforme a todas las reglas del arte, y obteniendo gran éxito con todos los parientes, pero descontentando a su marido que la murmuró después al oído: «Te has vuelto a conducir como una prostituta». La palabra hizo su efecto, y queremos dejar indeciso si precisamente por el baile. Aquella noche durmió mal, y a la mañana quiso dar un paseo en coche. Por sí

(1) El auto-maltrato que no se propone una completa autoanulación, no tiene en nuestro estado de civilización actual más remedio que ocultarse detrás de la casualidad o manifestarse como simulación de una enfermedad espontánea. Antiguamente era un signo usual de duelo y podía ser expresión de ideas de piedad y renunciamiento al mundo.

misma escogió los caballos, rehusando un tronco y eligiendo otro. La más joven de sus hermanas quiso que fuera en el coche un hijo suyo de pecho con el ama, pero ella se opuso enérgicamente. Durante el paseo se mostró nerviosa, advirtió al cochero que los caballos iban a espantarse, y cuando los inquietos animales tuvieron en realidad un momento de indisciplina se levantó sobrecogida y se arrojó del coche, rompiéndose una pierna, mientras que los que permanecieron dentro no sufrieron daño alguno. Después de descubrir estos detalles no se puede dudar que el accidente estaba preparado, y no debemos dejar de admirar la habilidad que obligó a la casualidad a distribuir un castigo tan correlativo a la falta cometida, pues en efecto ya no podría ella bailar el cancán en mucho tiempo.

No me es posible relatar casos en que me haya inflingido daños a mí mismo en épocas de tranquilidad, pero no me creo incapaz de cometer tales actos bajo condiciones extraordinarias. Cuando un miembro de mi familia se queja de haberse mordido la lengua, aplastado un dedo, etc., lo primero que hago, en lugar de compadecerle, es preguntarle: —¿Por qué has hecho eso?—Yo mismo me cogí un dedo muy dolorosamente, después de haber oído a un joven paciente expresar en la consulta su deseo (que como es natural no había que tomar en serio) de contraer matrimonio con mi hija mayor, la cual sabía yo que se hallaba a la sazón en un sanatorio y en peligro de muerte.

Uno de mis hijos, cuyo vivo temperamento dificultaba mucho la tarea de cuidarle cuando se hallaba enfermo, tuvo una mañana un fuerte acceso de cólera porque se le ordenó que permaneciera en el lecho durante toda la tarde y amenazó con suicidarse, amenaza que le ha-

bía sido sugerida por la lectura de los periódicos. Aquella misma tarde me enseñó un cardenal que se había hecho en un lado de la caja torácica al chocar contra una puerta y darse un fuerte golpe con el saliente del picaporte. Le pregunté irónicamente por qué había hecho aquello y el niño, que no tenía más que once años, me contestó como iluminado: —«Eso ha sido el intento de suicidio con que os amenacé esta mañana». —No creo que mis opiniones sobre los daños inflingidos por una persona a sí misma fueran por entonces accesibles a mis hijos.

Aquellos que crean en la existencia de estos automaltratos semi-intencionales—si se me permite emplear esta poco diestra expresión—se hallarán preparados a admitir también el hecho de que, además del suicidio conscientemente intencionado, hay otra clase de suicidio con intención inconsciente, el cual es capaz de utilizar con destreza un peligro de muerte y disfrazarlo de desgracia casual. En efecto, la tendencia a la auto-destrucción existe con una cierta intensidad en un número de individuos mucho mayor del de aquellos en que llega a manifestarse victoriosa. Los daños autoinflingidos son regularmente una transacción entre este impulso y las fuerzas que aún actúan contra él. También en los casos en que se llega al suicidio ha existido anteriormente, durante largo tiempo, dicha inclinación con fuerza menor o como tendencia inconsciente y reprimida.

También la intención consciente de suicidarse escoge su tiempo, sus medios y su ocasión. Paralelamente obra la intención inconsciente, al esperar la aparición de un motivo que pueda tomar sobre sí una parte de la responsabilidad y, acaparando las fuerzas defensivas de la persona, la liberte de la presión que sobre ella

ejercen (1). No son bajo ningún concepto ociosas estas discusiones; he conocido más de un caso de desgracia aparentemente casual (accidentes de caballo o de coche) cuyas circunstancias justifican una sospecha de suicidio inconscientemente tolerado. Tal es el caso de un oficial que durante una carrera de caballos cayó del que montaba, hiriéndose tan gravemente que murió varios días después. Su conducta al volver en sí después del accidente fué un tanto singular por varios conceptos. Pero más aún lo fué la que había observado anteriormente. Hallándose muy entristecido por la muerte de su madre a la que quería mucho, se echaba a llorar estando con sus camaradas y expresó varias veces a sus íntimos su cansancio de la vida y su deseo de abandonar el servicio para ir a Africa a tomar parte en una campaña que allí se desarrollaba y que no de-

(1) El caso es entonces idéntico al atentado sexual contra una mujer en el que el ataque del hombre no puede ser rechazado por la total fuerza muscular de la mujer porque a él coadyuva, aceptándolo, una parte de las sensaciones inconscientes de la atacada. Ya se suele decir que tal situación paraliza las fuerzas de la mujer y no se necesita añadir las razones de esta paralización. Desde este punto de vista aparece injusta, psicológicamente, una de las ingeniosas sentencias dictadas por Sancho Panza en su ínsula. (Don Quijote. Parte II. Cap. XLV). Una mujer acusa a un hombre de haberla forzado. Sancho la indemniza con una repleta bolsa que hace entregarla al acusado y da a éste, una vez partida la mujer, permiso para correr tras ella y arrancarla la bolsa. Al poco tiempo aparecen de nuevo los litigantes y la mujer se vanagloria de que el malvado supuesto violador no haya tenido fuerzas para arrancarla el dinero. Al oir esto dice Sancho: —«Si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, lo mostrárais, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza».

bía ofrecer ningún interés para él (1). Siendo un valiente jinete, evitaba en aquellos días montar a caballo, siempre que podía. Por último antes de la carrera, en la que no podía excusarse de tomar parte, expresó un triste presentimiento. Nuestra concepción de estos casos hace que no podamos extrañarnos de que el presentimiento se realizara. Se me opondrá que en un estado tal de depresión nerviosa no le es posible a un hombre dominar al caballo con igual maestría que en época de plena salud. Convengo en ello, pero creo más acertado buscar el mecanismo de tal inhibición motora por «nerviosidad», en la intención auto-destructora aquí acentuada.

S. C. Ferenczi, de Budapest, me ha autorizado a publicar el siguiente análisis verificado por él de un caso de herida por arma de fuego, pretendidamente casual, y que él explica como un intento inconsciente de suicidio, explicación con la que estoy en un todo conforme:

«J. Ad., de veintidos años de edad, oficial de carpintero, vino a mi consulta el 18 de Enero de 1908. Quería que yo le dijese si le debía y podía ser extraída una bala que tenía alojada en la sien izquierda desde el 20 de Marzo de 1902. Aparte de algunos dolores de cabeza, no demasiado violentos, que le atacan de cuando en cuando, se siente completamente sano. El reconocimiento objetivo no descubrió nada importante fuera de la cicatriz característica del disparo, y enne-

---

(2) Es evidente que la situación de un campo de batalla es precisamente la requerida por la intención consciente de suicidarse que sin embargo rehuye el camino directo. Véase en el «Wallenstein» las palabras del capitan sueco sobre la muerte de Max Piccolomini: «Dícese que quería morir».

grecida por la pólvora, en la sien izquierda. En vista de ello me mostré contrario a toda operación. Preguntado por las circunstancias del caso contestó haberse herido casualmente. Jugaba con un revólver de su hermano, creyendo que no estaba cargado, se lo apoyó con la mano izquierda en la sien izquierda (no es zurdo), colocó el dedo en el gatillo y el tiro salió. En el arma, que era de seis tiros había tres cartuchos. Le pregunté luego cómo había llegado a la idea de coger el revólver y me contestó que por entonces era el tiempo de su entrada en quintas y que la noche antes había cogido el revólver para ir a una taberna, temiendo que en ella se promoviera alguna pelea. En el reconocimiento médico militar fué declarado inútil por padecer varices, cosa que le avergonzó sobremanera. Al regresar a su casa se puso a jugar con el revólver, no teniendo intención de causarse ningún daño y entonces fué cuando surgió el accidente. Interrogado sobre si en general estaba contento con su suerte, me relató suspirando, su historia amorosa con una muchacha que le quería, pero que, sin embargo, le abandonó para emigrar a América, empujada por el deseo de hacer fortuna. El quiso seguirla, pero se lo impidieron sus padres. Su amada había partido el 20 de Enero de 1907, esto es, dos meses antes del suceso. A pesar de todos estos elementos sospechosos, sostuvo el paciente que el disparo había sido un «accidente desgraciado». Sin embargo, yo estoy firmemente convencido de que la negligencia de no haber comprobado si el revólver estaba o no cargado antes de ponerse a jugar con él, así como el daño auto-inflingido, se hallaban determinados psíquicamente. El individuo en cuestión se encontraba aún bajo la impresión deprimente de su desdichado amor

y se ve muy claro que quería «olvidar» en el servicio de las armas. Cuando también le fué arrancada esta esperanza, fué cuando llegó a jugar con el revólver, esto es, a un inconsciente intento de suicidio. El hecho de tomar el arma con la mano izquierda y no con la derecha, es una prueba decisiva de que en realidad no hacía más que jugar, o sea, que no quería, conscientemente, suicidarse».

Otro caso de daño auto-inflingido, de apariencia casual, cuya publicación me ha sido autorizada por la persona que lo observó directamente, nos recuerda el proverbio que dice: «Aquel que cava una fosa para otros, cae él mismo en ella» (1).

«La señora de X., perteneciente a una familia de la clase media, está casada y tiene tres hijos. Es algo nerviosa, mas nunca necesitó someterse a un tratamiento enérgico, pues posee firmeza suficiente para adaptarse a la vida. Un día se produjo una considerable, pero pasajera desfiguración de su rostro en la siguiente forma:

Al atravesar una calle en la que estaban arreglando el pavimento, tropezó con un montón de piedras y fué a dar de cara contra el muro de una casa, quedando con el rostro todo arañado y magullado. Los párpados se le pusieron azules y edematosos, y llamó al médico temiendo que también hubieran sufrido los ojos algún daño. Después de tranquilizarla respecto a esta cuestión, la pregunté: «¿Pero cómo se ha caído usted de ese modo...? La señora repuso que precisamente antes del accidente había recomendado a su marido, el cual

(1) Auto-castigo por un aborto, observado por el Dr. J. E. G. van Emdem. La Haya (Holanda).—Zentralblatt fuer Psychoanalyse, II-12.

padecía desde hacía algunos meses una afección articular que le dificultaba la deambulación, que tuviese cuidado al pasar por dicha calle, y que sabía por repetidas experiencias que en casos como éste le ocurría sufrir aquellos mismos accidentes, contra los que prevenía a los demás.

Yo no me contenté con esta determinación del suceso y la pregunté si no tenía alguna cosa más que relatarme. En efecto, me dijo que en el momento que precedió a la caída había visto en una tienda de la acera opuesta un lindo cuadrito y que, de repente, le entraron deseos de comprarlo para adorno del cuarto de sus hijos. Entonces se dirigió derechamente hacia la tienda sin cuidarse del estado de la calle, tropezó con el montón de piedras y fué a dar con la cara contra el muro de una casa, sin hacer siquiera el menor intento de librarse del golpe con las manos. El propósito de comprar el cuadro quedó olvidado en el acto y la señora regresó a toda prisa a su domicilio.

—¿Pero, cómo no miró usted con más cuidado dónde pisaba?—seguí preguntándola.

—¡Ay!—me respondió—. Ha sido quizás un c a s t i g o por la historia que ya confié a usted!

—¿La sigue atormentando esa historia?

—Sí; después he sentido mucho haber hecho lo que hice. Me he encontrado perversa, criminal e inmoral. Pero en equellos días mis nervios me tenían casi loca.

Se trataba de un aborto que ella, de acuerdo con su marido, y queriendo ambos evitar por razones económicas el nacimiento de más hijos, había hecho provocar por una curandera y en cuyo desenlace fué asistida por un especialista.

—Con frecuencia me he reprochado el haber dejado matar a mi hijo—siguió diciendo—y he tenido miedo

de que una cosa de tal género no podía quedar sin castigo. Ahora que me ha asegurado usted que no me pasará nada en los ojos, me quedo ya tranquila. Así como así, estoy ya suficientemente castigada.

Salta, pues, a la vista que el accidente había sido un auto-castigo inflingido no sólo en penitencia de la mala acción cometida, sino también para escapar a otro desconocido castigo mucho mayor, cuyo advenimiento venía la señora temiendo hacía ya varios meses.

En el momento en que se dirigió apresuradamente hacia la tienda para comprar el cuadrito, el recuerdo de su falta—ya bastante activo en su inconsciente cuando recomendó cuidado a su esposo—había llegado a ser dominante y se hubiera podido expresar con las siguientes palabras:

—¿Para qué quieres comprar ningún adorno para el cuarto de tus hijos si has dejado matar a uno de ellos? ¡Criminal! ¡El gran castigo está ya próximo!

Este pensamiento no devino consciente pero, no obstante, la señora utilizó en aquel momento psicológico la situación para aprovechar el montón de piedras en su auto-castigo. Por esta razón no extendió siquiera las manos al caerse ni experimentó tampoco un susto violento. La segunda, y probablemente menor, determinación del accidente, fué otro auto-castigo por su inconsciente deseo de libertarse de su marido, cómplice en todo el penoso asunto del aborto. Este deseo se revela en la recomendación totalmente supérflua de que tuviera cuidado al atravesar la calle en reforma, ya que el marido, precisamente por su enfermedad, había de andar con gran prudencia» (1).

---

(1) Una persona me escribe sobre el tema: «Daños auto-inflingidos como castigo». Si se observa la conducta de las perso-

Considerando las circunstancias que rodean el caso siguiente de daño auto-inflingido de apariencia casual hay que dar la razón a J. Staerke (l. c.), el cual lo interpreta como un «acto de sacrificio».

«Una señora, cuyo yerno tenía que partir para Alemania con el fin de cumplir allí sus deberes militares, se quemó un pié, vertiéndose sobre él un hirviente líquido, en las circunstancias siguientes: Su hija estaba próxima a alumbrar y el pensamiento de los peligros que en la guerra iba a correr el marido no eran, como es natural, para que el estado de ánimo de toda la familia fuese muy alegre. El día antes de la partida de su yerno la señora había convidado a comer al matrimonio. Por sí misma preparaba la comida en la cocina después de haber sustituído, cosa que no solía hacer, sus botas altas de cordones y sin tacones, con las que andaba muy cómodamente, por unas zapatillas de su marido, muy grandes y abiertas por arriba. Al coger del fuego una gran cazuela llena de sopa hirviendo la dejó caer y se escaldó gravemente un pié, sobre todo el empeine, no protegido por la zapatilla. Claro es que el accidente se puso a cuenta de la «nerviosidad», comprensible, dada la situación de la familia. En los días siguientes a tal «acto de sacrificio», se condujo muy prudentemente en el manejo de objetos calientes, pero ello no impidió que días después se volviese a escaldar una muñeca».

Si un tal furor contra la propia integridad y la propia vida puede ocultarse así detrás de una torpeza apa-

nas en las calles, se tiene ocasión de ver con cuánta frecuencia les sucede algún pequeño accidente a aquellos hombres que—como es ya casi general costumbre— se vuelven a seguir a las mujeres con la vista. Tan pronto tropiezan, aun yendo por llano, como topan con un farol o se hieren de alguna otra forma.

rentemente casual y de una insuficiencia motora, no queda ya más que un paso para hallar posible la transferencia de igual concepción a aquellos actos erróneos que ponen en grave peligro la vida y la salud de otras personas. Los documentos que puedo alegar en favor de la exactitud de esta afirmación están tomados de mis experiencias en el tratamiento de neuróticos, y por lo tanto, no se adaptan por completo a lo que se trata de demostrar. De todos modos expondré aquí un caso, en el que, no precisamente un acto erróneo, sino lo que más bien puede denominarse un acto sintomático o casual, me puso sobre una pista que me llevó a conseguir la solución del conflicto en que el paciente se hallaba. En una ocasión me propuse mejorar las relaciones matrimoniales de un individuo muy inteligente, cuyas diferencias con su joven mujer, la cual le amaba con ternura, podían basarse en fundamentos reales, pero que, como él mismo confesaba, no quedaban, ni aun así, totalmente explicadas. Sin cesar se atormentaba el marido con el pensamiento de una separación, pensamiento que siempre rechazaba por su amor hacia sus dos tiernos hijos. A pesar de esto volvía siempre a la misma idea, y no intentaba ningún medio de hacerse tolerable la situación. Este no resolver nunca el conflicto me pareció una prueba de la existencia de motivos inconscientes y reprimidos que reforzaban los motivos conscientes que mantenían la lucha. En estos casos, mi intervención consiste en dar fin al conflicto por medio del análisis psíquico. El marido me relató un día un pequeño incidente que le había asustado sobremanera. Jugaba con su hijo mayor, que era su preferido, subiéndolo y bajándolo en sus brazos, y una de las veces lo alzó tan alto y en tal punto de la habitación que la cabeza del niño estuvo a punto de

chocar con la pesada araña de gas que pendía del techo. Le faltó muy poco, pero no llegó. Aunque el niño no sufrió daño alguno, medio se desmayó del susto. El padre permaneció quieto y espantado con él en brazos y la madre fué presa de un ataque histérico. La especial destreza de tal movimiento imprudente y la violencia de la reacción en los padres, me hicieron buscar en esta casualidad un acto sintomático que debía expresar una perversa intención contra el tan querido hijo. La contradicción entre el acto sintomático y la ternura actual del padre hacia su niño podía salvarse retrotrayendo el impulso damnificante a la época en que este niño había sido hijo único, y tan pequeño que el padre no había llegado aún a interesarse tiernamente por él. Siendo así podía admitirse que el marido, poco satisfecho de su mujer, hubiera tenido por entonces el pensamiento o formulado el propósito siguiente: —Si este pequeño ser, que nada me importa, muere, quedo libre y podré separarme de mi mujer—. Por lo tanto debía seguir existiendo inconscientemente en él un deseo de muerte del ahora ya tan querido niño. Desde este punto era fácil encontrar el camino hacia la fijación inconsciente de este deseo. Una poderosa determinante del acto realizado estaba constituída por un recuerdo infantil del paciente, relativo a la muerte de un hermano pequeño que la madre achacaba al abandono de su marido, y que había dado lugar a violentas explicaciones entre los cónyuges en las que había sonado una amenaza de separación. Mi hipótesis quedó confirmada por el éxito terapéutico del psicoanálisis y la modificación que sobrevino en las relaciones conyugales de mi paciente.

J. Staerke (l. c.) nos da cuenta en un ejemplo, de cómo los poetas no vacilan en colocar un acto erróneo

en lugar de otro intencionado, haciendo al primero causa de las más graves consecuencias.

En uno de los «Apuntes» de Hayermans (1) aparece un ejemplo de acto erróneo utilizado por el autor como motivo dramático.

El apunte se titula «Tom y Teddie».— En un teatro de varietés trabaja una pareja de buceadores, hombre y mujer, que permanecen bajo el agua largo tiempo, dentro de una piscina de paredes de cristal, y realizan, sumergidos, diferentes habilidades. La mujer es desde poco tiempo antes la amante de un «dresseur» que trabaja en el mismo teatro, y el buceador los ha sorprendido en el vestuario minutos antes de tener que salir a escena, limitándose por esta causa a dirigirles una amenazadora mirada y murmurar: «Luego veremos». —La representación comienza—. El buzo va aquella noche a presentar su número más difícil, consistente en permanecer «bajo el agua y encerrado herméticamente en un cajón, dos minutos y medio»—. Este número lo habían hecho ya varias veces. La caja quedaba cerrada y Teddie enseñaba la llave mientras el público comprobaba reloj en mano el tiempo que transcurría. Luego dejaba caer un par de veces la llave en la piscina y se tiraba al agua tras ella para no retrasarse cuando llegaba el momento de abrir el cajón.

En esta noche, la del 31 de Enero, fué Tom encerrado como de costumbre por los pequeños dedos de la alegre y vivaracha mujercita. Tom sonreía detrás de la mirilla del cajón. Ella jugaba con la llave y esperaba la señal para abrir. Entre bastidores se hallaba el «dresseur» con su frac impecable, su corbata blanca y su

(1) Hayermans. —Schetsen von Samuel Falkland—. Amsterdam. H. J. W. Becht-1914.

látigo de montar. Para llamarla la atención dió un breve silbido. Ella miró hacia él, sonrió, y con el gesto torpe de alguien cuya atención se ve distraída, arrojó la llave hacia lo alto con tal fuerza que cuando terminaban los dos minutos y veinte segundos bien contados, cayó al lado de la piscina entre los pliegues de una bandera que disimulaba los pies de la misma. Nadie vió dónde había caído. Desde la sala, la ilusión óptica fué tal, que todos los espectadores vieron caer la llave a través del agua. Tampoco ninguno de los empleados del teatro se dió cuenta de la verdad, pues el paño de la bandera mitigó el sonido.

Sonriendo y sin vacilar trepó Teddie por las paredes de la piscina. Sonriendo —Tom aguantaba bien— volvió a bajar. Sonriendo desapareció bajo los pies de la piscina para buscar allí la llave y, al no encontrarla enseguida, se inclinó hacia la parte anterior de la bandera con un gesto cansado, como si quisiera decir: «¡Ay, Dios mío!, cuánta molestia».

Entretanto Tom seguía haciendo sus cómicos gestos detrás de la mirilla, como si también él se intranquilizase. Se vió blanquear su dentadura postiza y moverse sus labios bajo el bigote recortado y aparecieron las mismas cómicas burbujillas de aire que antes, cuando comió una manzana bajo el agua. Se vió retorcerse y engarabitarse sus pálidos dedos huesudos y el público rió como ya había reído con frecuencia aquella noche.

Dos minutos y cincuenta y ocho segundos...

Tres minutos y siete segundos... y doce segundos...

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

En esto surgió cierta intranquilidad en la sala y el público comenzó a patear al ver que también los criados del domador comenzaban a buscar la llave y que

el telón caía antes de que la tapa de la caja fuese levantada.

En el escenario aparecieron luego seis bailarinas inglesas. Después el hombre de los caballitos, los monos y los perros, y así sucesivamente.

Hasta la mañana siguiente no se enteró el público de que había sucedido una desgracia y que Teddie quedaba viuda en el mundo...»

De lo citado se ve cuán excelentemente ha tenido que comprender el artista la naturaleza de la acción sintomática para presentarnos con tal acierto la profunda causa de la mortal torpeza.

IX

## Actos sintomáticos y casuales.

Los actos que hasta ahora hemos descrito y hemos reconocido como ejecuciones de intenciones inconscientes, se manifestaban como perturbaciones de otros actos intencionados y se ocultaban bajo la excusa de la torpeza. Los actos casuales, de los cuales vamos a tratar ahora, no se diferencian de los actos de término erróneo más que en que desprecian apoyarse en una intención consciente y por lo tanto no necesitan excusa ni pretexto alguno para manifestarse. Surgen con una absoluta independencia y son aceptados naturalmente, porque no se sospecha en ellos finalidad ni intención algunas. Se ejecutan estos actos «sin idea ninguna», por «pura casualidad» o por «entretener en algo las manos» y se confía en que tales explicaciones bastarán a aquél que quiera investigar su significación. Para poder gozar de esta situación excepcional tienen que llenar estos actos, que no requieren ya la torpeza como excusa, determinadas condiciones: Deben pasar desapercibidos, esto es, no despertar extrañeza ninguna, y producir efectos insignificantes.

Tanto en mí mismo como en otras personas, he observado un buen número de estos «a c t o s c a s u a l e s» y, después de examinar con todo cuidado cada una de las observaciones por mí reunidas, opino que

pueden denominarse más propiamente: «actos sintomáticos», pues expresan algo que ni el mismo actor sospecha que exista en ellos y que, regularmente, no tiene intención de comunicar a los demás, sino, por lo contrario, de reservar para sí mismo. Así, pues, estos actos, al igual que todos los otros fenómenos de que hasta ahora hemos tratado, desempeñan el papel de síntomas.

En el tratamiento psicoanalítico de los neuróticos es donde se puede observar un mayor número de tales actos sintomáticos o casuales. Expondré aquí dos ejemplos de dicha procedencia, en los cuales se ve cuán lejana y sutilmente es regida por pensamientos inconscientes la determinación de estos actos tan poco llamativos. La línea de demarcación entre los actos sintomáticos y los actos de término erróneo es tan indefinida que los ejemplos que siguen podían lo mismo haber sido incluídos en el capítulo anterior.

a) Una casada joven me relató durante una sesión del tratamiento psicoanalítico, en la cual debía ir diciendo con libertad todo lo que fuera acudiendo a su mente, que el día anterior al arreglarse las uñas «se había herido en la carne al querer empujar la cutícula de una uña para hacerla desaparecer en la raíz de la misma». Este hecho es tan poco interesante que asombra que el sujeto lo recuerde y lo mencione, induciendo por lo mismo a sospechar se trate de un acto sintomático. El dedo que sufrió el pequeñísimo accidente fué el anular, dedo en el cual se acostumbra a llevar el anillo de matrimonio y, además, ello sucedió en el día aniversario de la boda de mi cliente, lo cual da a la herida de la fina cutícula una significación bien definida y fácil de adivinar. Al mismo tiempo me relató también la paciente un sueño que había tenido y que alu-

día a la torpeza de su marido y a su propia anestesia como mujer. Mas ¿por qué fué en el anular de la mano izquierda en el que se hirió, siendo en el de la derecha donde se lleva el anillo de matrimonio? Su marido era jurista (Doctor en Derecho), y siendo ella muchacha había sentido un secreto amor hacia un médico, al que se sobrenombraba en broma «Doctor en Izquierdo». También el término «matrimonio de la mano izquierda» tiene una determinada significación.

b) Una muchacha soltera me dijo en una ocasión lo siguiente: —«Ayer he roto, sin querer, en dos pedazos, un billete de cien florines y he dado una de las dos mitades a una señora que había venido a visitarme. ¿Será esto también un acto sintomático?»—. Examinado el caso aparecieron los siguientes detalles: La interesada dedicaba una parte de su tiempo y de su fortuna a obras benéficas. Una de estas era que, en unión de otra señora, sufragaba los gastos de la educación de un huérfano. Los cien florines eran la cantidad que dicha otra señora la había enviado para tal objeto y que ella había metido en un sobre y dejado provisionalmente encima del escritorio.

La visitante, una distinguida dama que colaboraba con ella en otras obras caritativas, había ido a pedirla una lista de nombres de personas de las que se podía solicitar apoyo para tales asuntos. No teniendo otro papel a mano, cogió mi paciente el sobre que estaba encima del escritorio y, sin reflexionar en lo que contenía, lo rompió en dos pedazos, de los cuales dió uno a su amiga con la lista de nombres pedida y conservó el otro con un duplicado de dicha lista. Obsérvese la absoluta inocencia de este inútil manejo. Sabido es que un billete no sufre ninguna minoración en su valor cuando se rompe, siempre que pueda reconstituirse por

entero con los pedazos y no cabía duda de que la señora no tiraría el trozo de sobre dada la importancia que para ella tenían los nombres en él consignados, ni tampoco de que en cuanto descubriera el medio billete había de apresurarse a devolverlo.

Pero entonces ¿qué pensamientos inconscientes habían sido los que habían encontrado su expresión en este acto casual que fué hecho posible por un olvido? La dama visitante estaba en una bien definida relación con la cura que yo realizaba de la enfermedad que su joven amiga padecía. Ella había sido la que me había recomendado como médico a la paciente la cual, si no me equivoco, se halla muy agradecida a la señora por tal indicación. ¿Debería acaso representar aquel medio billete un pago por su mediación? Esto seguiría aún siendo muy extraño.

Mas a lo anterior se añadió nuevo material. Un día antes había preguntado una mediadora de un género completamente distinto, a un pariente de la joven, si ésta querría conocer a cierto caballero, y a la mañana siguiente, pocas horas antes de la visita de la señora, había llegado una carta de declaración del referido pretendiente, carta que había producido gran regocijo. Cuando después la visitante comenzó la conversación, preguntando por su estado de salud a mi paciente, pudo ésta muy bien haber pensado: —«Tú me recomendaste el médico que me convenía, pero si ahora y con igual acierto me ayudases a hallar un marido (y un hijo), te estaría aún más reconocida». Este pensamiento reprimido hizo que se confundieran, en una sola, las dos mediadoras y la joven alargó a la visitante los honorarios que en su fantasía estaba dispuesta a dar a la otra. Esta solución se muestra como la única posible añadiendo que en la tarde anterior la había yo hablado

de los actos casuales o sintomáticos y, por lo tanto, ella aprovechó la primera ocasión para ejecutar uno análogo.

Puede intentarse formar una agrupación de estos actos casuales y sintomáticos, tan extraordinariamente frecuentes, atendiendo a su manera de manifestarse y según sean habituales, regulares en determinadas circunstancias o aislados. Los primeros (como el juguetear con la cadena del reloj, mesarse la barba, etc.), que pueden considerarse como una característica de las personas que los llevan a cabo, están próximos a los numerosos movimientos llamados «tics» y deben ser tratados en unión de ellos. En el segundo grupo coloco el juguetear con el bastón, trazar garabatos con un lápiz que se tiene en la mano, hacer resonar las monedas en los bolsillos, fabricar bolitas de miga de pan u otras materias plásticas y los mil y un arreglos del propio vestido. Tales jugueteos, cuando se manifiestan durante el tratamiento psíquico, ocultan por lo regular un sentido y una significación a los que todo otro medio de expresión les ha sido negado. En general, la persona que ejecuta estos actos, no se da la menor cuenta de ellos, ni de cuándo continúa ejecutándolos en la misma forma que siempre y cuándo introduce en ellos alguna modificación. Tampoco ve ni oye los efectos de estos actos, por ejemplo: el ruido que producen las monedas al ser revueltas por su mano dentro del bolsillo, y se asombra y no lo cree cuando se le llama la atención sobre ello. Igualmente significativos y dignos de la atención del médico son todos aquellos arreglos o modificaciones que, sin causa que lo justifique, suelen hacerse en los vestidos. Todo cambio en la acostumbrada manera de vestir, toda pequeña negligencia, como por ejemplo un botón sin abrochar, toda

huella de desnudez, quieren expresar algo que el propietario del traje no desea decir directamente y de lo que, siendo inconsciente de ello, no sabría en la mayoría de los casos decir nada. Las circuntancias que rodean la aparición de estos actos casuales, los temas recientemente tratados en la conversación y las ideas que emergen en la mente del sujeto cuando se dirige su atención sobre ellos, proporcionan siempre datos suficientes, tanto para interpretarlos como para comprobar si la interpretación ha sido o no acertada. Por esta razón no apoyaré aquí, como de costumbre, mis afirmaciones, con la exposición de ejemplos y de sus análisis correspondientes. Sin embargo, menciono estos actos porque opino que en los individuos sanos poseen igual significación que en mis pacientes neuróticos.

No puedo, sin embargo, renunciar a mostrar, por lo menos con un solo ejemplo, cuán estrechamente ligado puede estar un acto simbólico habitual con lo más íntimo e importante de la vida de un individuo sano (1):

«Como nos ha enseñado el doctor Freud, la simbólica desempeña en la vida infantil del individuo normal un papel más importante de lo que anteriores experiencias psicoanalíticas nos habían hecho esperar. A este respecto posee el corto análisis siguiente un cierto interés, sobre todo por sus caracteres médicos.

Un médico encontró, al arreglar sus muebles y objetos en una nueva casa a la que se había trasladado, un estetoscopio sencillo de madera. Después de reflexionar un momento sobre dónde habría de colocarlo se

(1) «Aportación a la simbólica en la vida cotidiana». Ernest Jones. Toronto. Traducido al alemán por Otto Rank (Viena) y publicado en la «Zentralblatt fuer Psychoanalyse. I-3-1911.

vió impelido a dejarlo a un lado de su mesa de trabajo y precisamente de manera que quedase entre su silla y aquella otra en que acostumbraba a hacer sentar a sus pacientes. Este acto era ya en sí algo extraño por dos razones: Primeramente dicho médico no necesitaba para nada un estetoscopio (era un neurólogo), y las pocas veces que tenía que emplear tal aparato, no utilizaba aquél que había dejado sobre la mesa, sino otro que poseía y que era doble, esto es, para ambos oídos. En segundo lugar tenía todos sus instrumentos profesionales metidos en armarios exprofeso y aquel era el único que había dejado fuera. No pensaba ya en esta cuestión cuando un día una paciente que no había visto jamás un estetoscopio sencillo le preguntó qué era aquello. El se lo dijo, y entonces ella, preguntó de nuevo por qué razón lo tenía colocado precisamente en aquel sitio, a lo cual contestó el médico en el acto, que lo mismo le daba que el estetoscopio estuviese allí que en cualquier otro lado. Sin embargo, esto le hizo pensar si en el fondo de su acto no existiría un motivo inconsciente y, siéndole conocido el método psicoanalítico, decidió investigar la cuestión.

El primer recuerdo que acudió a su memoria fué el de que siendo estudiante de medicina le había chocado la costumbre observada por un médico del hospital, de llevar siempre en la mano un estetoscopio sencillo, que jamás utilizaba, mientras hacía la visita a los enfermos de su sala. En aquella época había admirado mucho a dicho médico y le había profesado un gran afecto. Más tarde, cuando llegó a ser interno en el hospital, adoptó también igual costumbre y se hubiera sentido a disgusto si por olvido hubiera salido de su cuarto para pasar la visita sin llevar en la mano el preciado instrumento. La inutilidad de tal costumbre se mostraba,

no sólo en el hecho de que el único estetoscopio de que se servía siempre era otro, doble, que llevaba en el bolsillo, sino también en que no la interrumpió cuando estuvo practicando en la sala de cirugía, en la que para nada tenía que usar dicho aparato. La importancia de estas observaciones queda fijada y explicada en cuanto se descubre la naturaleza fálica de este acto simbólico.

El recuerdo siguiente fué el de que siendo niño le había llamado la atención la costumbre del médico de su familia de llevar un estetoscopio sencillo en el interior de su sombrero. Encontraba entonces interesante que el doctor tuviera siempre a mano su instrumento principal cuando iba a visitar a sus pacientes y que no necesitara más que despojarse del sombrero (esto es, de una parte de su vestimenta) y «sacarlo». Durante su niñez había cobrado extraordinario afecto a este médico y por medio de un corto auto-análisis descubrió que teniendo tres años y medio había construído una fantasía relativa al nacimiento de una hermanita y consistente en imaginar primero que la niña era suya y de su madre y después del médico y suya. Así, pues, en esta fantasía desempeñaba él indistintamente el papel masculino o el femenino. Recordó también que teniendo seis años había sido reconocido por el referido médico y había experimentado una sensación de voluptuosidad al sentir cerca de él la cabeza del médico que le apretaba el estetoscopio contra el pecho mientras él respiraba con un rítmico movimiento de vaivén. A los tres años había padecido una enfermedad crónica del pecho y tuvo que ser reconocido repetidas veces, aunque esto ya no lo recordaba con precisión.

Posteriormente, teniendo ya ocho años, le impresionó mucho la confidencia que le hizo otro muchacho de

más edad, de que el médico tenía la costumbre de acostarse con sus pacientes del sexo femenino. Realmente, existía algún fundamento para este rumor, y lo cierto era que todas las señoras de la vecindad, incluso su propia madre, veían con gran simpatía al joven y elegante doctor. También el médico del ejemplo presente había deseado sexualmente en varias ocasiones a enfermas a las que prestaba su asistencia: se había enamorado de clientes suyas y, por último, había contraído matrimonio con una de éstas. Es apenas dudoso que su identificación inconsciente con el tal doctor fuese la razón principal que le inclinó a dedicarse a la medicina. Por otros análisis, cabe afirmar que este es con seguridad el motivo más frecuente de las vocaciones (aunque es difícil determinar con qué frecuencia). En el caso actual está condicionado doblemente. Primero, por la superioridad en varias ocasiones demostrada del médico sobre el padre del sujeto, del que éste sentía grandes celos, y en segundo lugar, por el conocimiento que el médico poseía de cosas prohibidas y las ocasiones de satisfacción sexual que se le presentaban.

Después apareció en el análisis el recuerdo de un sueño, del que ya hemos tratado por extenso en otro lado (1), sueño de clara naturaleza homosexual—masoquista, en el cual un hombre, figura sustitutiva del médico, atacaba al soñador con una «espada». Esta le recordó una parte de la saga nibelúngica en la que Sigurd coloca su espada desnuda entre él y la dormida Brunilda. Igual situación aparece en la saga de Arthus, también conocida por el sujeto de este ejemplo.

---

(1) «Freud's Theory of Dreams».—American Journ. of Psychol.—Abril de 1910, pág. 301, núm. 7.

Aquí se aclara ya el sentido del acto sintomático. El médico había colocado el estetoscopio sencillo entre él y sus pacientes femeninas, al igual que Sigurd su espada entre él y la mujer a la que no debía tocar. El acto era una formación transaccional, esto es, obedecía a dos impulsos: ceder en su imaginación al deseo reprimido de entrar en relación sexual con alguna bella paciente y recordarle al mismo tiempo que este deseo no podía realizarse. Era, para decirlo así, un escudo mágico contra los ataques de la tentación.

Añadiremos que en nuestro médico, siendo niño, hizo gran impresión al pasaje del «Richelieu» de Lord Lytton, que dice así:

«Beneath the rule of men entirely great
The pen is mightier than the sword» (1).

y que ha llegado a ser un fecundo escritor y usa para escribir una gran pluma estilográfica. Al preguntarle yo un día para qué necesitaba una pluma de tal tamaño me respondió de un modo muy característico: «¡Tengo tantas cosas que expresar!»

Este análisis nos indica de nuevo lo mucho que los actos «inocentes» y «sin sentido alguno» nos permiten adentrarnos en los dominios de la vida psíquica y cuán tempranamente se desarrolla en la vida la tendencia a la simbolización».

Puedo también relatar, tomándolo de mi experiencia psicoterápica, un caso en el que una mano que jugaba con un migote de pan tuvo toda la elocuencia de una declaración oral. Mi paciente era un muchachito que no había cumplido aún los tres años y hacía ya dos

(1) Compárese Oldham: «I wear my pen as others do their sword».

que padecía una grave histeria. Después de una larga e infructuosa estancia en un establecimiento hidroterápico, decidí someterle al tratamiento psicoanalítico. Suponía yo que el muchacho había hecho descubrimientos sexuales y que, como correspondía a su edad, se hallaba atormentado por interrogaciones de dicho orden, pero me guardé muy bien de acudir en su ayuda con aclaraciones o explicaciones hasta haber puesto a prueba mi hipótesis. Tenía, pues, gran curiosidad por ver cómo y por qué manifestaciones se revelaba en él lo que yo buscaba. En esto me llamó un día la atención el ver que amasaba algo entre los dedos de su mano derecha, la metía luego con ello en el bolsillo y seguía dentro de él su manejo, para volver luego a sacarla, etc. No le pregunté qué era aquello con que jugaba, pero él mismo me lo mostró abriendo de repente la mano, y ví que era un migote de pan todo sobado y aplastado. A la sesión siguiente volvió a traer su migote, pero entonces se dedicó, mientras conversábamos, a formar con trozos de él unas figuritas que despertaron mi curiosidad y que él iba haciendo con increíble rapidez y teniendo cerrados los ojos. Tales figuritas eran indudablemente hombrecillos con su cabeza, dos brazos y dos piernas como los groseros ídolos primitivos, pero tenían además entre las piernas un apéndice al que el muchachito le hacía una larga punta. Apenas había terminado ésta, volvía a amasar el hombrecillo entre sus dedos. Más tarde lo dejó subsistir, mas para ocultar la significación del primer apéndice, agregó otro igual en la espalda y después otros más en diversos sitios. Yo quise demostrarle que le había comprendido, haciéndole imposible al mismo tiempo la excusa de decir que en su actividad creadora no llevaba idea ninguna. Con esta intención

le pregunté de repente si se acordaba de la historia de aquel rey romano que dió en su jardín a un enviado de su hijo una respuesta mímica a la consulta que éste le formulaba. El muchachito no quería acordarse de tal cosa a pesar de que tenía que haberlo aprendido hacía poco tiempo y, desde luego, mucho más recientemente que yo. Me preguntó si era esta la historia de aquel esclavo emisario al que se le escribió la respuesta sobre el afeitado cráneo. Le dije que no, que esa era otra anécdota perteneciente a la historia griega y le relaté aquella a que yo me refería. El Rey Tarquino, el Soberbio, había inducido a su hijo Sexto a entrar subrepticiamente en una ciudad latina enemiga. Ya en ella, se había Sexto atraído algunos partidarios y en este punto mandó a su padre un emisario para que le preguntase qué más debía hacer. El Rey no dió al principio respuesta alguna y llevando al emisario a su jardín hizo que le repitiese su pregunta y abatió ante él en silencio las más altas y bellas flores de adormidera. El enviado no pudo hacer más que contar a Sexto la escena que había presenciado, y Sexto, comprendiendo a su padre, hizo asesinar a los ciudadanos más distinguidos de la plaza enemiga.

Durante mi relato suspendió el muchachito su manejo con la miga de pan, y cuando al llegar al momento en que el Rey lleva al jardín al emisario de su hijo, pronuncié las palabras «abatió en silencio», arrancó con rapidísimo movimiento la cabeza del hombrecillo que conservaba en la mano, demostrando haberme comprendido y darse cuenta de que también yo le había comprendido a él. Podía, pues, interrogarle directamente y así lo hice, dándole luego las informaciones que deseaba y consiguiendo con ello poner pronto término o su neurosis.

Los actos sintomáticos que pueden observarse en una casi inagotable abundancia, tanto en los individuos sanos como en los enfermos, merecen nuestro interés por más de una razón. Para el médico constituyen inapreciables indicaciones que le marcan su orientación en circunstancias nuevas o desconocidas y el hombre observador verá reveladas por ellos todas las cosas y, a veces, muchas más de las que deseaba saber. Aquel que se halle familiarizado con su interpretación, se sentirá en muchas ocasiones semejante al Rey Salomón que, según la leyenda oriental, comprendía el lenguaje de los animales. Un día tuve yo que visitar en casa de una señora a un joven hijo suyo al que yo desconocía totalmente. Al encontrarme frente a él, me chocó ver en sus pantalones una gran mancha que por sus bordes rígidos y como almidonados reconocí enseguida ser de clara de huevo. El joven se disculpó, después de un momento de embarazo, diciéndome que por hallarse un poco ronco acababa de tomarse un huevo crudo, cuya resbaladiza albúmina se había vertido sobre su ropa. Para justificar tal afirmación, me mostró un plato que había sobre un mueble y que contenía aún una cáscara de huevo. Con esto quedaba explicada la sospechosa mancha, pero cuando la madre nos dejó solos, comencé a hablar al joven dándole las gracias por haber facilitado de tal modo mi diagnóstico y, sin dilación ninguna, tomé como materia de nuestro diálogo su confesión de que sufría bajo los efectos perturbadores de la masturbación.

Otra vez fuí a visitar a una señora. tan rica como avariciosa y extravagante, que acostumbraba a dar al médico el trabajo de buscar su camino a través de un embrollado cúmulo de lamentaciones antes de poder

llegar a darse cuenta de los más sencillos fundamentos de su estado. Al entrar en su casa la hallé sentada delante de una mesita y dedicada a hacer pequeñas pilas de monedas de plata. Cuando me vió se levantó y tiró al suelo algunas monedas. La ayudé a recogerlas y luego corté pronto sus acostumbradas lamentaciones con la pregunta: —«¿Le gasta a usted ahora mucho dinero su hijo político?». La señora me respondió con una irritada negativa, pero poco después se contradijo, relatándome la lamentable historia de la continua excitación en que la tenían las prodigalidades de su yerno. Después no ha vuelto a llamarme. No puedo afirmar que siempre se gane uno amistades entre aquellas personas a las que se comunica la significación de sus actos sintomáticos.

El doctor J. E. G. van Emden (La Haya), comunica el siguiente caso de «confesión involuntaria por medio de un acto fallido»:

«Al pagar mi cuenta en un pequeño restaurant de Berlín, me afirmó el camarero que el precio de un determinado plato había subido diez céntimos a causa de la guerra, a lo cual yo observé que dicha elevación no constaba en la lista de precios. El camarero me contestó que ello se debía, sin duda, a una omisión, pero que estaba seguro de que lo que me había dicho era cierto. Inmediatamente, y al hacerse cargo del importe de la cuenta, dejó caer por descuido ante mí y sobre la mesa, una moneda de diez céntimos.

—Ahora es cuando estoy seguro—le dije—que me ha cobrado usted de más. ¿Quiere usted que vaya a comprobarlo a la caja?

—Permítame... un momento...—y desapareció presuroso.

Como es natural, no le impedí aquella retirada, y

cuando dos minutos después volvió disculpándose con que había confundido aquel plato con otro, le dí los diez céntimos discutidos en pago de su contribución a la psicopatología de la vida cotidiana».

Aquel que se dedique a fijar su atención en la conducta de sus congéneres durante las comidas, descubrirá en ellos los más interesantes e instructivos actos sintomáticos.

El doctor Hans Sachs, relata lo siguiente:

«En una ocasión me hallé durante la comida en casa de unos parientes míos, que llevaban muchos años de matrimonio. La mujer padecía del estómago y tenía que observar un régimen muy severo. El marido se acababa de servir el asado y pidió a su mujer, la cual no podía comer de dicho plato, que le alcanzara la mostaza. La señora se dirigió al aparador, lo abrió, y volviendo a la mesa puso ante su marido... la botellita de las gotas medicinales que ella tomaba. Entre el bote en forma de tonel que contenía la mostaza y la pequeña botellita del medicamento no existía la menor semejanza que pudiera explicar el error. Sin embargo, la mujer no notó su equivocación hasta que su marido, riendo, la llamó la atención sobre ella.

El sentido de este acto sintomático no necesita explicación».

El doctor Bernh. Dattner (Viena), comunica un precioso ejemplo de este género muy hábilmente investigado por el observador:

«Un día me hallaba almorzando en un restaurant con mi colega H., doctor en filosofía. Hablándome este de las injusticias que se cometían en los exámenes, indicó de pasada que en la época en que estaba finalizando su carrera había desempeñado el cargo de secretario del embajador y ministro plenipotenciario de

Chile. «Después—prosiguió—fué trasladado aquel ministro y yo no me presenté al que vino a sustituirle». Mientras pronunciaba esta última frase se llevó a la boca un pedazo de pastel con la punta del cuchillo, pero con un movimiento desmañado, hizo caer el pedazo al suelo. Yo percibí enseguida el oculto sentido de aquel acto sintomático y exclamé, dirigiéndome a mi colega, nada familiarizado con las cuestiones psicoanalíticas: —«Ahí ha dejado usted perderse un buen bocado». Mas él no cayó en que mis palabras podían aplicarse a su acto sintomático y repitió con vivacidad sorprendente las mismas palabras que yo acababa de pronunciar: «Sí, era realmente un buen bocado el que ha dejado perderse». A continuación se desahogó relatándome con todo detalle las circunstancias de la torpe conducta que le había hecho perder un puesto tan bien retribuído.

El sentido de este simbólico acto sintomático queda aclarado teniendo en cuenta que no siendo yo persona de su intimidad, sentía mi colega cierto escrúpulo en ponerme al corriente de su precaria situación económica, y entonces el pensamiento que le ocupaba, pero que no quería expresar, se disfrazó en un acto sintomático que expresaba simbólicamente lo que tenía que ser ocultado, desahogando así el sujeto su inconsciente».

Los ejemplos que siguen, muestran cuán significativo puede ser el acto de llevarnos, sin intención aparente, pequeños objetos que no nos pertenecen.

1. Doctor B. Dattner:

«Uno de mis colegas fué a hacer su primera visita después de su matrimonio, a una amiga de su juventud, a la que profesaba un gran afecto. Relatándome las circunstancias de esta visita, me expresó su sor-

presa por no haber podido cumplir su deliberado propósito de emplear en ella muy pocos momentos. A continuación me contó un extraño acto fallido que en tal ocasión había ejecutado.

El marido de su amiga, que se hallaba presente, buscó en un momento determinado una caja de cerillas que estaba seguro de haber dejado poco antes sobre la mesa. Mi colega había también registrado sus bolsillos para ver si por casualidad «la» había guardado en ellos. Por el momento no la encontró, pero algún tiempo después halló, en efecto, que se la había «metido» en un bolsillo y al sacarla le chocó la circunstancia de que no contenía más que una sola cerilla.

Un sueño que tuvo dos días después y cuyo contenido mostraba la simbólica de la caja en relación con la referida amiga, confirmó mi explicación de que mi colega reclamaba con su acto sintomático sus derechos de prioridad y quería representar la exclusividad de su posesión (una sola cerilla dentro)».

2. Doctor Hans Sachs:

«A nuestra criada le gusta muchísimo un pastel que solemos comer de postre. Esta preferencia es indudable, pues es el único plato que le sale bien sin excepción alguna todas las veces que lo prepara. Un domingo, al servírnoslo a la mesa, lo dejó sobre el trinchero, retiró luego los platos y cubiertos del servicio anterior, colocándolos para llevárselos en la bandeja en que había traído el pastel, y a continuación, en vez de poner éste sobre la mesa, lo colocó encima de la pila de platos que en la bandeja llevaba y salió con todo ello hacia la cocina. Al principio creímos que había encontrado algo que rectificar en el postre, mas al ver que no volvía, llamó mi mujer y la preguntó: «Betty, ¿qué pasa con el pastel?». La muchacha con-

testó sin comprender; «¿Cómo?», y tuvimos que explicarla que se había llevado el postre sin servirlo. Lo había puesto en la bandeja, trasladado a la cocina y dejado en ella «sin darse cuenta».

Al día siguiente, cuando nos disponíamos a comer lo que del pastel había sobrado la víspera, observó mi mujer que quedaba igual cantidad que nosotros habíamos dejado y que por lo tanto la muchacha había despreciado la parte que de su manjar preferido la correspondía. Preguntada que por qué razón no había probado el pastel, respondió con algún embarazo que no había tenido gana.

La actitud infantil de la criada es muy clara en ambas ocasiones. Primero la pueril glotonería que no quiere compartir con nadie el objeto de sus deseos y luego la reacción despechada, igualmente pueril: «Si no me lo dáis podéis guardarlo todo para vosotros; ahora ya no lo quiero».

Los actos casuales o actos sintomáticos que aparecen en la vida conyugal, tienen con frecuencia grave significación y podrían inducir a aquellos que no quieren ocuparse de la psicología de lo inconsciente, a creer en los presagios. El que una recién casada pierda, aunque sea para volver a encontrarlo enseguida, su anillo de bodas, será siempre un mal augurio para el porvenir del matrimonio. Conozco a una señora, hoy separada de su marido, que en varias ocasiones firmó documentos relativos a la administración de su fortuna con su nombre de soltera y esto muchos años antes de que la separación la hiciera volver a tener que adoptarlo de nuevo. —Una vez me hallaba yo en casa de un matrimonio recién casado y la mujer me contó riendo que, al día siguiente a su regreso del viaje de novios, había ido a buscar a su

hermana soltera para, mientras su marido se hallaba ocupado en sus negocios, salir con ella de compras como antes de casarse acostumbraba a hacerlo. De repente había visto venir a un señor por la acera opuesta y, llamando la atención a su hermana, la había dicho: —«Mira; ahí va el señor L.», olvidando que el tal señor era desde hacía algunas semanas su marido. Al oir esto sentí un escalofrío, pero por entonces no sospeché que pudiera constituir un dato sobre el porvenir de los cónyuges. Años después recordé esta pequeña historia cuando supe que el tal matrimonio había tenido un desdichadísimo fin.

De los notables trabajos de A. Maeder (Zuerich) (1), publicados en lengua francesa, transcribo la siguiente observación que también hubiera podido ser incluída entre los «olvidos»:

«Una señora nos contaba recientemente que cuando se fué a casar había olvidado probarse el traje de novia y que no se acordó de que tenía que hacerlo hasta las ocho de la noche anterior a la ceremonia nupcial, cuando la costurera desesperaba ya de que fuera a la prueba. Este detalle muestra suficientemente que la novia no cifraba mucha felicidad en ponerse el traje de boda y que trataba de olvidar una representación que le resultaba penosa. Hoy en día se halla divorciada» (2).

Un amigo mío que ha aprendido a atender a los pequeños signos, me contó que la gran actriz, Eleonora Duse, introducía en la interpretación de uno de los tipos por ella creados un acto sintomático, lo cual prue-

---

(1) Alph. Maeder.—Contributions a la Psychopathologie de la vie quotidienne.—Archives de Psychologie, t. VI, 1906.

(2) N. del T.—En francés en el original.

ba lo por entero que se entregaba a su papel. Se trataba de un drama de adulterio. La mujer, después de una violenta escena con su marido, se halla sola, abstraída en sus pensamientos, y el seductor no ha llegado todavía. En este corto intervalo jugaba la Duse con el anillo nupcial que llevaba al dedo, quitándoselo y poniéndoselo. Con este acto revelaba estar pronta a caer en los brazos del otro.

Aquí viene bien lo que Th. Reik comunica sobre otros actos sintomáticos en que el anillo desempeña un principal papel. (Internat. Zeitschrift f. Psychoanalyse. III-1915):

«Conocemos los actos sintomáticos que llevan a cabo las personas casadas quitándose y poniéndose el anillo de matrimonio. Mi colega M. ejecutó en una ocasión una serie de actos sintomáticos análogos. Una muchacha a quien él quería, le había regalado un anillo diciéndole que no lo perdiera, pues si así sucedía lo consideraría ella como signo de que ya no la amaba. En la época que siguió a este regalo padeció M. una constante preocupación de no perderlo. Si por ejemplo se lo quitaba para lavarse las manos lo dejaba casi siempre olvidado y a veces necesitaba estar buscándolo mucho tiempo para volver a hacerse de él. Cuando echaba alguna carta en un buzón no podía nunca reprimir un ligero miedo de que sus dedos tropezasen contra los bordes de aquél y se le cayera dentro la sortija. Una de estas veces obró, en efecto, tan desmañadamente que el anillo cayó al fondo del buzón. La carta que echaba cuando esto le ocurrió contenía una despedida a una anterior amada suya hacia la que se sentía culpable. Al mismo tiempo despertó en él una añoranza de esta mujer que fué a ponerse en conflicto con su inclinación por el actual objeto de su amor».

En este tema del «anillo» se ve de nuevo cuán difícil es para el psicoanalista hallar algo nuevo, algo que un poeta no haya sabido antes que él. En la novela «Ante la tormenta», de Fontane, dice el consejero de justicia Turgany, presenciando un juego de prendas: «¿Querrán ustedes creer, señoras mías, que en este juego se revelan al entregar las prendas los más profundos secretos de la naturaleza?» Entre los ejemplos con que ratifica su afirmación hay uno que merece especialmente nuestro interés: «Recuerdo—dice—que una señora ya jamona, mujer de un profesor, se quitó una vez el anillo de boda para darlo como prenda. Háganme ustedes el favor de figurarse la felicidad conyugal que debía reinar en aquella casa». Más adelante continúa diciendo: —«En la misma reunión se hallaba un señor que no se cansaba de depositar su navaja inglesa—diez hojas, sacacorchos y eslabón—en el regazo de la señora encargada de recoger las prendas, hasta que el tal monstruo de diez hojas, después de haber enganchado y desgarrado varios vestidos de seda, tuvo que desaparecer ante un clamor de indignación general».

No ha de extrañarnos que un objeto de tan rica significación simbólica como un anillo sea utilizado en significativos actos fallidos también cuando no tiene el carácter de anillo nupcial o esponsalicio y no representa por tanto un lazo erótico. El doctor M. Kardos ha puesto a mi disposición el siguiente ejemplo de un incidente de esta clase:

### Un acto fallido que constituye una confesión

«Hace varios años que mantengo un ininterrumpido trato con un individuo mucho más joven que yo, el cual

participa de mis empeños espirituales y se halla con respecto a mí en la relación de discípulo a maestro. Un día le regalé un anillo que le ha dado ya ocasión de ejecutar varios actos sintomáticos, los cuales han surgido cada vez que en nuestras relaciones ha aparecido alguna circunstancia que ha despertado su disconformidad. Hace poco me comunicó el siguiente caso especialmente transparente. Había dejado de venir a verme en el día que semanalmente teníamos señalado para ello, excusándose con un pretexto cualquiera y siendo la verdadera causa una cita que le había dado una muchacha para aquel mismo día. A la mañana siguiente se dió cuenta, estando ya lejos de su casa, de que no llevaba el anillo que yo le había regalado, pero no se inquietó por ello suponiendo que lo habría dejado olvidado sobre la mesilla de noche donde acostumbraba a colocarlo al acostarse, y que lo encontraría a a su regreso. Mas al volver a casa vió que tampoco se hallaba el anillo en el sitio indicado y empezó entonces a buscarlo por todas partes, con igual resultado negativo. Por último, se le ocurrió que como solía dejar todas las noches, desde hacía más de un año, el anillo y una navajita en el mismo lugar, podía haber cogido ambas cosas juntas por la mañana y haberse metido también «por distracción» la sortija en el mismo bolsillo que la navaja. En efecto, esto era lo que había sucedido.

«El anillo en el bolsillo del chaleco» es el proverbia manejo de todo hombre que se propone engañar a la mujer que se lo regaló. El sentimiento de culpabilidad que surgió en mi discípulo le indujo primero a un autocastigo («No eres ya digno de llevar esa sortija») y en segundo lugar, a la confesión de la pequeña infidelidad cometida, confesión que surgió al relatarme su acto

fallido, o sea la pérdida temporal del objeto por mí regalado».

Conozco también el caso de un señor ya de edad madura que se casó con una muchacha muy joven y decidió no salir de viaje en el mismo día, sino pasar la noche de bodas en un hotel de la ciudad. Apenas llegó a éste, advirtió asustado que no llevaba la cartera, en la que había metido el dinero destinado al viaje de bodas, y que, por lo tanto, la debía haber perdido o dejado olvidada en algún lado. Por fortuna, pudo aún telefonear a su criado, el cual halló la cartera en un bolsillo del traje que había llevado el novio en la ceremonia y cambiado luego por uno de viaje, y fué enseguida al hotel, entregándosela al recién casado que tan «desprovisto de medios» entraba en la vida matrimonial. En la noche de bodas permaneció también, como él ya lo temía, «desprovisto de medios» (impotente).

Es consolador el pensar que «la pérdida de objetos» constituye una insospechada extensión de un acto sintomático y que, por lo tanto, tiene que resultar en último término, vista con agrado por una secreta intención del perdidoso. Con frecuencia, la pérdida no es más que una expresión de lo poco que se aprecia el objeto perdido o una secreta repugnancia hacia el mismo o hacia la persona de quien proviene. Sucede también que la tendencia a la pérdida se transfiere al objeto perdido desde otros objetos de mayor importancia y por medio de una asociación simbólica. La pérdida de objetos valiosos sirve de expresión a muy diversas sensaciones y puede representar simbólicamente un pensamiento reprimido—esto es, recordarnos algo que preferiríamos quedase olvidado—o, y esto ante todo, representar un sacrificio a las oscuras po-

tencias del destino, cuyo culto no se ha extinguido todavía entre nosotros (1).

Los siguientes ejemplos ilustrarán estas consideraciones sobre la «pérdida de objetos».

Doctor B. Dattner.—«Un colega me comunicó que había perdido un lapicero metálico de un modelo especial que poseía hacía ya dos años y al que por su cómodo uso y excelente calidad había tomado cariño. Sometido el caso al análisis se revelaron los hechos siguientes: El día anterior había recibido mi colega una carta extraordinariamente desagradable de su cuñado, carta que terminaba con esta frase: «Por ahora no tengo ganas ni tiempo de apoyar tu ligereza y tu holgazanería». La poderosa reacción emotiva que esta carta produjo en mi colega le hizo apresurarse a sacrificar al día siguiente el cómodo lapicero— *regalo de su cuñado* —para no tener que deberle favor ninguno».

Una señora, conocida mía, se abstuvo, como es

(1) He aquí aún una pequeña colección de diversos actos sintomáticos observados, tanto en individuos sanos, como neuróticos: Un colega mío ya de edad avanzada y al que disgusta mucho perder en los juegos carteados, perdió una noche una crecida suma, que pagó sin lamentarse, pero dejando transparentar un particular estado de ánimo. Después de su marcha se descubrió que había dejado sobre la mesa casi todo lo que llevaba en los bolsillos: los lentes, la petaca y el pañuelo. Este olvido debe ser traducido en la forma siguiente: —«¡Bandidos! Me habéis despojado por completo»—. Un sujeto que padecía de impotencia sexual en algunas ocasiones, pero no crónicamente, impotencia que tenía su origen en la intimidad de sus relaciones infantiles con su madre, me comunicó que tenía la costumbre de ornar algunos escritos y notas con una S., letra inicial del nombre de aquélla y que no podía tolerar que las cartas que recibía de su casa anduviesen revueltas sobre su mesa con otra clase de correspondencia *non sancta*, sintiéndose forzado a conservar las primeras en sitio aparte. Una señora joven abrió de

comprensible, de ir al teatro durante su luto por la muerte de su anciana madre. Al faltar ya muy pocos

repente un día la puerta del cuarto en que recibo a mis pacientes, antes de que saliera de él la enferma que la precedía. En el acto se excusó diciendo lo había hecho «sin pensar», pero pronto se descubrió que la había impulsado a ello la misma curiosidad que en su infancia la llevaba a penetrar repentinamente en la alcoba de sus padres. Aquellas muchachas que están orgullosas de su bella cabellera, saben siempre manipular tan hábilmente con sus horquillas y peinetas, que consiguen que en medio de la conversación se les suelte el pelo. Muchos individuos que durante un reconocimiento o tratamiento médicos tienen que permanecer echados, suelen desparramar por el suelo una cantidad mayor o menor del dinero que llevan en el bolsillo del pantalón, pagando así, según en lo que lo estiman, el trabajo del médico. Aquel que olvida en casa del médico algún objeto, lentes, guantes, bolsillo, etcétera, manifiesta con ello un sentimiento de gratitud o simpatía y su deseo de volver nuevamente. E. Jones, dice: «Se puede medir el éxito con que un médico practica la psicoterapia, por la colección que en un mes pueda hacer de sombrillas y paraguas, pañuelos y bolsillos olvidados en su casa por los clientes. Los más pequeños actos habituales y llevados a cabo con un mínimum de atención, tales como dar cuerda al reloj antes de acostarse, apagar la luz al salir de una habitación, etc., están sometidos ocasionalmente a perturbaciones que demuestran la influencia de los complejos inconscientes sobre aquellas «costumbres» que se tienen por más arraigadas. Maeder relata en la revista «Coenobium», el caso de un médico interno de un hospital, que estando de guardia y no debiendo abandonar su puesto, tuvo que hacerlo, sin embargo, por reclamarle en otro lado un asunto de importancia. Cuando volvió, notó con sorpresa que había luz en su cuarto. Al salir se le había olvidado apagarla, cosa que jamás le había ocurrido antes. Reflexionando sobre el caso, halló enseguida el motivo a que obedecía su olvido. El director del hospital, que residía en él, debía deducir de la iluminación del cuarto de su interno la presencia de éste. Un individuo, abrumado de preocupaciones y sujeto a temporales depresiones de ánimo, me aseguró que cuando por la noche se acostaba cansado de lo duro y penoso de su vida, hallaba siempre al despertarse por la mañana, que se le había parado el reloj por haberse olvi-

días para el término del año de luto riguroso se dejó convencer por las reiteradas instancias de sus amigos

dado de darle cuerda. Con tal olvido simbolizaba su indiferencia de vivir o no al día siguiente. Otro sujeto, al que no conozco personalmente, me escribió: «Habiéndome ocurrido una dolorosa desgracia, se me apareció la vida tan penosa y desagradable que me imaginaba no hallar fuerza suficiente para mantenerme vivo al siguiente día, y en esta época me dí cuenta que casi a diario me olvidaba de dar cuerda al reloj, cosa que nunca había omitido y que llevaba a cabo casi mecánicamente al acostarme. Sólo me acordaba de hacerlo cuando al siguiente día tenía alguna ocupación importante o de gran interés para mí. ¿Será esto también un acto sintomático? No podría si no explicármelo». Aquel que como Jung (Sobre la Psicología de la Dementia praecox, 1902, pág. 62), o como Maeder (Une voie nouvelle en psychologie—Freud et son école. «Coenobium». Lugano, 1909) quiera tomarse el trabajo de prestar atención a las melodías que se tararean al descuido y sin intención, hallará regularmente la relación existente entre el texto de la melodía y un tema que ocupa el pensamiento de la persona que la canta.

También la sutil determinación de la expresión del pensamiento en el discurso o en la escritura, merece una observación cuidadosa. En general, se cree poder elegir las palabras con qué revestir nuestro pensamiento o la imagen que ha de representarlo. Una más cuidadosa observación muestra, tanto la existencia de otras consideraciones que deciden tal elección, como también que en la forma en que se traduce el pensamiento se transparenta a veces un sentido más profundo y que el orador o escritor no se ha propuesto expresar. Las imágenes y modos de expresión de que una persona hace uso preferente, no son, en la mayoría de los casos, indiferentes para la formación de un juicio sobre ella y, en ocasiones, se muestran como alusiones a un tema que por el momento se retiene en último término, pero que ha impresionado hondamente al orador. En una determinada época oí usar varias veces a un sujeto, en el curso de conversaciones teóricas, la expresión: «Cuando le pasa a uno algo de repente por la cabeza». No me extrañó ver esta locución repetidas veces en boca del referido sujeto, pues sabía que poco tiempo antes había recibido la noticia de que un proyectil ruso había atravesado de parte a parte el gorro de campaña de su hijo.

y adquirió una localidad para una representación de extraordinario interés, pero luego, al llegar al teatro, descubrió que había perdido su billete. Después supuso que lo había tirado en unión del billete del tranvía al bajar de éste. Esta señora se precia de ordinario de no perder nunca nada por descuido o distracción y, por lo tanto, debe aceptarse la existencia de un motivo en otro caso de «pérdida» que le sucedió y que es el siguiente:

Habiendo llegado a un balneario decidió hospedarse en una pensión en la que ya había estado otra vez. Recibida como antigua conocida de la casa, fué bien hospedada, y cuando quiso satisfacer el importe de su estancia se le dijo que debía considerarse como invitada, no teniendo, por tanto, nada que pagar, cosa que no la agradó mucho. Sólo se la consintió que dejase una propina destinada a la camarera que la había servido. Para hacerlo así abrió su bolso y extrajo de él un billete que dejó sobre la mesa de su cuarto. Por la noche, el criado de la pensión fué a llevarla otro billete de cinco marcos que había hallado debajo de la mesa y que según creía la dueña de la pensión debía pertenecerla. Este billete tuvo que caer al suelo al sacar del bolso el otro para la camarera. La señora no quería, pues, dejar de pagar su cuenta.

En un largo estudio (La «pérdida de objetos» como acto sintomático.—Zentralblatt fuer Psychoanalyse. I-10-11), ha aclarado Otto Rank, con ayuda de análisis de sueños, la profunda motivación de estos actos y la tendencia sacrificadora que constituye su fundamento. (En la Zentralblatt fuer Psychoanalyse-II, y en la Internat. Zeitschrift fuer Psychoanalyse-I-1913, pueden hallarse otras comunicaciones sobre la misma cuestión). Es muy interesante, en el referido trabajo de Rank, su

afirmación de que no sólo el perder objetos aparece determinado, sino también el encontrarlos. La observación de Rank que a continuación transcribo, nos da el sentido en que su hipótesis debe comprenderse. Es claro que en los casos de «pérdida» se conoce el objeto, y, por el contrario, en los de «hallazgo» es aquel el que tiene que ser buscado. (Internat. Zeitschrift fuer Psychoanalyse-III-1915).

«Una muchacha, que dependía económicamente de sus padres, deseaba comprarse un objeto de adorno. Al preguntar en una tienda por el precio del objeto deseado, se enteró con tristeza de que sobrepasaba la cantidad a que ascendían sus ahorros. Tan sólo dos coronas eran las que le faltaban, privándola de aquella pequeña alegría. Melancólicamente regresó a su casa a través de las calles de la ciudad llenas de animación en aquella hora crepuscular. En una de las plazas más frecuentadas fijó de pronto su atención—a pesar de que, según ella decía al relatar el suceso, iba abstraída en sus pensamientos—en un pequeño papel que había en el suelo y sobre el cual acababa de pasar sin haberlo visto antes. Se volvió y lo recogió, viendo con sorpresa que era un billete de dos coronas doblado por la mitad. Su primer pensamiento fué el de que aquel billete se lo había deparado el destino para que pudiese comprarse el ansiado adorno y emprendió de nuevo el camino hacia la tienda para seguir aquella indicación de la fortuna. Mas en el mismo momento cambió de intención, pensando que el dinero encontrado es un dinero de buena suerte que no debe gastarse.

El pequeño análisis necesario para la comprensión de este «acto casual» puede llevarse a cabo sin la declaración personal de la interesada, y deducirse direc-

tamente de los hechos. Entre los pensamientos que ocupaban a la muchacha al regresar a su casa, tuvo que figurar en primer término el de su pobreza y estrechez material, pensamiento al que nos es lícito suponer que acompañaría el deseo de ver llegado algo que pusiese término a dicha situación. Por otro lado, la idea de cómo podría llegar con mayor facilidad a la obtención de la suma que le hacía falta para satisfacer su pequeño capricho, tuvo que sugerirla la solución más sencilla o sea la del «hallazgo». De este modo quedó su inconsciente (o preconsciente) dispuesto a «hallar» aun cuando tal pensamiento no se hizo por completo consciente en ella, por estar ocupada su atención en otras cosas («iba abstraída en sus pensamientos»). Podemos, pues, afirmar, fundándonos en análisis de otros casos semejantes, que la disposición a buscar» inconsciente puede conducirnos hasta un resultado positivo mucho antes que una atención conscientemente dirigida. Si no sería casi inexplicable el que sólo esta persona, entre cientos de transeuntes, y yendo además en condiciones desfavorables por la escasa luz crepuscular y la aglomeración, pudiese hacer un hallazgo del que ella misma fué la primera en quedar sorprendida. El extraño hecho de que después del hallazgo del billete, y cuando, por lo tanto, su disposición había llegado a ser snpérflua y se había ya escapado con toda seguridad a la atención consciente, hiciese la muchacha un nuevo hallazgo, consistente en un pañuelo, antes de llegar a su casa y en una oscura y solitaria calle de las afueras de la ciudad, nos muestra en qué alta medida existía en ella esta inconsciente o preconsciente disposición a encontrar».

Hay que convenir en que precisamente estos actos sintomáticos nos dan a veces el mejor acceso al co-

nocimiento de la íntima vida psíquica del hombre.

Expondré ahora un ejemplo de acto casual que sin necesidad de someterlo al análisis, mostró una profunda significación, ejemplo que aclara maravillosamente las condiciones bajo las cuales pueden aparecer tales síntomas sin llamar la atención y del que puede deducirse una observación de gran importancia práctica. En el curso de un viaje veraniego tuve que pasar unos cuantos días en una cierta localidad, en espera de que vinieran a reunírseme en ella determinadas personas con las que pensaba proseguir mi viaje. En tales días hice conocimiento con un hombre joven que como yo parecía sentirse allí solitario, y que se me agregó gustoso. Hallándonos en el mismo hotel se nos hizo fácil comer juntos y salir juntos a paseo. El tercer día, después de almorzar, me comunicó de repente que aquella tarde esperaba a su mujer que llegaría en el expreso. Esto despertó mi interés psicológico, pues me había ya chocado aquella mañana, que mi compañero había rehusado emprender una excursión algo larga y durante el corto paseo que habíamos dado se había negado a subir por un camino, alegando que era demasiado pendiente y algo peligroso. Paseando luego por la tarde afirmó de pronto que yo tenía que sentir ya apetito y que no debía aplazar mi cena por causa suya, pues él iba a esperar a su mujer y cenaría luego con ella. Yo comprendí la indirecta y me senté a la mesa mientras él se dirigía a la estación.

A la mañana siguiente nos volvimos a encontrar en el hall del hotel. Me presentó a su mujer y añadió: «Almorzará usted con nosotros ¿no?». Yo tenía que hacer aún una pequeña comisión en una calle cercana al hotel, pero aseguré que regresaría enseguida. Al entrar luego en el comedor ví que la pareja se había senta-

do al mismo lado de una pequeña mesa colocada junto a una ventana. Frente a ellos quedaba una única silla sobre cuyo respaldo y cubriendo el asiento se hallaba un grande y pesado abrigo perteneciente al marido. Yo comprendí enseguida el sentido de esta colocación, inconsciente, pero por lo mismo más expresiva. Quería decir: «—Aquí no hay ya sitio para tí. Ya no me haces falta». El marido no se dió cuenta de que yo permanecía de pié ante la mesa sin poder sentarme. La mujer, en cambio, sí lo notó y dándole con el codo, murmuró: —«Has ocupado con tu abrigo el sitio del señor».

En este y otros casos análogos me he dicho siempre que los actos inintencionadamente llevados a cabo tienen que ser de continuo un manantial de malas inteligencias en el trato entre los hombres. El que los ejecuta ignora en absoluto la intención a ellos ligada y no teniéndola por tanto en cuenta, no se considera responsable de los mismos. En cambio el que los observa, los utiliza igual que los demás de su interlocutor, para deducir sus intenciones y propósitos y de este modo llega a averiguar de sus procesos psíquicos más de lo que aquel está dispuesto a comunicarle o cree haberle comunicado. El adivinado se indigna cuando se le muestran tales conclusiones deducidas de sus actos sintomáticos y las declara infundadas puesto que al ejecutar dichos actos le ha faltado la conciencia de la intención, quejándose de mala comprensión por parte de los demás. Observada con detenimiento tal incomprensión se ve que reposa en el hecho de comprender demasiado y demasiado sutilmente. Cuanto más «nerviosos» son dos hombres, tanto más pronto se darán motivos uno a otro para diferencias que los separen y cuyo fundamento negará cada cual con respecto a sí

mismo con la misma seguridad con que lo afirmará para el otro. Este es el castigo de la insinceridad interior a la que permiten los hombres manifestarse bajo el disfraz de olvidos, actos de término erróneo y emociones inintencionadas que sería mejor que se confesasen a sí mismos y confesasen a los demás cuando no pudieran ya dominarlos Se puede afirmar, en general, que todos practicamos constantemente análisis psíquicos de nuestros semejantes y que a consecuencia de ello aprendemos a conocerlos mejor que cada uno de ellos a sí mismo. El estudio de las propias acciones y omisiones aparentemente casuales es el mejor camino para llegar a conocerse a sí mismo.

De todos los poetas que han escrito algo sobre los pequeños actos sintomáticos y los rendimientos fallidos o los han utilizado en sus obras, ninguno ha reconocido con tanta claridad su secreta naturaleza ni les ha infundido una vida tan inquietante como Strindberg, cuyo genio fué ciertamente ayudado en esta cuestión por su profunda anormalidad psíquica.

El doctor Karl Weiss (Viena), ha llamado la atención sobre el siguiente trozo de una de las obras de Strindberg (Internat. Zeitschrift fuer Psychoanalyse. tomo I. 1913, pág. 268):

«Al cabo de algún tiempo llegó realmente el conde y se acercó con serenidad a Esther como si la hubiera dado cita.

—¿Has esperado mucho tiempo?—le preguntó con su voz velada.

—Seis meses, ya lo sabes—respondió Esther—. ¿Me has visto hoy?

—Sí. En el tranvía. Y te miré a los ojos de tal manera que creí estar hablando contigo.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez.

—Sí. Creí que todo había terminado entre nosotros.

—¿Cómo?

—Todos los pequeños regalos que de ti había recibido se fueron rompiendo y todos ellos de un modo misterioso. Pero esto es una antigua advertencia.

—¡Qué dices! Ahora recuerdo un gran número de casos de esta clase que yo creí casualidades. Una vez mi abuela me regalo unos lentes cuando aún estábamos en buenas relaciones. Eran de cristal de roca y se veía con ellos divinamente; una verdadera maravilla que yo trataba con todo cuidado. Un día rompí con la anciana y ésta me tomó odio...

La primera vez que después de esto me puse los lentes se cayeron los cristales sin causa ninguna. Creí en un simple desperfecto y los mandé arreglar. Pero no; siguieron rehusando prestar su servicio y tuve que relegarlos a un cajón del que luego desaparecieron.

—Es extraño que todo aquello que a los ojos se refiere sea lo que muestra una más sensible naturaleza. Un amigo me regaló una vez unos gemelos de teatro. Se adaptaban tan bien a mi vista que era un placer para mí el usarlos. Mi amigo y yo nos convertimos en enemigos. Ya sabes tú que a esto se llega sin causa visible, como si le pareciese a uno que ya no se debe seguir unidos. Al querer utilizar después los gemelos me fué imposible ver claramente con ellos. El eje transversal resultaba corto y ante mis ojos aparecían dos imágenes. No necesito decirte que ni el tal eje se había acortado ni tampoco había crecido la distancia entre mis ojos. Era un milagro que sucede todos los días y que los malos observadores no notan. ¿Explicación? La fuerza psíquica del odio es mayor de lo que creemos. La sortija que

me diste ha perdido su piedra y no se deja reparar; no se deja. ¿Quiéres ahora separarte de mí?... («Las habitaciones góticas». pág. 258).

También en el campo de los actos sintomáticos tiene que ceder la observación psíquica la prioridad a los poetas y no puede hacer más que repetir lo que estos han dicho ya hace mucho tiempo. El señor Wilhelm Stross me llamó la atención sobre el siguiente trozo del «Tristram Shandy» la conocida novela humorística de Lawrence Sterne (VI parte, capítulo V).

«Y no me extraña nada que Gregorio de Nazianzum, al observar los gestos rápidos y fugitivos de Juliano, predijese su apostasía. Ni que San Ambrosio despidiese a su amanuense por los incorrectos movimientos de su cabeza que iba y venía como un látigo de trillar. Ni que Demócrito notase en seguida que Protágoras era un sabio por el hecho de ver cómo al hacer un haz de leña ponía los sarmientos más finos en el medio. Hay mil rendijas que pasan desapercibidas—continuó mi padre—a través de las cuales una mirada penetrante puede descubrir de una vez el alma, y yo afirmo—añadió—que un hombre razonable no puede dejar su sombrero al entrar en una habitación o cogerlo para marcharse sin que se le escape algo que nos revele su íntimo ser».

X

# Errores

Los errores de la memoria no se distinguen de los olvidos acompañados de recuerdo erróneo más que en un sólo rasgo, esto es, en que el error (el recuerdo erróneo), no es reconocido como tal, sino que es aceptado como cierto. El uso del término «error» parece, sin embargo, depender todavía de otra condición. Hablamos de «errar» en vez de «recordar erróneamente» en aquellos casos en que el material psíquico que se trata de reproducir posee el carácter de realidad objetiva, esto es, cuando lo que se quiere recordar es algo distinto de un hecho de nuestra vida psíquica propia, algo más bien que pueda ser sometido a una confirmación o una refutación por la memoria de otras personas. Lo contrario a un error de memoria está constituído en este sentido por la ignorancia.

En mi libro «La interpretación de los sueños» me hice responsable de una serie de errores en citas históricas y, sobre todo, en la exposición de algunos hechos, errores de los que con gran sorpresa me dí cuenta una vez ya publicada la obra. Después de examinarlos, hallé que no eran imputables a ignorancia mía, sino que eran errores de memoria que podían explicarse por medio del análisis.

a) En la página 266 señalé como lugar natal de

Schiller la ciudad alemana de Marburg, nombre que lleva también una ciudad de Estiria. El error se encuentra en el análisis de un sueño que tuve durante una noche de viaje, y del cual me despertó la voz del empleado que gritaba: «¡Marburg!» al llegar el tren a dicha estación. En el contenido de este sueño se preguntaba por un libro de Schiller. Este no nació en la ciudad universitaria de Marburg, sino en una ciudad de Suabia llamada Marbach, cosa que jamás he ignorado yo.

b) En la página 135 se dice que Asdrúbal era el padre de Aníbal. Este error me irritó especialmente, pero en cambio fué el que más me confirmó en mi concepción de tales equivocaciones. Pocos lectores de mi libro estarán tan familiarizados como yo con la historia de los Barquidas y, sin embargo, cometí este error al escribir mi obra, y no lo rectifiqué en las pruebas que por tres veces repasé con todo cuidado. El nombre del padre de Aníbal era Amílcar Barca. Asdrúbal era el de su hermano y también el de su cuñado y predecesor en el mando de los ejércitos.

c) En las páginas 177 y 370, afirmé que Zeus había castrado y arrojado del trono a su padre Kronos. Por error retrasé este crimen en una generación, pues según la mitología griega fué Kronos quien lo cometió en la persona de su padre Urano (1).

¿Cómo se explica que mi memoria me suministrara sobre estos puntos datos erróneos cuando, como pue-

---

(1) Esta afirmación mía no fué por completo errónea. La versión órfica del mito hace repetir a Zeus con su padre la castración que éste hizo sufrir al suyo. (Roscher: «Diccionario de Mitología»).

den comprobar los lectores de mi libro, puso acertadamente a mi disposición en todo lo demás los materiales más remotos y poco comunes? Y, ¿cómo pudieron escapárseme tales errores, como si estuviera ciego, en las tres cuidadosas correcciones de pruebas que llevé a cabo?

Goethe dijo de Lichtenberg: «Allí donde dice una chanza, yace oculto un problema». Algo análogo podría afirmarse de los trozos de mi libro antes transcritos: «Allí donde aparece un error, yace detrás una represión» o, mejor dicho, una insinceridad, una desfiguración de la verdad, basadas, en último término, en un material reprimido. En efecto, en los análisis de los sueños que en dicha obra se exponen, me había visto obligado, por la desnuda naturaleza de los temas a los que se referían los pensamientos del sueño, a interrumpir algunos análisis antes de llegar a su término verdadero y otras veces a mitigar la osadía de un detalle indiscreto, desfigurándolo ligeramente. No podía obrar de otra manera ni cabía llevar a cabo selección ninguna si quería exponer ejemplos e ilustraciones. Esta mi forzada situación provenía necesariamente de la particular cualidad de los sueños de dar expresión a lo reprimido, esto es, a lo incapaz de devenir consciente. A pesar de todo, quedó en mi libro lo suficiente para que espíritus más delicados se sintiesen ofendidos. La desfiguración u ocultación de los pensamientos que quedaban sin exponer y que yo conocía, no pudo ser ejecutada sin dejar alguna huella. Lo que yo no quería decir, consiguió con frecuencia abrirse camino, contra mi voluntad, hasta lo que había admitido como comunicable y se manifestó en ello en forma de errores que pasaron inadvertidos para mí. Los tres casos citados se refieren al mismo tema fundamental

y los errores son resultantes de pensamientos reprimidos relacionados con mi difunto padre.

$a_1$) Aquel que lea el sueño analizado en la página 266, encontrará francamente expuesto en parte y podrá en parte adivinarlo por las indicaciones que allí constan, que interrumpí el análisis al llegar a pensamientos que hubieran contenido una poco favorable crítica de la persona de mi padre. En la continuación de esta cadena de pensamientos y recuerdos, yace una enfadosa historia en la cual desempeñan principal papel unos libros y un compañero de negocios de mi padre llamado Marburg, nombre igual al de la estación de la línea de ferrocarriles del Sur, con el que me despertó el empleado del tren. En el análisis expuesto en mi libro, quise suprimir para mí mismo como para mis lectores, al tal señor Marburg, el cual se vengó introduciéndose luego en donde nada tenía que hacer y transformando Marbach, nombre de la ciudad natal de Schiller, en Marburg.

$b_1$) El error de escribir Asdrúbal en vez de Aníbal, esto es, el nombre del hermano en lugar del del padre, se produjo por una asociación con determinadas fantasías relacionadas con Aníbal, construídas por mi imaginación en mis años de colegial, y con mi disgusto por la conducta de mi padre ante los «enemigos de nuestro pueblo». Podía haber proseguido y haber contado la transformación acaecida en mis relaciones con mi padre a causa de un viaje que hice a Inglaterra y en el que conocí a mi hermanastro, nacido de un anterior matrimonio de mi padre. Mi hermanastro tenía un hijo de mi misma edad, y mis fantasías imaginativas sobre cuán distinta sería mi situación si en vez de hijo de mi padre lo fuese de mi hermanastro, no encontraron, por lo tanto, obstáculo ninguno referente a la cuestión de

la edad. Estas fantasías reprimidas fueron las que falsearon en el lugar en que interrumpí el análisis, el texto de mi libro, obligándome a escribir el nombre del hermano en lugar del del padre.

$c_1$) Atribuyo, así mismo, a la influencia de recuerdos referentes a mi hermanastro el haber retrasado en una generación el mitológico crimen de las deidades griegas. De las advertencias que mi hermanastro me hizo, hubo una que retuve durante mucho tiempo en mi memoria. «No olvides —me dijo— para regir tu conducta en la vida, que perteneces, no a la generación siguiente a tu padre, sino a la otra inmediata posterior». Nuestro padre se había vuelto a casar ya en edad avanzada y llevaba, por lo tanto, muchos años a los hijos que tuvo en este segundo matrimonio. El error mencionado fué cometido por mí en un lugar de mi libro, en el que hablo precisamente del amor entre padres e hijos.

Me ha sucedido también algunas veces que amigos o pacientes, cuyos sueños había yo relatado o a los que aludía en análisis de otros sueños, me han advertido que en la exposición de mis investigaciones habían hallado algunas inexactitudes. Estas consistían también siempre en errores históricos. Al examinar y rectificar estos casos me he convencido de que mi recuerdo de los hechos no se mostraba infiel más que en aquellas ocasiones en las que en la exposición del análisis había desfigurado u ocultado algo, intencionadamente. Así, pues, también hallamos aquí un error no observado como sustitutivo de una ocultación o represión intencionadas.

De estos errores originados por una represión hay que distinguir otros que son debidos a ignorancia real.

Así, por ejemplo, fué debido a ignorancia el que durante una excursión por Valaquia creyera al llegar a una localidad que ella era la residencia del revolucionario Fischhof. En efecto, el lugar donde residía Fischhof se llamaba también Emmersdorf, pero no estaba situado en Valaquia sino en Carintia. Pero esto no lo sabía yo.

He aquí otro error vergonzoso, pero muy instructivo, y que puede considerarse como un ejemplo de ignorancia temporal. Un paciente me recordó un día mi promesa de darle dos libros que yo poseía, sobre Venecia, ciudad que iba a visitar en un viaje que pensaba hacer durante las vacaciones de Pascua. Yo le respondí que ya los tenía separados para entregárselos y fuí a mi biblioteca para cogerlos. La verdad era que se me había olvidado buscarlos, pues no estaba muy conforme con el viaje de mi paciente que consideraba como una innecesaria interrupción del tratamiento y una pérdida económica para el médico. Al llegar a mi biblioteca eché un rápido vistazo sobre los libros para tratar de hallar los dos que había prometido prestar a mi cliente. Encontré uno titulado «Venecia, ciudad de arte», y luego, queriendo buscar una obra histórica cogí un libro titulado «Los Médicis» y salí con ambos de la biblioteca para regresar a ella inmediatamente, avergonzado de mi error al haber creído por un momento que los Médicis tenían algo que ver con Venecia a pesar de saber perfectamente lo contrario. Dado que había hecho ver a mi paciente sus propios actos sintomáticos no tuve más remedio, para salvar mi autoridad, que obrar con justicia y confesarle honradamente los ocultos motivos del disgusto que su viaje me causaba.

Puede admirarse, en general, el hecho de que el

impulso a decir la verdad es en los hombres mucho más fuerte de lo que se acostumbra a creer. Quizá sea una consecuencia de mi ocupación con el psicoanálisis la dificultad que experimento para mentir. En cuanto trato de desfigurar algo, sucumbo a un error o a otro funcionamiento fallido cualquiera por medio del cual se revela mi insinceridad como en los ejemplos anteriores ha podido verse.

El mecanismo del error parece ser el más superficial de todos los de los funcionamientos fallidos, pues la emergencia del error muestra en general que la actividad psíquica correspondiente ha tenido que luchar con una influencia perturbadora, pero sin que haya quedado determinada la naturaleza del error por la de la idea perturbadora que permanece oculta en la oscuridad. Añadiremos aquí que en muchos casos sencillos de equivocaciones orales o gráficas debe admitirse el mismo estado de cosas. Cada vez que al hablar o al escribir nos equivocamos debemos deducir la existencia de una perturbación causada por procesos psíquicos exteriores a la intención, pero hay también que admitir que la equivocación oral o gráfica sigue con frecuencia las leyes de la analogía, de la comodidad o de una tendencia a la aceleración, sin que el elemento perturbador consiga imprimir su carácter propio a las equivocaciones resultantes. El apoyo del material lingüístico es lo que hace posible la determinación del fallo, al mismo tiempo que le señala un límite.

Para que consten aquí algunos ejemplos de errores que no sean exclusivamente los míos personales citaré todavía unos cuantos que hubiera podido incluir igualmente entre las equivocaciones orales o los actos de término erróneo, pero que dada la equivalencia de

todas estas clases de rendimientos fallidos, no importa que sean incluídos en cualquiera de ellas.

a) En una ocasión prohibí a un paciente mío que hablara por teléfono con su amante, con la que él mismo deseaba romper, para evitar que cada nueva conversación hiciera más difícil la lucha interior que sostenía. Estaba ya decidido a comunicarla por escrito su irrevocable decisión, pero encontraba dificultades para hacer llegar la carta a sus manos. En esta situación me visitó un día a la una de la tarde para comunicarme que había encontrado un medio de salvar dichas dificultades, y preguntarme, entre otras cosas, si le permitía referirse a mi autoridad médica. A las dos, hallándose escribiendo la carta de ruptura se interrumpió de repente y dijo a su madre: «Se me ha olvidado preguntar al doctor si debo dar su nombre en la carta». A continuación fué al teléfono, pidió un número, y cuando le pusieron en comunicación preguntó: «¿Podría decirme si el señor doctor recibe en consulta después del almuerzo?» La respuesta fué un asombrado: «¿Te has vuelto loco, Adolfo?», pronunciado con aquella voz que yo le había prohibido volver a oir. Se había «equivocado» al pedir la comunicación y había dado el número de su amante en vez del del médico.

b) Una señora joven tenía que visitar a una amiga suya recién casada que vivía en la Carrera de Habsburgo (Habsburgergasse). Al referirse a esto durante la comida se equivocó y dijo que tenía que ir a la Carrera de Babenberg (Babenbergergasse). Sus familiares se echaron a reir al oirla, haciéndola notar su error, o si se quiere su equivocación oral. Dos días antes se había proclamado la República en Viena; los colores nacionales, amarillo y negro, habían sido sustituídos por los antiguos: rojo,

blanco, rojo, y los Habsburgos habían sido destronados. La señora introdujo esta modificación en las señas de su amiga. En efecto, existe en Viena y es muy conocida una Calle de Babenberg (Babenbergerstrasse), pero ningún vienés la denominaría Carrera (Gasse).

c) En un lugar de veraneo, el maestro de escuela, un joven pobre como las ratas, pero de apuesta figura, hizo la corte a la hija de un propietario de la ciudad que poseía allí una «villa», consiguiendo enamorar a la muchacha de tal modo que logró arrancar a sus padres el consentimiento para la boda a pesar de la diferencia de posición y raza existente entre los novios. Así las cosas, el maestro escribió a su hermano una carta en la que le decía lo siguiente: «La tal muchacha no es nada bonita, pero sí muy amable y con ello me basta. Lo que no te puedo decir aún es si me decidiré o no a casarme con una judía». Esta carta llegó a manos de la novia al mismo tiempo que el hermano se quedaba asombrado ante las ternezas amorosas que contenía la carta por él recibida. El que me relató este caso me aseguró que se trataba realmente de un error y no de una astucia encaminada a provocar la ruptura. También he conocido otro caso similar en el que una anciana señora, descontenta de su médico y no queriendo decírselo francamente, utilizó este medio de cambiar las cartas para alcanzar su objeto, y esta vez sí puedo testimoniar que fué el error y no una astucia consciente lo que se sirvió de la conocida estratajema de comedia.

d) Brill relata el caso de una señora que, al preguntar a otra por la salud de una amiga común, la designó por su nombre de soltera. Al llamarla la atención sobre su error tuvo que confesar que no la era

simpático el marido de su amiga y que el matrimonio de ésta la había disgustado.

e) Un caso de error que puede ser también considerado como de equivocación oral: Un hombre joven fué a inscribir en el Registro el nacimiento de su segunda hija. Preguntado por el nombre que la iba a poner respondió que Ana, a lo cual repuso el empleado que cómo le ponía el mismo que a su primera hija. Como puede comprenderse no era esta su intención y rectificó el nombre en el acto, debiendo deducirse de tal error que la segunda hija no había sido tan bien recibida como la primera.

f) Añado aquí algunas otras observaciones de cambio de nombres que pudieran también haber sido incluídas en otros capítulos de este libro.

Una señora tenía tres hijas, de las cuales dos se hallaban casadas hacía ya largo tiempo, mientras que la tercera esperaba aún la llegada del marido que el destino la designase. Una amiga suya había hecho a las hijas casadas, en ocasión de su matrimonio, un igual regalo, consistente en un valioso servicio de plata para te. Siempre que la madre hablaba de este utensilio nombraba equivocadamente como dueña de él a la hija soltera. Se ve con toda claridad que este error expresa el deseo de la madre de ver casada a la hija que le resta. Supone además que también había de recibir el mismo regalo de boda.

Análogamente fáciles de interpretar son los frecuentes casos en que una madre confunde los nombres de sus hijas, hijos, yernos y nueras.

De una auto-observación del señor J. G., verificada durante su estancia en un sanatorio, tomo el siguiente precioso ejemplo de tenaz confusión de nombres:

«En la mesa redonda del sanatorio dirigí en el cur-

so de una conversación que me interesaba poco y que era llevada en un tono por completo superficial, una frase especialmente amable a mi vecina de mesa. Esta, que era una soltera ya algo madura, no pudo por menos de observar que aquella frase mía era una excepción, pues no solía yo mostrarme de costumbre tan amable y galante con ella, observación que era por un lado muestra de un cierto sentimiento, y por otro un alfilerazo dirigido a otra muchacha que ambos conocíamos y a la que yo solía mostrar más atención.

Como es natural, comprendí enseguida la alusión. · el transcurso de la conversación que después se desarrolló, tuve que hacerme llamar varias veces la atención por mi interlocutora, cosa que me fué harto penosa, por haberla llamado con el nombre de la otra muchacha, a la que no sin razón consideraba ella como su feliz rival»

g) Como un caso de «error» expondré aquí un suceso, grave en el fondo, que me fué relatado por un testigo presencial. Una señora había estado paseando por la noche con su marido y dos amigos de éste. Uno de estos últimos era su amante, circunstancia que los otros dos personajes ignoraban y no debían descubrir jamás. Los dos amigos acompañaron al matrimonio hasta la puerta de su casa, y comenzaron a despedirse mientras esperaban que vinieran a abrir la puerta. La señora saludó a uno de los amigos dándole la mano y dirigiéndole unas palabras de cortesía. Luego se cogió del brazo de su amante y volviéndose hacia su marido quiso despedirse de él en la misma forma. El marido entró en la situación y, quitándose el sombrero, dijo con exquisita cortesía: «A los pies de usted, señora». La mujer, asustada, se desprendió del brazo del amante y antes de que se abriera la puerta

de su casa tuvo aún tiempo de decir: «¡Parece mentira que pueda pasarle a uno una cosa así!» El marido pertenecía a esa clase de señores conyugales que tienen por imposible una infidelidad de su mujer. Repetidas veces había jurado que en un caso tal peligraría más de una vida. Así, pues, tenía los más fuertes obstáculos internos para llegar a darse cuenta del desafío que el error de su mujer constituía.

h) He aquí un error cometido por un paciente mío y que por repetirse después en sentido inverso resulta especialmente instructivo: Tras de una larga lucha interior se había decidido el joven a contraer matrimonio con una muchacha que le quería y a la que también él amaba. El día en que la comunicó su resolución la acompañó hasta su casa, se despidió de ella y tomó un tranvía, en el cual pidió al cobrador *dos billetes*. Medio año después, ya casado, siente que no puede acostumbrarse a la vida conyugal, duda de si ha hecho bien en casarse, echa de menos sus amistades de soltero y tiene mil cosas que reprochar a sus suegros. Una tarde fué a casa de éstos a recoger a su mujer, subió con ella en un tranvía y al acercarse el cobrador le pidió *un solo* billete.

i) Maeder nos relata un precioso ejemplo de cómo por medio de un error puede satisfacerse un deseo reprimido a disgusto. (Nouvelles contributions, etcétera. Arch. de Psych., VI, 1908.) Un colega deseaba gozar por entero y sin tener que ocuparse de nada, de un día de vacaciones, pero tenía precisamente que hacer una visita poco agradable en Lucerna, y después de largas vacilaciones se decidió a ir a dicha ciudad. Para distraerse durante el viaje de Zuerich a Goldau se puso a leer los periódicos. Al llegar a Goldau cambió de tren y prosiguió su lectura. Ya en marcha el tren, el revi-

sor le advirtió que se había equivocado en el transbordo, y en vez de tomar el tren que iba a Lucerna había subido en otro que regresaba a Zuerich.

j) El doctor V. Tausk comunica bajo el título «Rutas falsas» un análogo pero fracasado intento de realización de un deseo reprimido por medio de un error. (Internat. Zeitschrift fuer aerztl. Psychoanalyse. IV, 1916-17).

«Durante la campaña vine una vez desde el frente a Viena con permiso, y un antiguo cliente mío que se enteró de mi estancia en la capital me avisó para que fuese a visitarle, pues se hallaba enfermo en cama. Accedí a su petición y fuí a verle, permaneciendo dos horas en su casa. Al despedirme me preguntó el enfermo cuánto me debía por i visita.

»Estoy aquí sólo por unos días hasta que acabe mi permiso—le contesté—y no visito ni ejerzo mi profesión durante ellos. Considere usted mi visita como un servicio amistoso».

El enfermo vaciló en aceptar mi oferta sintiendo que no tenía derecho a considerar un servicio profesional como un favor gratuíto, pero por último se decidió a hacerlo así, expresando con una cortesía que le dictó su satisfacción ante el ahorro de su dinero, que siendo yo perito en psicoanálisis debía obrar siempre con acierto.

A mí mismo me entraron también pocos momentos después ciertas sospechas sobre la sinceridad de mi generosa conducta y asaltado de dudas—que apenas admitían una solución equívoca—tomé el tranvía eléctrico de la línea X. Después de un corto viaje en este tranvía debía apearme de él para tomar el de la línea Y. Mientras esperaba que llegase este último, olvidé la cuestión de mis honorarios y comencé a pensar

en los síntomas que el paciente presentaba. Entre tanto llegó el tranvía que yo esperaba y monté en él. Mas en la primera parada tuve que apearme, pues por error y sin darme cuenta había tomado, en vez de un tranvía de la línea Y, uno de la línea X que pasaba en dirección contraria a la que en otro de la misma línea había yo venido y por lo tanto me hacía regresar hacia casa del paciente al que no había querido cobrar honorarios ninguno. *Mi inconsciente en cambio quería ir a buscar tales honorarios*».

k) En una ocasión llevé yo también a cabo una habilidad semejante a la del sujeto del ejemplo i. Había yo prometido a mi hermano mayor irle a visitar durante el verano a una playa de la costa inglesa en la que él se hallaba y, dado el poco tiempo de que podía disponer, me había obligado a hacer el viaje por e camino más corto y a no detenerme en ningún punto. Pedí a mi hermano que me concediera quedarme un día en Holanda, pero me lo negó diciendo que después, al regresar, podía hacer lo que me pareciese. Así, pues, emprendí mi viaje desde Munich pasando por Colonia hasta Rotterdam y Hook de donde a media noche salía un barco para Harwich. En Colonia tenía que cambiar de tren para tomar el rápido de Rotterdam. Descendí de mi vagón y me puse a buscar dicho rápido sin lograr descubrirlo en parte alguna. Pregunté a varios empleados, fuí mandado de un andén para otro, caí en una exagerada desesperación y al cabo de todo esto pude suponer que durante mis vanas investigaciones debía ya haber salido el tren buscado. Cuando esto me fué confirmado reflexioné si debía quedarme aquella noche en Colonia, cosa a la que entre otros motivos me inducía un sentimiento familiar, pues,

según una vieja tradición nuestra, unos antepasados míos se habían refugiado en esta ciudad huyendo de una persecución contra los judíos. Sin embargo, resolví tomar un tren posterior para Rotterdam adonde llegué muy entrada la noche y por lo tanto tuve que pasar todo el día siguiente en Holanda. Esta estancia me permitió realizar un deseo que abrigaba hacía ya mucho tiempo: el de admirar los magníficos cuadros de Rembrandt existentes en La Haya y en el museo Real de Amsterdam. Hasta la mañana siguiente cuando, durante el viaje en un tren inglés, pude resumir mis impresiones, no surgió en mí el indudable recuerdo de haber visto en la estación de Colonia a pocos pasos del sitio donde me apeé del tren y en el mismo andén un gran cartel con la indicación «Rotterdam—Hook de Holanda». Allí esperaba con seguridad el tren en el e y o había debido continuar mi viaje. Si no se quiere admitir que contra las órdenes de mi hermano quería yo a toda costa admirar los cuadros de Rembrandt en mi viaje de ida, habrá que considerar el incidente como una inexplicable «ceguera» mía. Todo lo restante, mi bien finjida perplejidad y la emergencia de la pía intención familiar de quedarme aquella noche en Colonia, fué tan solo un dispositivo para ocultar mi propósito hasta que hubiera sido ejecutado por completo.

l) J. Staercke expone (l. c.) otro caso observado en sí propio y en el que una «distracción» facilita la realización de un deseo al que el sujeto cree haber renunciado.

«En una ocasión tenía yo que dar en un pueblo una conferencia con proyecciones luminosas. La tal conferencia había sido fijada para un día determinado y después aplazada por ocho días. Este aplazamiento me

fué comunicado en una carta a la que yo contesté, anotando después en un memorandum la nueva fecha fijada. Debiendo ser la conferencia por la noche me propuse llegar por la tarde a la localidad indicada para tener tiempo de hacer una visita a un escritor conocido mío que allí residía. Por desgracia el día de la conferencia, tuve por la tarde ocupaciones inexcusables y me fué preciso renunciar, con gran sentimiento, a la visita deseada. Al llegar la noche cogí un maletín lleno de placas fotográficas para las proyecciones y salí a toda prisa hacia la estación. Para poder alcanzar el tren tuve que tomar un taxi. (Es cosa que me sucede con gran frecuencia el vacilar tanto tiempo que luego me veo obligado a tomar un automóvil para alcanzar el tren). Al llegar a la localidad a que me dirigía me asombró no encontrar a nadie esperándome en la estación según es costumbre cuando se va a dar una conferencia en tales pequeñas poblaciones. De pronto recordé que la fecha de la conferencia se había retrasado en una semana y que, siendo aquel día el primeramente fijado, había hecho un viaje inútil. Después de maldecir de todo corazón mis «distracciones» pensé en tomar el primer tren para regresar a mi casa, pero, reflexionando, hallé que tenía una gran ocasión para hacer la visita deseada. En el camino, hacia casa de mi amigo el escritor, caí en que mi deseo de tener tiempo suficiente para visitarle era sin duda lo que había tramado toda aquella conspiración, haciéndome olvidar el aplazamiento de la conferencia. Mi apresuramiento para alcanzar el tren y el ir cargado con el pesado maletín lleno de placas, eran cosas que sirvieron para que tras ellas quedase mejor oculta la intención inconsciente.

No se estará quizá muy propicio a considerar esta

clase de errores que aquí he explicado, como muy numerosos e importantes. Pero he de invitar a los lectores a reflexionar si no se tiene razón para extender estas mismas consideraciones a la concepción de los más importantes errores de juicio que los hombres cometen en la vida y en la ciencia. Sólo los espíritus más selectos y equilibrados parecen poder preservar la imagen de la realidad exterior por ellos percibida de la desfiguración que sufre en su tránsito a través de la individualidad psíquica del perceptor.

## XI
# Actos fallidos combinados

Dos de los ejemplos últimamente expuestos, mi error al transportar los Médicis a Venecia y el del joven paciente mío que supo transgredir mi prohibición de hablar con su amante por teléfono, no han sido, en realidad, descritos con toda precisión y un examen más detenido nos los muestra como una unión de un olvido con un error. Esta misma unión puede señalarse con mayor claridad en otros ejemplos.

a) Un amigo mío me relató el siguiente suceso: «Hace algunos años me presté a ser elegido miembro del Comité de una cierta Sociedad literaria, creyendo que ésta me ayudaría a lograr fuese representado un drama del que yo era autor, y aunque no me interesaban gran cosa, asistía con regularidad a las sesiones que dicha Sociedad celebraba todos los viernes. Hace algunos meses quedó asegurada la representación de uno de mis dramas en el teatro F., y desde entonces o l v i d é siempre acudir a las referidas sesiones. Cuando leí su libro de usted sobre estas cuestiones, me avergoncé de mi olvido, reprochándome el haber abandonado a mis consocios ahora que ya no necesitaba de ellos, y resolví no dejar de asistir a la reunión del viernes siguiente. Recordé de continuo este propósito hasta que llegó el momento de realizarlo y me di-

rigí al domicilio social. Al llegar ante la puerta del salón de actos, me sorprendió verla cerrada. La reunión se había celebrado ya y nada menos que dos días antes. Me había equivocado de día y había ido en domingo».

b) El ejemplo siguiente es una combinación de un acto sintomático con una pérdida temporal de un objeto, y ha llegado a mi conocimiento muy indirectamente, pero por conducto fidedigno.

Una señora hizo un viaje a Roma con su cuñado, artista de gran fama. Este fué muy festejado por los alemanes residentes en dicha ciudad, y entre otros regalos, recibió el de una antigua medalla de oro. La señora vió con disgusto que su cuñado no sabía apreciar el valor del artístico presente. Días después llegó a Roma su hermana, y ella retornó a su casa. Al deshacer el equipaje vió con sorpresa que—sin saber cómo—había metido en él la preciada medalla, e inmediatamente escribió a su cuñado comunicándoselo y anunciándole que al día siguiente se la restituiría enviándosela a Roma. Pero cuando quiso hacerlo, halló que había «perdido» u «ocultado» la medalla con tanta habilidad que por más que hizo no le fué posible encontrarla. Entonces sospechó la señora lo que su «distracción» significaba, esto es, su deseo de conservar el objeto para sí.

c) He aquí unos cuantos casos en que el acto fallido se repite tenazmente, cambiando cada vez de medios:

Jones (l. c. pág. 483): Por motivos desconocidos para él, había Jones dejado sobre su mesa durante varios días una carta sin acordarse de echarla. Por último se decidió a hacerlo, pero al poco tiempo le fué devuelta por las oficinas de Correos por habérsele olvidado

escribir las señas. Después de corregir esta omisión, echó la carta, olvidándose esta vez de ponerla el sello. Después de esto no pudo dejar ya de ver su repugnancia a mandar dicha carta.

En una pequeña comunicación del doctor Karl Weiss (Viena), sobre un caso de olvido, se describen muy precisamente los inútiles esfuerzos que se llevan a cabo para ejecutar un acto al que se opone una íntima resistencia. (Zentralblatt fuer Psychoanalyse, II-9): «El caso siguiente constituye una prueba de la persistencia con que lo inconsciente sabe llegar a conseguir su propósito cuando tiene algún motivo para impedir llegue a ejecución una intención determinada y de lo difícil que es asegurarse contra tales tendencias. Un conocido mío me rogó que le prestase un libro y que se o llevase al siguiente día. Accedí en el acto a su petición, sintiendo, sin embargo, un vivo disgusto cuya causa no pude explicarme al principio, pero que después se me apareció claramente. El tal sujeto me debía hacía muchos años una cantidad que, por lo visto, no pensaba devolverme. Recordado esto, dejé de pensar en la cuestión para no volverla a recordar, por cierto con igual sentimiento de disgusto, hasta la mañana siguiente. Entonces me dije: «Tu inconsciente ha de laborar para que olvides el libro. Pero tú no querrás parecer poco amable y, por lo tanto, harás todo lo posible para no olvidarlo». Al llegar a casa envolví el libro en un papel y lo dejé junto a mí, sobre la mesa, mientras escribía unas cartas.

Pasado un rato me levanté y me marché. A los pocos pasos recordé que había dejado sobre la mesa las cartas que pensaba llevar al correo. (Advertiré de paso que en una de éstas me había visto obligado a decir algo desagradable a una persona de la que en una fu-

tura ocasión había de necesitar). Dí la vuelta, recogí las cartas y volví a salir. Yendo ya en un tranvía, recordé que había prometido a mi mujer hacer una compra para ella y me satisfizo el pensar que no me causaría molestia ninguna complacerla por ser poco voluminoso el paquete del que tenía que hacerme cargo. Al llegar a este punto surgió de repente la asociación «paquete-libro» y eché de ver que no llevaba este último. Así, pues, no sólo lo había olvidado la primera vez que salí de casa, sino que tampoco lo había visto al recoger las cartas que se hallaban junto a él».

Iguales elementos hallamos en la siguiente observación de Otto Rank, penetrantemente analizada. (Zentralblatt fuer Psychoanalyse, II-5).

«Un individuo, ordenado hasta la exageración y ridículamente metódico, me relató la siguiente aventura que dada su manera de ser consideraba en absoluto extraordinaria. Una tarde, yendo por la calle, quiso saber la hora y al echar mano al reloj vió que se lo había dejado en su casa, olvido en el que no recordaba haber incurrido nunca. Teniendo aquella tarde misma una cita a la que deseaba acudir con toda puntualidad y no quedándole ya tiempo para regresar a su casa en busca del reloj, aprovechó una visita que hizo a una señora amiga suya, para rogarla le prestase uno, cosa tanto más hacedera, cuanto que hace tiempo que habían quedado en verse a la mañana siguiente a este día y por lo tanto podía entonces devolverla su reloj como así lo prometió al tomarlo. Cuando en efecto, a la siguiente mañana, fué a casa de la señora para efectuar la devolución prometida, vió con sorpresa que se había dejado en casa el reloj, de la señora y en cambio había cogido el suyo propio. Entonces se propuso firmemente, no dejar de llevárse-

lo aquella misma tarde y cumplió su propósito, pero al salir de casa de la señora y querer mirar la hora vió, ya con infinito asombro y enfado, que si se había acordado de traer el reloj prestado había en cambio olvidado coger el suyo. Esta repetición de actos fallidos pareció al metódico y ordenado sujeto, de un carácter tan patológico, que me expresó su deseo de conocer su motivación psíquica. Estos motivos se encontraron enseguida en cuanto en el interrogatorio psicoanalítico se llegó a la pregunta de si en el día crítico del primer olvido le había sucedido algo desagradable. A esta pregunta contestó el sujeto relatando que, después de almorzar y pocos momentos antes deque saliera a la calle dejándose olvidado el reloj, había tenido una conversación con su madre en la que ésta le había contado que un pariente suyo, persona un tanto ligera y que ya le había costado muchas preocupaciones y desembolsos, había empeñado el reloj y luego había venido a solicitar dinero para sacarlo, diciendo que lo necesitaban en su casa. Esta manera, un tanto forzada, de sacarle el dinero había disgustado mucho a nuestro individuo y le había recordado además todas las contrariedades que desde muchos años atrás venía causándole el citado pariente. Su acto sintomático muestra, por lo tanto, múltiples determinantes. En primer lugar constituye la expresión de una serie de pensamientos que viene a decir: —«No me dejo yo sacar el dinero por tales medios y si para ello es necesaria la intervención de un reloj, llegaré hasta dejar en casa el mío propio»—. Mas como necesitaba su reloj para llegar con puntualidad a la cita que tenía aquella misma tarde, la intención expresada por dichos pensamientos no podía lograrse sino de una manera inconsciente o sea por medio de un acto sintomático. En segundo lugar

el olvido expresa algo como: —«Los continuos desembolsos que tengo que hacer por causa de ese inútil, acabarán por arruinarme y hacerme dar todo lo que tengo»—. Aunque, según la declaración del interesado, su enfado ante el incidente fué tan sólo momentáneo, la repetición del acto sintomático muestra que dicho sentimiento continuó actuando con intensidad en lo inconsciente, de un modo análogo a cuando con completa conciencia se dice: —«Esto o aquello no se me quita de la cabeza» (1). Después de conocer esta actitud de lo inconsciente, no puede extrañarnos que el reloj de la señora corriera luego igual suerte aunque quizá esta transferencia sobre el «inocente» reloj femenino fuera también favorecida por motivos especiales, de los cuales el más próximo es el de que al sujeto le hubiera probablemente gustado conservarlo en sustitución del suyo que ya consideraba haber sacrificado, siendo esta la causa de que olvidara devolverlo a la mañana siguiente. Quizá también hubiera deseado quedarse con el reloj como un recuerdo de la señora. Aparte de todo esto, el olvido del reloj femenino le proporcionaba ocasión de hacer una segunda visita a su dueña por la que sentía cierta inclinación. Teniendo de todas maneras que verla por la mañana, por haberlo acordado así con anterioridad y para asunto en el que nada tenía que ver la devolución del reloj, le parecía rebajar la importancia que él concedía a dicha visita utilizándola para entregar el objeto prestado. El doble olvido del propio reloj y la devolución del ajeno, hecha posible por el segundo olvido del otro, parecen revelar que

(1) Esta actuación continuada del inconsciente, se manifiesta unas veces en forma de un sueño consecutivo al acto fallido y otras en la repetición del mismo o en la omisión de una rectificación.

nuestro hombre evitaba inconscientemente llevar ambos relojes a la vez, cosa que consideraba como una ostentación superflua que había de contrastar con la estrechez económica de su pariente. Por otro lado ello constituía una auto-admonición ante su aparente deseo de contraer matrimonio con la referida señora, admonición que había de recordarle los inexcusables deberes que le ligaban a su familia (a su madre). Otra razón más para el olvido del reloj femenino puede buscarse en el hecho de que la noche anterior había tenido que sus conocidos, que le sabían soltero, le vieran sacar un reloj de señora y por lo tanto había temido siempre que mirar la hora a hurtadillas, situación embarazosa en la que no quería volver a encontrarse y que evitaba dejándose el reloj en casa. Pero como tenía que cogerlo para devolverlo, resulta también aquí un acto sintomático inconscientemente ejecutado que demuestra ser una formación transaccional entre sentimientos emocionales en conflicto y una victoria caramente pagada de la instancia inconsciente».

He aquí algunas observaciones de J. Staercke:

### 1. Pérdida temporal, rotura y olvido como expresión de una repugnancia reprimida.

«En una ocasión me pidió mi hermano que le prestara unas cuantas fotografías de una colección que yo había reunido para ilustrar un trabajo científico, fotografías que él pensaba utilizar como proyecciones en una conferencia. Aunque por un momento tuve el pensamiento de que preferiría que nadie utilizase o publicase aquellas reproducciones que tanto trabajo me había costado reunir, hasta que yo hubiera podido hacerlo por mí mismo, le prometí, sin embargo, buscar

las negativas de las fotografías que necesitaba y sacar de ellas positivas para la linterna de proyección. Pero cuando me dediqué a buscar las negativas me fué imposible dar con ninguna de las que me habia pedido. Revisé todo el montón de cajas de placas que contenían asuntos referentes a la materia de que iba a tratar mi hermano y tuve en la mano más de doscientas negativas sin encontrar las deseadas, cosa que me hizo suponer que no me hallaba en realidad nada dispuesto a acceder a lo que de mí se había solicitado. Después de adquirir conciencia de este pensamiento y luchar con él, observé que había puesto a un lado sin revisar su contenido la primera caja de las que formaban el montón y precisamente esta caja era la que contenía las negativas tan buscadas. Sobre la tapa tenía una corta inscripción que señalaba su contenido, inscripción que yo debía, probablemente, haber visto con una rápida mirada antes de apartar la caja a un lado.

Sin embargo, la idea contradictoria no pareció quedar vencida, pues sucedieron todavía mil y un accidentes antes de enviar las positivas a mi hermano. Una de ellas la rompí apretándola entre los dedos mientras la limpiaba por la parte del cristal (jamás antes había yo roto de esta manera ninguna placa). Luego, cuando hube hecho un nuevo ejemplar de esta misma placa, se me cayó de las manos y no se rompió porque extendí un pie y la recibí en él. Al montar las positivas en el almacén de la linterna de proyecciones se cayó aquél al suelo con todo su contenido, aunque por fortuna no se rompió nada. Por último pasaron muchos días antes que lograra embalar todos los chismes y expedirlos definitivamente, pues aunque todos los días hacía el firme propósito de verificarlo, todos los días se me volvía a olvidar».

## 2. Olvido repetido y acto fallido en la ejecución definitiva del acto olvidado.

«En una ocasión tenía que enviar una postal a un conocido mío y lo fuí olvidando durante varias fechas consecutivas. La causa de tales olvidos sospechaba yo fuese la siguiente: El referido sujeto me había comunicado en una carta que en el transcurso de aquella semana vendría a visitarme una persona a la que yo no tenía muchos deseos de ver. Una vez pasada dicha semana y cuando ya se había alejado la perspectiva de tal visita, escribí por fin la postal debida, en la cual fijaba la hora en que se me podía ver. Al escribirla quise comenzar diciendo que no había contestado antes por pesar sobre mí una gran cantidad de trabajo acumulado y urgente (Druckwerk), pero, por último, no dije nada de esto pensando que nadie presta ya fe a tan vulgar excusa. Ignoro si esta pequeña mentira que por un momento me propuse decir tenía o no forzosamente que surgir a la luz, pero el caso es que cuando eché la postal en el buzón la introduje por error en la abertura destinada a los impresos (Druckwerk—Drucksachen).

## 3. Olvido y error.

«Una muchacha fué una mañana que hacía un tiempo hermoso al «Ryksmuseum», con el fin de dibujar en él. Aunque le hubiera gustado más salir a pasear y gozar de la hermosa mañana, se había decidido a ser aplicada y dibujar afanosamente. Ante todo, tenía que comprar el papel necesario. Fué a la tienda, situada a

unos diez minutos del Museo, y compró lápices y otros útiles de dibujo, pero se le olvidó el papel. Luego se dirigió al Museo, y cuando ya lo había preparado todo y se sentó ante el tablero dispuesta a empezar, se dió cuenta de su olvido, teniendo que volver a la tienda para subsanarlo. Una vez hecho esto se puso por fin a dibujar, avanzando con rapidez en su trabajo hasta que oyó dar al reloj de la torre del Museo una gran cantidad de campanadas, y pensó: «Deben ya ser las doce». Luego continuó trabajando hasta que el reloj dió otras campanadas, que la muchacha pensó ser las correspondientes a las doce y cuarto. Entonces recogió sus bártulos y decidió ir paseando a través de un parque hacia casa de su hermana y tomar allí el café. Al llegar frente al Museo Suasso vió con asombro que en vez de las doce y media no eran todavía más que las doce. Lo hermoso y atractivo de la mañana habían engañado a su deseo de trabajar y la habían hecho creer al dar las once y media que la hora que daba eran las doce, sin dejarla caer en la cuenta que los relojes de torre dan también, al señalar los cuartos de hora, la hora que a estos corresponde.

Como ya lo demuestran algunas de las observaciones antes expuestas, la tendencia inconscientemente perturbadora puede también conseguir su propósito repitiendo con tenacidad la misma clase de funcionamiento fallido. Como ejemplo de este caso transcribiré una divertida historia contenida en un librito titulado: «Frank Wedekind y el teatro», publicado por la Casa Editorial «Drei Masken», de Munich, advirtiendo que dejo al autor del tal libro toda la responsabilidad de la historieta, contada a la manera de Mark Twain.

«En la escena más importante de la pieza en un acto «La censura», de Wedekind, aparece la frase:

«El miedo a la muerte es un error intelectual (Denkfehler». El autor, que sentía especial predilección por esta escena, rogó en el ensayo al actor a quien correspondía decir esta frase, que antes de la palabra «error intelectual» (Deukfehler), hiciera una pequeña pausa. En la representación, el actor entró por completo en su papel y observó la pausa prescrita, pero pronunció la frase en un tono festivo y dijo erróneamente. «El miedo a la muerte es una errata (Druckfehler). Cuando al finalizar la obra preguntó el actor a Wedekind si estaba satisfecho de su interpretación del personaje, le contestó que no tenía nada que objetarle, pero que la frase referida era: «El miedo a la muerte es un error intelectual (Denkfehler), y no una errata (Druckfehler).

A la siguiente representación de «La censura», dijo el actor en el mismo tono festivo: «El miedo a la muerte es un membrete (Denkzettel). Wedekind colmó de elogios a su intérprete, pero de pasada y como cosa secundaria, le advirtió que la frase no decía que el miedo a la muerte era un membrete, sino un error intelectual.

A la noche siguiente volvió a representarse «La censura», y el actor, que ya había trabado amistad con Wedekind y había estado hablando con él sobre cuestiones de arte, volvió a decir con su gesto más festivo: —«El miedo a la muerte es un impreso (Druckzettel).»

El cómico volvió a obtener la más calurosa aprobación del autor y la obra se representó muchas veces más, pero Wedekind tuvo que renunciar a oir la palabra «Denkfehler».

Rank ha dedicado también su atención a las interesantísimas relaciones entre el acto erróneo y el sue-

ño (Zentralblatt fuer Psychoanalyse e Internat. Zeitschrift fuer Psychoanal. III, 1915), relaciones que no pueden descubrirse sin un penetrante y detenido análisis del sueño que se agrega al acto fallido. En una ocasión soñé dentro de un más largo contexto que había perdido mi portamonedas. A la mañana siguiente lo eché, en efecto, de menos al vestirme. La noche anterior, al desnudarme, se me había olvidado sacarlo del bolsillo del pantalón y colocarlo en el sitio en que acostumbraba a hacerlo. Así, pues, este olvido no me había pasado desapercibido, y probablemente estaba destinado a dar expresión a un pensamiento inconsciente que se hallaba dispuesto para emerger en el sueño.

No quiero afirmar que estos casos de actos fallidos combinados puedan enseñarnos algo nuevo que no pudiéramos ver ya en los actos fallidos simples, pero, de todos modos, esta metamórfosis del acto fallido da, alcanzando igual resultado, la impresión plástica de una voluntad que tiende hacia un fin determinado y contradice aún más enérgicamente la concepción de que el acto fallido sea algo puramente casual y no necesitado de explicación alguna. No es menos notable el hecho de que en los ejemplos expuestos sea imposible para el propósito consciente impedir el éxito del acto fallido. Mi amigo no consiguió asistir a la sesión de la sociedad literaria y la señora no pudo separarse de la medalla. Aquello desconocido que se opone a estos propósitos encuentra siempre una salida cuando se le obstruye el primer camino. Para dominar el motivo desconocido es necesario algo más que la contraresolución consciente; es necesaria una labor psíquica que convierta lo desconocido en conocido a la conciencia.

## XII

## Determinismo. – Fe casual.—Superstición. Consideraciones.

Como resultado general de todo lo expuesto puede enunciarse el siguiente principio: Ciertas insuficiencias de nuestros funcionamientos psíquicos—cuyo carácter común determinaremos a continuación más precisamente—y ciertos actos aparentemente inintencionados se demuestran como motivados y determinados por motivos desconocidos de la conciencia cuando se les somete a la investigación psicoanalítica.

Para ser incluído en el orden de fenómenos a los que puede aplicarse esta explicación, tiene un funcionamiento psíquico fallido que llenar las condiciones siguientes:

a) No exceder de una cierta medida fijamente establecida por nuestra estimación y que designamos con dos términos «dentro de los límites de lo normal».

b) Poseer el carácter de perturbación momentánea y temporal. Debemos haber ejecutado antes el mismo acto correctamente, o sabernos capaces de ejecutarlo así en toda ocasión. Si otras personas nos rectifican al presenciar nuestro acto fallido, debemos admitir la

rectificación y reconocer enseguida la incorrección de nuestro propio acto psíquico.

c) Si nos damos cuenta del funcionamiento fallido, no debemos percibir la menor huella de una motivación del mismo, sino que debemos inclinarnos a explicarlo por «inatención» o como «casualidad».

Quedan, pues, incluídos en este grupo los casos de olvido, los errores cometidos en la exposición de materias que nos son perfectamente conocidas: las equivocaciones en la lectura y las orales y gráficas, los actos de término erróneo y los llamados actos casuales, fenómenos todos de una gran analogía interior. La explicación de todos estos procesos psíquicos tan definidos está ligada con una serie de observaciones que en parte poseen un interés propio.

1. No admitir la existencia de representaciones de propósito definido como explicación de una parte de nuestros funcionamientos psíquicos, supone desconocer totalmente la amplitud de la determinación en la vida psíquica. El determinismo alcanza aquí, y también en otros sectores, mucho más allá de lo que sospechamos. En 1900 leí un ensayo, publicado por el historiador de literatura R. M. Mayer en el «Zeit», en el que se mantenía, ilustrándola con ejemplos, la opinión de que era completamente imposible componer intencionada y arbitrariamente algo falto en absoluto de sentido. Desde hace mucho tiempo sé yo que no es posible pensar un número ni un nombre con absoluta y total libertad voluntaria. Si se examina una cantidad cualquiera y de cualquier número de cifras, pronunciada con una aparente arbitrariedad y sin relacionarla con nada se demostrará su estricta determinación, cuya existencia no se creía posible. Explicaré primero un ejemplo de nombre propio «arbitrariamente esco-

gido», y luego otro análogo de una cifra «lanzada al azar».

a) Hallándome ocupado en redactar el historial de una paciente, para publicarlo, me detuve a pensar qué nombre la daría en mi relato. La elección parecía fácil, dado el gran campo que para ella se me presentaba. Algunos nombres quedaban desde luego excluídos, entre ellos, el verdadero, los pertenecientes a personas de mi familia, los cuales no me hubiera agradado usar y, por último, algunos otros nombres femeninos poco o nada usuales. Era, pues, de esperar, y así lo esperaba yo, que se presentara a mi disposición toda una legión de nombres de mujer. Mas en vez de esto no emergió en mi pensamiento más que uno solo: D o r a, sin que ningún otro le acompañase. Entonces me pregunté cuál sería su determinación. ¿Quién se llamaba Dora? Mi primera ocurrencia fué la de que así se llamaba la niñera que estaba al servicio de mi hermana, ocurrencia que en un principio estuve a punto de rechazar como falsa. Pero poseo tanto dominio de mí mismo en estas cuestiones, o tanta práctica en analizar, que conservé con firmeza dicha idea y seguí dándole vueltas. Enseguida recordé un pequeño incidente ocurrido la noche anterior, y que me reveló la determinación buscada. Sobre la mesa del comedor de casa de mi hermana había visto una carta dirigida a la señorita Rosa W. Extrañado, pregunté quién de la casa se llamaba así, y se me dijo que el verdadero nombre de la niñera, a la que llamaban Dora, era Rosa, pero que al entrar al servicio de mi hermana habían tenido que cambiárselo para evitar confusiones, pues mi hermana se llamaba también Rosa. Al oir esto había yo dicho compasivamente: —«¡Pobre gente! Ni siquiera pueden conservar su nombre». Como ahora recorda-

ba, permanecí luego un rato en silencio y me abstraí en serias reflexiones, cuyo contenido se sumió luego en la obscuridad, pero que fácilmente pude después hacer volver a la conciencia. Cuando al día siguiente comencé a buscar un nombre para una persona que no debía conservar el suyo propio no se me ocurrió otro que Dora. Esta exclusividad reposaba en una firme conexión de contenido, pues en la historia de mi paciente intervenía con una influencia decisiva la persona de una sirvienta, un ama de llaves.

Este pequeño incidente tuvo años después una inesperada continuación. Al exponer en cátedra la ya publicada historia patológica de la muchacha a quien yo había dado el nombre de Dora, se me ocurrió que una de las dos señoras que acudían a mis conferencias llevaba este mismo nombre que tantas veces había yo de pronunciar en mis lecciones, ligándolo a las cosas más diversas, y me dirigí a mi joven colega a la que conocía personalmente, con la excusa de que no había pensado en que se llamaba ella así, pero que estaba dispuesto a sustituir en mi conferencia dicho nombre por otro. Tenía, pues, que escojer rápidamente otro nombre y al hacerlo pensé que debía evitar elegir el de la otra oyente y dar, de este modo a mis colegas, ya versados en psicoanálisis, un mal ejemplo. Así, pues, me quedé muy satisfecho cuando como sustitutivo de Dora se me ocurrió el nombre «Erna» del cual hice uso en la conferencia. Después de ésta me pregunté de dónde provendría este nombre y tuve que echarme a reir cuando ví que la posibilidad temida había vencido, por lo menos parcialmente, al escoger el nombre sustitutivo. La otra oyente se llamaba de apellido Lucerna, del cual es Erna una parte.

b) En una carta a un amigo mío, le comunicaba

yo que había dado fin a la corrección de mi obra «La interpretación de los sueños» y que ya no cambiaría nada en ella «aunque luego resultase que contenía **2467** erratas». En cuanto escribí esta frase intenté aclarar la aparición de la cifra en ella contenida y añadí a mi carta, en calidad de postdata, el pequeño análisis realizado. Lo mejor será copiar aquí dicha postdata tal y como fué escrita recién verificado el análisis.

«Añadiré brevemente una contribución más a la psicopatología de la vida cotidiana. Habrás encontrado en mi carta la cifra 2467 como representativa de una jocosa estimación arbitraría de las erratas que podrán aparecer en la edición de mi «Interpretación de los sueños». Quería yo indicar una gran cantidad cualquiera y se presentó aquélla espontáneamente. Pero en lo psíquico no existe nada arbitrario ni indeterminado. Por lo tanto esperarás, y con todo derecho, que lo inconsciente se haya apresurado en este caso a determinar la cifra que la conciencia había dejado libre. En efecto, poco antes había yo leído en el periódico que el general E. M., persona que me inspira un determinado interés, había pasado a la reserva con el empleo de inspector general de Artillería.

En la época en que, siendo estudiante de medicina, cumplía yo mi servicio militar en calidad de sanitario vino una vez E. M., entonces coronel, al hospital, y dijo al médico: —«Tiene usted que curarme en ocho días. Estoy encargado de una misión cuyo resultado espera el Emperador». Desde aquel día me propuse seguir el curso de la carrera de aquél hombre y he aquí que hoy (1899), ha llegado al fin de la misma y pasa a la reserva con el grado antes dicho. Al leer la noticia quise calcular en cuanto tiempo había recorrido este camino y acepté, como punto de partida, el dato de que

cuando le conocí en el hospital era el año 1882. Habían, pues, pasado 17 años. Relaté todo esto a mi mujer, la cual observó: —«Entonces tú también debías de estar ya en el retiro» de lo que yo protesté, exclamando: —«¡Dios me libre!» Después de esta conversación me puse a escribirte. La anterior cadena de pensamientos continuó sin embargo su camino, muy justificadamente por cierto, pues mi cálculo había sido erróneo. Mi memoria me proporciona ahora un firmísimo punto de referencia consistente en el recuerdo de que celebré, estando arrestado por haberme ausentado sin permiso, mi mayoría de edad, esto es, el día que cumplí los 24 años. Por lo tanto, el año de mi servicio militar, fué el de 1880 y, desde entonces han transcurrido 19 años y no 17 como creí primero. Ya tienes aquí el número 24 que forman parte de 2467. Toma ahora el número de años que tengo hoy: 43; añade 24 y tendrás 67 la segunda parte de la cifra arbitraria. Esto quiere decir que al oir la pregunta de mi mujer sobre si yo desearía retirarme ya de la vida activa me deseé en mi fuero interno 24 años más de trabajo. Seguramente me irritaba el pensamiento de que en el intervalo durante el cual había seguido el curso de la carrera del coronel M., no había hecho yo por mi parte toda la labor que hubiera deseado y, por otro lado, experimentaba una sensación como de triunfo al ver que para él había terminado todo, mientras que yo todo lo tenía aún ante mí. Podemos pues decir con absoluto derecho, que ni uno solo de los elementos de la cifra 2467, carecía de su determinación por parte del inconsciente».

Después de este primer ejemplo de interpretación de una cantidad arbitrariamente elegida en apariencia, he repetido muchas veces igual experimento con idéntico

resultado, pero la mayoría de tales casos son de un contenido tan íntimo que no es posible publicarlos.

Por esta misma razón no quiero dejar de exponer aquí un interesantísimo análisis de «cantidad arbitraria» comunicado al doctor Alfred Adler (Viena), por un individuo conocido suyo y «perfectamente sano» (1): A. me escribe: «Anoche me dediqué a leer la «Psicopatología de la vida cotidiana» y la hubiera terminado si no me lo hubiera impedido una curiosa incidencia. Al llegar a la parte en que se dice que todo número que con aparente arbitrariedad hacemos surgir en nuestra conciencia, tiene una significación bien definida, resolví hacer una prueba de ello. Se me ocurrió el número 1734. Rápidamente aparecieron las siguientes asociaciones: 1734 : 17 = 102; 102 : 17 = 6. Después separé el número en 17 y 34. Tengo 34 años y como ya creo haberle dicho a usted considero esta edad como el último año de la juventud lo cual hizo que el día de mi pasado cumpleaños me sintiera grandemente melancólico. Al final de mis 17 años comenzó para mí un bello e interesante período de mi desarrollo espiritual. Tengo el principio de dividir mi vida en períodos de 17 años. ¿Qué significan, pues, las divisiones efectuadas? Mi asociación al número 102, fué el volumen 102 de la Biblioteca Universal Reclam, volumen que contiene la obra de Kotzebue titulada «Misantropía y remordimientos».

Mi actual estado psíquico es en realidad de misantropía y remordimiento. El volumen núm. 6 de la Biblioteca (sé de memoria las obras que corresponden

(1) Alfred Adler.— «Tres psicoanálisis de «cantidades arbitrarias» y cifras obsedentes».— Psych. Neur. Wochenschrift. Nr. 28, 1905.

al número de orden de muchos volúmenes) contiene la «Culpa» de Muellner. El pensamiento de que por mi «culpa» no he llegado a ser todo lo que conforme a mis aptitudes hubiera podido, es algo que me atormenta de continuo. La asociación siguiente fué que el volumen núm. 34 de la Biblioteca universal contenía una narración del mismo Muellner titulada «Der Kaliber». Dividí esta palabra en Ka-liber y mi primera asociación fué el pensamiento de que en ella se contenían otras dos: «Ali» y «Kali» (potasa). Esto me recordó que una vez estaba jugando con mi hijo Alí, niño de seis años, a componer aleluyas y le dije que buscase una palabra que rimase con Ali. No se le ocurrió ninguna, y al pedirme que se la dijese yo le hice la frase siguiente: «Ali se lava la boca con hipermanganato de potasa (Kali)». Nos reímos los dos mucho de esta ocurrencia y Alí fué muy bueno aquel día. En estos últimos días me ha disgustado averiguar que mi hijo no ha sido un buen Ali (ka (kein) lieber Ali sei).

Al llegar a este punto me pregunté: —¿Qué obra es la que contiene el núm. 17 de la Biblioteca Universal?—, y no pude recordarla. Sin embargo, estoy seguro que antes lo sabía perfectamente y, por lo tanto, tuve que admitir que lo había querido olvidar por algún motivo. Todo esfuerzo para recordarlo fué inútil. Quise seguir leyendo, pero no pude hacerlo más que mecánicamente y sin conseguir enterarme de una sola palabra, pues el tal núm. 17 continuaba atormentándome. Apagué la luz y seguí buscando. Por fin se me ocurrió que el volumen núm. 17 tenía que contener una obra de Shakespeare. ¿Pero cuál? Se me vino a las mientes «Hero y Leandro», mas vi enseguida claramente que esta idea era tan sólo un insensato intento

de mi voluntad de apartarme del camino. Resolví levantarme de la cama para consultar el catálogo de la B. U., y hallé en él que el volumen 17 contenía el «Macbeth». Para mi sorpresa descubrí que a pesar de haber leído esta obra con igual detenimiento e interés que las demás tragedias schakespearianas no recordaba casi nada de ella. Las asociaciones fueron tan solo: asesino, Lady Macbeth, hechiceras, «Lo bello es feo», y el recuerdo de haber hallado muy bella la traducción que de esta obra hizo Schiller. Sin duda he querido olvidar el «Macbeth». Después se me ocurrió aún que 17 y 34 divididos por 17 dan como cocientes 1 y 2 respectivamente. Los núms. 1 y 2 de la B. U. corresponden al «Fausto» de Goethe. Siempre he hallado en mí algo semejante a este personaje».

Debemos lamentar que la discreción del médico no nos haya permitido penetrar en la profunda significación de esta serie de asociaciones. Adler observa que el sujeto no consiguió realizar la síntesis de sus análisis. No nos habrían parecido éstas dignas de comunicarse si en su continuación no surgiese algo que nos da la clave para la comprensión del núm. 1734 y de toda la serie de asociaciones.

«Esta mañana me sucedió algo que habla muy en favor de la verdad de la teoría freudiana. Mi mujer, a la que había despertado por la noche cuando me levanté a consultar el catálogo de la Biblioteca Universal, me preguntó qué es lo que había tenido que buscar en éste a tales horas. Yo la relaté toda la historia y ella encontró que todo aquello era un embrollo, menos—cosa muy interesante—lo referente a mi aversión hacia el «Macbeth». Luego añadió que a ella no se le ocurría nada cuando pensaba en un número, y yo la respondí: «Vamos a hacer la prueba». Mi mujer nom-

bró el número 117, y en cuanto lo oí repuse: «17 está en relación con lo que te acabo de contar y, además, recuerda que ayer te dije: —«Cuando una mujer tiene 82 años y su marido 35 el matrimonio resulta una equivocación irritante»—. Desde días atrás venía yo haciendo rabiar a mi mujer con la broma de que parecía una viejecita de 82 años. 82 + 35 = 117».

El marido, que no había conseguido determinar su propio número encontró en cambio inmediatamente la solución cuando su mujer le expresó otro, arbitrariamente elegido en apariencia. En realidad, la mujer había hallado con gran acierto de qué complejo provenía el número de su marido, y escogió el número propio tomándolo del mismo complejo, que con seguridad era común a ambos, dado que se trataba de la proporción de sus edades respectivas. Ahora nos es ya fácil interpretar el número escogido por el marido. Como Adler indica, dicho número expresa un deseo reprimido de aquél, deseo que totalmente desarrollado diría lo siguiente: «Para un hombre de 34 años, como yo, lo que conviene es una mujer de 17».

Con el fin de que no se piense demasiado despectivamente de estos «entretenimientos», añadiré aquí que, según me ha comunicado hace poco el doctor Adler, el individuo referido se separó de su mujer un año después de la publicación del anterior análisis (1).

Análogas explicaciones da Adler para el origen de

---

(1) Como aclaración a lo referente al «Macbeth», volumen número 17 de la B. U., me comunica el doctor Adler que el sujeto del análisis ingresó teniendo 17 años en una sociedad anarquista que se había señalado como fin la muerte del rey. Por esta razón cayó quizá en el olvido el contenido del «Macbeth». En aquella época recibió el referido sujeto una comunicación secreta en la que las letras eran sustituídas por números.

números obsedentes. La elección de los llamados «números favoritos», no deja tampoco de estar en relación con la vida del sujeto, y no carece de un cierto interés psicológico. Un señor que reconocía su especial predilección por los números 17 y 19 pudo explicarla después de corta meditación, diciendo que a los 17 años fué cuando comenzó su independiente vida universitaria durante largo tiempo deseada, y que a los 19 emprendió su primer viaje importante e hizo poco después de este su primer descubrimiento científico. La fijación de su predilección por dichos números no se verificó, sin embargo, hasta dos lustros después, cuando aquellos adquirieron así mismo una relación importante con su vida erótica. También a aquellos números que con aparente arbitrariedad se pronuncian frecuentemente en relación con determinados contextos puede hallárseles por medio del análisis un sentido inesperado. Así sucedió a uno de mis clientes, que solía exclamar cuando se hallaba impaciente o disgustado: «Eso te lo he dicho ya 17 o 36 veces», y quiso saber si para la aparición constante de dichas cifras en la misma frase existía alguna motivación. En cuanto reflexionó sobre ello, se le ocurrió que él había nacido en el día 27 de un mes y su hermano menor el 26 de otro, y que tenía razón para quejarse de que el destino le había robado muchos bienes vitales para concedérselos a su hermano pequeño. Así, pues, representaba esta parcialidad del destino, restando diez de la fecha de su nacimiento y agregándolos a la del de su hermano. «Soy el mayor, y sin embargo, he sido disminuído».

Insisto en estos análisis de ocurrencia de números, porque no conozco otra clase de observaciones individuales que demuestren tan claramente la existencia

de procesos mentales de tan gran coherencia y que, sin embargo, permanezcan desconocidos para la conciencia, ni ejemplo mejor de análisis en los que no pueda intervenir para nada la cooperación del médico (sugestión) a la que con tanta frecuencia se atribuyen los resultados de otros experimentos psicoanalíticos. Por lo tanto, comunicaré aquí, con la autorización del interesado, el análisis de una ocurrencia de número de un paciente mío, sobre el cual no tengo necesidad de dar más datos que los de que era el menor de una serie de hermanos y que su padre, al que él quería y admiraba mucho, había muerto siendo él aún un niño. Hallándose en un sereno y alegre estado de ánimo dejó que se le ocurriere el número 426718 y se preguntó: «Vamos a ver, ¿qué es lo que se me ocurre ante este número? En primer lugar, el siguiente chiste que oí una vez: Cuando se tiene un costipado y se llama al médico, para cuidárselo, le dura a uno 42 días y si no se llama al médico ni se ocupa uno de la enfermedad, 6 semanas». Esto corresponde a las primeras cifras del número $42 = 6 \times 7$. Después de esta primera solución, no pudo ya mi paciente seguir adelante, y yo le ayudé llamándole la atención sobre el hecho de que en el número de seis cifras por él escogido existían los ocho primeros números, a excepción del 3 y del 5. Entonces halló enseguida la continuación del análisis. «Somos—dijo—7 hermanos, yo el más pequeño de todos. El número 3 corresponde en esta serie a mi hermana A., y el 5 a mi hermano L. Ambos se gozaban en hacerme rabiar cuando todos éramos niños, y por entonces acostumbraba yo a rogar a Dios todas las noches que quitase la vida a mis dos atormentadores. En el caso actual me parece haber realizado este deseo por mí mismo. En efecto, 3 y 5, el

perverso hermano y la odiada hermana, han desaparecido». «Entonces—observé yo—si el número por usted expresado quiere significar la serie de hermanos, ¿a qué viene el 18 que aparece al final? Ustedes no son más que 7.» «He pensado muchas veces—me replicó mi paciente—que si mi padre hubiera vivido más tiempo no hubiera sido yo el menor de mis hermanos. Si hubiese nacido 1 más, hubiéramos sido 8 y yo hubiera tenido detrás de mí un hermanito con quien poder hacer de hermano mayor».

Con esto quedó explicado el número que se le había ocurrido, pero nos quedaba todavía que reconstituir la conexión entre la primera y la segunda parte del análisis, cosa que nos fué fácil, partiendo de la condición necesaria a las últimas cifras, esto es, que el padre hubiera vivido más tiempo; $42 = 6 \times 7$, significaba la burla contra los médicos que no habían podido impedir la muerte del padre y, por lo tanto, expresaba en esta forma el deseo de que el padre hubiese continuado viviendo. El número total correspondía, en realidad, a la realización de sus dos deseos infantiles relativos a su círculo familiar: la muerte de los dos perversos hermanos y el nacimiento de un hermanito, deseos que pueden concretarse en la frase siguiente: «¡Cuánto mejor sería que hubieran muerto mis dos hermanos en lugar de mi querido padre!» (1).

Un pequeño ejemplo que me ha sido comunicado por uno de mis corresponsales. El jefe de telégrafos de L. me escribió que su hijo, un muchacho de diez y ocho años y medio, que deseaba estudiar Medicina, se ocupaba ya de la Psicopatología de la vida cotidiana,

---

(1) Para simplificar he suprimido algunas ocurrencias intermedias perfectamente pertinentes.

e intentaba convencer a sus padres de la justeza de mis teorías. Doy aquí uno de sus intentos, sin juzgar la discusión que hace del caso:

«Mi hijo hablaba con mi mujer de lo denominado «casual», y la explicaba que le sería imposible citar una sola poesía o un solo número que pudiese considerarse que se la había ocurrido por completo «casualmente.» Sobre esto se desarrolló la conversación que sigue:

El hijo.—Dime un número cualquiera.

La madre.—79.

—¿Qué se te ocurre en relación con él?

—Pienso en un precioso sombrero que ví ayer.

—¿Cuánto costaba?

—158 marcos.

—Ahí lo tenemos: 158 : 2 = 79. Te pareció muy caro el sombrero y pensaste seguramente: —«Si costase la mitad me lo compraría».

Contra esta opinión de mi hijo alegué, en primer lugar, la objeción de que las señoras no suelen estar muy fuertes en matemáticas y que lo más seguro era que su madre no había visto claramente que 79 era la mitad de 158, deduciéndose de esto que su teoría suponía que lo subconsciente calculaba mejor que la conciencia normal. Mi hijo me respondió: —«Nada de eso. Aun concediendo que mamá no haya hecho el cálculo de 158 : 2 = 79 puede muy bien haber visto en algún lado esta igualdad o también haberse ocupado en sueños del sombrero y haberse dicho: «cuán caro sería aunque no costase más que la mitad».

De la tantas veces citada obra de Jones (pg. 478), tomo el siguiente análisis de un número: Un conocido del autor dijo al azar el número 986 y le desafió a que lo refiriera a un pensamiento suyo. «La primera aso-

ciación del sujeto fué el recuerdo de un chiste que hacía ya mucho tiempo había olvidado. Seis años antes, en el día más caluroso del verano, había dado un periódico la noticia de que el termómetro había alcanzado 986° Fahrenheit, grotesca exageración de la cifra real de 98°6. Durante esta nuestra conversación nos hallábamos sentados ante una chimenea en la que ardía un gran fuego del que el sujeto se había retirado expresando luego, no sin razón, que el calor que sentía era lo que le había hecho recordar la anécdota referida. Sin embargo, yo no me dí por satisfecho tan fácilmente y pedí que me explicase cómo aquel recuerdo había quedado tan fuertemente impreso en él. Entonces me dijo que la chistosa errata le había hecho reir de tal manera, que no podía dejar de divertirle aún cada vez que la recordaba. Mas como yo no encontraba que el error fuese en realidad tan gracioso me confirmé cada vez más en mi sospecha de que detrás de todo aquello había algún sentido oculto. Su siguiente pensamiento fué el de que la representación del calor había sido siempre muy importante para él. El calor era lo más importante del mundo, la fuente de toda vida etc., etc. Un tal entusiasmo en un joven tímido en general no dejó de parecerme sospechoso y le rogué que continuase sus asociaciones. La primera de éstas, se refirió a la chimenea de una fábrica que él veía desde la ventana de su alcoba. Por las noches acostumbraba a fijar su vista en ella meditando en la lamentable pérdida de energía que suponía el no haber medio de utilizar el calor que con el humo y las chispas que por ella salían se desperdiciaba. Calor, fuego, fuente de vida, energía perdida al salir por un tubo; no era difícil adivinar por estas asociaciones que la representación «calor y fuego» estaba ligada en él con la

representación, del amor como sucede habitualmente en el pensamiento simbólico, y que su ocurrencia numérica había sido motivada por un fuerte complejo de masturbación».

Aquellos que quieran adquirir un conocimiento preciso de cómo se elabora en el pensamiento inconsciente el material de los números, pueden consultar el trabajo de C. G. Jung, titulado «Contribución al conocimiento de los sueños de números». (Zentralblatt fuer Psychoanalyse, I-1912) y otro de E. Jones, «Unconscious manipulations of numbers». (Ibd. II-5-912).

En análisis personales de este género me han llamado especialmente la atención dos hechos: Primero, la seguridad de sonámbulo con la cual voy derecho siempre al fin desconocido para mí, sumiéndome en una reflexión matemática que llega de repente al número buscado, y la rapidez con la que se verifica toda la labor subsiguiente; y segundo, el hecho de que los números se presenten con tan gran facilidad a la disposición de mi pensamiento inconsciente siendo como soy un desastroso matemático y costándome las mayores dificultades poder recordar conscientemente fechas, números de casas y datos análogos. Además en estas operaciones mentales inconscientes con cifras, encuentro en mí una tendencia a la superstición cuyo origen ha permanecido durante largo tiempo desconocido para mí (1).

(1) El señor Rudolf Schneider, de Munich, ha expuesto una interesante objeción contra la fuerza demostrativa de estos análisis de números. (R. Schneider—La investigación freudiana de las ocurrencias de números.—Internat. Zeitschr. f. Psychoanalyse.—1920-I). Escogiendo una cifra dada, p. e., la primera fecha que se presentaba a sus ojos al abrir un libro de historia, o comunicando a otra persona un número elegido por él, hizo Schnei-

No ha de sorprendernos el hallar que no sólo las ocurrencias espontáneas de números, sino también las

der el experimento de ver si se presentaban también ante este número asociaciones aparentemente determinantes. En efecto, se presentaron en la práctica tales asociaciones. En el ejemplo, producto de un auto-análisis que Schneider nos comunica, el resultado de las asociaciones emergentes fué una determinación tan rica y significativa como la que resulta en nuestros análisis de números espontáneamente emergidos, siendo así que en el experimento de Schneider el número no necesitaba determinación ninguna por haber sido dado exteriormente. En otro caso se facilitó Schneider demasiado la tarea, pues la cifra que dió fué el 2, cuya determinación tiene necesariamente que alcanzarse por cualquier material y en cualquier persona.

De estas investigaciones deduce Sehneider dos cosas: Primero, que «lo psíquico posee iguales posibilidades de asociación respecto a los números, que respecto a los conceptos» y, segundo, que la emergencia de asociaciones determinantes ante números espontáneamente expresados no demuestra nada sobre que estos números sean originados por los pensamientos que se revelan en el «análisis». La primera consecuencia es de una certeza indudable. A un número dado puede asociarse algo pertinente con igual facilidad que a una palabra dada y aún quizá más fácilmente, pues la facultad de asociación de las escasas cifras es especialmente grande. Entonces se encuentra uno simplemente en la situación del llamado experimento de asociación que ha sido estudiado en sus más diversas direcciones por la escuela de Bleuler-Jung. En esta situación la ocurrencia (reacción) es determinada por la palabra dada (palabra-estímulo). Esta reacción puede ser, sin embargo, de muy distinta naturaleza y las investigaciones de Jung han mostrado que la diferenciación no queda abandonada a la «casualidad», sino que en la determinación toman parte «complejos» inconscientes cuando han sido tocados por la palabra-estímulo.

La segunda consecuencia de Schneider va demasiado lejos. Del hecho de que ante números (o palabras) dados emerjan ocurrencias pertinentes, no puede deducirse sobre la derivación de los números (o palabras) espontáneamente emergentes nada que no hubiera de haberse debido tener en cuenta antes del conocimiento de este hecho. Estas ocurrencias (palabras o núme-

de palabras de otro orden se demuestran al ser sometidas al análisis como perfectamente determinadas.

Jung nos presenta un precioso ejemplo de derivación de una palabra obsedente. (Diagnost. Assoziationsstudien, IV, pág. 215): «Una señora me relató que desde hacía algunos días se le venía constantemente a la boca la palabra «Taganrock», sin que ella tuviese la menor idea de cuál podría ser la causa de esta obsesión. A mi pregunta sobre qué sucesos importantes la habían acaecido y qué deseos reprimidos había tenido en los días anteriores, respondió, después de vacilar un poco, que la hubiera gustado mucho comprarse un traje de mañana (Morgenrock), pero que su marido no parecía muy inclinado a satisfacerla. «Morgenrock» (traje de mañana) y «Tag-an-rock» tienen no sólo una semejanza de sonido, sino también, en parte, de sentido. (Morgen-mañana. Tag-día. Rock-traje). La determinación de la forma rusa «Taganrog», provenía de que la señora había conocido por aquellos días

ros) podían ser indeterminadas, determinadas por los pensamientos que aparecen en el análisis o, por último, determinadas por otros pensamientos que no se han revelado en el mismo, en cuyo caso éste nos habría engañado. Hay que libertarse de la tendencia a creer que este problema se plantea para los números de distinto modo que para las palabras. No está dentro de las intenciones de este libro realizar una investigación crítica del problema y con ella una justificación de la técnica psicoanalítica en esta cuestión de la ideas espontáneas. En la práctica analítica se parte de la hipótesis de que la segunda de las mencionadas posibilidades es la cierta y la utilizable en la mayoría de los casos. Las investigaciones de un psicólogo experimental han mostrado que es la más probable. (Poppelreuter).—(Véanse además sobre esta cuestión las importantes consideraciones de Bleuler, en su libro «Das autistisch-undisziplinirte Denken», 1919, capítulo 9. De las probabilidades del conocimiento psicológico).

a una persona residente en dicha ciudad eslava».

Al doctor E. Hitschmann debo la solución de otro caso, en el cual un verso se presentaba espontáneamente en la memoria del sujeto siempre que éste pasaba por un determinado lugar geográfico y sin que aparecieran visibles su origen ni sus relaciones.

«Relato del señor E., doctor en Derecho: Hace seis años iba yo desde Biarritz a San Sebastián. La línea férrea pasa sobre el Bidasoa, que en aquel sitio constituye la frontera entre Francia y España. Desde el puente que atraviesa dicho río se goza de una preciosa vista. A un lado un amplio valle que termina en los Pirineos, y al otro el mar. Era un bello y claro día estival todo lleno de luz y de sol, y yo me hallaba en viaje de vacaciones, muy contento de ir a visitar España. En este lugar y esta situación, se me ocurrieron de repente los siguientes versos: «Pero el alma está ya libre—flotando en un mar de luz.»

Recuerdo que pensé entonces de dónde procederían tales versos, sin serme posible averiguarlo. Dado su ritmo tenían aquellas frases que formar parte de una poesía, pero el resto de ésta y hasta su título y autor, habían desaparecido por completo de mi memoria. También creo que después, habiendo vuelto a recordarlos repetidas veces, pregunté sobre ellos a diversas personas, sin que nadie me sacase de dudas.

El año pasado volví a recorrer igual camino a mi regreso de otro viaje por España. Era noche cerrada y oscura y estaba lloviendo. Miré por la ventanilla para ver si estábamos ya cerca de la frontera, y me dí cuenta de que nos hallábamos en el puente sobre el Bidasoa. Inmediatamente volvieron a emerger en mi memoria los versos mencionados, sin que tampoco pudiera acordarme de su origen.

Varios meses después cogí en casa un tomo de poesías de Uhland, y al abrirlo se presentaron ante mi vista los versos: «Pero el alma está ya libre—flotando en un mar de luz», que constituyen el final de una composición titulada: «El peregrino». Leí ésta y recordé muy oscuramente haberla conocido muchos años atrás. El lugar de la acción es España y ésta me pareció ser la única relación que el verso recordado tenía con el lugar en que había emergido en mi memoria. No me quedé muy satisfecho con este descubrimiento, y seguí hojeando el libro. Los versos: «Pero el alma está ya libre, etc.», eran los últimos de una página, y al dar vuelta a la hoja encontré que la poesía que comenzaba en la página siguiente, se titulaba «El puente del Bidasoa».

Quiero observar aún que el contenido de esta poesía me pareció todavía más desconocido que el de la primera, y que las palabras con que comienza son las siguientes: «Sobre el puente del Bidasoa está en pie un anciano Santo, bendiciendo a su derecha las montañas españolas y a su izquierda los valles francos».

II. Esta comprensión de la determinación de nombres y números elegidos arbitrariamente en apariencia, puede, quizá, contribuir al esclarecimiento de otro problema. Conocido es que un gran número de personas alega, en contra de la afirmación de un absoluto determinismo psíquico, su intenso sentimiento de convicción de la existencia de una voluntad libre. Esta convicción sentimental no es incompatible con la creencia en el determinismo. Como todos los sentimientos normales, tiene que estar justificada por algo. Pero, por lo que yo he podido observar, no se manifiesta en las grandes e importantes decisiones, en las cuales se tiene más bien la sensación de una coacción psíquica y

se justifica uno con ella. («Me es imposible hacer otra cosa»). En cambio, en las resoluciones triviales e indiferentes se siente uno seguro de haber podido obrar lo mismo de otra manera, esto es, de haber obrado con libre voluntad, no motivada. Después de nuestros análisis, no hace falta discutir el derecho al sentimiento de convicción de la existencia del libre albedrío. Si distinguimos la motivación consciente de la motivación inconsciente, este sentimiento de convicción nos indicará que la motivación consciente no se extiende a todas nuestras decisiones motoras. *Minima non curat praetor.* Pero lo que por este lado queda libre, recibe su motivación por el otro, por lo inconsciente, y de este modo queda conseguida sin solución alguna de continuidad la determinación en el reino psíquico (1).

III. Aunque el conocimiento de la motivación de los rendimientos fallidos antes descritos debe escapar por completo al pensamiento consciente, sería, sin embar-

(1) Esta doctrina de la estricta determinación de actos aparentemente arbitrarios, ha dado ricos frutos para la Psicología y quizá también para la administración de Justicia. Bleuler y Jung han hecho de este modo inteligibles las reacciones en el llamado «experimento de asociación», en el cual la persona investigada debe contestar a una palabra que se la dirija (palabra-estímulo) con otra que al oir aquella se le ocurra (reacción), midiéndose el tiempo que transcurre entre una y otra (tiempo de reacción). Jung ha mostrado en sus «Estudios asociativos diagnosticales, 1906», qué buen reactivo para los estados psíquicos poseemos en este experimento de asociación. Dos discípulos del profesor de Derecho Penal, H. Gross, de Praga, los señores Wertheimer y Klein, han desarrollado, basándose en estos experimentos, una técnica para el *diagnóstico de hechos* (*Tatbestands-Diagnostik*), en casos criminales, técnica cuyo examen y verificación ocupa en la actualidad a psicólogos y juristas.

go, de desear que se descubriese una prueba psíquica de la existencia de la misma, y, en realidad, por razones que se nos revelan conforme vamos penetrando en el conocimiento de lo inconsciente, parece probable que tales pruebas puedan hallarse en algún lado. En dos lugares pueden señalarse, en efecto, determinados fenómenos que parecen corresponder a un conocimiento inconsciente y, por lo tanto, desplazado, de dicha motivación.

a) Un rasgo singular y generalmente observado de la conducta de los paranoicos es el de interpretar y utilizar como base de subsiguientes deducciones, dándoles una gran importancia, los pequeños y triviales detalles que observan en la conducta de los demás, detalles a los que los normales ni siquiera prestamos atención. El último paranoico que yo he tratado dedujo que existía una determinada confabulación entre todos los que le rodeaban, por haber visto al salir de viaje que toda la gente que quedada en la estación al partir el tren hacía un mismo o parecido gesto con una mano. Otro observó la manera que la gente tiene de andar por la calle, llevar el bastón, etc. (1).

La categoría de lo accidental, de lo no necesitado de motivación, en que el individuo normal incluye una parte de sus propias actividades psíquicas y de sus rendimientos fallidos, es rechazada por el paranoico en su aplicación a las manifestaciones psíquicas de los demás. Todo lo que en los demás observa es significativo e interpretable. Mas ¿cómo llega a considerarlo así? Probablemente aquí, como en otros muchos

---

(1) Partiendo de otros puntos de vista, se ha atribuído esta interpretación de las exteriorizaciones nimias o casuales a las «neurosis de referencia». (Beziehung wahn).

casos análogos, proyecta en la vida psíquica de los demás lo que en lo suya existe iuconsciente. En la paranoia se hacen conscientes muchas cosas que en los individnos normales o en los neuróticos permanecen en lo inconsciente, y cuya existencia en él, sólo por medio del psicoanálisis llega a revelarse (1). Así, pues, el paranoico tiene aquí razón en cierto sentido. Percibe algo que escapa al individuo normal, ve más claramente que un hombre de capacidad intelectual normal, pero el desplazamiento de lo asi percibido en otros, anula el valor del conocimiento adquirido. Confío en que no se esperará de mí que justifique aquí todas y cada una de las interpretaciones paranoicas. Pero sí haré observar qus este principio de justificación que concedemos a las paranoias en esta nuestra concepción de los actos casuales nos facilitará la comprensión psicológica de la convicción que en el paranoico se liga a estas sus interpretaciones. En ellas hay realmente algo de verdad; nuestros errores de juicio, que no son calificados de patológicos, adquieren de igual manera su sentimiento de convicción. Este sentimiento es justificado con respecto a un determinado trozo del proceso mental erróneo o a la fuente de que proviene, y lo extendemos nosotros luego al contexto restante.

b) Los fenómenos de la superstición no dan otras indicaciones sobre el conocimiento desplazado e in-

(1) Aquellas fantasías de los histéricos, referentes a malos tratos o abusos sexuales, que el análisis trata de hacer conscientes, coinciden ocasionalmente hasta en sus menores detalles con los lamentos de los paranoicos perseguidos. Es singular, mas no incomprensjble, el que también se halle igual contenido como una realidad en los hechos ejecutados por los perversos para la consecuencia de sus deseos.

consciente de la motivación de los funcionamientos casuales y fallidos. Trataré de exponer claramente mi opinión sobre estas cuestiones, relatando un sencillo suceso que constituyó para mí el punto de partida de estas reflexiones.

Al volver de mis vacaciones veraniegas mis pensamientos se dirigieron enseguida hacia los pacientes que habían de ocupar mi actividad durante el año de trabajo que para mí empezaba. Mi primera visita fué a una anciana señora, a la cual venía desde años atrás viendo dos veces al día para prestarla cada uno de ellos iguales atenciones profesionales. (Véase el capítulo VIII). Esta monotonía en mi labor había sido aprovechada con gran frecuencia por mis pensamientos inconscientes para hallar un medio de exteriorizarse, tanto durante el camino hacia casa de la anciana paciente, como estando prestándola mi asistencia. Como la referida señora había llegado ya a los noventa años, podía yo preguntarme el principio de cada temporada si llegaría aún con vida al final de ella. El día en que me sucedió lo que aquí quiero relatar me hallaba yo falto de tiempo y tomé un coche para dirigirme a casa de mi cliente. Todos los cocheros de la parada que hay frente a mi casa conocen ya las señas de la anciada señora, por haberme llevado a su casa repetidas veces, mas aquel dió sucedió que el que me llevó se equivocó y detuvo su coche en una casa del mismo número, pero situada en una próxima calle paralela a la verdadera. Advertí el error y reproché su descuido al cochero, el cual se disculpó un tanto confuso. ¿Debería tener alguna significación aquel hecho de conducirme el coche a una casa en la cual no vivía la anciana paciente? Para mí, ninguna; pero si yo fuese s u p e r s t i c i o s o hubiera visto en este suceso un aviso

del destino de que aquel año iba a ser el último de la señora. Gran número de presagios conservados en la Historia no fueron fundados en una mejor simbólica. Sin embargo, yo considero este incidente como una simple casualidad, sin más significación.

El caso sería muy distinto si hubiera hecho a pié el camino y «sumido en mis pensamientos», o «distraído» hubiera ido a parar a una calle distinta de la verdadera. Esto no lo denominaría yo de ninguna manera «casualidad», sino que lo consideraría como un acto llevado a cabo con intención inconsciente y necesitado de interpretación. Mi explicación de este error de dirección seria la de que esperaba no encontrar ya, próximamente, en su casa, a la anciana señora.

Así, pues, me diferencio de un supersticioso en lo siguiente:

No creo que un suceso en el que no toma parte mi vida psíquica me pueda revelar la futura conformación de la realidad, pero sí que una manifestación inintencional de mi propia vida psíquica me descubre algo oculto que pertenece también exclusivamente a ella. Creo en accidentes casuales exteriores (reales), pero no en una casualidad interior (psíquica). Por lo contrario, el supersticioso ignora en absoluto la motivación de sus actos casuales y funcionamientos fallidos, y cree en la existencia de casualidades psíquicas, estando, por lo tanto, inclinado a atribuir al accidente exterior una significación que se manifestará más tarde en una realidad y a ver en lo casual un medio de exteriorización de algo exterior a él; pero que permanece oculto a sus ojos. La diferencia entre el supersticioso y yo se manifiesta en dos cosas. Primeramente, el supersticioso proyecta hacia el exterior una motivación que yo busco en el interior, y, en segundo lugar,

interpreta el accidente por un suceso real que yo reduzco a un pensamiento. Pero en el supersticioso el elemento oculto corresponde a lo que en mí es lo inconsciente, y a ambos nos es común el impulso a no dejar pasar lo casual como tal, sino a interpretarlo.

Admito, pues, que este desconocimiento consciente y conocimiento inconsciente de la motivación de las casualidades psíquicas sea una de las raíces psíquicas de la superstición. El supersticioso, por ignorar la motivación de los propios actos casuales y porque el hecho de esta motivación lucha por ocupar un lugar en su reconocimiento, se ve obligado a transportarla, por medio de un desplazamiento, al mundo exterior. Si esta conexión existe no estará seguramente limitada a este caso aislado. Creo, en efecto, que una gran parte de aquella concepción mitológica del mundo que alcanza hasta muy dentro de las más modernas religiones no es otra cosa que psicología proyectada en el mundo exterior. La oscura percepción (podríamos decir percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y relaciones (1) de lo inconsciente se refleja—es difícil expresarlo de otro modo y tenemos que apoyarnos para hacerlo en las analogías que esta cuestión presenta con la paranoia—se refleja, decíamos, en la construcción de una realidad transcendental que debe ser vuelta a transformar por la ciencia en Psicología de lo inconsciente. Podríamos, pues, atrevernos de este modo, o sea transformando la metafísica en metapsicología, a solucionar los mitos del Paraíso, del Pecado original, de Dios, del Bien y el Mal,

(1) Relaciones que, como es natural, no tienen caráter alguno de percepción.

de la inmortalidad, etc. La separación existente entre el desplazamiento del superticioso y el del paranoico es menor de lo que a primera vista parece. Cuando los hombres comenzaron a pensar, se hallaron indudablemente compelidos a interpretar antropomórficamente el mundo exterior como una pluralidad de personalidades de su propia imagen. Por lo tanto, las casualidades, por ellos supersticiosamente interpretadas, era para ellos actos y manifestaciones de personas, y en consecuencia se conducían como los paranoicos que sacan deducciones y conclusiones de los signos insignificantes que observan en los demás, y como los individuos sanos que muy justificadamente utilizan como fundamento de su estimación del carácter de sus semejantes los actos casuales e inintencionados que en ellos observan. Nuestra moderna concepción del mundo, científica, pero aún no definitivamente fijada ni mucho menos, es lo que hace que la superstición nos parezca tan fuera del lugar en la actualidad. En la concepción del mundo que se tenía en tiempos y por pueblos pre-científicos la superstición estaba justificada y era lógica.

El romano, que al observar en su camino un vuelo de pájaros que constituían un mal presagio, abandonaba una importante empresa, tenía una relativa razón al hacerlo así, pues obraba conforme a sus principios. Pero cuando abandonaba la empresa por haber tropezado en el umbral de su casa («Un romain retournerait») se mostraba muy superior a nosotros los descreídos y mucho mejor psicólogo de lo que nos esforzamos en llegar a ser, pues dicho tropezón debía revelarle existencia de una duda, de una contra-corriente interior cuya fuerza era suficiente para burlar el poder de su propósito consciente en el momento de iniciar su

ejecución. No se puede estar seguro de un éxito completo más que cuando todas las fuerzas psíquicas tienden de consuno hacia el fin propuesto. ¿Qué es lo que responde Guillermo Tell, de Schiller, que tanto tiempo ha dudado antes de tirar a la manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, cuando el bailío le pregunta para qué ha guardado en el seno otra flecha?

«Con esta flecha os hubiera traspasado si con la otra hubiera herido a mi hijo. Y a vos —creedme no os hubiera errado».

IV. Todo aquel que haya tenido ocasión de investigar por los medios psicoanalíticos las ocultas sensaciones psíquicas de los hombres podrá exponer muchas cosas nuevas sobre la calidad de los motivos inconscientes que se manifiestan en la superstición. En los individuos nerviosos que padecen ideas y estados obsedentes y que son con mucha frecuencia personas de claro entendimiento, es en los que con mayor claridad se ve que la superstición es originada por impulsos hostiles y crueles, reprimidos. La superstición es en gran parte un temor de desgracias futuras, y aquellas personas que frecuentemente desean mal a otras, pero que a consecuencia de una educación orientada hacia la bondad han reprimido tales deseos rechazándolos hasta el inconsciente, están especialmente próximas al temor de que, como castigo a dicha maldad inconsciente, les acaezca alguna desgracia que caiga sobre ellos viniendo de la realidad exterior.

Convenimos en que con estas consideraciones no hemos agotado ni mucho menos la psicología de la superstición, pero por otro lado no queremos dejar de examinar la cuestión de si ha de negarse siempre que la superstición tenga raíces reales y que existan presentimientos, sueños proféticos, experiencias tele-

páticas, manifestaciones de fuerzas sobrenaturales, etcétera. Nada más lejos de mí que rechazar desde luego y sin formación de causa estos fenómenos sobre los cuales existen tantas y tan penetrantes observaciones de hombres de alta intelectualidad, y que deben desde luego seguir siendo objeto de investigación. Es de esperar que algunas de estas observaciones lleguen a ser totalmente aclaradas por medio de nuestro naciente conocimiento de los procesos psíquicos inconscientes y sin obligarnos a una transformación fundamental de nuestras concepciones actuales. Si llegaran a demostrarse otros fenómenos, por ejemplo, los afirmados por los espiritistas, emprenderíamos las modificaciones de nuestras «leyes» exigidas por las nuevas experiencias, sin que ello trajera consigo para nosotros una confusión en las relaciones de los objetos en el mundo.

Dentro de los límites de estas consideraciones no me es posible contestar a todas las interrogaciones que sobre esta materia se acumulan más que subjetivamente, esto es, conforme a mi experiencia personal. Tengo que confesar que por desgracia pertenezco a aquellos indignos individuos a cuyos ojos ocultan los espíritus su actividad y de los cuales se aparta lo sobrenatural, de manera que jamás me ha sucedido nada que haya hecho surgir en mí la fe en lo maravilloso. Como todos los hombres, he tenido presentimientos y me han sucedido desgracias, pero nunca han correspondido éstas a aquéllos. Mis presentimientos no se han realizado y las desgracias han llegado a mí sin anunciarse. En la época en que siendo muy joven vivía yo en una ciudad extrangera, me sucedió oir varias voces mi nombre, pronunciado por una querida voz inconfundible, y siempre apunté el momento en que

sufría tal alucinación para preguntar a mis familiares ausentes lo que en dicho momento les había ocurrido. Nunca coincidió mi alucinación con ningún suceso. En cambio, posteriormente, estuve en una ocasión prestando asistencia a mis pacientes con absoluta tranquilidad y sin sospecha alguna, mientras mi hijo se hallaba en peligro de muerte a causa de una hemorragia. Tampoco ninguno de los presentimientos que me han sido relatados por mis pacientes ha podido nunca llegar a conseguir mi reconocimiento como fenómeno real.

La creencia en los sueños proféticos cuenta con un gran número de adeptos por el hecho de que encuentra un fundamento en que determinadas cosas suceden en la realidad futura, tal y como el deseo las ha construído en el sueño. Mas esto tiene poco de maravilloso y siempre entre el sueño y su realización, aparecen grandes diferencias que la credulidad del sujeto suele no tomar en consideración. Una paciente mía, persona muy inteligente y sincera, me procuró una vez ocasión de analizar con toda precisión un sueño suyo que justificadamente podía calificarse de profético. Había soñado que encontraba en una determinada calle y frente a una determinada tienda, a su médico de cabecera y antiguo amigo de su casa, y a la mañana siguiente, yendo por el centro de la ciudad le encontró realmente en el sitio preciso en el que le había visto en sueños. Debo hacer constar que este maravilloso encuentro no revistió luego significación importante ninguna, pues no resultaron de él consecuencias apreciables, y que, por lo tanto, no puede quedar justificado como una señal de acontecimientos futuros.

Un cuidadoso examen demostró que no existía prueba alguna de que la señora hubiese recordado dicho

sueño durante la mañana siguiente a la noche en la que afirmaba haberlo tenido, esto es, antes de salir ella a la calle y verificarse el encuentro real. Tampoco pudo alegar nada contrario a mi concepción del suceso que quitaba a éste todo aspecto maravilloso y lo dejaba reducido a un interesantísimo problema psicológico. Para mí lo sucedido era que habiendo salido la señora por la mañana y encontrado en una calle y ante una tienda a su antiguo médico y amigo había adquirido en el momento de verle la convicción de que había tenido la noche anterior un sueño en que él se encontraba a la misma persona y en aquel mismo sitio. El análisis pudo después indicar con gran verosimilitud cómo la señora había podido llegar a adquirir tal convicción a la cual, según las reglas generales, no debe serle negado un cierto derecho a ser creída. Un encuentro, en un sitio determinado y después de una espera más o menos larga, constituye una cita. El antiguo médico de la casa hizo surgir en la señora el recuerdo de tiempos pasados en que sus encuentros con una tercera persona, amiga también del médico, eran algo muy importante para ella. Sus relaciones con dicha persona no se habían interrumpido todavía y el día anterior al pretendido sueño la había estado esperando sin que acudiera. Si me fuera posible comunicar aquí más detalladamente todo lo que a este caso se refiere me sería muy fácil demostrar que la ilusión del sueño profético que surgió en la señora al ver a su médico y amigo de los pasados tiempos era equivalente a la siguiente exclamación: —«¡Ay doctor! Me recuerda usted ahora aquellos tiempos en que nunca esperaba en vano la llegada de N., cuando nos habíamos dado una cita».

En mí mismo he observado un sencillo ejemplo, fá-

cilmente interpretable, de aquellos «singulares encuentros» en los que se hallaba uno de pronto ante la persona que precisamente ocupaba nuestros pensamientos, ejemplo que constituye un buen modelo de estos y análogos casos. Pocos días después de serme otorgado el título de Profesor, el cual da una gran autoridad aun en aquellos países de régimen monárquico, se entregaron mis pensamientos, mientras iba yo dando un paseo por las calles de la ciudad, a una infantil fantasía vengativa dirigida contra un determinado matrimonio que meses antes me había llamado para asistir a una hija suya en la que se había presentado una curiosa obsesión después de un sueño que había tenido. Yo me tomé un gran interés por aquel caso, cuya curación creía posible llegar a obtener, pero los padres rechazaron el tratamiento que yo propuse, dándome a entender que pensaba dirigirse a una autoridad médica extrangera, que aplicaba un procedimiento curativo basado en el hipnotismo. Mi fantasía suponía que los padres, después del completo fracaso de este método, me rogaban volviese a asistir a su hija manifestándome que tenían absoluta confianza en mí, etc. Yo les respondía: —«Sí; ahora que me han nombrado Profesor tienen ustedes confianza en mí. Pero el título no puede haber cambiado mis aptitudes y si antes no les servía a ustedes, también pueden pasarse sin mí ahora». Al llegar a este punto quedó mi fantasía interrrumpida por el saludo: —«Adiós, señor Profesor», que en alta voz me fué dirigido, y al alzar la vista, ví que se cruzaba conmigo el matrimonio del cual acababa de tomar ideal venganza rechazando su ruego de volver a encargarme de la curación de su hija. La apariencia sobrenatural de este encuentro desapareció en cuanto comencé a reflexionar sobre él. Iba yo por una calle

muy ancha, recta y casi desierta, y había visto con una rápida ojeada al corpulento matrimonio cuando aún me hallaba a veinte pasos de él, pero por aquellos motivos afectivos que luego desarrollaron su influencia en mi fantasía vengativa, aparentemente espontánea, había rechazado—según sucede con las alucinaciones negativas—dicha percepción.

Otto Rank publicó en la Zentralblatt fuer Psychoanalyse, II, 5, la siguiente «Solución de un supuesto presentimiento»:

«Hace algún tiempo experimenté una extraña variante de quellas «coincidencias singulares» en las que se encuentra uno a la persona en la que en aquel preciso momento iba pensando. Días antes de Navidad me dirigía yo al Banco Austro-Húngaro para obtener en él diez monedas de plata de nuevo cuño, destinadas a determinados regalos que pensaba hacer con motivo de las próximas fiestas. Sumido en ambiosas fantasías en las que comparaba mis escasos medios económicos con las enormes sumas acumuladas en el Banco, entré en la estrecha calle en que aquél se halla situado. Ante la puerta del edificio bancario, por la que entraba y salía mucha gente, se hallaba parado un automóvil. «Lo que yo vengo a hacer aquí—pensé—no dará mucho trabajo a los empleados. No tengo más que sacar mi billete y decir: —Háganme el favor de darme o r o». En el acto me dí cuenta de mi error —lo que yo quería obtener era p l a t a— y desperté de mi fantasía. Me encontraba a pocos pasos de la entrada y de repente vi venir hacia a mí a un joven, al que me pareció reconocer, pero cuya personalidad no pude fijar al pronto a causa de mi miopía. Cuando llegó a mi lado, vi que era un condiscípulo de mi hermano pellidado O r o, que, a su vez, tenía un hermauo,

conocido escritor, con cuya ayuda había yo contado al principio de mi carrera literaria. Estas esperanzas no se habían realizado y con ellas había desaparecido también el éxito económico que ocupaba mi fantasía durante mi camino hacia el Banco. Debía, pues, abstraído en mis fantasías, haber percibido la proximidad del señor Oro, percepción que en mi conciencia, ocupada en un sueño referente al éxito económico, se transformó en mi resolución de demandar al cajero o r o , en vez de plata, metal menos valioso. Por otro lado, el hecho paradójico de que mi inconsciente pudiera percibir un objeto antes de que éste fuera reconocido por mis ojos, queda explicado en parte por la «disposición al complejo» (Komplexbereitschaft), de que habla Bleuler, la cual se hallaba dirigida hacia la cuestión económica y guió desde un principio mis pasos, a pesar de mi mejor conocimiento a aquel edificio, en donde únicamente se cambia oro y papel-moneda».

A la categoría de lo maravilloso y extraño pertenece también la peculiar sensación que se experimenta en algunos momentos y situaciones de haber vivido ya aquello mismo otra vez, de haberse encontrado antes en idéntica situación, pero sin que consigamos, por mucho que en ellos nos esforcemos, recordar claramente tales experiencias y situaciones anteriores. Sé que al designar con el nombre de «sensación» aquello que se manifiesta en nosotros en tales momentos, no hago más que emplear el impreciso lenguaje vulgar, pues de lo que se trata es de un juicio y, en realidad, de un juicio de reconocimiento, pero estos casos tienen, no obstante, un carácter perculiarísimo y no debemos olvidar que en ellos nunca logramos recordar lo que queremos. No sé si este fenómeno de «Déjà vu», ha sido considerado seriamente como una prueba de una

anterior existencia psíquica del individuo; lo cierto es que los psicólogos le han dedicado su interés y han intentado llegar a la solución del problema que plantea, por los más diversos caminos especulativos. Ninguna de las hipótesis explicativas expuestas hasta el día me parece acertada, pues en ninguna de ellas se toma en cuanto algo más que las manifestaciones que acompañan al fenómeno y las condiciones que lo favorecen. Aquellos procesos psíquicos que según mis observaciones deben considerarse como los únicos responsables para una explicación de lo «Déjà vu», esto es, las fantasías inconscientes, han sido y son aún hoy en día descuidados por los psicólogos.

En mi opión, es un error calificar de ilusión la sensación de «haber vivido ya una cosa». Por lo contrario en tales momentos nos hallamos ante algo que en realidad se ha vivido ya, pero que no puede ser recordado conscientemente porque no fué jamás consciente. En concreto: la sensación de «déjà vu», corresponde al recuerdo de una fantasía inconsciente. Existen fantasías inconscientes (o sueños diurnos) lo mismo que análogas creaciones conscientes que todos conocemos por experiencia propia.

Reconozco que esta cuestión sería digna de un estudio detenidísimo, pero no quiero exponer aquí más que el análisis de un caso de «Déjà vu», en el cual la sensación correspondiente se significó por una especial intensidad y duración. Una señora de treinta y siete años, afirmaba recordar clarísimamente que cuando tenía doce hizo una primer visita a unas condiscípulas suyas que vivían en el campo y al entrar en el jardín de la casa en la que aquellas habitaban, experimentó en el acto la sensación de haber estado ya allí otra vez. Esta sensación se repitió al entrar en las habita-

ciones de la casa, y de tal manera, que le parecía saber de antemano qué cuarto era el contiguo a aquél en que se hallaba, qué panorama se divisaba desde sus ventanas, etc. Sin embargo, podía rechazarse con absoluta seguridad, y así lo confirmaron sus padres cuando les preguntó sobre ello, la sospecha de que esta sensación de reconocimiento estuviese justificada por otra visita que hubiese hecho a dicha casa en su primera infancia. La señora que me comunicaba este caso no le había buscado una explicación psicológica, sino que había visto en dicha sensación una señal profética de la importancia que aquellas amigas suyas habían de adquirir en lo futuro para su vida sentimental. La apreciación de las circunstancias en las cuales surgió en ella el fenómeno referido, nos indica el camino hacia otra distinta concepción del mismo. Cuando decidió visitar a sus condiscípulas, sabía ya que el único hermano de éstas se hallaba gravemente enfermo. Durante su visita tuvo ocasión de verle, y al comprobar su mal aspecto pensó que no tardaría mucho en morir. Esto coincidía con el hecho de que meses antes había sufrido su propio hermano una grave infección diftérica, durante la cual fué ella alejada de casa de sus padres para evitar el contagio y estuvo viviendo en la de un cercano pariente. Creía recordar que su hermano, ya curado, la había acompañado en su visita a sus condiscípulas y hasta que aquélla era la primera salida duradera que el convaleciente había hecho después de su enfermedad, mas este recuerdo se presentaba en ella singularmente impreciso, mientras que todos los demás detalles del suceso, y en especial del traje que ella llevaba aquel dia aparecían con la mayor claridad ante sus ojos. Para el perito en estas cuestiones, no resulta nada difícil de-

ducir de estos signos que en la muchacha desempeñaba por entonces un importantísimo papel la esperanza de que su hermano muriera, sentimiento que, o no llegó jamás a hacerse consciente, o fué enérgicamente reprimido después de la curación de aquél. Si el hermano no hubiese curado, la muchacha hubiera tenido que llevar otro vestido, esto es, un vestido de luto. En casa de sus amigas se halló en una análoga situación, o sea que el único hermano estaba en peligro de morir en breve, cosa que en efecto sucedió. La muchacha debió recordar conscientemente que hacía pocos meses se había ella encontrado en situación análoga, pero en vez de recordar esto que se hallaba inhibido por la represión llevada a cabo, transportó la sensación de recordar sobre la localidad, el jardín y la casa y cayó en la «fausse reconnaissance», de haber ya visto todo aquello otra vez. Del hecho de la represión podemos deducir que la esperanza que había abrigado de que su hermano muriera, no estaba muy lejos de poseer el carácter de una fantasía-deseo. Muerto su hermano, quedaría ella como hija única. En la neurosis que padeció más tarde, sufrió intensamente bajo el miedo de perder a sus padres, tras el cual pudo descubrir, como de costumbre, el análisis, el deseo inconsciente de igual contenido.

Siempre me ha sido posible derivar en análoga forma mis pasajeras experiencias personales de «Déjà vu» de la constelación emocional del momento. Estos casos de «Déjà vu» podían definirse como «ocasiones de despertar de nuevo aquella fantasía consciente o inconsciente que en tal o cual época se formó en mí como un deseo de mejorar mi situación» (1).

(1) Esta explicación del fenómeno de «Déjà vu» no ha sido apreciada hasta ahora más que por un solo observador, el doc-

V. Uno de mis colegas, persona de amplia cultura filosófica, al que recientemente tuve ocasión de exponer algunos ejemplos de olvido de nombres con sus análisis correspondientes, se apresuró a responderme: «Sí; todo eso es muy bonito, pero en mí el olvido de nombres se manifiesta de otra manera». Estas cuestiones no pueden nunca juzgarse con tal ligereza. No creo que mi colega hubiera pensado jamás en someter a un análisis un cualquier olvido de nombre y, por lo tanto, no podía decir en qué difería en él el proceso de tales olvidos del que mostraban los ejemplos por mí expuestos. Pero su observación toca, sin embargo, un problema que muchos estarán inclinados a colocar en primer término. La solución de los actos fallidos y actos casuales que aquí damos, ¿puede aplicarse en general o sólo en casos particulares? Y si lo que sucede es esto último, ¿cuáles son las condiciones en las cuáles puede aplicarse a la explicación de los otros fenómenos? Mi experiencia no es suficiente para permitirme contestar a esta pregunta. Mas lo que sí puedo

tor Ferenczi, a quien tantas y tan valiosas aportaciones debe la tercera edición de este libro y que me escribe lo siguiente: «Las observaciones que tanto en mí mismo como en otras personas he verificado, me han llevado a la convicción de que el inexplicable sentimiento de «haber vivido o visto ya una cosa» puede referirse a fantasías inconscientes que nos son recordadas inconscientemente en una situación actual. En una de mis pacientes parecía a primera vista que este fenómeno seguía un proceso diferente, pero en realidad, era el mismo. Dicho sentimiento surgía en ella con gran frecuencia, mas demostrando proceder siempre de un trozo olvidado (reprimido) de un sueño de la noche anterior. Parece, por lo tanto, que el fenómeno de «Déjà vu» puede proceder, no sólo de sueños diurnos, sino también de sueños nocturnos».—(Posteriormente he sabido que Grasset dió en 1904 una explicación de este fenómeno muy cercana a la mía).

hacer es advertir que no se deben creer escasas las ocasiones en que aparecen en dichos fenómenos las conexiones por nosotros señaladas, pues siempre que he hecho la prueba en mí mismo o en mis pacientes se han manifestado aquéllas con toda evidencia, como puede verse en los ejemplos expuestos o, por lo menos, han aparecido vigorosas razones para sospechar su existencia. No es de admirar que no todas las veces se consiga hallar el oculto sentido de los actos sintomáticos, pues hay que tener en cuenta que la magnitud de las resistencias interiores que se oponen a la solución debe considerarse como un factor decisivo. Tampoco es siempre posible interpretar todos y cada uno de los sueños propios o de los pacientes, mas para confirmar la validez general de la teoría es suficiente que nos permita penetrar algo en las asociaciones ocultas. El sueño, que se muestra refractario a un intento de solución realizado al día siguiente de su aparición, se deja con frecuencia arrancar su secreto una semana o un mes después, cuando una transformación real, surgida en el intervalo, ha debilitado los factores psíquicos que luchan unos contra otros. Esto mismo debe también tenerse en cuenta en la solución de los actos fallidos y sintomáticos. El ejemplo de equivocación en la lectura «En tonel por Europa», expuesto en el capítulo VI, me permitió demostrar cómo un síntoma al principio ininterpretable llega a ser accesible al análisis cuando nuestro i n t e r é s  r e a l respecto a los pensamientos reprimidos se ha debilitado. Mientras existió la posibilidad de que mi hermano alcanzase antes que yo el envidiado título se resistió la referida equivocación en la lectura a todos los esfuerzos analíticos, mas en cuanto se demostró lo improbable de la temida preferencia, se iluminó ante mí el camino

que había de conducirme hasta la solución del error. Sería, por lo tanto, desacertado afirmar que todos aquellos casos que se resisten al análisis son efecto de mecanismos diferentes al mecanismo psíquico aquí demostrado. Para admitir tal afirmación harían falta otras pruebas y no solamente las puramente negativas. La general disposición de los individuos de salud normal a creer en otra distinta explicación de los actos fallidos y sintomáticos, carece también de toda fuerza probatoria y no es, naturalmente, más que una manifestación de las mismas fuerzas psíquicas que han establecido el misterio y que se cuidan asimismo de mantenerlo, resistiéndose a su revelación.

Por otra parte no debemos dejar de tener en cuenta que los pensamientos y sentimientos reprimidos no crean por sí mismos su exteriorización en forma de actos sintomáticos y fallidos. La posibilidad técnica de tal desliz de las inervaciones tiene que darse independientemente de ellos y entonces es aprovechada por la intención de lo reprimido de llegar a una exteriorización consciente. En el caso de los rendimientos fallidos lingüísticos se ha intentado, en penetrantes investigaciones llevadas a cabo por filósofos y filólogos, fijar las relaciones estructurales y funcionales que se ponen al servicio de la referida intención. Si en las condiciones determinantes de los actos fallidos y sintomáticos consideramos separadamente el motivo inconsciente y las relaciones fisiológicas y psico-físicas que en su auxilio acuden, quedará en pie la cuestión de si dentro de los límites de la salud normal pudieran o no existir otros factores que, al igual y en sustitución del motivo inconsciente, puedan originar, valiéndose de estas relaciones, los actos sintomáticos y fallidos. Pero no es a mí a quien compete resolver este problema.

No es tampoco mi intención exagerar las diferencias, ya de por sí harto grandes, entre la concepción vulgar de los rendimientos fallidos y su concepción psicoanalítica. Por lo contrario quisiera señalar algunos casos en los que dichas diferencias aparecen muy reducidas. La interpretación de los ejemplos más sencillos y menos singulares de equivocaciones orales y gráficas que no pasan de ser una confusión de dos palabras en una o una omisión de letras o palabras, carece de toda complicación. Desde el punto de vista psicoanalítico hay que afirmar que en estos casos se ha anunciado una perturbación de la intención, pero no se puede señalar de dónde procede dicha perturbación ni cuáles fueran sus intenciones. Lo único que logró fué dar cuenta de su existencia. En estos mismos casos se ve también actuar, cosa que nunca hemos discutido, la ayuda prestada al rendimiento fallido por relaciones de valores fonéticos y asociaciones psicológicas próximas. Pero de todos modos es una natural conducta científica el juzgar tales casos rudimentarios de equivocaciones orales o gráficas conforme a otros más importantes y significativos, cuya investigación nos ha dado tan inequívocas conclusiones sobre la causa de los rendimientos fallidos.

VI. Desde la discusión de las equivocaciones orales nos hemos contentado con demostrar que los rendimientos fallidos poseen una motivación oculta y con abrirnos camino por medio del psicoanálisis hasta el conocimiento de dicha motivación. La naturaleza general y las peculiaridades de los factores psíquicos que se exteriorizan en los rendimientos fallidos no han sido hasta aquí objeto de nuestras consideraciones o, por lo menos, no hemos tratado de definirlas ni de investigar sus leyes. Tampoco intentaremos ahora llevar a

cabo una elucidación fundamental de esta cuestión pues los primeros pasos que por este camino diéramos nos demostrarían que atacando el asunto por otro lado nos será más fácil penetrar en este campo. Sobre este punto podemos plantear varias cuestiones que quiero citar aquí en el orden en que se presentan: 1.ª ¿Cuál es el contenido y origen de los pensamientos y sentimientos que se revelan por medio de los actos fallidos y casuales? 2.ª ¿Cuáles son las condiciones que fuerzan a un pensamiento o un sentimiento a servirse de tales ocurrencias como medio de expresión y los ponen en situación de hacerlo así? 3.ª ¿Puede demostrarse la existencia de asociaciones constantes y definidas entre el carácter de los rendimientos fallidos y las cualidades de lo que por medio de ellos se exterioriza?

Comenzaré por reunir y aportar algún material para la respuesta a la última de las anteriores interrogaciones. En la discusión de los ejemplos de equivocación oral hemos encontrado que era necesario ir más allá del contenido del discurso que se tenía intención de expresar y hemos tenido que buscar la causa de la perturbación del discurso fuera de la intención. Esta causa aparecía claramente en una serie de casos y era conocida de la conciencia del orador. En los ejemplos aparentemente más sencillos y transparentes era una segunda concepción del pensamiento que se tenía intención de expresar, la que perturbaba la expresión de éste sin que fuera posible decir por qué había sucumbido la una y emergido victoriosamente la otra (contaminación, según Meringer y Mayer). En el segundo grupo de casos sucumbía una de las concepciones a un motivo que, sin embargo, no tenía fuerza suficiente para hacerla desaparecer por completo (ejemplo

«Vorschwein)». También en este caso era claramente consciente la concepción retenida. Unicamente del tercer grupo es del que puede afirmarse sin reserva alguna que en él era diferente el pensamiento perturbado del que se tenía intención de expresar y, naturalmente, puede establecerse una distinción esencial. El pensamiento perturbador, o está ligado con el perturbador por asociaciones de ideas (perturbación por contradicción interior) o es sustancialmente extraño a él y la palabra perturbada se halla ligada al pensamiento perturbador, con frecuencia inconsciente, por una sorprendente y singular asociación externa. En los ejemplos expuestos de psicoanálisis verificados por mí, se halla el discurso entero bajo la influencia de pensamientos entrados simultáneamente en actividad, pero totalmente inconscientes, que o se revelan por la misma perturbación (ejemplo:—serpiente de cascabel—Cleopatra) o exteriorizan una influencia indirecta haciendo posible que los trozos aislados del discurso que conscientemente se tiene intención de expresar se perturben unos a otros, como sucede en el ejemplo naspirar por la ariz, en el cual se ocultaba detrás de la equivocación el nombre de la calle Hasenauer y reminiscencias referentes a una francesa. Los pensamientos retenidos o inconscientes de los que parte la perturbación del discurso son de muy diverso origen. Así, pues, por este lado no se descubre ninguna posible generalización.

El examen comparativo de las equivocaciones en la lectura y escritura, nos conduce a los mismos resultados. Casos aislados parecen, como en las equivocaciones orales, no deber su origen más que a un proceso de condensación carente de más amplios motivos (ejemplo: el man... pone cara ridícula, etc.) Sin embar-

go, nos satisfaría saber si no es indispensable el cumplimiento de condiciones especiales para que tenga lugar una tal condensación que es un funcionamiento regular en el proceso del sueño y fallido en el del pensamiento despierto. Mas de los ejemplos no puede deducirse nada de esto. No obstante tampoco deduciría yo de ello la no existencia de condiciones distintas del relajamiento de la atención consciente, pues sé por otras cuestiones que precisamente los actos automáticos se distinguen por su corrección y seguridad. Prefiero hacer resaltar el hecho de que aquí, como frecuentemente sucede en la biología, son las relaciones normales o aproximadas a lo normal, objeto menos favorable a la investigación que las patológicas. Aquello que en la explicación de estas sencillas perturbaciones permanece aún oscuro, espero quedará aclarado por la de las perturbaciones más graves.

Tampoco en las equivocaciones en la lectura y la escritura faltan ejemplos que dejan observar una lejana y complicada motivación. «En tonel por Europa», es una perturbación de la lectura que se explica por la influencia de un pensamiento remoto y sustancialmente extraño, originado por un sentimiento reprimido de celos y ambición, que utiliza el «cambio» de la palabra «transporte» (Befoerderung) para su asociación con el tema indiferente e inocente que había de ser leído. En el caso Burckhardt es el nombre mismo un tal «cambio».

Es indudable que las perturbaciones de las funciones orales se producen con mayor facilidad y exigen un menor esfuerzo de las fuerzas perturbadoras que las de los demás rendimientos psíquicos.

A otro terreno diferente nos lleva el examen del olvido propiamente dicho, esto es, el olvido de sucesos

pasados que debemos distinguir del olvido temporal de nombres propios, palabras extranjeras, series de palabras y propósitos, expuesto en los primeros capítulos de este libro. Las condiciones fundamentales del proceso normal del olvido, nos son desconocidas (1). En él notamos que no hemos olvidado todo lo que creíamos. Nuestra explicación se refiere únicamente a aquellos casos en los cuales el olvido nos produce asombro por infringir la regla de que lo que se olvida

(1) Puedo dar las siguientes indicaciones sobre el mecanismo del olvido propiamente dicho: El material de la memoria sucumbe, en general, a dos influencias, condensación y desfiguración. La desfiguración es obra de las tendencias dominantes en la vida psíquica y se dirige, sobre todo, contra aquellas huellas del recuerdo que han permanecido afectivas y que presentan una mayor resistencia contra la condensación. Las huellas que han devenido indiferentes, sucumben al proceso de condensación sin resistencia alguna, pero puede observarse que, además, hacen también presa en este material indiferente determinadas tendencias de desfiguración que no han quedado satisfechas en el lugar en que querían manifestarse. Dado que estos procesos de condensación y desfiguración se desarrollan durante un largo período de tiempo, durante el cual actúan todos los nuevos sucesos en la transformación del contenido de la memoria, opinamos que es el tiempo lo que hace inseguros e imprecisos a los recuerdos. Es muy probable que en el olvido no exista en absoluto una función directa del tiempo. En las huellas de recuerdo reprimidas, puede constatarse que no han sufrido cambio ninguno en los más largos períodos de tiempo. Lo inconsciente está, en general, fuera del tiempo. El carácter más importante y singular de la fijación psíquica, es el de que todas las impresiones son conservadas por una parte, en la misma forma en la que se recibieron y, además, también en todas aquellas formas que han adoptado en ulteriores desarrollos, carácter que no puede aclararse por ninguna comparación con otros campos. En virtud de esta teoría, podría reconstituirse para el recuerdo todo estado anterior de contenido de la memoria, aun cuando sus elementos hayan cambiado todas sus relaciones originales por otras nuevas.

es lo indiferente y que en cambio lo importante es conservado por la memoria. El análisis de aquellos olvidos que nos parecen exigir una especial explicación, da siempre como motivo del olvido una repugnancia a recordar lo que puede despertar en nosotros sensaciones penosas. Llegamos a la sospecha de que este motivo lucha universalmente por exteriorizarse en la vida psíquica, pero que su manifestación regular es impedida por otras fuerzas que actúan en contra. La amplitud y la significación de esta repugnancia a recordar, parecen ser dignas del más cuidadoso examen psicológico. El problema de qué condiciones especiales son las que hacen posible el olvido en cada caso, no en cuentra tampoco su solución en esta más amplia asociación.

En el olvido de propósitos aparece en primer término otro factor. Aquel conflicto que en la represión de lo penoso de recordar no hacemos más que sospechar se hace aquí tangible y en los análisis se descubre regularmente una repugnancia que se opone al propósito sin hacerlo cesar. Como en rendimientos fallidos anteriormente discutidos, se observan aquí dos tipos del proceso psíquico: en uno, la repugnancia se dirige directamente contra el propósito (en intenciones de alguna consecuencia), y en el otro es dicha repugnancia sustancialmente extraña al propósito y establece su conexión con él por medio de una asociación e x t e r n a (en propósitos casi indiferentes).

El mismo conflicto rige los fenómenos de los actos de término erróneo o torpezas. El impulso que se manifiesta en la perturbación del acto es muchas veces un impulso contrario a éste, pero aún con mayor frecuencia es un impulso totalmente extraño a él y que no hace más que aprovechar la ocasión de llegar a manifestarse en la ejecución del acto por una perturbación

del mismo. Los casos en los que la perturbación resulta de una contradicción interior, son los más significativos y conciernen a las más importantes actividades.

El conflicto interno pasa a segundo término en los actos sintomáticos o casuales. Estas manifestaciones motoras poco estimadas o totalmente despreciadas por la conciencia, sirven de expresión a numerosos y diversos sentimientos inconscientes o retenidos. En su mayor parte representan simbólicamente fantasías o deseos.

Podemos contestar a la primera de las interrogaciones expuestas, o sea cuál es el origen de los pensamientos y sentimientos que se exteriorizan en los rendimientos fallidos, haciendo observar que en una serie de casos puede verse inequívocamente el origen de los pensamientos perturbadores en sentimientos reprimidos de la vida psíquica. Sentimientos e impulsos egoístas, celosos y hostiles, sobre los cuales gravita el peso de la educación moral, utilizan en las personas sanas el camino de los rendimientos fallidos para manifestar de cualquier modo su poder innegable, pero no reconocido por superiores instancias psíquicas. El dejar ocurrir estos actos fallidos y casuales, corresponde, en gran parte, a una cómoda tolerancia de lo inmoral. Entre estos sentimientos reprimidos, desempeñan un importante papel las diversas corrientes sexuales. El que estas corrientes sexuales aparezcan tan raras veces entre los pensamientos revelados por el análisis en los ejemplos expuestos en este libro, débese tan solo a que, como los ejemplos que he sometido aquí al análisis procedían en su mayor parte de mi propia vida psíquica, la selección efectuada tenía que ser parcial desde el primer momento, dado que tenía que existir en mí una tendencia a excluir todo material sexual. Otras veces parecen ser inocentes objeciones

y consideraciones lo que constituye el origen de los pensamientos perturbadores.

Llegamos ahora a la respuesta a la segunda interrogación: ¿Cuáles son las condiciones psicológicas responsables de que un pensamiento no pueda manifestarse en forma completa, sino que tenga que buscar su exteriorización de un modo parasitario como modificación y perturbación de otro? De los más singulares casos de actos fallidos, puede deducirse fácilmente que tales condiciones deben buscarse en relación con el grado de capacidad que de devenir consciente posea el material «reprimido», esto es, con su más o menos firme carácter de tal. Mas el examen de la serie de ejemplos expuestos, no nos da más que muy imprecisas indicaciones para la fijación de este carácter. La tendencia a dejar de lado algo que nos roba tiempo y la creencia de que el referido pensamiento no pertenece propiamente a la materia de que se tiene intención de tratar parecen desempeñar, como motivos para la represión de un pensamiento destinado después a manifestarse por medio de la perturbación de otro, el mismo papel que la condenación moral de un rebelde sentimiento emocional, o que el origen de cadenas de pensamientos totalmente inconscientes. Por este camino no es posible llegar a una visión de la naturaleza general de la condicionalidad de los rendimientos fallidos y casuales. Un único hecho importante nos es dado por esta investigación: cuanto más inocente es la motivación del rendimiento fallido y cuanto menos desagradable, y por lo tanto menos incapaz de devenir consciente, es el pensamiento que en aquel logra exteriorizarse, tanto más fácil se presenta la solución del fenómeno cuando dirigimos nuestra atención sobre él. Los más sencillos casos de olvido se notan ense-

guida y se corrigen en el acto. En los casos en que se trata de una motivación por sentimientos realmente reprimidos, requiere la solución un cuidadoso análisis, que a veces puede tropezar también con dificultades y hasta fracasar.

Está, pues, justificado el tomar el resultado de esta última investigación como una señal de que la explicación satisfactoria de las determinantes psicológicas de los actos fallidos y casuales debe buscarse por otros caminos y en otros lados. El lector indulgente no habrá, pues, de ver en esta discusión más que el examen de las superficies de fractura de un trozo de la cuestión, extraído, un tanto artificialmente, de una más amplia totalidad.

VII. Con algunas palabras indicaremos, por lo menos, la dirección en que se halla esta más amplia totalidad. El mecanismo de los actos fallidos y casuales, tal y como nos lo ha enseñado la aplicación del análisis, muestra en los puntos más esenciales una coincidencia con el mecanismo de la formación de los sueños, discutido por mí en el capítulo titulado «La labor del sueño», de mi libro sobre la interpretación de los fenómenos oníricos. En uno y otro lado pueden hallarse las condensaciones y las formaciones transaccionales (contaminaciones), siendo, además, la situación idéntica: pensamientos inconscientes que por desusados caminos y asociaciones externas llegan a manifestarse como modificaciones de otros pensamientos. Las incongruencias, absurdos y errores del contenido del sueño, a consecuencia de los cuales apenas si se puede reconocer al sueño como producto de un funcionamiento psíquico, se originan del mismo modo—aunque con más libre utilización de los medios existentes—que los comunes errores de nuestra vida cotidia-

na. Aquí, como allí, se explica la apariencia de la función incorrecta por la peculiar interferencia de dos o más funcionamientos correctos. De este encuentro puede deducirse una importante conclusión: El peculiar modo de laborar, cuyo rendimiento más singular reconocemos en el contenido del sueño, no debe achacarse al estado durmiente de la vida psíquica, poseyendo como poseemos en los actos fallidos tantas pruebas de su actividad durante la vida despierta. La misma conexión nos prohibe también considerar como determinantes de estos procesos psíquicos que nos parecen anormales y extraños, la profunda decadencia de la actividad psíquica o patológicos estados de la función (1).

Llegamos a un acertado juicio de la extraña labor psíquica que permite originarse, tanto el funcionamiento fallido como las imágenes oníricas, cuando observamos que los síntomas neuróticos, especialmente las formaciones psíquicas de la histeria y de la neurosis obsedente, repiten en su mecanismo todos los rasgos esenciales de este modo de laborar. En este punto deberá, pues, comenzar la continuación de nuestras investigaciones. Para nosotros tiene sin embargo y todavía un especial interés, considerar los actos fallidos, casuales y sintomáticos a la luz de esta última analogía. Si los comparamos con los rendimientos de los psico-neuróticos y con los síntomas neuróticos aumentarán los fundamentos de dos afirmaciones que repetidas veces se han expuesto, esto es, que el límite entre la normalidad y la anormalidad nerviosas es indistinto, y que todos somos un poco nerviosos. Fuera de

(1) Véase la obra de Freud «Interpretación de los sueños», que se publicará en estas «Obras completas».

toda experiencia médica pueden señalarse diversos tipos de tal nerviosidad simplemente indicada—de las «formes frustes» de las neurosis—, casos en los cuales no aparecen sino muy pocos síntomas, o aparecen éstos muy raras veces y sin violencia ninguna, debiendo, por lo tanto, atribuirse la extenuación a la cantidad, intensidad y extensión temporal de los fenómenos patológicos. Puede, así, suceder que precisamente el tipo que constituye la más frecuente transición entre salud y enfermedad sea el que no se descubra nunca. El tipo que hemos examinado, y cuyas manifestaciones patológicas son los actos fallidos y sintomáticos, se caracteriza por el hecho de que los síntomas son trasladados a los funcionamientos psíquicos de menor importancia, mientras que todo aquello que puede pretender un más alto valor psíquico sigue su marcha regular sin sufrir perturbación alguna. La inversa disposición de los síntomas, esto es, su emergencia en los funcionamientos o rendimientos individuales y sociales de importancia, perturbando la alimentación, las relaciones sexuales, el trabajo profesional y la vida social, corresponde a los casos graves de neurosis y caracteriza a éstos mejor que la multiformidad o violencia de las manifestaciones mórbidas.

El carácter común a los casos benignos y a los graves, carácter del cual participan también los actos fallidos y casuales, yace en la posibilidad de referir los fenómenos a un material psíquico incompletamente reprimido que es rechazado por la conciencia, pero al que no se ha despojado de toda capacidad de exteriorizarse.

FIN

## DEL MISMO AUTOR

(PROXIMAMENTE)

II

## UNA TEORIA SEXUAL Y OTROS ENSAYOS

(UNA TEORIA SEXUAL.—LOS SUEÑOS PSICOANALIS.—MAS ALLA DEL PRINCIPIO DEL PLACER)

DEL MISMO AUTOR

(PROXIMAMENTE)

II

UNA TEORIA SEXUAL Y OTROS ENSAYOS

(UNA TEORIA SEXUAL.—LOS SUEÑOS PSICOANALIS.—MAS ALLA DEL PRINCIPIO DEL PLACER)

DIEZ PESETAS

PROFESOR S. FREUD

OBRAS COMPLETAS

I

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR

S. FREUD

# PSICOPATOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA



OLVIDOS, EQUIVOCACIONES, TORPEZAS, SUPERSTICIONES, Y ERRORES

TRADUCCION DIRECTA DEL ALEMÁN DE LUIS LOPEZ BALLESTEROS Y DE TORRES PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

BIBLIOTECA NUEVA